HISTORIA

DE LAS

MISIONES FRANCISCANAS

Y

NARRACION DE LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA EN EL ORIENTE DEL PERU

RELATOS ORIGINALES Y PRODUCCIONES EN LENGUAS INDIGENAS DE VARIOS MISIONEROS

POR EL

PADRE FRAY BERNARDINO IZAGUIRRE I. F. IZUA

De la Provincia de San Francisco Solano en el Perú, Misionero franciscano, Lector general de la Orden. ex-Ministro Provincial y Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima

1619--1921

LIMA
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA
1922

HISTORIA

DE LAS

Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el Oriente del Perú

1619-1921

LICENCIA

Nihil obstat

Fr. B. Aurre

Nihil obstat

Fr. Baldomero Amenabar

Nihil obstat quominus imprimatur, servatis de jure servandis.

Fr. Bernardinus Klumper
Min. Glis

Nihil obstat
Fr. Pedro M. Velez

IMPRIMASE

J. Sanchez Díaz
Vicario General

Domingo Angulo
Canciller

TOMO PRIMERO

1619--1709

HISTORIA
DE LAS
MISIONES FRANCISCANAS

PROLOGO

Del señor José A. de Izcue

De los mismos tranquilos claustros de donde salieron ayer, para sus arduas labores, los misioneros franciscanos de la región central de nuestras selvas, sale hoy este libro, destinado a dar a conocer, analizar y difundir todo lo que aquellos varones verdaderamente insignes desde los puntos de vista divino y humano, proyectaron o lograron realizar en pró de sus anhelos religiosos, de su entusiasmo por la ciencia y de su amor por nuestro suelo, acaso el más rico e interesante de América.

El autor continúa la tradición, tan noble como previsora, de los cronistas de las Ordenes religiosas del catolicismo. Su cadena de aúreos eslabones, nunca rotos, se extiende desde el siglo XI de la Era Cristiana hasta el siglo XX.

El R. P. Bernardino Izaguirre es un sacerdote que designado por los superiores para proseguir esta labor tradicional, ha fatigado su actividad en la compulsa de escritores y autoridades, en la lectura de libros y manuscritos, en la afanosa tarea de agotar las fuentes del estudio histórico y en el trazo de infinidad de páginas. Ha recorrido además paso a paso con mirada observadora, con latidos de emoción, el propio territorio teatro de las hazañas

evangélicas que iba a inmortalizar. El Archivo de Indias en España le ha servido de arsenal y el convento de Ocopa, en el Perú, ha sido el centro, el eje de la febril y a la vez profunda acción de su pensamiento. Media vida dedicada a su obra; la otra media a restañar las heridas de la descomunal batalla de la pluma.

Pero ha llegado a su fin, única satisfacción tangible que cabe a los obreros de la idea.

La asombrosa disciplina de su Orden fecundó su genio. De pié como Miguel Angel junto a su **Moisés**, envuelto en los pliegues del hábito como en los de una toga romana, callado ante la multitud que pasa, sereno ante la posteridad que viene, el R. P. Bernardino Izaguirre, en su modestia impregnada de natural distinción y de dulzura, más todavía, en su indiferencia por la terrena gloria, parece que no se diera cuenta del gran monumento histórico que levantara. ¡Y qué bien deja en él impreso su culto a la verdad, su laboriosidad incesante, su sabiduría, su versación geográfica, el secreto de narrar, de describir y presentar caracteres, la fijeza y exactitud de su juicio, la pureza de su lenguaje y las galas de su estilo! ¡Y cuán indeleblemente ha tallado en él los nombres de sus hermanos, cubiertos por las manos extendidas y temblorosas de su fundador!

Entre los narradores del pasado de las Ordenes monásticas que arribaron con la conquista europea, o se establecieron durante el Virreinato español, solo hallamos uno digno de serle comparado por el elevado concepto que posee de su cometido y por la hermosura de expresión que emplea: Fray Bernardo de Torres, el cronista agustino. Poco se le conoce dentro de nuestras fronteras y, por supuesto, menos dentro de fronteras extrañas. En España se le ignora. Su día ha de llegar. Será entonces proclamado discípulo de primera fila de los historiadores clásicos de la antigüedad; se le pondrá al nivel de los mejores cultores de la palabra en la lengua castellana. Co-

mo, aunque nacido en la metrópoli, su formación íntegra se la debió al Perú, constituirá uno de los florones de la diadema intelectual de nuestro país.

El P. Izaguirre tiene a su favor, en la comparación el progreso de los tiempos. La Historia es hoy una difícil ciencia, en el fondo, y un arte muy delicado, en la forma. En cuanto a la luz de misterio que la esclarece y la guía, precisamente cuando el afán de novedad y de duda de determinados espíritus pretendía negarlo con nueva y según ellos comprobada intensidad, es y ha de ser siempre esa Providencia, ya señalada por el verbo elocuente de Bossuet, que acaba de aniquilar la postrer tentativa de una dominación tiránica universal, de restaurar a las oprimidas Bélgica, Servia y nacionalidades eslavas, de libertar a Polonia de la triple garra que la despedazaba, de sumir en el caos a la Rusia destructora de la sociedad, de devolver a Francia la celta, no germana, Alsacia y la Lorena de Juana de Arco, de incorporar a la hegemonía italiana Trento y Trieste, y de herir de muerte a Chile, desposeyendo de valor la riqueza causa de la guerra del Pacífico, cuya consecuencia fue elaborar una grandeza colectiva efímera e injusta basada en el desmembramiento de Atacama, con daño de Bolivia, en el de Tarata y Tacna, Arica y Tarapacá, con perjuicio del Perú.

Medítese acerca de tales sucesos, y juzgando simplemente por los medios humanos y midiendo apenas con nuestro pobre rasero, ¿no es cierto que aparecen inverosímiles, absurdos?

El misionero: he ahí el obrero providencial por excelencia.

Sus instrumentos son la caridad, la persuasión y el ejemplo. Ni naves, ni soldados le preceden o le siguen. Toma como apoyo el báculo del caminante; crea su pro-

piedad con la parcela de tierra cultivada con sus manos; usa como caminos las vías acuáticas que andan; acude para llamar a sus neófitos, a la voz de la campana del improvisado templo; esgrime como arma suprema, invencible por su eficacia espiritual, el crucifijo.

A este dirige sus miradas, en las horas interminables de la soledad de los bosques y de la monotonía de los ríos; en los instantes en que los recuerdos de familia, amigos y patria atenacean su alma; en los momentos, en fin, del dolor, del martirio y de la muerte.

Si existe algún absoluto desinterés, es el suyo.

Después de terribles jornadas, henchidas de peligros, que comienzan con el veneno de la víbora, los efectos tropicales del clima, el extravío entre los árboles milenarios y el naufragio de la canoa, juguete de rápidos y cascadas, y que terminan con el asalto de las fieras, las enfermedades desconocidas e incurables, la acechanza hipócrita y la flecha del salvaje; después de permanecer, años y años, alejado de la sociabilidad civilizada, ¿qué recuerdo, que no sea el del bien derramado a manos llenas, conserva su mente? ¿qué impresiones, que no sean las del contacto de la virtud con la barbarie, alimentan su corazón?

El diálogo eterno de él es con el salvaje. Hombre reducido a la condición abyecta del bruto o a la condición feroz de la fiera, casi no concibe los beneficios que se le prodigan. Hijo de la naturaleza, carece de ideas y sentimientos que no envuelvan instintos que le son necesarios para su existencia soberbia y nómade.

La ingratitud cubre su alma como una tela fúnebre. El disimulo vela su rostro como una máscara diabólica.

La región estudiada por el autor, en cuya vasta, inmensa área, cabría Europa entera, ofrece una vegetación

gigantesca y unas corrientes fluviales, complicadas, numerosas y caudalosísimas. Nada hay semejante sobre la tierra. La belleza vegetal y animal, se alía con la variedad y la fecundidad. La gracia se confunde con la fuerza. Bajo las frondas, tan espesas que el rayo solar no las penetra, de esas altas y verdes bóbedas, a la margen de esos ríos; que se dilatan ya amenazadores y soberbios, ya mansos y magestuosos, hasta formar el horizonte, el hombre se siente débil y pequeño. Tiene siempre que sobreponerse y reaccionar. La vida es ahí la lucha. Para el inmigrante cualquiera con el brazo; para el misionero, con la abnegación.

Las misiones franciscanas se extendían, como se extienden ahora, por el alveo y los afluentes y confluentes del Ucayali; pero toda la parte septentrional del Amazonas, que era la Comandancia General de Mainas, agregada, por mandato real, al Virreynato del Perú, quedó también comprendida en dichas misiones, cuando, durante el reinado de Carlos III y el ministerio todopoderoso del Conde de Aranda, fueron desterrados de los dominios españoles los Padres de la Compañía de Jesús. Más todavía: el Rey entregó a los hijos de Francisco de Asís, las misiones de Chiloé, sujetándolas al Superior residente en Ocopa, con lo que afirmó en lo religioso, la dependencia en que, hasta la proclamación de la República de Chile, estuvo, en lo político, en lo militar y en lo económico, ese archipiélago, del Virreinato del Perú.

Por zona tan estupenda y en un lapso de tres siglos, desfilan ante el lector las sombras venerandas evocadas en buena hora por el P. Izaguirre. Unas representan la exploración geográfica, practicada a conciencia, con criterio ora empírico, ora científico, según las circunstancias y los elementos, pero siempre los primeros y más constantes; las observaciones de los lugares y su naturaleza; y las investigaciones etnográficas y fisiológicas. Otras representan la capacidad directiva y administradora. Otras

la palabra evangélica, cuyo ardor y resonancia nada amortigua. Todos, las costumbres austeras y el celo apostólico desafiador de las asperezas del suelo, de las distancias desalentadoras, de los caracteres más indómitos o rudos, de la muerte más inmerecida en su origen y más refinada en su crueldad.

Pasan de varios centenares los mártires del catolicismo que sembraron sus huesos desde las nacientes del Santiago, Morona, Pastaza, Tigre, Napo y Putumayo, hasta los estuarios del Apurímac y del Madre de Dios. La sublevación indígena, encabezada por Juan Santos Atahualpa—de cuya oscura y discutida personalidad corren en este libro datos inéditos y fehacientes—aumentó hasta el prodigio la sangrienta cosecha. No desmintieron, ni en una sola ocasión, con prescindencia de sus místicas aspiraciones, el valor, célebre en América, de su raza.

España es la madre heroica de nuestro continente.

Cuenta una piadosa tradición que Francisco de Asís, acompañado por algunos de los primeros miembros de su Orden, caminaba por un florido sendero. Una multitud de pajarillos le rodeó prontamente. El Santo les miró con cariño y les habló así:

"Hermanos míos, vosotros estais muy obligados a Dios Vuestro creador, y siempre y en todo lugar debeis alabarle con cánticos y gorgeos. Os ha dado alas para volar por toda la región del aire. Os ha dado el vestido duplicado y triplicado y engalanado con variedad de colores. No sembrais, ni segais y Dios os alimenta en la mesa de la Providencia, dándoos los rios y las fuentes para vuestra bebida, los montes y los valles para vuestro refugio, los árboles para fabricar vuestros nidos".

Concluida la predicación, el Santo hizo la señal de la cruz y dió licencia a las aves para que se fueran. Ellos

remontan el vuelo con alegres cantos, dividiéndose en cuatro partes; una en dirección al Oriente, otra hacia el Occidente, otra hacia el Mediodía, la cuarta hacia el Septentrión. Seguían cantando tierna, maravillosamente.

Una bandada vino al Perú ¡Bendito el suelo que holló su sandalia! ¡Feliz la pluma que recogió sus hechos imperecederos!

Nueva Chosica, 2 de junio de 1922.

J. A. de Izcue.

De la Real Academia de la Historia de Madrid.

INTRODUCCION GENERAL

La claridad de la narración que emprendo exige que se distingan dos épocas sucesivas y dos regiones muy distintas en la evangelización de las comarcas peruanas.

Muerto Atahualpa en 1533, quedó por extraño modo abatido el espíritu de sus valerosos capitanes. Luego los vencedores del monarca desplegaron el pabellón hispano en todos los puntos que pertenecieron al derruído imperio de los Incas. Fundóse Lima en 1535, y a poco se creyó bastantemente asegurada la existencia del virreinato, y encauzada para su futuro desarrollo la nueva entidad política creada en el Perú.

Entonces se presentaba a la católica España como problema la suerte de los súbditos del extinguido imperio, no pocos en número y ajenos a la cultura europea. Los hijos del sol no podían pasar a la filiación de la religiosa España sino mediante la unción del bautismo cristiano y la profesión de las creencias católicas. Por lo mismo, la obra que había comenzado la espada del guerrero, debía llevar a feliz coronamiento la cruz del misionero.

Así lo entendieron los reyes de Castilla y este fue el pensamiento unánime de toda España. Por esto afluyeron luego a las playas peruanas legiones de misioneros; ocuparon sin tardanza sus costas y serranías; y ejercieron su misión evangélica, dondequiera que se lograba erigir una cruz y enarbolar la bandera en nombre de Dios y de los monarcas españoles.

La empresa acometida por estos primeros misioneros era indudablemente vasta y grande; pero no fue muy ardua, ni tropezó con dificultades de gran cuantía; pues los humildes súbditos del vetusto imperio de los Incas, hechos por demás a llevar el yugo de la subordinación, aceptaron con relativa benevolencia las leyes, la cultura y la augusta Religión de sus vencedores.

Concordes el magistrado y el ministro del Evangelio, edificaron ciudades y formaron pueblos, que de presente ofrecían condiciones de bienestar y prometían un porvenir brillante; ciudades y poblaciones en que los conventos y las iglesias emulaban en número a los palacios y casas señoriales, y en magnificencia los superaban con grandes ventajas. Antes del año 1600 mudaron los nuevos habitadores del Perú la faz del imperio de Atahualpa.

Estas primeras y no difíciles conquistas correspondían al territorio en que se había ejercitado pacíficamente el poderío de los Incas, y donde, por una parte, los caminos ya eran transitables y por lo mismo los viajes eran hacederos, y por otra, la gente no se mostraba asustadiza ante la coyunda de la ley.

Después del año 1600 empieza la segunda época de la evangelización del Perú, cuyas conquistas corresponden a regiones no dominadas del todo por el cetro de la monarquía incaica. Epoca de lucha encarnizada: lucha con los elementos de la naturaleza, no dominados por la mano del hombre; lucha con la altivez indómita del salvaje, que rehuye tenazmente todo yugo de sujeción. Epoca larga, y tan larga como durísima, piedra de toque del celo verdadero, del celo abnegado, que se arriesga aun al fracaso de sus grandes empresas, contento de hacer algo en bien de sus prójimos; celo que se alimenta, no de la vana gloria que aportan las alabanzas humanas, sino de la médula misma de la caridad evangélica, que busca el bien por el bien mismo; celo, en suma, que no se descontenta, que no se desalienta, aunque todo el mundo igno-

re los infinitos sacrificios que deja sepultados en la soledad de los bosques.

En la primera época y a las primeras regiones concurrieron a porfía todas las Ordenes religiosas, y cosecharon en el ministerio sacerdotal mil laureles de inmarcesible gloria. Las ingenuas crónicas que entonces se publicaron, quedan como perennes memoriales de un celo muy puro en la predicación, de una actividad laudable en buscar al pobre indio y ganarlo por amor, y de otros frutos muy copiosos de la fe y de la caridad cristiana.

En la segunda época que aun no ha terminado, y a la segunda región en la cual todavía pulula el salvaje indígena, dejaron de concurrir no pocos misioneros, y andando los tiempos los más abandonaron el ímprobo trabajo.

Aquí, la estricta justicia me fuerza a rendir anticipadamente el homenaje de la más profunda admiración a mis hermanos de hábito. ¡Cuánto heroísmo franciscano han contemplado esas feraces y feroces montañas del Oriente peruano! ¡Cuántos sudores de frailes Menores no han visto correr esos ríos alegres y lúgubres! ¡Cuánta flecha han oído silvar esas oscuras selvas, rubricadas de sangre purpúrea, enardecida en las venas al calor del espíritu franciscano! Aquello ha sido una serie de fracasos, los más con la gloria del martirio, después de mil series de sacrificios inauditos. Aquello ha sido no negarse nunca a nuevas empresas, venciendo montañas de dificultades. Destruída aquí su obra, han corrido con alegre semblante y en nombre de Dios a probar fortuna en otra parte. Nuevos atletas se han levantado sobre las cenizas venerables de los que sucumbieron. Ocasión tendrá el lector, al recorrer las páginas de estos libros, de ver escuadrones aguerridos de la milicia franciscana, que aparecen unos en pos de otros, y de entre ellos no pocas figuras de hermoso talle, que arrebatarán su estima y admiración.

Todavía los hijos de San Francisco están allí, en a-

quellas montañas ingratas y queridas, fuente irrestañable de sinsabores y manantial inagotable de merecimientos. Hoy, por fortuna, no están solos: comparten sus tareas con los esclarecidos hijos de San Agustín y Santo Domingo.

Esta presente historia no se refiere a la primera época, de que se ha hecho mención, época prosperísima y laureada a poca costa: se circunscribe al segundo período de trabajos y dificultades: época, según se ha dicho, sudosa desgreñada y jadeante, en la cual todo adelanto físico o moral, geográfico o religioso, entre los indígenas, es consecuencia y fruto de esfuerzos atléticos; cualquier progreso material o espiritual, cosecha de una constancia longánime y a toda prueba. No se refiere a las costas y serranías peruanas, más o menos cultas a su modo, desde antes de la dominación española; relata el desenvolvimiento sucesivo de las misiones franciscanas en el Oriente del Perú.

En el año 1600 las regiones civilizadas de nuestro Oriente se podían fijar, poco más o menos, llevando una línea de Moyobamba a Chachapoyas, de Chachapoyas a Cajamarca, de Cajamarca a Huánuco, de Huánuco a Huamanga, de Huamanga al Cuzco. Los territorios orientales de estas ciudades quedaban todavía incultos: a esos territorios acudió el misionero franciscano en demanda de trabajo, y allí es donde va a buscar su urdimbre la presente historia (1).

---

(1). En esta serie de tomos, que contienen un material muy vasto, no me será posible incluír los trabajos apostólicos llevados a cabo por nuestros misioneros del convento grande de Cuzco y más tarde desde el Colegio de Misioneros de Moquegua, especialmente en Carabaya, Apolobamba y Urubamba: trabajos de los cuales hablan con bastante extensión el segundo tomo de la **Revista de Archivos y Bibliotecas** y el duodécimo del **Juicio de Límites con Bolivia.**

Antes de tomar la pluma para su narración, creí necesario recorrer, contemplar y examinar buena parte de aquellas alturas y de aquellas planicies, especialmente de los llanos amazónicos, tejido singular de ríos y selvas, cuyos encantos serán más tarde tema inagotable de inspiración para el sentimiento y la poesía: creí necesario conocer esa región peregrina y típica en el Perú, que hoy llamamos Loreto y San Martín. Con este fin hice un viaje de aprendizaje y de inspección hasta Iquitos, acompañándome hasta el convento de Aporoquiali, existente entonces, el experto conocedor de la montaña y antiguo misionero el padre fray Manuel Navarro.

Debido a este viaje realizado con todos los medios de movilización que hoy se usan en la Sierra y en la Montaña, como son a lomo de bestia, a pie, en canoa, en balsa y en lanchas a vapor, he podido dar las descripciones contenidas en esta historia, apoyándome, no en meras referencias sino en observaciones y emociones personales: único medio para que las descripciones sean fiel reflejo de la naturaleza.

Mas en lo que se refiere al relato histórico, mucho me han servido las informaciones escritas y verbales de los actuales misioneros de la Prefectura Apostólica del Ucayali, que en una larga serie de años he procurado obtener con paciente constancia.

Los libros de la administración parroquial de la antigua misión de Sarayacu, que existen en Contamana, sobre haberme impresionado profundamente ante la inmensa labor llevada a cabo por nuestros mayores, en aquel emporio de vida religiosa, me suministraron un gran número de datos especiales. Otro tanto debo decir del archivo de San Luis de Shuaro. Debo mencionar luego, como fuentes de mi narración, el archivo y la biblioteca de Ocopa, el nutrido archivo del convento máximo de San Francisco de Lima ,el archivo de la Curia Arzobispal de esta misma ciudad, la biblioteca y archivo de Santa María de los An-

geles de esta capital que es mi dulcísima morada, la biblioteca nacional del Perú, el Archivo Especial de Límites, la biblioteca de la Sociedad Geográfica de Lima, y las ilustradas producciones de esta institución y del Instituto Histórico.

De mi visita al Archivo General de Indias de Sevilla, tan feliz y halagüeña, haré mención en otro lugar, con más extensión y pormenores.

No son pocos los libros y documentos a los cuales he ido acudiendo, durante una veintena de años, como a manantiales de noticias relacionadas con mi historia, de los cuales daré razón antes de empezar el relato histórico. Y no hay necesidad de encarecer aquí el mérito y la utilidad de la lluvia, diré así, de informes técnicos y profesionales, de folletos y artículos, que desde hace varios lustros, han ido publicándose en el Perú, sobre temas que corresponden a los departamentos de Loreto y San Martín.

Después que en 1915 registré el Archivo General de Indias de Sevilla, no he tenido mayor afán por acopiar documentos, según era grande el número de los hallados en el Archivo mencionado, en solo quince días. Al dar manos a boca con los **Diarios** cabales de los padres Manuel y Agustín Sobreviela, Villanueva, Agüeros, Girbal, Mendez, &. fue colmado mi gozo; pues este hermoso material debía entrar por su orden en el curso de mi historia, y formaba por si sólo una documentación amplísima.

Con todo, de la manera que la riqueza, según dicen, atrae a la riqueza, así, una documentación llama a otra; de suerte, que aún después de aquella fecha, no puedo quejarme de haber sido poco afortunado en hallazgos muy felices. Haré mención especial de dos.

Nuestro gran historiador franciscano padre Marcelino de Civezza y el editor y comentador en Chile de los **Diarios de Menéndez,** el doctor Francisco Fonck, anun-

ciaban con cierta entonación de importancia la **Colección General de las Expediciones practicadas por los Misioneros del Orden de San Francisco del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa.... por el padre fray Pedro de Agüeros.—Madrid, 1786.** De esta **Colección** yo no había rastreado huella alguna en América, y no era fácil que renunciase al deseo de poseer un manuscrito que tan directamente se refería a mi asunto, aun cuando sospechaba (como así era) que su contenido histórico no podía diferir mucho del que yo poseía. Según las referencias mencionadas, el documento paraba en la Academia de la Historia de Madrid; y de allí efectivamente me fue remitido, en copia hecha con gran esmero, y acompañada de siete mapas que el autor agregaba al escrito, cuyos facsímiles van insertos en esta historia.

Dichos mapas, sumados al que lleva la **Descripción Historial de Chiloé,** comprensivo de aquel Archipiélago y a otros que enumera el padre Agüeros como trabajados por él, dan la clave para completar la historia de los primeros mapas del Perú; pues su historia sería incompleta sino enumerase los mapas debidos a los franciscanos José Amich, Pedro Gonzalez de Agüeros, Manuel Sobreviela y Alonso Carvallo.

Lo mismo que la Colección referida del Padre Agüeros, vagaba también en Madrid la **Relación Histórica de todas las Misiones de los PP. Franciscanos de las Indias, y Proyecto para nuevas Conversiones en las Riberas del Río Marañón: memorial dirigido al Rey Carlos III el 28 de Mayo de 1781, por Fray Francisco de Villanueva, misionero del colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa.**

Tampoco se notaban vestigios de este escrito en regiones de América. Por suerte, la obra **Los Peruanófilos anticuarios del siglo XIX,** por Carlos Prince, anunciaba que el marqués de Fuensanta y del Valle y D. José Sancho Rayón publicaron en Madrid (1891-1900) diez y nueve to-

mos en 12º con el título de Colección de Libros raros y curiosos que tratan de América: y en su tomo VII, además de la **Conversión en Piritu de Indios Cumanagotes y Palenques ....** por el P. Fr. Matias Ruiz Blanco, de la Orden de San Francisco, traen también la **Relación Histórica** mencionada, de donde ha sido fácil tomar la copia correspondiente.

Antes de dar fin a esta Introducción creo oportuno dar al lector una razón sucinta del contenido de la presente historia: ella consta de catorce tomos.

El **primero** de ellos inicia la narración con los primeros avances de nuestros misioneros, en 1619, de Huánuco al Huallaga: agrega lo referente a las conversiones del Cerro de la Sal en sus comienzos y lo relativo a las del Pangoa y Ucayali. Su narración tiene, por tanto, para los lectores de nuestros días el sabor de una venerable antigüedad.

La época a la cual corresponde este tomo era de cierta incertidumbre y zozobra para las órdenes religiosas en materia de misiones de infieles: se dudaba de la posibilidad de emprenderlas y entablarlas con éxito; y daban lugar a esta perplejidad varios fracasos ocurridos. Se tenía noticia y seguridad de la condición sanguinaria de muchas tribus salvajes: había a la sazón relaciones escritas del lamentable ejemplo de la destrucción de Osorno en Chile y de Logroño en Jaguarzongo del Perú, con numerosas muertes de cristianos: estaba comprobada la valentía indomable de los Araucanos y la altivez orgullosa de los Jívaros, unos y otros invencibles en larga serie de años.

Los monarcas españoles que no ignoraban lo que sucedía en sus vastísimas colonias de América, no cesaban

de alentar con generosos ofrecimientos de retribución a realizar las célebres **entradas** a regiones de infieles; y en consecuencia no faltaron capitanes aguerridos que las verificaron, mereciendo la real aprobación y recompensa.

Mas, los Reyes Católicos deseaban preferentemente que las entradas se llevasen a término por los ministros del Evangelio; que éstos formasen cristiandades, en que los indios conocieran una civilización saturada de caridad y dulzura. Y cuando esto sucedía, cuando un héroe del Evangelio formaba una conversión entre los indígenas, agregando un nuevo territorio americano a la Iglesia Católica y a la corona de España; los monarcas solían participar al misionero su real agrado en forma solemne; lo que servía al ministro de Dios de recompensa y de aliento para proseguir la obra y meditar en nuevas empresas.

De todo esto verá el amable lector hermosas muestras en este tomo, en el cual aparecen en primera línea los misioneros Felipe Luyando, Jerónimo Jiménez, Manuel Biedma, Francisco Izquierdo y Antonio Vital, secundados por abnegados cooperadores. Verá entre estos misioneros figuras peregrinas, cuyas hazañas juzgaríamos irrealizables, al no hallarlos en perfecta armonía con las disposiciones de su espíritu y con el ardor de sus corazones caldeados por la caridad divina; las hallamos explicables, al ver que el heroísmo a lo San Francisco Solano es en ellos como un brote espontáneo; y que un gran número de los mismos no se detienen en su carrera de evangelizadores, hasta coronar sus sienes con los laureles del martirio.

El padre Biedma, **el genio de las selvas,** hermanó el espíritu evangélico con el de explorador y geógrafo; y nos dejó un **Diario** descriptivo de los afluentes del Alto Ucayali, muy estimado por el sabio Antonio Raimondi.

En el período que comprende este primer tomo, desde 1619 hasta 1709, se logró un progreso geográfico sorprendente; se exploró casi todo el Huallaga con sus afluen-

tes, se remontó hasta el **divortium aquarum** con el Ucayali, se exploraron las vertientes del Aguaitía, del Pisqui y del Cushiabatay, se llegó a las márgenes del Ucayali en avance desde el Huallaga, se conoció el Perené con sus contribuyentes el Chanchamayo y el Río de la Sal o Paucartambo, se exploró el Pangoa, el Mantaro, el Apurímac y el Pampas, y del Pangoa se avanzó al Tambo y al Ucayali.

No pierde aquel sabor de antigüedad venerable el **tomo segundo** (1709-1787), dedicado principalmente al fundador de Ocopa, el venerable padre Fray Francisco de San José, misionero veterano, que ya venía con gloriosas cicatrices de martir desde Méjico y Centro América, y que sin pecar de exageración debe ser tenido por fiel reflejo de San Francisco Solano, así como fue digno imitador y compañero del grande apóstol, fray Antonio de Jesús Margil.

El austero y amable fundador de Ocopa tuvo la suerte de hacer resurgir las misiones del Cerro de la Sal, del Perené, Gran Pajonal y Huánuco, colocándolas en nivel tan elevado de prosperidad, que han merecido los elogios no interrumpidos de cuantos las han estudiado; pues no solo hizo de las montañas próximas a Huánuco, Tarma y Jauja centros florecientes de vida religiosa, sino que abrió además aquellas comarcas a la agricultura, al movimiento comercial y a la vida civilizada, en derredor de veinticinco pueblos.

El venerable misionero cerró sus ojos a la luz de este mundo, cuando su obra de apóstol había llegado a su apogeo; pero, apenas sus venerandos restos pasaron a descansar en un sepulcro impregnado del perfume de su heroica santidad, surgió un hombre por mil títulos funestos, Juan Santos Atahualpa, mezcla de fatuidad, de presunción, de ridiculez y de cierta cultura, el más apropó-

sito para derrumbar la obra del misionero y sembrar la consternación en sus intrépidos sucesores.

Pocos años bastaron para que la salvaje vegetación de las selvas cubriese aun los últimos restos de aquella civilización llena de encantos.

Los misioneros de Ocopa, en aquella aciaga coyuntura, viendo ocupado por su enemigo el centro de sus operaciones evangélicas, hubieron de emprender trabajos de gran rodeo, volviendo la vista a Huánuco y al Huallaga, cultivando las misiones de Cajamarquilla, penetrando por las abruptas vertientes del Cushiabatay o Manoa, pasando hasta las abiertas playas del Ucayali y el Tambo, avanzando aquí hasta los Cunibos y Piros, y poniéndose en contacto con los mismos Campas, amañados en la escuela del rebelde y más desdeñosos que nunca.

Todas aquellas comarcas quedaron convertidas en pocos años en prósperas conversiones, empezando a cosecharse muy copiosos frutos espirituales. Pero también esta vez, una tempestad vandálica, suscitada por un solo hombre, Runcato, el más favorecido y el más ingrato de los indios, siembra la desolación en aquellas misiones, siendo inmolados todos los ministros del Señor y los cristianos auxiliares, aumentando grandemente con las falanges de mártires de la tierra los gloriosos triunfadores del cielo.

Este tomo segundo hace mención de otras varias inmolaciones de misioneros.

Para representar estas escenas de cruenta gloria, concurrieron al campo de la lucha numerosos atletas, descollando entre ellos, además del Santo Fundador de Ocopa, los padres José de San Antonio, Lorenzo Núñez, Manuel Albarrán, Juan de Dios Frezneda, Francisco de San José, Miguel Salcedo, José Amich, Valentín Arrieta, Francisco Francés, Manuel Gil, &.

El padre Amich, el **matemático perfecto,** el antiguo piloto de la real armada española, puso las bases para

un trabajo de valor geográfico, que debían continuar y perfeccionar posteriormente sus hermanos, midiendo alturas, levantando planos y acopiando datos históricos y topográficos que debían ser muy útiles a la posteridad.

El convento de Ocopa, que ya gozaba de gran renombre en la corte de Madrid, con el caracter de Colegio de Misioneros de Propaganda Fide, contribuyó en esa época a la fundación de dos grandes centros de misioneros, uno en la ciudad de Tarija en Bolivia y otro en la de Chillán en Chile.

El **tercer tomo** va dividido en dos partes: la primera se desenvuelve en torno del padre fray José Amich, en su expedición a la Oceanía (1772-1776) ; y la segunda se refiere al apostólico varón y prodigioso misionero lego, fray Francisco del Pilar, y a sus cooperadores en las misiones de Bolivia (1755-1810).

La expedición a la Oceanía, aprestada en el Callao bajo la dirección del experto virrey Amat y Junient, encomendada al capitán Bonechea, secundada por su culta oficialidad y completada con la cooperación técnica del padre Amich; recuerda las expediciones análogas que habían partido del mismo puerto en épocas anteriores. Honrosa para nuestra Orden, por la parte que en ella tuvieron los nuestros, fue la realizada por el adelantado Alvaro de Mendaña en 1567, por orden de su tío el Gobernador Lope García de Castro, continuada por el capitán don Pedro Fernández de Quiros, por orden del rey Felipe III y con la bendición de Su Santidad, el Papa Clemente Octavo (1).

Por lo que hace a la segunda parte del tomo, dedicado a la santa memoria del misionero fray Francisco del

(1).—Córdova y Salinas, Lib. I, cap. XXXI, pág. 136, ss.

Pilar, hijo del convento de Ocopa, es una prueba palmaria de lo que vale la virtud heroica para las empresas de la gloria de Dios y del bien de las almas; pues este ferviente misionero, con ser lego y hallarse entre hombres eminentes por su saber y por su espíritu religioso, fue sin embargo el alma de las misiones que el Colegio de Tarija promovió en sus comienzos en los territorios a que se extendió su acción evangelizadora.

El tomo cuarto (1778-1794) contiene ocho exploraciones del padre fray Francisco Menendez, desde Chiloé a la zona marítima de los archipiélagos inmediatos, hacia el Sur, y a dos puntos de la Cordillera interoceánica.

Ocopa no solo contribuyó a la fundación de los dos colegios de misioneros de Tarija y Chillán, colegios que luego funcionaron con perfecta autonomía, sin subordinación al de Ocopa; sino que también se hizo cargo de la administración de las misiones de Chiloé, que habían pertenecido a los padres de la Compañía.

Siguiendo las tradiciones de aquellos ilustres misioneros, nuestros padres hicieron en Chiloé prodigios de valor y abnegación; y a la verdad con gran éxito y fortuna. De un modo señalado se hizo notable el padre Menéndez, dotado de las cualidades más eminentes como explorador, uniendo a una salud a toda prueba, para arrostrar mil y mil penalidades, un tacto exquisito para hacerse amar de sus colaboradores, para comunicarles valor y resolución en los momentos críticos e inesperados, para tantear el terreno y evitar con gran prudencia las asechanzas de los indígenas, para doblegar la voluntad de los mismos: sus expediciones fueron tan provechosas como felices y acompañadas de un gran atractivo para los expedicionarios.

Los trabajos del padre Menendez vienen a completar los estudios de Moraleda, su contemporáneo.

El **tomo quinto** (1782-1793) tiene como protagonista al padre fray Pedro González de Agüeros, guardián de Ocopa, notable predicador, escritor de buena pluma y geógrafo experto: fue el padre Agüeros de los más hábiles continuadores del padre Amich, como historiador y geógrafo.

Dicho padre tuvo oportunidad de actuar, no sólo en el Perú, sino también en Chiloé, y así mismo en Madrid, ganando eficazmente las voluntades en aquella corte a favor de nuestras misiones.

En su condición de guardián de Ocopa organizó el padre Agüeros sus misiones con firmeza, poniendo la mira en la conversión de los indígenas y en la civilización de sus comarcas; teniendo también cuidado de que se confeccionaran manuscritos y planos que explicaran y perpetuaran la memoria de lo actuado.

En Chile realizó una labor más vasta aun, trabajando mapas extensivos a la costa peruana y chilena, y reuniendo los materiales para publicar en Madrid la **Descripción Historial de Chiloé.** En Madrid publicó además una buena parte de las obras que había escrito y de los mapas que había trabajado.

El **tomo sexto** (1781-1791) que tiene por actor principal al padre fray Francisco de Villanueva, lleva impreso ese carácter de progreso científico, que se hallaba en boga en los hombres influyentes de España desde los días de Carlos III. En aquella época se hizo mucho caudal de la observación experimental, mayormente en lo que se relaciona con la historia, la geografía, la botánica. el comercio y la extensión de la vida civil, caracterizada esta última por un espíritu práctico y utilitario.

El padre Villanueva poseía para esta contribución progresista cualidades excepcionales, que aparecen so-

bresalientes en sus producciones como escritor y explorador; en todo lo cual tuvo como consejero al padre Sobreviela.

Debe tenerse en cuenta que la labor del padre Villanueva, contenida en este tomo, es parte de un programa muy vasto que se completa con los trabajos de los padres Sobreviela y Girbal, correspondientes a los tomos VII y VIII.

El **tomo séptimo** (1787-1790) lleva el nombre del más afamado de nuestros misioneros, el padre fray Manuel Sobreviela, que tuvo la suerte de obtener éxito ruidoso en todas sus empresas. Contó para ello con la firme voluntad de excelentes cooperadores en sus hermanos de hábito, con el apoyo incondicional en los intendentes, con el aplauso de los virreyes de Lima, con la regia complacencia de los monarcas de la metrópoli, y con las luces de los hombres de ciencia. Fue hombre que supo madurar los proyectos antes de emprenderlos. Los hechos que más glorificaron su nombre fueron sus proyectos y programas de colonización, la apertura de caminos, sus artículos en el **Mercurio Peruano,** publicación a cuyo renombre contribuyó eficazmente y por último el mapa del Oriente, que trabajó con los mayores cuidados que pudo y que produjo tan grata impresión en los hombres de saber, dentro y fuera del Perú.

A mérito de la cooperación prestada por el padre Sobreviela a **El Mercurio Peruano,** fue conocida la geografía del Perú en Londres y París, y fueron estudiados, comentados y publicados los viajes de exploración realizados aquí en aquella época, a la verdad de gran movimiento en la región oriental.

En el **tomo octavo** (1791-1815) hace de portaestandarte el padre fray Narciso Girbal y Barceló, que tiene como auxiliares en sus tareas de gran explorador a fray Juan Dueñas y al padre fray Buenaventura Márquez. Coincide con el padre Girbal otro explorador franciscano, misionero del colegio de Moquegua, el padre fray Ramón Busquets, que encontró aliento y apoyo en el mismo padre Girbal.

Este octavo tomo es de los más interesantes de la obra; pues, aunque el padre Girbal procedió en sus actos de misionero con subordinación a los padres Sobreviela, Colomer, Plaza y Carvallo, Superiores de las misiones; mas, la magnitud de su obra le coloca en un peldaño de gloria especial y característica.

Los virreyes del Perú y sus hombres públicos llegaron a tener una confianza ilimitada en la pericia, abnegación y espíritu de empresa del padre Girbal, en lo referente a asuntos difíciles de la región oriental.

Por otra parte, el radio de acción del padre Girbal fue inmenso, digámoslo así: lo vemos explorando el Marañón y el Ucayali, con fines geográficos para la publicación del mapa del padre Sobreviela; fundando Sarayacu, de imperecedera memoria, como centro el más poderoso que han conocido nuestras misiones; estableciendo con fray Juan Dueñas la importante comunicación del Ucayali con el Huallaga por Santa Catalina y el Chipurana; estudiando varias lagunas y ríos en las riberas del Ucayali, según los deseos del Gobernador de Mainas, don Francisco Requena, y a petición del mismo, para precaver la integridad de las posesiones españolas contra la invasión brasilera o de los portugueses; coadyuvando con el padre Busquets en la exploración del Urubamba y la fundación de Cocabambilla; explorando el Pachitea e intentando restablecer la vía del Pozuzo al Mairo; cooperando con los padres Carvallo, Plaza y Ruiz para comunicar Ocopa con Sarayacu por la vía del Pangoa y Tambo, según

se dirá en el tomo noveno; y en fín, poniendo la mano con acierto y diligencia en todo cuanto ocurría de importante en aquellas montañas en las cuales fue morador en una larga serie de años.

Después de los trabajos geográficos del Padre Girbal, en la última época de su vida de misionero, se pudo reformar y completar el mapa del padre Sobreviela; trabajo llevado a término acertadamente en Lima bajo la dirección del cónsul de Francia, Amadeo Chaumette des Fosées.

No hemos querido negar un puesto en esta historia de nuestras misiones, a la pluma de don Francisco Requena, al célebre gobernador de Mainas, al hombre de ciencia y religión, al autor y consumador del proyecto de agregar aquella provincia al virreinato de Lima, al protector, consejero y amigo de los padres Sobreviela y Girbal y de todos nuestros misioneros de la época; incluimos con gusto sus hermosas páginas de amigo y consejero en la extensa introducción de este tomo octavo, y al final del mismo una carta suya de interés y carácter especial.

En el tomo noveno (1785-1883) empieza el hermoso desfile de los misioneros y exploradores de nuestra época, que corresponden al Perú independiente, los padres Plaza, Carvallo, Ruiz, Castrucci, Cimini, Pallarés, Calvo y Sans; desfile que hace de este tomo noveno un volúmen no menos atrayente que los anteriores; pues se ve a no pocos de ellos, especialmente a los padres Plaza, Cimini y Calvo, revestirse de cierto aire de inusitado heroismo, con abnegación sobrehumana, en expediciones titánicas, dejando en pos de sí ejemplos sublimes, para estímulo de la posteridad.

De suerte, que podemos asegurar sin agravio de nadie, que el padre Calvo abrió en el Perú la era de las ex-

ploraciones útiles o necesarias al desarrollo y progreso de la nación.

El **tomo décimo**, comprende tres piezas históricas distintas: el **Viaje del Padre fray Luis Sabaté a los Campas, Piros, Cunibos y Shipibos,** con algunas páginas del **Viaje del Padre Fray Tomás Hermoso** (1877); **Ojeada sobre la Montaña: serie de artículos publicados por el Rdo. Padre Fray Bernardino Gonzalez,** el año de 1886; **Apuntes de Viaje del R. P. Fray Gabriel Sala: exploración de los ríos Pichis, Pachitea, Alto Ucayali y Gran Pajonal** (1897).

De estos escritos el más meritorio es el del padre Sala, que da cuenta de una expedición espinosa y erizada de dificultades, que el experto misionero realizó a ruegos del Supremo Gobierno del Perú, en los días del progresista y culto Presidente don Nicolás de Piérola; acontecimiento que influyó poderosamente en los sucesos orientales de la nación en los años posteriores.

El tomo undécimo (1852-1897) tiene por objeto referir los esfuerzos que se han llevado a cabo en diversas épocas para la conversión de los Jíbaros. Después de mencionar algunos antecedentes sobre la terca obstinación que caracteriza a aquella orgullosa tribu; aparece el padre Plaza, como obispo de Cuenca, empeñado en reducir a los Jíbaros de Gualaquiza, sin lograr su intento (1852) luego sigue la **Descripción Epistolar** de los misioneros fray José Vidal y fray Luis Torra, sobre otro intento de conversión de los mismos Jíbaros (1892-1897).

El **tomo duodécimo** (1883-1921), encabezado por el padre Sala, prefecto de misiones, se refiere a hechos de actualidad y a misioneros que aun viven o hace poco que han recibido en la otra vida el galardón de sus obras. La narración reviste no menos interés que en los tomos an-

teriores, debido a una razón evidente, la lucha: la lucha con la fiera naturaleza y la lucha con la condición indomable del indio, y no menos con la irreligiosidad de los que profesan ser cristianos y no lo son en la práctica. Esta lucha generosa habla hoy tan elocuentemente como en los siglos anteriores a favor del abnegado misionero.

En la fecha las misiones franciscanas se circunscriben a la Prefectura Apostólica de San Francisco del Ucayali, comprendiendo con este nombre las regiones de Chanchamayo, Perené, Pangoa, Apurímac, Tambo y Ucayali; y el cuidado de las misiones corre por cuenta de la Provincia toda de San Francisco Solano, tan extendida en el Perú.

Los tomos décimo tercero y décimo cuarto son reimpresiones del **Vocabulario Castellano-Quechua-Pano, con sus respectivas Gramáticas Quechua y Pana por el Rdo. P. Fr. Manuel Navarro** (1903); del **Diccionario, Gramática y Catecismo Castellano, Amueixa y Campa** por el R. P. Fr. Gabriel Sala (1908); y del **Vocabulario Castellano-Shipibo y Elementos de Gramática Shipiba: Vocabulario Castellano Piro,** por el M. R. P. ex-Prefecto Fr. Agustín Alemany.

La lengua pana o seteva fue cultivada por nuestros misioneros desde la fundación de Sarayacu, con elementos de esta tribu; el Campa y el Amuesha han debido cultivarse por ser las lenguas de las tribus colindantes con las ciudades de Jauja, Tarma y Huánuco; y en cuanto a las lenguas shipiba y pira, el padre Alemany pudo hacerse con sus elementos, que recogidos cuidadosamente forman una pequeña colección muy estimable.

Aunque la relación que ofrezco a los lectores se extiende a catorce tomos, pero no va hecha al por menor y minuciosamente: más bien es sucinta y coartada, espe-

cialmente en los últimos volúmenes; prescinde no pocas veces de los datos biográficos de los personajes que intervienen en la misma, y no se tiene intención de dar bulto a los acontecimientos.

Los datos que se consignan, pueden servir de guía a los que emprendan el estudio minucioso y monográfico; empero no son un trabajo paciente y acabado, ni aun de los misioneros de mayor figuración que aparecen en estas páginas.

Así como se ha procurado que los numerosos mapas que lleva la obra, exhiban con claridad el escenario en que actúan los misioneros; así también los grabados, al mismo tiempo que amenizan la leyenda, ofrecen generalmente un objeto de valor histórico e instructivo, ora de antigüedades peruanas, ora de botánica o zoología regional.

Siguiendo la corriente de los escritores nacionales del Perú, de agregar el nombre científico y de clasificación a los ejemplares de botánica o zoología, sin duda con el laudable fin de vulgarizar los conocimientos científicos; he adoptado el mismo método, aunque yo no he profundizado en dichos conocimientos.

Se comprende que al consignar estas páginas con la ingenuidad que debe acompañar a una pluma religiosa, no se ha tenido más finalidad que la propia y nativa de la misma narración histórica, que acompañada del justo elogio de los virtuosos varones descritos en ella, da lugar a la ilustración y edificación de los lectores, mediante el conocimiento de hechos tan esclarecidos.

Puede decirse también que en estas páginas lucen de suyo los hechos de los misioneros veteranos, como lecciones para los noveles que han de sobrevenir.

Pero, además de eso, debo confesar que la corriente misma de los sucesos ha conducido aquí a la pluma al te-

rreno de la geografía; y no puede menos de reconocerse que esta relación es sustancialmente geográfica. Es imposible narrar lo actuado por nuestros misioneros en la región de las montañas del Perú, sin consignar al propio tiempo una hermosa página descriptiva de lugares, caminos, ríos, tribus, lenguas, religión, usos y costumbres: sobre todo, es elemento imprescindible en el genuíno misionero el viaje y la exploración.

De ahí que obligadamente se haya convertido la historia en descripción geográfica; lo cual se ha verificado con cierta extensión, ramificándose ella al tocar puntos de industria, agricultura, etnografía, &.

Otro tanto sucede en este relato con la profilaxia y la higiene, de los cuales no se puede prescindir sin dejar manca la narración.

Por lo que hace al esclarecimiento de algunos sucesos internacionales, señaladamente el litigio de límites con la vecina República del Ecuador; estas páginas arrojan clarísima luz sobre no pocos de los puntos controvertidos; y los tomos séptimo, octavo, noveno y décimo tercero pueden considerarse como poderosos auxiliares en esta materia.

Con lo expuesto creo haber orientado suficientemente al amable lector, para que pueda leer sin tropiezo estos libros; y paso luego a consignar las fuentes de esta historia, empezando por la visita hecha al Archivo General de Indias.

MI VISITA AL ARCHIVO GENERAL DE INDIAS DE SEVILLA

ESTA visita al sólido y vetusto palacio del Archivo General de Indias de Sevilla se realizó en 1915. Instalado en el salón de trabajo, con un asiento y una mesita que me corresponderían mientras durasen mis labores, me fue presentado un índice general de los documentos que contiene el Archivo; y recorriendo sus páginas, llegué a una sección que decía: **Audiencia de Lima**, y bajo este rubro hallé los epígrafes: Eclesiástico, Misiones, Obispados de Mainas, &.

Esto me fue suficiente para empezar mis pedidos al amable empleado del Archivo a quien tocaba atenderme. He aquí el resultado de mis investigaciones que consignaré por el orden que llegaron a mi mesita de trabajo:

Estante 115: Es el estante cuyos cajones encierran mayor número de documentos relacionados con mi historia, y de él son la mayor parte de los documentos que poseo procedentes del Archivo.

Cajón 6, legajo 23 (del dicho estante 115): Contiene una serie interminable de expedientes y resoluciones del Consejo de Indias relativos al Obispado de Mainas; presentación del licenciado Mantilla para su primer Obispo; nombramiento y aceptación de Rangel; estractos de sus visitas pastorales, exposiciones, planes, estado de las industrias, censo de la población, revoluciones, levantamiento de Jeveros y designación de Loreto para capital; luminosos informes de don Francisco Requena, &.

En el mismo estante, cajón y legajo se hallan varios decretos sobre la expulsión de los Jesuitas, sobre la gobernación de Quijos y determinación del gobierno de las misiones; informes de los padres Colomer y Girbal sobre las necesidades de Mainas; informes sobre la autoridad de los prefectos de Misiones, &.

Allí mismo se halla el siguiente material histórico, cuyo hallazgo causó a mi espíritu una sorpresa y satisfacción sin límites:

Diarios del viaje del P. Narciso Girbal y Barceló (1791).

Relación del segundo viaje de los PP. Misioneros de Ocopa . . . (1792).

Noticias interesantes a la Religión y al Estado, escritas desde Manoa . . . (1792).

Allí también se encuentran documentos históricos de valor firmados por el padre Alvarez de Villanueva, como asimismo las exposiciones lastimeras y poco verídicas del Gobernador Diego Calvo.

Estante 115, Cajón 7, legajo 21: Expediente sobre colectación de Misioneros de Ocopa, &. Contiene referencias a las misiones de Ocapa, suscritas por los padres Agüeros y Villanueva, y asimismo razón de las disensiones que hubo. Contiene también una exposición descriptiva que hace el padre Bernardo Giménez de Bejarano.

Estante 115, Cajón 7, legajo 22: Este legajo casi se compone de Diarios de nuestros misioneros, hermosas piezas históricas, que causan gratísima impresión al investigador.

Un cuaderno voluminoso dice: **Diario** hecho en el presente año de 1788 por el P. Fr. Francisco Alvarez de Villanueva . . . a las misiones de Huánuco y Cajamarquilla . . .

Otro cuaderno también voluminoso: **Diario** del viaje hecho por el R. P. Guardián de Ocopa Fr. Manuel Sobreviela a las fronteras . . . 1788. Este Diario va acompañado con un dibujo de indios y un mapa.

Luego sigue otro Diario del P. Sobreviela que empieza en 1787 y lleva también adjunto un mapa.

Todos estos Diarios son oficiales y les acompaña el respectivo testimonio de virrey.

El voluminoso cuaderno que sigue con la numeración 130 contiene preciosos Diarios y narraciones relativas a Monobamba, Vitoc, &. con firmas de varios misioneros; cuyas producciones, asi como los Diarios que hemos mencionado y mencionaremos en adelante, van insertos en nuestra obra con sus títulos cabales.

El legajo encierra también un cuaderno impreso que hace relación de los progresos de las Misiones de Jauja, Cajamarquilla, &.

Un Memorial apadrinado por el padre Agüeros contiene de-

claraciones de valor histórico sobre las misiones con la firma del padre Joaquín Soler y otros religiosos; y luego hay relaciones análogas de los padres Bejarano, Gallardo, &.

Estante 115, cajón 7, legajo 24: Contiene entre otros documentos manuscritos e impresos, un **Diario** de la Visita que el padre Fr. Agustín Sobreviela (hermano del padre Manuel) hizo a las Conversiones de Huanta y Huamanga (1790); lo mismo que el **Diario** que formó el padre Tadeo Giles de lo acaecido en la fundación de Quiemperic (1791); a que sigue una Relación del Estado de las Misiones por el padre Alvarez de Villanueva.

Incluye también un **Diario** en que se refiere lo acaecido en Cajamarquilla y Huallaga hasta el Marañón, Pampas del Sacramento, &. por el padre Sobreviela (1790), lo mismo que el **Diario** del padre Girbal del año 1791.

Estante 115, cajón 7, legajo 19: Contiene papeles relativos a las misiones de Tarija y Moquegua; noticias de las misiones de Chiloé, con informes del padre Agüeros y el **Diario** que formó don José Rius de la Compañía de la Real Artillería del fuerte de San Carlos y comandante de la expedición al Puerto de Pingüe Ana, &.

Allí mismo existen dos **Diarios** oficiales del padre fray Francisco Menéndez.

Hay también papeles relativos a San Miguel de los Cunivos y al misionero padre Salcedo.

Lo mismo una estimable narración del padre fray Pedro de Agüeros con el título de: Estado de las Misiones del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa (1787).

Estante 115: cajón 7, legajo 20: Gestiones del padre La Sala y del padre Gil para surtir de religiosos el Colegio de Ocopa.

Estante 112, cajón 4, legajo 11: Documentación referente al descubrimiento de las islas David o San Carlos, 1771-1788. Instrucción que se da por el virrey del Perú Manuel de Amat a los PP. Predicadores Apostólicos Amich y Bonamó destinados a la expedición de Otahiti en Oceanía, en la nave del capitán de fragata don Domingo Bonechea (1781).

Instrucción análoga al capitán mencionado.

Relación de la navegación que ha ejecutado el capitán don Domingo Bonechea para la colonización cristiana del archipiélago de Otahiti, 1772.

Correspondencia entre los misioneros Clota y Gonzalez con Cayetano de Langara.

El P. Fr. Hilario Martinez pide pasar a Otahiti

Estante 130: cajón 1, legajo 27: Audiencia de Chile: Eclesiástico: Papeles referentes a la fundación de un Colegio de Misioneros en Castro, capital de Chiloé, 1817.

Estante 115: cajón 7, legajo 8: Audiencia de Lima: Separación de los Regulares de los curatos de América: 1746-1760. Capítulo de la Provincia de los XII Apóstoles en 1755. Extensión de esta Provincia y gran número de sus religiosos.

Estante 154, cajón 1, legajo 19: Indiferente General: Eclesiástico: Reales Ordenes y Cédulas sobre religiosos: hay cuatro páginas que se refieren al padre fray Gregorio Bolívar y compañeros 1617-1643.

Estante 154, cajón 1, legajo 19: Indiferente General: Eclesiástico Ignacio Irarraga (1664).

Esta visita al Archivo y mi labor de apuntaciones no duró sino quince días, al cabo de los cuales, habiendo de venir al Perú por obligaciones de mi cargo, alcé la mano de una investigación que me resultaba tan provechosa como amena; esta circunstancia me servirá de alguna escusa de los descuidos que se hayan deslizado en la serie de los apuntes que dejo consignados. Los documentos fueron copiados después diligentemente por el padre fray Leonardo Díaz, perfecto conocedor de nuestras montañas orientales, como misionero de infieles durante muchos años.

FUENTES DE ESTA HISTORIA

1587: **Gonzaga.**—De Origine Seraphicae Religionis: Rvmo. Padre Francisco Gonzaga.

1621: **Arriaga.**—Extirpación de la idolatría del Perú, dirigido al Rey N. S. en su Real Consejo de Indias por el padre Pablo José de Arriaga de la Compañía de Jesús: tomo primero, segunda parte, de la Colección de los señores Urteaga y Romero.—En su último capítulo, que es vigésimo, cita la entrada que hizo con notable éxito a los Chunchos por Chuquiabo el padre Gregorio Bolívar y sus compañeros, de la Orden Seráfica.

1633: **Leat.**—Novus Orbis, seu Descriptionis Indiae Occidentalis Libri XVIII, auctore Joanne Laet.

1646: **Ovalle.**—Histórica Relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús: A nuestro Señor Jesucristo, Dios Hombre, y a la Santísima Virgen y Madre María Señora del cielo y de la tierra y a los Santos José, Joaquín y Ana, sus padres: Alonso de Ovalle, de la Compañía de Jesús, natural de Santiago de Chile, y su Procurador a Roma: reimpresa con una introducción biográfica y algunas notas por J. T. Medina.

1646: **Maldonado.**—Relación del primer descubrimiento del río de las Amazonas, por otro nombre del Marañón, hecho por la Religión de nuestro Padre San Francisco por medio de los Religiosos de la Provincia de San Francisco de Quito.—La hace el padre Fr. Joseph Maldonado, en Madrid.—El padre Maldonado era a la sazón Comisario General de Indias: era hijo del que fué Capitán General, Gobernador de Quijos, fundador de Sevilla del oro, don José Villomar y Maldonado.

1651: **Córdova y Salinas.**—Crónica Franciscana de las Provincias del Perú (Perú, Paraguay, Rio de la Plata, Charcas, Quito, Tucumán, Caracas, &).—La narración del padre Córdova, aunque ingenua, se halla nutridamente documentada y consigna hechos averiguados con detención, muchos de ellos en forma auténtica y

con procedimientos procesales. No se puede negar que en el gran imperio español de Isabel, Carlos V y Felipe II se habían puesto en práctica tramitaciones civiles y eclesiásticas de una urdimbre ciertamente complicada, pero muy útil y conducente a los fines de la narración fehaciente. De conformidad con lo que decimos, el padre Córdova, con la investidura de notario eclesiástico, tomó un gran número de declaraciones, para dejar bien sentada la relación de su Crónica y la fama de virtud y santidad de las personas elogiadas en ella. Y por lo que hace al primer tomo de nuestra historia, el padre Córdova es quien suministra su base en lo referente a las misiones de Panatahuas y a las primeras del Cerro de la Sal. Mendiburu en su Diccionario reconoce como fruto de su pluma las obras siguientes: Teatro de la Iglesia de Lima, Monarquía de Lima, Vida de San Francisco Solano, Servicio de los Religiosos en las conquistas espirituales, sus acciones memorables, &.; y esta nómina coincide con la cita que se hace el mismo padre Córdova en la Crónica, L. VI, pág. 572.

1665: **Mendoza.**—Crónica de la Provincia Franciscana de Charcas, por Fray Diego de Mendoza.

1671: Constituciones Provinciales de la Provincia de los XII Apóstoles, Lima.

1675: **Gutiérrez.**—Información que dió el Bachiller Don Ignacio Gutiérrez, Presbítero en orden a lo que a trabajado catorce años a, por la conversión de Indios y fieles, del Cerro de la Sal, Amajes, y otros parajes, en que se allarán una carta original y una licencia del Arzobispo de Lima (Biblioteca de Santo Domingo, Documentos Históricos, I, Angulo).—Esta es la información que dió margen a la anexión de Quimiri a la parroquia de Huancabamba y al retiro del padre fray Alonso de Robles de las misiones del Cerro de la Sal, no sin profundo desagrado de este celoso misionero.

1684: **Rodríguez.**—El Marañón y Amazonas: Historia de los descubrimientos, entradas y reducción de naciones: trabajos malogrados de algunos conquistadores, y dichosos de otros, asi temporales como espirituales, en las dilatadas montañas y mayores rios de América: escrita por el Padre Manuel Rodríguez de la Compañía de Jesús, Procurador General de las Provincias de Indias en la corte de Madrid.

1686: Autos que se han seguido en el Gobierno y Acuerdo de Justicia de la ciudad de los Reyes sobre las jurisdicciones y linderos de las conversiones que tienen las dos Religiones de Nuestro Pa-

dre San Francisco y la Compañía de Jesús, la primera por la Provincia de Quito en los Maynas, Gran Cocama y Amazonas y la otra por la de Lima a Andamarca . . . Años 1686-1694. Lleva anexos un mapa del rio Marañón dando preferencia a los afluentes meridionales, por don Juan López de Vardales y Herrera, Gobernador de Lamas; y otro muy importante mapa del Marañón con sus afluentes septentrionales, trazado por el licenciado Antonio García Suárez, cura de Santiago de las Montañas: ambos mapas fechados en 1686 (Cita de don Luis Ulloa).

1687: **Basabil.**—Información dada al general Don Alonso de la Cueva Messia, Corregidor y Justicia Mayor de la Provincia de Tarma y Chinchicocha y su jurisdicción por su Majestad, a pedimento del M. R. P. Predicador Fray Rodrígo Basabil del Orden del Señor San Francisco, sobre inquirir el mejor camino que se supiere para la entrada al Cerro de la Sal y Montaña de los Andes, ante Joseph de Roxas, escribano de su Majestad (Publicada en la revista Archivo de la Biblioteca Nacional).

1707: **Frits.**—Del Gran rio Marañón, con las misiones de la Compañía, por el padre Samuel Frits, S. J.

1716: **De San José.**—Informe hecho por el V. Padre Fr. Francisco de San Joseph al Rmo. P. Fr. Joseph Sanz, Comisario General de Indias, de las Misiones de Infieles en el Cerro de la Sal, con noticias muy singulares, para gloria de Dios nuestro Señor, y crédito de nuestra seráfica Religión (Arch. Gen. de Ind. Aud. de Lima, Eco. 72, 2, 31).

1723: **Torquemada.**—Monarquía Indiana por el P. Fr. Juan de Torquemada, ministro Provincial de la Provincia del Santo Evangelio.

1726: **Herrera.**—Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, por Antonio Herrera, Cronista Mayor de Su Magestad.

1747: **De San Antonio.**—Relación lastimosa de las cruelísimas muertes que dieron los apóstatas y Gentiles de varias Naciones a los Padres Misioneros Apostólicos del Colegio de Misiones de Ocopa y Provincia de los Doce Apóstoles de Lima en el Reyno del Perú, por el P. Fr. Joseph de San Antonio,

1747:—**La Condamine.**—Relatión Abregée d' un voyage fait dans l' interieur de la Amerique Meridionale, París.

1748: **Juan Ulloa.**—Relación histórica del viaje a la América Meridional hecho de orden de S. Mag. para medir algunos grados de Meridiano terrestre y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la tierra, con otras varias observaciones astronómicas y phisicas. por Jorge Juan, correspondiente

de la real Academia de París, y Antonio Ulloa, de la Real Sociedad de Londres.—La Condamine, Borguer, Jorje Juan y Ulloa formaron la sabia comisión franco-española para medir el meridiano en el Ecuador y deducir el valor de los grados territoriales y la figura de la tierra. Las obras que estos publicaron después de coronada su misión, abundan en datos y noticias históricas muy apreciables.

1751: **La Condamine.**—Diario de Viaje hecho al Ecuador por orden del rey, por don Carlos de La Condamine.

1750: **De San José.**—Colección de informes sobre las Misiones de Santa Rosa de Ocopa, por el P. Fr. Joseph de San Antonio.—Dichos informes se hallan impresos, si bien los ejemplares son muy raros. Su copia oficial existe en el Archivo General de Sevilla. El padre fray José de San Antonio los compiló como **Memorial** para influir en el ánimo del rey católico, a fin de que remitiese mas obreros evangélicos a las misiones de Ocopa.

1755: Tabla Capitular de la Provincia de los XII Apóstoles.—Arch. de Ind. 115, 7, 8.

1756: **Torrubia.**—Crónica de la Religión de N. P. S. Francisco por el P. Fr. Juan de Torrubia

1757-1758: Real Cédula y Bula Pontificia de la erección del Colegio de Misioneros de Ocopa

1766: **Gil.**—Relación del Estado de las Misiones del Manoa, por el P. Comisario de Misiones Fr. Manuel Gil.

1767: **De San José.**—Viaje a Manoa que en este año de 1767 hicieron los PP. Fr. Manuel Gil, comisario de las Misiones Seráficas; Fr. Valentín Arrieta Misionero Apostólico; y Fr. Francisco de San Joseph guardián del colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa del Orden de N. P. S. Francisco. (Manuscrito de San Luis de Shuaro).

1773: **Bueno**—Descripción le todas las Provincias del Perú, alto y bajo, de las de Chile, Paraguay, Argentina, con noticias estadísticas por Cosme Bueno.—El aragonés don Cosme Bueno fue doctorado en San Marcos de Lima, fue catedrático de esta universidad, cosmógrafo del reino, etc. Don Cosme es considerado justamente como uno de los hombres más sabios de Sud-América en la postrera época del coloniaje, pues ya en vida disfrutó de fama mundial y sus trabajos eran aceptados en los renombrados centros científicos de Europa.

1774: **Rodríguez Tena.**—Introducción al Aparato de la Crónica de la Santa Provincia de los Doce Apóstoles de la Religión de N. P. San Francisco de Asís (manuscrito), por el P. Fernando Ro-

dríguez Tena.—El padre minorita fray José María Bottaro ha cuidado de que se editen en Méjico algunas secciones de estos voluminosos manuscritos. El doctor don José de Riva Agüero, en la obra que citamos en esta nómina, hace de Rodríguez Tena un juicio bastante desfavorable, tomando nota del desórden e incoherencia con que el autor aglomera las noticias; en cambio, Raimondi anunció esta obra con aprecio y don Luis Ulloa y otros la citan como documentación fehaciente y producción estimable.

1786: **Alcedo.**—Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América: es a saber: de los Reynos del Perú, Nueva España, Tierra Firme, Chile y Nuevo Reyno de Granada, con la descripción de sus Provincias, Naciones, Ciudades, Villas, Pueblos, Ríos, Montes, Costas, Puertos, Islas, Arzobispados, Obispados, Corregimientos y Fortalezas, Frutos y Producciones; con expresión de sus Descubridores, conquistadores, y Fundadores; Conventos y Religiones: creación de sus catedrales y Obispos que ha habido en ellas: y noticia de los sucesos mas notables de varios lugares: incendios, terremotos, sitios, e invasiones que han experimentado: y hombres ilustres que han producido. Escrito por el coronel D. Antonio de Alcedo, capitán de Reales Guardias Españolas. Madrid.

1786: **González de Agüeros.**—Colección General de las Expediciones practicadas por los Religiosos Misioneros del Orden de San Francisco, del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Santa María de Ocopa, situado en el Reyno del Perú, Arzobispado de Lima, y Provincia de Jauja, solicitando la conversión de los gentiles: con descripción geográfica de la situación de aquel Colegio y sus Misiones; y se expresan también los Religiosos que han muerto a manos de los Infieles por tan santa obra. Dedicada a Nuestro Católico Monarca (que Dios guarde) Don Carlos Tercero en su Real y Supremo Consejo de Indias. Fr. Pedro González de Agüeros, de la Provincia de la Concepción, en Castilla la Vieja, Predicador General Apco, Ex-Guardián del citado Colegio y su Procurador en esta Corte de Madrid: a nombre de aquel gremio de Misioneros. Año de 1786 (En la Academia de la Historia de Madrid).

1787: Libro de Incorporaciones y Desincorporaciones, necrologías y apuntes biográficos. Archivo de Ocopa: manuscrito.

1791: **González de Agüeros.**—Diario de la expedición que el Piloto Don Francisco Machado hizo desde el Puerto de San Antonio de

Chacao, en la Provincia de Chiloé, para reconocer los Archipiélagos de Guaitecas y Guayaneco, por orden del Gobernador que entonces era de aquella Provincia Don Carlos de Beranger (1769), Madrid, MDCCXCI.

1791: **González de Agüeros.**—Estracto de la expedición que los Padres Fr. Benito Marín y Fr. Julián Real, Misioneros del Colegio de Ocopa, y destinados a las Misiones del Archipiélago de Chiloé, hicieron a últimos del año de 1778, y principios del de 1779, a los Archipiélagos de Guaitecas y Guayaneco, al Sud de aquella Provincia, en solicitud de los Indios Gentiles: siendo Gobernador del Archipiélago Don Tomás de Jáuregui, y Presidente de aquellas Misiones el Padre Predicador misionero Apostólico Fr. Juan Bautista Periano.—Madrid, MDCCXCI.

1791: **González de Agüeros.**—Descripción Histórica de la Provincia y Archipiélago de Chiloé en el Reyno de Chile y Obispado de la Concepción: dedicada a nuestro Católico Monarca Don Carlos IV (que Dios guarde): por el padre Fr. Pedro González de Agüeros, de la Regular Observancia de nuestro Padre San Francisco, de la Provincia de la Purísima Concepción en Castilla la Vieja, Predicador General Apostólico. ex-Guardián del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Santa María de Ocopa en el Perú, y Arzobispado de Lima, y su Procurador en esta Corte de Madrid. Año de MDCCXCI.—Va acompañado de un buen mapa de Chiloé que lleva el siguiente título: Mapa de la Provincia y Archipiélago de Chiloé, en el Reyno de Chile, Obispado de la Concepción: formado por el Padre Fr. Pedro González de Agüeros, del Orden de San Francisco, ex-Guardián del Colegio de Ocopa en el Perú, Arzobispado de Lima y dedicado a N. Católico Monarca Don Carlos IV.—Esta obra ha sido muy buscada últimamente por los eruditos, por rara, curiosa y de no escaso valor histórico por referirse a una época colonial de España, envuelta en cierto misterio y no exenta de temores en punto a descripciones coloniales, que podían ser aprovechadas por sus enemigos. El erudito escritor chileno don Toribio Medina hace un discreto juicio crítico de esta producción del padre Agüeros. En 1809, según da razón don Carlos Prince, se publicó en Londres la obra del abate Molina, titulado **Saggio sulla Storia Naturale del Chilí**, con un apéndice en que se extracta la Descripción Historial de que hablamos.

1791: **González de Agüeros.**—Noticias prácticas e individuales de las Islas nombradas vulgarmente de Otahití, situadas en el mar del Sud, o Pacífico. Estracto de la Expedición que en el año de 1774

se hizo desde el Puerto del Callao de Lima a las Islas de Otahití, conduciendo a ellas a los Religiosos Misioneros de N. Padre San Francisco (el Padre Fr. Joseph Amich, Piloto que fue de la Real Armada, y el padre Fr. Juan Bonamó), para que procurasen la reducción de aquella Gentilidad. Estracto de lo que experimentaron los Religiosos Misioneros Fr. Gerónimo Clota y Fr. Narciso Gonzalez en los Indios Gentiles de la Isla de Otahití, e inmediatas, desde el 28 de Enero de 1775, en que se situaron en ella, hasta el 12 de Noviembre del mismo año, que se retiraron para el Puerto del Callao de Lima, según consta del Diario que entregaron al Excelentísimo Virrey del Perú.—Madrid, MDCCXCI.

1792: Requena.—Informes al Rey, Cartas al Padre Sobreviela, &. por Francisco Requena.

1795: Márquez.—Vocabulario de los idiomas índicos conocidos por Cunibos y Panos o Setebos, por el R. P. Predicador Apostólico Fr. Buenaventura Márquez. (Este trabajo del padre Márquez no ha llegado a mis manos).

1799: El Viajero Universal o Noticia del Mundo, Antíguo y Nuevo, de los mejores viajeros. Madrid.

1802.—Paz Soldán.—Geografía del Perú, obra póstuma de D. Mateo Paz Soldán, París.

1806: Zurita.—Lista de los Religiosos asignados para los pueblos de las Misiones pertenecientes a la Provincia de Mainas encargadas a este Colegio de Santa Rosa de Ocopa, firmada por el padre Fr. Gerónimo Zurita, Guardián.

1808: Urrutia y las Casas.—Informe sobre las ventajas que resultan de la apertura del camino y comunicación por el Chanchamayo, presentado al Virrey del Perú en 1808.—Mucho ha contribuído a la celebridad de este folleto la oportunidad en que fue escrito y más tarde publicado, es decir, en circunstancias en que vivamente se ansiaba un acceso fácil y permanente de la costa al Oriente peruano. Sus páginas están escritas con visible apasionamiento; pero tienen la ventaja de suministrar un buen número de datos sobre el punto ventilado. No deja de ser al mismo tiempo este escrito un homenaje rendido a los misioneros franciscanos, de cuya labor apostólica ha dependido durante muchos años la suerte próspera o adversa del valle de Chanchamayo.

1809: John Skinner-Henry.—Voyages au Perou, faits dans les anées 1791 et 1794 par les PP. Manuel Sobreviela et Narciso Girbal v

Barceló, publies a Londes en 1805 por Jhon Skinner, d' apres l' original spagnol; traduits par P. F. Henry; Paris.

1814: **Carvallo.**—Diario del reconocimiento que hizo el P. Guardián del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa Fr. Alonso Carvallo, de la Montaña de Sonomoro por la vía de Andamarca en el mes de julio de 1804. Este documento hace parte de un manuscrito titulado: Expediente sobre las expediciones de 1814 1815 por Andamarca al reconocimiento de las Montañas Peruanas (Anotación de Raimondi).

1814: **Ruiz.**—Diario del Viaje que hizo el P. Ruiz con el hermano Víctor a la Montaña de Sonomoro, de orden del R. P. Guardián del Colegio de Ocopa en 1814.

1814: **Rangel y Fayas.**—Censo de la Provincia de Maynas según las observaciones del Iltmo. Dr. Fr. Hipólito Antonio Rangel y Fayas, primer Obispo de Maynas.

1816: **Ruiz.**—Exploración del rio Tambo por el padre Fr. Manuel Plaza. Diario de la Expedición redactado por el padre Fr. Diego Ruiz. (Véase Raimondi, T. III, págs. 45 a 49).

1816: **Prieto.**—Expediente cursado en Cuenca y enviado al Consejo de Indias por el Obispo de esa Diócesis sobre tentativas del P. Fr. Antonio José Prieto, misionero de Ocopa y cura de Canelos, para descubrir por la vía de Gualaquiza la antígua cuidad de Logroño. Años 1816 a 1820. El expediente comprende un Diario, y varios informes, descripción, &. (Arch. Gen. de Ind. Aud. de Quito 127, 3, 15.)

1819: **Carvallo.**—Misiones del Ucayali. Informe que manifiesta sus progresos desde el año de 1791 en que se dió principio a su restauración, y el estado en que se hallan, con un mapa del verdadero curso de este rio, según las observaciones hechas en estos últimos años. Noticia cronológica de la fundación de cada pueblo de estas Misiones, presentada al Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia de Indias, por el P. Fr. Buenaventura Bestard, en Madrid, el 21 de Noviembre de 1819. Su autor fray Pablo Alonso Carvallo, Pref. y Comisario de Misión. Arch. Gen. de Ind. Aud. de Lima, 112, 3, 10.

1820 1822:—**Lezeta.**—Breve Noticia del Estado de las Misiones de Manoa en la Pampa del Sacramento, sus progresos y adelantamientos, con un discurso cronológico de sus naciones bárbaras, rios, costumbres, y el estado en que se hallaban en el año de 1820, escrita por el Rdo. Padre Fray Gerónimo de Lezeta, Misionero Apostólico del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa, quien la dedica al Iltmo. Señor Dr. Dn. Jorge de

Benavente, distinguido Arzobispo de Lima.—Este documento existe original en el Archivo del Arzobispado de Lima: su contenido en lo sustancial es copia y calco del **Informe** del padre Carvallo incluído en esta lista; la ampliación lleva una introducción históricamente inexacta y casi toda ella adolece de ligereza y poco peso, aunque va acompañada de sinceridad.

1824: **Juan-Ulloa-Barry.**—Noticias secretas de América por Jorge Juan y Antonio Ulloa, publicadas por David Barry, Londres.

1826: Descripción de las Misiones del rio Ucayali publicada por el periódico "El Peruano".

1834: **Beltrán.**—Diario de viaje hecho el año de 1834 para reconocer los ríos Ucayali y Pachitea, por Pedro Beltrán.—No pudo la Expedición reconocer el Pachitea, pero sí en cambio el Huallaga cuyo sistema fluvial describió al por menor. La expedición se componía de los señores Smith, Lowe, Beltrán y Azcárate. El padre Plaza contribuyó a los propósitos de esta expedición.

1836: **Poeppieg.**—Reise in Chile, Perú and dem Amazonens trome wahrend der Jahren, Leipzig.

2842: **Ruiz.**—Relación de la visita practicada en los territorios de la Diócesis de Mainas por su Obispo el doctor José María Arriaga, escrita por el presbítero don Pedro Ruiz.

1843: **Vasquez Caicedo.**—Descripción de la Provincia de Mainas por el Gobernador General de las Misiones don Pedro Pablo Vasquez Caicedo, Lima.—Esta Descripción va en armonía con las noticias consignadas por el padre Castrucci, misionero y párroco contemporáneo; y ambos documentos prueban que aquellas lejanas regiones se hallaban bajo la administración plena y pacífica del Perú.

1844: **Córdova y Urrutia.**—Las tres épocas del Perú, compendio de su historia, por José María Córdova y Urrutia. (Docum. Lit. de Odriozola, T. V.)

1844: **Ijurra.**—Resúmen de los viajes a las Montañas de Mainas, Chachapoyas y Pará, por Manuel Ijurra, presentado y dedicado al Excmo. Señor don Ramón Castilla, presidente del Perú, Lima 1844-1845.—En esta narración, además de lo difuso, don Luis Ulloa encuentra graves errores.

1845: **Castrucci Vernazza.**—Viaje del párroco de Andoas fray Manuel Castrucci Vernazza a los territorios habitados por los Záparos y Jíbaros en los rios Pastaza, Napo y Bobonaza.

1845: **Vásquez Caicedo.**—Estado que demuestra las funciones civiles, eclesiásticas y militares de la Provincia de Mainas, formado por su sub-prefecto Pedro Pablo Vasquez Caicedo.

1845: Biografía del P. Fr. Manuel Plaza, en el periódico "El Comercio", día 29 de mayo.

1846: Mellado.—Diccionario Universal por don Francisco de Paula Mellado, Madrid.

1848: Bovo de Revello.—Brillante porvenir del Cuzco o exposición de las esperanzas de engrandecimiento de este departamento, &., por el P. Fr. Julián Bovo de Revello.—Pueden verse en el tomo tercero de la obra de Raimondi los elogios tributados por este sabio al preclaro y emprendedor misionero Revello

1850: Castelnau.—Expedición a las partes centrales de la América del Sur, Paris.

1850.—Taurel.—Colección de obras selectas del clero contemporáneo del Perú, con biografía de los autores y varios documentos interesantes sobre el estado actual de la Santa Iglesia del Perú: recogida y ordenada por R. M. Taurel, miembro del Instituto Histórico de Francia, de la Academia Romana, &

1850: Lafuente.—Historia General de España, por Modesto Lafuente.

1852: Plaza.—Viaje de exploración desde Cuenca a Gualaquiza del Iltmo. Obispo de la Diócesis P. Fr. Manuel Plaza.

1854: Amich-Mussani.—Compendio Histórico de los trabajos, fatigas, sudores y muertes que los ministros evangélicos de la Seráfica Religión han padecido por la conversión de las almas de los gentiles en las Montañas de los Andes, pertenecientes a las provincias del Perú, dedicado al seráfico doctor San Buenaventura, escrito por el Padre Fr. José Amich, predicador apostólico y escritor del Colegio Seráfico de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa. Van enseguida Noticias Históricas sobre las misiones de la República de Bolivia por el P. Ceferino Mussani, mínimo observante. París, Librería de Rosa y Bouret.—El Compendio Histórico del padre Amich, preciosa relación cuyas últimas páginas escribía el autor en 1768, es el fundamento de una larga serie de acontecimientos consignados en nuestra Historia, que por otra parte guardan perfecta armonía con los documentos correlativos.

1855: Solano.—Elogio fúnebre del Iltmo. y Rmo. P. Manuel Plaza (Quito, 1855), por el P. Fr. Vicente Solano.

1857: Civezza.—Storia Universale delle Missioni Francescane, dal Padre Marcelino Da Civezza. Roma.—Obra es esta de gran aliento y fruto de estudios prolijos y concienzudos hechos en las grandes bibliotecas y archivos de Europa: el padre Marcelino no podía seguir sino las líneas generales en el vasto campo de las misiones seráficas de más de seis centurias; pero su trabajo o-

frece numerosas indicaciones para orientar aun a los investigadores de carácter regional.

1857: **Raimondi.**—Elementos de botánica aplicada a la medicina y a la industria, en los cuales se trata especialmente de las plantas del Perú, por Antonio Raimondi, profesor de historia natural en la escuela de medicina de Lima.

1858: **Fuentes.**—Estadística General de Lima por Manuel A. Fuentes.

1859: **Fuentes.**—Memorias de los virreyes que han gobernado el Perú durante el coloniaje español (1615-1796), por el Dr. Manuel Atanasio Fuentes.

1859: **Eyzaguirre.**—Los intereses católicos en América, por José Ignacio Víctor Eyzaguirre, presbítero.—En los capítulos primero y último del primer tomo hace un gran elogio del Padre Plaza y algunos otros misioneros de Ocopa.

1860: **Lorente:**—Historia antigua del Perú, por Sebastián Lorente.

1860: **Zegers.**—Defensa de los Derechos del Perú sobre los terrenos amazónicos que se disputan, o sea refutación del folleto que ha publicado en Chile el señor Dr. D. Pedro Moncayo, por Luis F. Zegers. Lima.

1860: Los Campas: Descripción de los usos y costumbres de la tribu que habita las regiones del Apurímac, por J. G.

1861: **Fuentes.**—Biblioteca peruana de historia, ciencias y literatura (pincipales artículos del "Mercurio Peruano"), por el Dr. Manuel Atanasio Fuentes.

1862: **Fernandez Cuesta.**—Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig. Nuevo viajero Universal: Enciclopedia de viajes modernos, recopilación de las obras más notables sobre descubrimiento, exploraciones . . . Ordenada y arreglada por don Nemesio Fernandez Cuesta. Madrid.

1862: **Raimondi.**—Informe sobre la provincia litoral de Loreto, por don Antonio Raimondi.—Poducción acertada como son todas las del autor.

1863: **Odriozola.**—Colección de documentos literarios, colectados y arreglados por el coronel de caballería, fundador de la independencia, Manuel de Odriozola, Lima.—Las Colecciones de Odriozola, así esta de documentos literarios, como la de documentos históricos, ofrecen un buen surtido al investigador de hechos peruanos.

1867: **Arana.**—Exploración de los rios Ucayali, Pachitea y Palcazu, por el prefecto de Loreto Benito Arana. Lima.—Intervino en esta exploración el padre Calvo.

1869: **Pereira.**—Informes del jefe de la expedición exploradora de

Chanchamayo, por el coronel José Manuel Pereira.

1869: **Marcoy.**—Voyage a travers l' Amerique du Sud, de l' Ocean Pacifique a l' Ocean Atlántique. París.—Obra publicada con el seudónimo de Paul Marcey, debida a la pluma del viajero Saint Cricq, que en compañía del conde de Castelnau, disfrutó de las confidencias del padre Plaza en Sarayacu. Pero de él dice Raimondi que es escritor fantástico. (T. III, pág. 41).

1871: **Lorente.**—Historia del Perú bajo los Borbones: 1700-1821: por Sebastián Lorente.

1872: **Haenke.**—Memoria sobre los ríos navegables que fluyen en el Marañón (Odriozola, documentos literarios, t. 2,).

1872: **Odriozola.**—Documentos históricos del Perú, colectados y arreglados por el coronel de caballería, fundador de la independencia, Manuel de Odriozola. Lima.

1874: **Sagols.**—Los habitantes de las Pampas del Sacramento, por el presbítero don Francisco Sagols.

1874: Anales del Cuerpo de Ingenieros del Perú. Informe del ingeniero John W. Nystron, págs. 94 y 213.

1874: **Sabaté.**—Viaje a las tribus salvajes, por el P. Fr. Luis Sabaté.

1874: **Mendiburu.**—Diccionario histórico-biográfico del Perú, formado y redactado por Manuel de Mendiburu. Primera parte, que corresponde a la época de la dominación española, Lima.—Esta obra de Mendiburu puede tenerse por muy buena en su género, pues ha sido escrita con notable solicitud y esmero. ¡Lástima que el criterio religioso del autor no corresponda a la pureza de la fe católica!

1875: **Wertheman.**—Expedición a las montañas de Chanchamayo, por el ingeniero Arturo Wertheman. Lima.— Wherteman ha sido un digno continuador de Raimondi.

1876: **Raimondi.**—El Perú.—Historia de la Geografía del Perú.—No es fácil ponderar el beneficio que ha hecho Raimondi a la nación peruana con sus obras, fruto de un espíritu preparado con métodos científicos, con aplicación incesante y con viajes y exploraciones de muchos años. En los cuatro tomos de su obra "EL PERU", Raimondi da razón de sus propias exploraciones, hace reseñas históricas documentadas, sigue paso a paso a los demás exploradores que le han precedido, haciendo acopio de datos geográficos apoyados en viajes, expediciones, descubrimientos, fundaciones, &., realizados en todo el inmenso territorio del Perú. Ofrece asi mismo estudios de coordinadas geográficas, de mineralogía geología y paleontología; hizo colecciones de rocas, fósiles y aves, análisis de aguas minerales, levantó catorce ma-

pas, &. Por otra parte Raimondi prodiga sinceros elogios a cuantos han trabajado con buena voluntad en el cultivo de la geografía peruana, y por lo que hace a nuestros misioneros le brota con espontaneidad la alabanza, no desconociendo en ellos su carácter de eximios exploradores.

1877: **Wertheman.**—Exploración de los rios Perené, Tambo y Ucayali, por el ingeniero don Arturo Wertheman.

1878: **Marca-Adam.**—Arte de la lengua de los Indios Antis o Campas: Varias Preguntas, Advertencias y Doctrina Cristiana conforme al Manuscrito original hallado en la Ciudad de Toledo, por Charles Lecrerc, con un Vocabulario metódico y una Introducción comparativa por Lucien Adam. París.—La fecha que asignamos es la del hallazgo del manuscrito en Toledo; pues la edición del Arte &., que corresponde al tomo XIII de la **Biblioteca Linguistique Americaine**, no lleva fecha. Nos hemos animado a atribuir este trabajo en lengua Anti o Campa a nuestro ilustrado misionero fray Juan de la Marca, de nacionalidad francesa, hijo del convento de la Recolección de Lima, puesto que todos los indicios concurren a su favor.

1878: **Medina.**—Historia de la literatura colonial de Chile, por José Toribio Medina, Santiago.—La competencia del señor Medina ya es conocida en el mundo de las letras, pues las producciones de su pluma son muchas, y todas de no menos mérito que el que citamos en este lugar. En esta obra dedica el autor algunas páginas al padre fray Pedro González de Agüeros.

1880: **Puig.**—Apuntes para la Crónica General de la Orden o sea Noticias históricas de este Colegio de Misioneros Franciscanos de Propaganda Fide de Nuestra Señora de los Angeles de Lima, desde 1852 hasta Octubre de 1880, por el R. P. Fr. Juan de C. Puig, Lector de filosofía y escritor del Colegio. (Manuscrito del archivo).

1882: **Civezza.**—Saggio di Bibliografia Sanfrancescana, Prato.

1883: **Samanez y Ocampo.**—Exploración de los ríos peruanos Apurímac, Eni, Tambo, Ucayali y Urubamba, hecha por José B. Samanez y Ocampo.

1883: **Pallarés-Calvo.**—Historia de las Misiones de fieles e infieles del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa, por los PP. Misioneros del mismo Colegio.—Además de los padres Pallarés y Calvo, tienen parte en esta narración los padres Martorell y Alemany.

1884: **Corrado-Camajuncosa.**—El Colegio Franciscano de Tarija y sus misiones, noticias históricas recogidas por dos misioneros del

mismo Colegio. Quaracchi.—Hermosa narración es esta, con buena base en la documentación existente en el mencionado Colegio de misioneros.

1885: **Compte.**—Varones ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador, por el Rdo. P. Fr. Francisco María Compte, Quito.—Esta obra se halla ampliamente relacionada con las misiones de Mainas.

1886: Gonzalez.—Ojeada sobre la Montaña.—Serie de artículos publicados por el Rdo. P. Fr. Bernardino Gonzalez, M. O. y Misionero Apostólico.

1886: **Civezza-Domenichelli.**—Orbis Seraphicus: Historia de tribus Ordinibus . . . : Editioni adsistentibus PP. Marcellino a Civetia et Terphilo Domenichelli.

1890: **Palacios Mendiburu.**—Estudio sobre colonización del departamento de Loreto presentado al supremo gobierno por el coronel Samuel Palacios Mendiburu, presidente de la comisión especial al departamento de Loreto creada por decreto de 23 de abril de 1888.—Es uno de los buenos estudios que se han hecho sobre Loreto con fines de colonización.

1891: **Barandiarán-Vila.**—Estudio de la flora y fauna del departamento de Loreto por don Carlos T. Barandiarán y Julio C. Vila.—Es trabajo muy meritorio.

1891: **La Combe.**—Informe presentado por el coronel don Ernesto La Combe a la Sociedad Geográfica de Lima, dándole cuenta de su viaje al Pichis, con motivo de la inauguración del camino que conduce a ese río. Lima.—La Combe como explorador y como escritor fue bastante atolondrado, y sus juicios merecieron ser enmendados con apreciaciones saturadas de chiste por nuestro padre Sala.

1891: **Fuensanta del Valle-Sancho Rayón.—Villanueva.**—Relación histórica de todas las Misiones de los PP. Franciscanos en las Indias, y proyecto para nuevas conversiones en las riberas del afamado rio Marañón: Memorial dirigido al Rey Carlos III el 28 de Mayo de 1781 por Fr. Francisco de Villanueva, Misionero del Colegio de Santa Rosa de Ocopa en el reino del Perú. (De la colección de Libros raros y curiosos que tratan de América, por el marqués de Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón, Tomo VII, Madrid 1891-1900).

1892: **Medina-Carvajal.**—Fray Gaspar de Carvajal, O. P.: Descubrimiento del rio de las Amazonas, publicado por Toribio Medina con introducción, apéndices y notas. (Biblioteca Nacional de Lima).

1892: **Wolf.**—Geografía del Ecuador, publicada por orden del Supremo

Gobierno de la República, por Teodoro Wolf: antiguo profesor de la Escuela Politécnica de Quito y geólogo de Estado, Leipzig.

1892: **Coll.**—Colón y la Rábida por el P. Fr. José Coll, Menor Observante, segunda edición corregida y aumentada, Madrid.

1892: **Solano.**—Obras de Fray Vicente Solano, de la Orden de Menores.—Precedidas de la Biografía del autor por Antonio Borrero C. Barcebona.—En el tomo IV se incluye el Elogio fúnebre del Iltmo. Padre Plaza y las cartas pastorales del mismo, en que tuvo tanta parte el padre Solano.

1894: La Misión del Napo, por el P. L. L. G. S. J. Quito

1894: **Carranza.**—El Valle de Chanchamayo—Estudio de Geografía descriptiva y estadística industrial, por Albino Carranza, presidente del Centro Geográfico de Tarma.

1895: **Ducci.**—Diario de la visita a todas las misiones existentes en la República de Bolivia.—América Meridional, practicada por el M. R. P. Fr. Sebastián Pífferi, Comisario General de los Colegios de la misma República, escrito por su secretario y compañero de viaje, padre Zacarías Ducci, ambos misioneros del Colegio Apostólico de Tarija

1895: **Capelo.**—La Vía Central del Perú, por Joaquín Capelo, miembro de la Sociedad Geográfica de Lima.

1897: **Sala.**—Apuntes de viaje del R. P. Fr. Gabriel Sala.—Exploración de los ríos Pichis, Pachitea, Alto Ucayali y de la región del Gran Pajonal, Lima.

1898: **Remy.**—Apuntes sobre el clima y flora de la región del Pichis, por el doctor Federico E. Remy, Lima.

1899: **Polo.**—Memorias de los virreyes del Perú D. Pedro de Toledo y Leyva, Marqués de Mancera, y D. García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, por D. José Toribio Polo

1899: **Ulloa-Romero-Rey y Boza.**—Revista de Archivos y Bibliotecas Nacionales (1899-1900).—Publicación muy erudita que paga su justo tributo a los misioneros franciscanos, especialmente a los ubicados en el Colegio de Moquegua.

1900: **Portillo.**—Exploración de los ríos Apurímac, Ene, Tambo, Ucayali, Pachitea y Pichis, por el prefecto de Ayacucho coronel Portillo.

1900: **Fonck.**—Diarios de Fray Francisco Menendez, Valparaíso.—Con el esmerado trabajo del doctor Fonck en su voluminoso tomo, dedicado al esclarecido explorador en Chile, el misionero de Ocopa padre fray Francisco Menéndez, se ha podido escribir el tomo cuarto de esta historia. Sin el apoyo de esta publicación, no me habría sido fácil reunir todos los Diarios del padre

Menéndez, pues, a lo que entiendo, éstos no se hallan coleccionados y juntos en ningún archivo o biblioteca.

1900: **Prince.**—Libros doctrinarios y de enseñanza en idiomas y dialectos índicos Sud-Americanos, de los siglos XVI, XVII, y XVIII, por Carlos Prince segunda edición, revisada y considerablemente aumentada, Lima.—No se puede desconocer mérito a los trabajos bibliográficos de Carlos Prince, quien, tal vez, en otras condiciones y con otros medios habría podido ser un buen compilador y un crítico nada vulgar. En sus apuntaciones nunca faltan datos especiales que orientan al investigador y no pocas veces da el hilo para una serie de descubrimientos. La segunda edición que citamos se halla manuscrita.

1901: **Chantre y Herrera.**—Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español, por el P. José Chantre y Herrera, de la misma Compañía (1637-1767), Madrid.—Esta Historia, editada últimamente, fue escrita en la época de los hechos que refiere, en la cual la narración clara se halla acompañada de discreta selección de acontecimientos.

1902: **Habich.**—Viaje de Eten al Marañón e informe del ingeniero Eduardo Habich.

1902: **Mavila.**—Estudio sobre el departamento de Loreto presentado a la Sociedad Geográfica de Lima por el alferez de fragata don Oscar Mavila.

1903: **Navarro.**—Vocabulario Castellano-Quechua-Pano, con sus respectivas gramáticas quechua y pana, por el R. P. Fr. Manuel Navarro, religioso sacerdote del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa y Misionero Apostólico de la Prefectura Central de San Francisco del Ucayali, Lima.

1903: **Pesce.**—Informe sobre las industrias agrícolas forestales de la hoya amazónica peruana y la medicina e higiene de la misma, por el Dr. Luis Pesce.—Trabajo muy importante es el del doctor Pesce, cuya lectura sería de grande utilidad a todos los colonizadores del Oriente.

1904: **Stiglich.**—La región peruana de los bosques por el teniente segundo de la armada nacional don Germán Stiglich.—La fauna y flora del Oriente peruano se describen en este trabajo con bastante extensión.

1904: **Izaguirre.**—Biografía del Iltmo. y Rvmo. fray José M. Masiá, Obispo de Loja, (Ecuador), por el padre fray Bernardino Izaguirre, misionero franciscano del Colegio de Lima, Barcelona.

1904: **Stiglich.**—Informe presentado por el alferez de fragata don Germán Stiglich a la Junta de Vías Fluviales sobre el viaje que por

encargo de esa institución efectuó a los ríos Pachitea, Bajo U-cayali, Amazonas, Alto Ucayali y Urubamba.

1904: **Tamayo.**—Informe sobre las colonias de Oxapampa y Pozuzo y los ríos Palcazu y Pichis, por Augusto E. Tamayo, jefe de la segunda sección del camino al Pichis, Lima.—Augusto Tamayo es uno de los hombres profesionales que más a conciencia ha trabajado en el Perú, dejando como fruto de sus fatigas producciones muy estimables.

1904: **Figueroa-Serrano.**—P. Francisco de Figueroa, S. J.: Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Maynas, en 1661; publicada por M. Serrano y Saiz: Tomo primero de la Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia de América, Madrid.

1904: **Cipriani.**—Viaje a la región de Pampa Hermosa, por el ingeniero César Cipriani.

1905: **Von Hassel.**—Las tribus salvajes de la región amazónica del Perú.

1905: **Tizón y Bueno.**—El progreso del Oriente peruano.

1905: **García Rosell.**—Conquista de la Montaña.—Sinopsis de los descubrimientos, expediciones, estudios y trabajos llevados a cabo en el Perú, para el aprovechamiento y cultura de sus montañas, por Ricardo García Rosell. Lima.—Estas cortas pero preciosas páginas, en que los sucesos y las personas históricas se hallan indicados por épocas y años, con la mayor claridad, me han servido de guía, en buena parte, para ir descubriendo el material incluído en mi historia.

1905: **Larrabure y Correa.**—Colección de leyes, decretos, resoluciones referentes al departamento de Loreto, formada de orden suprema, por Carlos Larrabure y Correa, edición oficial, Lima.—Esta colección puede llamarse oficial por haberse llevado a efecto de orden suprema, mas no por que las piezas que contiene tengan valor oficial. Además, un ligero trabajo de selección y comentario habría hecho de esta vasta Colección una obra de más utilidad y provecho.

1905: **Cornejo-Osma.**—Arbitraje de límites entre el Perú y Ecuador.—Memoria del Perú, documentos anexos, &. presentados a S. M. el Real Arbitro por D. Mariano H. Cornejo y D. Felipe de Osma, plenipotenciarios del Perú, Madrid.—Es una colección digna de la nación peruana y de la causa que motivaba su información: en sus numerosos tomos aparecen con frecuencia documentos que comprueban la heroica laboriosidad de los misioneros en el Perú.

1905: **Sanmartí.**—Los pueblos del Perú, por Primitivo Sanmartí.—La finalidad de este libro, parto de un distinguido gramático de la lengua castellana, es señalar la escritura procedente en materia de pueblos del Perú, que habiendo sufrido en su formación la doble influencia del quechua y del castellano, en muchos casos padece una persistente ambigüedad e incertidumbre.

1906: **Maúrtua.**—Juicio de límites entre el Perú y Bolivia, prueba peruana presentada al Gobierno de la República Argentina, por Víctor M. Maúrtua, Barcelona.—Forman una hermosa serie de volúmenes, en cuya documentación no podía faltar la relativa a las misiones, que han sido uno de los factores más sustanciales para probar la zona de influencia de cada nación americana.

1906: **Cipriani.**—Estudio de la ruta Perené-Ucayali, por el ingeniero César Cipriani.—La ruta Perené-Ucayali tiene el inconveniente de la gran diferencia de nivel, entre su origen en la zona de Chanchamayo y el Tambo en el punto de su formacion por el Ene y el Perené; diferencia que es de algunos centenares de metros y da lugar a las llamadas Cascadas del Perené.

1906: **Villarreal.**—Determinación de las coordinadas geográficas de los lugares del Perú, por el Dr. Federico Villarreal, miembro de la Sociedad astronómica de Francia, de la Sociedad científica de la República Argentina, y de la de Chile, miembro de las sociedades geográficas de Lima y de Colombia, ingeniero de construcciones civiles y de minas, decano de la facultad de ciencias, catedrático de astronomía en la universidad de Lima y profesor de topografía, geodesia, y mecánica aplicada en la escuela de ingenieros y profesor en la escuela naval. Lima.—El opúsculo de Villarreal que citamos es una buena contribución a la geografía científica del Perú, dada la competencia técnica del autor. Sin embargo el opúsculo no resuelve el problema de las coordinadas geográficas de nuestro extenso territorio, mayormente en lo relativo a las altitudes, punto en que reina tanta divergencia. El problema no tendrá solución hasta que se realicen aquí por extenso los trabajos trigonométricos correspondientes, difíciles a la verdad en las cumbres glaciales de nuestra Sierra y en las selvas enmarañadas del oriente.

1906: **Durand.**—Conferencia dada por don Juan E. Durand en la cámara de agricultura de Huánuco sobre la facilidad y ventaja de la construcción del ferrocarril al Oriente por la antigua via Sobreviela.—La orientación y trazo de la antigua via Sobreviela podrá ver el lector en el tomo de esta Historia dedicado a este ilustre misionero.

1906: **Fuentes.**—Apuntes geográficos históricos, estadísticos, políticos y sociales de Loreto, por el ex-prefecto de ese departamento, doctor Hildebrando Fuentes.

1906: **Romero-Lizárraga.**—Lizárraga.—Descripción y población de las Indias. E. Romero. Lima.

1907: **Herrera.**—Nombres geográficos impropios en Loreto, por el Dr. Genaro E. Herrera.

1907: **Sánchez.**—P. Daniel Sánchez.—Un gran Apóstol de las Américas (Antonio Margil), Guatemala.

1907: **Riva Agüero.**—Carácter de la literatura del Perú independiente, por José Riva Agüero, Lima.—Esta producción descubre en el autor una energía intelectual poderosa, aplicable con gran éxito a la buena causa literaria.

1907: **Lrrabure y Correa.**—Noticia histórica-geográfica de algunos ríos de nuestro Oriente, por Carlos Larrabure y Correa, Lima.

1903: Pasado y presente del Ucayali por uno de los sacerdotes de la misión apostólica del Ucayali.

1908: **Prince.**—Los Peruanófilos Anticuarios del siglo XIX, por Carlos Prince, Lima.

1908: **Sala.**—Diccionario, gramática y catecismo castellano, inga, amueixa y campa, por el R. P. fray Gabriel Sala, Lima.—Lástima es que la edición que poseemos se halle tan notablemente alterada.

1908: **Lagos.**—P. Roberto Lagos, O. F. M.—Historia de las Misiones del Colegio de Chíllán, precedida de una reseña de los primitivos franciscanos en Chile, Barcelona.—Es narración óptima, cimentada en documentos fehacientes y acompañada de criterio certero.

1909: **Miles Moss.**—Un paseo al interior del Perú por A Miles Monss.

1910: **E. Brupt.**—Nociones de parasitología por E. Brumpt, traducido por D. Angel Avilés Rodríguez.—Trae una descripción gráfica y la clasificación de los anofelinos, maculipennis, myzomyía &.

1911: Etiologíe et Prophylaxie des maladies transmissibles par la peau et les muqueus esexternes, par Achalme, Ed. et Et. &.—Hace un estudio técnico del paludismo y de los mosquitos anófele: señala como infectado por el plasmodium del paludismo en la América Meridional el A. Mizomyía.

1912: **Nino.**—Etnología Chiriguana, por el P. Fr. Bernardino Nino, misionero franciscano y socio corresponsal de la Sociedad Geográfica de La Paz.

1913: **Ulloa.**—Notas histórico-geográficas sobre la región Chinchipe-Santiago.—Un gran problema Geográfico-Económico-Nacional,

por don Luis Ulloa.—Es un estudio concienzudo y erudito de la región habitada por los Jíbaros y de las comarcas inmediatas; y la serie de autores y documentos mencionados por don Luis Ulloa es un tesoro para el historiador.

1916: **Lummis.**—Los exploradores Españoles del siglo XVI.—Vindicación de la acción colonizadora española en América: obra escrita en inglés por Charles F. Lummis: versión castellana con datos biográficos del autor por Arturo Cuyás, prólogo de Rafael Altamira, catedrático de Historia de las Instituciones de América en la Universidad de Madrid.

1916: **Urteaga-Romero.**—Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, con anotaciones, concordancias, noticias biográficas y bibliográficas por Horacio Urteaga y Carlos A. Romero.

1917: **Landa.**—Los hombres de la selva, por Alberto Ballón Landa (Revista Universitaria, años 1917-18).

1918: **Tschudi-Romero-Urteaga.**—Contribuciones a la historia, civilización y lingüística del Perú antíguo, por J. J. Tschudi.—Publicación de Horacio Urteaga y Carlos Romero. Lima.

1919: **Miró Quesada.**—Extensión Universitaria.—Elementos de geografía del Perú, por Oscar Miró Quesada, catedrático de la universidad de Lima.—Obra muy esmerada en materia geográfica.

1921: **López.**—Catecismo en lengua shipiba que los Misioneros franciscanos enseñan en Cashibo-playa del Ucayali, por el padre fray Agustín López, misionero.

Archivo de la Biblioteca Nacional. (Esta revista publica documentos inéditos muy apreciables debidos a la solicitud del señor Urteaga y del padre Angulo, dominicano).

Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima.

La Gaceta Científica de Lima.

El Peruano (periódico antíguo). Mercurio Peruano (moderno).

El Comercio (periódico).

Anales de la Propagación de la Fe.—Lima.

Enciclopedia Universal Ilustrada, Europa-Americana, por José Espasa, editor, Barcelona.

Revista Universitaria.

Revista Histórica.

Atlas del Perú, político, minero, agrícola y comercial, y texto descriptivo de cada departamento, por Carlos B. Cisneros, ex-secretario de la Sociedad Geográfica de Lima, Membre de la Societe de geographie commerciale de París, &. Lima (sin fecha).

"Florecillas de San Antonio": Revista de los Misioneros Franciscanos del Perú.

HISTORIA

DE LAS

MISIONES FRANCISCANAS

EN EL

ORIENTE DEL PERU

LIBRO PRIMERO

MISION DE PANATAHUAS

Evangelización del Alto Huallaga

Primeros avances a los ríos Aguaitía, Pisqui, Manoa o Cuxiabatay y al Alto Ucayali

1619-1709

RELIGIOSOS QUE INTERVIENEN: **Laureados con el martirio:** Juan de San Antonio, Francisco Mejía y Alonso de Madrid con cinco legos, Jerónimo de los Rios con cinco religiosos y doce españoles compañeros, Manuel Biedma (1). Jerónimo Jimenez.—**Misioneros:** Gregorio Bolívar, Matías de San Francisco, Felipe Luyando, Juan Rondón, Juan Velazco, Bartolomé Baez, Gaspar Vera, Lucas de los Ríos, Melchor de Espinoza, Rodrigo Tornices, Juan de Cabezas, Agustín de Mendía, Francisco Suarez, Alonso Gomez, Ignacio Irarraga, Luis Moreno, Diego Jaime, Ignacio Navar, Francisco Andrade, Alonso Caballero, Cristóbal Carrillo, Lorenzo Tineo, Francisco Tomilloza, Rodrigo Bazabil.

(1) Lo enumeramos desde luego en el número de los mártires, aunque padeció el martirio en época posterior y en escenario distinto: esta norma seguiremos también con los demás

CAPITULO PRIMERO Y PRELIMINAR

Estado que tenía la Orden en el Perú al empezar estas misiones de infieles

1535-1619

SUMARIO: 1—La vida política y social en las colonias españolas. 2—La vida religiosa. 3—La Provincia de los XII Apóstoles. 4—Frente a las regiones de infieles.

Es un hecho glorioso en la historia de la colonización de la América española, la presteza con que se implantó la vida política y social en las ciudades que se fundaron y en las provincias y reinos que se organizaron. De forma, que al decir que se habían fundado o colonizado las ciudades metropolitanas de Méjico, Guatemala, Panamá, Lima, Santiago, Quito y otras muchas, significaba que la vida civilizada había entrado de lleno en aquellas ciudades, y que de ellas se difundía abundosamente a las provincias y al reino de quien eran cabeza.

Por eso nuestro Padre Córdoba y Salinas pudo escribir con caracteres de hechos consumados las obras que intitula: **Monarquía de Lima, Teatro de la Iglesia de Lima,** &.; y dar razón de instituciones que surgieron en la fecha misma de la fundación de Lima, como eran el Cabildo y el Tribunal de la Caja Real. El cabildo de aquella época era una institución española de admirable engranaje, que se interponía entre los derechos del pueblo y la autoridad real. En Lima dichos cabildos constaban de doce

regidores, dos alcaldes ordinarios, un alférez mayor, un alcalde de la hermandad, dos fiscales ejecutores, un escribano mayor, un depositario general y un escribano público, todos con voz y voto en el Cabildo.

Luego fueron estableciéndose una serie de tribunales, como la Audiencia Real de todos los reinos del Perú, los juzgados, el tribunal del consulado, similar del de Sevilla, &.

Vino a poco la Universidad, la primera de las Indias, con veintidós cátedras y un claustro de más de noventa doctores; a que siguieron las fundaciones de varios colegios reales.

Nada decimos del cabildo de la catedral, de los monasterios y conventos de grandeza regia, de los hospitales y obras pías, que demostraban la vitalidad de la Iglesia y la extensión de la piedad española.

Nada decimos tampoco del embellecimiento de la ciudad de Lima, de que nos habla el padre Córdova, al mencionar el alineamiento de sus calles, sus alamedas, sus hileras de árboles que conservan verdes sus hojas todo el año, entre ellos los naranjos: concluyendo que "no tiene que envidiar Lima las glorias de las ciudades antiguas, porque en ella se reconoce la Roma santa en los templos, y divino culto, la Génova soberbia en el garvo, y brío de los que en ella nacen. Florencia hermosa por la apacibilidad de los temples. Milán populosa por el concurso de tantas gentes, como acuden de todas partes. Venecia rica, por las riquezas que produce para España, y liberal reparte a todo el mundo. Bolonia pingüe por la abundancia del sustento. Salamanca por su florida Universidad, Religiones y conventos. Y Lisboa por sus Monasterios de Monjas, músicas, olores y culto sagrado (1)."

---

(1). Crónica, parte III. pág. 138.

En comprobación de lo que decimos viene bien un hermoso párrafo de Lummis, hablando de Pizarro: "En los pocos años de carrera administrativa, dice Lummis, obtuvo Pizarro notables resultados. Fundó varias ciudades en la costa, y a una de ellas le dió el nombre de Trujillo, en memoria de su pueblo natal. Sobre todo deleitóse en urbanizar y hermosear su predilecta ciudad de Lima, y en fomentar el comercio y otros factores necesarios para el desenvolvimiento de la nueva nación . . . No tan sólo fomentó el comercio, sino también la industria del país, y desarrolló la agricultura, la minería y las artes mecánicas. En suma, estaba poniendo en práctica con gran éxito el principio general de los españoles de que la principal riqueza de un país no consiste en su oro, o en sus bosques, o en sus tierras, sino en su pueblo. El empeño de los exploradores españoles en todas partes, fue educar, cristianizar y civilizar a los indígenas, a fin de hacerlos dignos ciudadanos de la nueva nación, en vez de eliminarlos de la faz de la tierra para poner en su lugar a los recién llegados, como por regla general ha sucedido con otras conquistas realizadas por algunas naciones europeas (2)."

2.—Esto que llamaremos pujanza de España para informar de la vida política y social a sus extensas y numerosas colonias, fue superada con mucho en lo que se refiere a la vida religiosa, mediante un apostolado acendrado, heróico, sobrehumano.

No daremos muestra de ello sino en lo referente a nuestra seráfica Orden.

La ingenua narración del padre Córdova nos habla de doce varones apostólicos que arribaron al Perú con los primeros conquistadores, cuya conducta evangélica y el éxito de su predicación dió márgen para que se les llamara los

---

(2). Los exploradores Españoles del siglo XVI, págs. 301, 302.

doce apóstoles, nombre que luego se adjudicó a la Provincia franciscana del Perú.

Aquellos doce frailes Menores desembarcaron en Paita, rehusando hacer el viaje por mar, prefiriendo hacerlo a pie, para recorrer luego las comarcas peruanas en toda su inmensa extensión.

Aquí no seguiremos los pasos a cada uno de ellos, y sólo daremos un ejemplar de lo que eran aquellos seres verdaderamente extraordinarios, en el lego fray Mateo de Jumilla: éste nos dirá elocuentemente cómo era entendido en aquella fecha el apostolado que debía ejercitarse con los indígenas americanos.

Fray Mateo era natural de Jumilla en la Mancha, y pertenecía a la Provincia franciscana de Murcia. Desembarcando en Paita, pasó a Cajamarca.

Cajamarca y sus comarcas circunvecinas, y especialmente su hermoso valle, se hallaban a la sazón pobladísimas de indios, con unos quinientos pueblos, sembrados a distancia de media hora uno de otro. Esta densidad de población podía ser efecto del poderoso atractivo que ejercía el Inca sobre sus súbditos, quienes se complacían en verle pasar largas temporadas en los baños termales de aquel pintoresco valle, y contemplarle sentado en la poltrona labrada en piedra de la **colina del asiento del Inca.**

El fervoroso lego fray Mateo sintió arder su corazón en las llamas del más puro celo ante aquel espectáculo conmovedor, y sin tardanza puso la mano a la tarea apostólica.

Juntó en el primer pueblo a que arribó un gran número de chicos: les enseñó los mandamientos, el Padre Nuestro y otras oraciones; y enarbolando una cruz muy alta, a que agregó una banderita, con unos cincuenta de estos chicos pasó en procesión al pueblo inmediato, haciendo entonar en voz alta la doctrina que habían aprendido. Reunió luego a los niños de este segundo pueblo, pa-

ra hacer con ellos otro tanto, y pasar procesionalmente y cantando a otra población.

Los niños instruídos en la doctrina servían de preceptores en el seno de sus familias.

Con este método convirtió indígenas a millares, a quienes administraban el bautismo los sacerdotes que iban llegando, a cuyos pies los ponía fray Mateo por bandadas, humildes cual mansos corderos.

Realizando estos prodigios de un maravilloso apostolado avanzó de Cajamarca hasta Chachapoyas.

Los indios quedaban subyugados ante su persuasiva elocuencia: veían que apenas comía; que daba generosamente las cosas que le regalaban; que sobre recorrer caminos ásperos y difíciles, andaba ceñido de cilicios de hierro; flaco y pálido el rostro, tostado por el sol, maltratado por las lluvias, durmiendo en el duro suelo; que al anunciarles la palabra de Dios y las verdades del Evangelio, lo hacía llorando con amargas lágrimas la perdición de los indios que morían sin fe y sin el bautismo cristiano; que pintaba con viveza y colorido espantable las terribles llamas del infierno.

Luego el valeroso apóstol destruía personalmente los ídolos y las huacas.

No faltaron demostraciones visibles de la protección de Dios, que libró a su siervo de muchos peligros de muerte; así mismo hubo curaciones milagrosas de indígenas enfermos.

Con estas prendas de apóstol llegó a ser muy estimado de todos aquellos pueblos de indios, desde Cajamarca hasta Chachapoyas.

En el convento franciscano de Santa Clara de Chachapoyas le llegó su última hora: y aquel hombre celestial, que no estimaba en la tierra más que las almas redimidas con la sangre de Jesucristo y amaba a Dios con ardor y predilección, recibió a la muerte con trasportes de alegría. "Y suspenso en el divino amor, levantó la mano, y hacien-

do la señal de la cruz en su venerable rostro, boca, y ojos, aquella bienaventurada alma con milagrosa paz, y suavidad de espíritu, al punto se desnudó de la purísima vestidura de su penitente cuerpo . . . a las nueve horas de la noche, 29 de Enero, del año de 1578: quedó el rostro muy hermoso, y mas albo que la nieve" (1).

Hemos diseñado los trabajos de apóstol de un lego minorítico en el Perú, que floreció en aquellos días singulares en que el mundo asistía con admiración y sorpresa a la trasformación rápida de un pueblo a la fe y a las costumbres de otro pueblo, como pocas veces se habrá visto en la tierra. Pero, no eran sólo humildes legos los que la Religión seráfica envió desde España al Perú en aquella coyuntura: vinieron también hombres de gran preparación, que hermanaban la ciencia sagrada con virtudes heróicas y espíritu extraordinario, como fueron los padres fray Alonso de Escarcena, fray Alonso de Alcañices, fray Diego de Medellín y otros varones venerables.

Eran hombres de oración estática, de penitencia austerísima, de celo ardiente y acabados modelos de religiosos franciscanos, vaciados en el molde de los primeros apóstoles de la Orden.

El padre Diego de Medellín llegó a ser Provincial en el Perú y Obispo en Santiago de Chile.

Todos ellos dejaban en pos de sí el buen olor de Cristo y el perfume de sus virtudes evangélicas, que durante su vida les mereció el dictado y las veneraciones de santo, y en su muerte la aclamación popular, acompañada de una honda impresión en los ánimos de los fieles.

3—Con tales religiosos no es de admirar que la Orden franciscana se extendiese en América de un modo prodigioso, y que la custodia de Lima se elevase muy pronto a

---

(1). Córdoba, II, 7.

la condición de Provincia, y que esta Provincia se dividiese luego en varias provincias.

En 1565 el Capítulo General de la Orden celebrado en Valladolid, bajo la presidencia del Ministro General Fr. Alonso Puteo, de la Provincia de los XII Apóstoles de Lima se formaron cinco Provincias y una Custodia: he aquí el texto del Capítulo:

"Ordena el Capítulo general, que la Provincia de los doze Apóstoles del Perú se divida en cinco Provincias, y una Custodia, de la manera siguiente.

"La Custodia del Nuevo Reyno de Granada, hágase Provincia, y llámese Provincia de Santa Fé del Nuevo Reyno de Granada".

"La Custodia de S. Pablo de Quito, hágase Provincia, e intitúlese, la Provincia de S. Francisco de Quito en el Perú".

"La Custodia de la Santísima Trinidad de Chile, hágase Provincia, y nómbrese la Provincia de la Santísima Trinidad de Chile".

"La ciudad de los Reyes, donde ay Audiencia Real, con todo el distrito de la Audiencia, será Provincia de los Doze Apóstoles y en ella se guardará el nombre antíguo, por ser Madre de todas estas Provincias".

"La ciudad de Argentina, donde ay también Audiencia Real con todo el distrito del Audiencia, hasta la ciudad de Arequipa, inclusive, hagase Provincia de S. Antonio de los Charcas".

"El Reyno de Tierra Firme, junto con la ciudad de Cartajena y Tolú, será Custodia súbdita a la Provincia de los Doze Apóstoles (1)."

Según esto, en 1587, nuestro venerable P. General Fr. Francisco Gonzaga, en su preciosa obra **De Origine Sera-**

(1). Córdoba, Crónica, 1. pág. 112.

phicae Religionis, adjudica a la Provincia de los XII Apóstoles los conventos de Lima, Cuzco, Potosí, Charcas, Chuquiabo, Huánuco, Chachapoyas, Trujillo, Cañete, Guamanga, Yucay, Collao, Collagua, Pocona, Concepción de Jauja, Cajamarca, Copabamba, Estero, Tucumán, Talavera del Estero, Córdoba, Asunción y Santa Fé.

En 1612 se formó la Provincia de Tucumán, segregándose de la de Lima los conventos correspondientes.

4—Ya en esta fecha nuestros conventos franciscanos del Perú se hallaban colocados en los linderos de las regiones de infieles, en condiciones de emprender la dificultosa labor de su conversión.

Por el norte se habían colocado en Chachapoyas, desde donde entablaron sus entradas a los Motilones de Moyobamba; desde Huánuco se ensayaron algunos avances a los Panatahuas; desde Concepción de Jauja se establecieron doctrinas en Comas y Andamarca, de donde fácilmente se podía dar la mano a los infieles de Chanchamayo, Perené y Pangoa; desde Guamanga y Huanta se podía abrir la puerta a los infieles del Mantaro y Apurímac, y del Cuzco a los llanos amazónicos apenas había distancia.

Mientras tanto la Provincia de los XII Apóstoles crecía, se extendía y se intensificaba, fundando nuevos conventos; de suerte que en fecha no muy posterior a la que hemos citado tenía conventos: en Lima tres, en el Callao, en Surco, en la Magdalena, en Panamá, Trujillo, Guamanga, Chachapoyas, Cañete, Ica, Saña, Chiclayo, Chancay, en Cajamarca dos, en Pisco, Huaura, Huarás, Huancavelica, Pomabamba, Tunán, Piura, Huánuco, Mito, San Pablo, Asunción, Contumazá, Orcotuna, Apata, Nansiche, Chilinquín, Levanto, Jesús, San Marcos, Trinidad, Cascas, San Miguel, Eten, San Miguel de la Sierra, Santa Cruz, Lurín, Huchapampa y Santa.

Esta Provincia, por mil títulos venerable, debía emprender y sostener las difíciles misiones de nuestro Orien-

te, enviando a ellas numerosos misioneros, las más de las veces para sustituír a los que habían sucumbido en la gloriosa empresa.

Para este fin, irían viniendo de España, de la España incansable en la propagación de la fe, falanges de la milicia franciscana, que se agregarían a la Provincia de los XII Apóstoles, precísamente porque sostenía las misiones de la región salvaje, y porque allí se trabajaba, y porque allí se moría derramando la sangre por Jesucristo y por su Religión sacrosanta.

Cuando se funde el Colegio de Misioneros de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa, este Colegio tomará sobre sus hombros toda la carga de las misiones; y no sólo no se rendirá bajo el enorme peso, sino que lo llevará con valor admirable, y dará días de gloria a la Orden y a la Iglesia de Jesucristo.

CAPITULO II

El Cerro de Pasco y Huánuco.—Los Panatahuas y otras tribus (1542-1631)

SUMARIO: 1—El Cerro de Pasco. 2—Huánuco: grandeza y decadencia. 3—Glorias franciscanas. 4—Los Panatahuas y otras tribus.

Alguna idea de la futura grandeza que puede esperar fundadamente el Perú, hace concebir la vista actual del Cerro de Pasco y de sus dependencias mineras. Ni su altitud de 4359 metros sobre el nivel del mar, ni el rigor de su frígido clima, impiden que el obrero acuda a sus socavones, túneles y galerías, y se congregue al rededor de sus maquinarias y encendidos hornos. Las dieciseis mil almas que hoy se agitan en el Cerro de Pasco, se han reunido allí por la atracción que ejerce el dinero, que suele abundar y correr donde hay trabajo y prospera la industria.

Si ahora nos trasladamos al año 1631, no hallaremos sobre el plano que hoy ocupa el Cerro de Pasco, sino una altura azotada por destemplado cierzo, un terreno árido y estéril, a que se agrega una novedad que data solamente de un año y que muy pronto tiene resonancia en todo el reino del Perú.

La novedad consiste en que el año anterior de 1630 el pastor Huaricapcha, sorprendido por la noche lejos de

su cabaña, la hubo de pasar en aquella altura llamada Santisteban de Yauricocha. Para comer caliente y mitigar los rigores del frío, encendió lumbre, valiéndose de la hierba que allí crece, dura y sin jugos. Y observó con gran sorpresa, que en las piedras que había arrimado al fuego se notaban gruesas lágrimas de plata.

Dió parte del descubrimiento a don Juan José Ugarte, minero de Huariaca, quien acudió desalado a Yauricocha, abrió en buena forma las bocaminas, y dió comienzo con halagadoras resultas a la explotación del apetecido metal.



Camino de Huánuco

La fama de lo acaecido atrajo numerosos aventureros, y con el tiempo se formó allí una población española y un asiento mineral de gran potencia. Aún el año 1828 escribía el esclarecido y muy sabio don Mariano Eduardo Rivero: "Entre los grandes recursos con que cuenta la Repú-

blica Peruana, debe ponerse en primer lugar el Cerro de Yauricocha o Pasco, tanto por las riquezas que ha dado y da, cuanto por la inmensa masa metálica que contiene (1).

Luego han funcionado allí empresas y sindicatos socavoneros de diversa índole, hasta que hoy lo ha absorvido todo la compañía norte-americana, con métodos de último perfeccionamiento, concretando la explotación de un modo preferente a la elaboración del cobre (2).

Nosotros amado lector, dejaremos las fundiciones que hoy se agitan vertiginosamente en el Cerro, y tomaremos el camino que por la cuenca de Sullamarca nos pone en dirección de Huánuco. Después de una corta y agradable planicie, se empieza a descender junto con los bullidores manantiales de agua clara y espumante.

Después de bajar algunas millas y cuando el número creciente de manantiales ha aumentado algo el caudal del río, se halla el viajero sorprendido por un cúmulo de estrechos acueductos que serpentean a ambos lados del camino, y por una serie combinada de circos empedrados en plano inclinado. Se ven, así mismo, paredes macizas, ruedas hidráulicas arrojadas por doquiera, tazones de piedra que recibían el material molido y amalgamado, castillos o soportes de cal y canto, recias vigas que recibían el eje superior de la rueda hidráulica, mangas de fierro que protejían las pellas de plata mientras el fuego volatilizaba el azogue, casas arruinadas que en un tiempo fueron viviendas de los poderosos mineros, casuchas semiderruídas donde se guarecía el paciente operario, y todo aquel laberinto de que se componían los antíguos y celebrados ingenios de Pasco.

---

(1). Memoria.

(2-. Véase el almanaque del "Minero Ilustrado" del Cerro de Pasco, año de 1904, y Paz Soldán, Geografía del Perú, pág. 242.

2—Las veintidós leguas de distancia que median entre el Cerro de Pasco y Huánuco se recorren hoy sobre un camino bueno, recreada la vista con paisajes generalmente pintoresco, pasando por entre pueblos y villorrios de linda perspectiva, descubriéndose frecuentemente blancos campanarios de iglesias seculares, dejando a uno y otro lado del camino quintas sosegadas y activas granjas, dotadas éstas últimas de antiguas capillas públicas.



Plaza de Huánuco

Si en el año de 1631 el Cerro de Pasco, como lo hemos dicho, aún apenas había nacido a la vida de los pueblos,

no sucedía lo mismo con la ciudad de Huánuco. Esta venía fundada desde 1542, por el licenciado Vaca de Castro; era la tercera de las ciudades del Virreinato. Llamáronla León de Huánuco, en memoria de Pedro Barroso, natural de León, quien descubrió su amena y apacible campiña; fué uno de sus primeros fundadores y su primer Corregidor, con el título pomposo de Muy Magnífico Señor.

Los españoles entraron en el valle un sábado catorce de Agosto de 1542: al siguiente día, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, celebró la misa el Padre Fr. Pablo de Coimbra, portugués de nación y religioso franciscano. Luego los caballeros cantaron con el Padre el **Ave maris stella**; y determinados a desamparar la población de Huánuco Viejo, antíguo y numeroso pueblo de los Incas, resolvieron levantar nueva ciudad en éste valle de Pilco. Tiraron al efecto sus cordeles y delinearon con destreza uno de los planos más bellos que se conocen: el propio Vaca de Castro le confirmó el título de ciudad, y Carlos Quinto ordenó que de los nobles españoles, venidos a la conquista, se eligiesen cosa de doscientas familias que tuviesen ejecutoriados sus títulos de nobleza, con sus respectivos blasones, testimonio autorizado de distinguida prosapia. A la ciudad se dió por armas un león y un cuervo con cresta encarnada, en escudo coronado y por lema: La Muy Noble Ciudad de León de Huánuco de los Nobles del Perú.

El Emperador creó en Huánuco un ilustre Cabildo, compuesto de un alférez real y alguacil mayor, alcalde provincial, depósito general, ocho plazas de regidores, un corregidor, un presidente y alcalde ordinario.

Le declaró capital de siete provincias que eran Jauja, Tarma, Huamalíes, Cajatambo, Conchucos, Huaylas y los Panatahuas; como también asiento de tribunal de apelaciones de las provincias. Que, a más de ésto los excelentísimos virreyes, antes de hacerse cargo del gobierno, lo participasen al cabildo de Huánuco.

La Ciudad empezó á florecer muy pronto. Los encomendadores (1) llegaron a tener palacios que ostentaban magnificencia de príncipes. Once templos se levantaron luego, corriendo en su construcción profusamente el dinero. Lástima que la arquitectura se vistiera aquí de galas indebidas, tomando libertades de gusto adulterado. El arte arquitectónico hace en Huánuco un contraste deplorable con el que lució con tan sobria galanura en Cajamarca. Aquí en Huánuco, cansados los artistas de la elegante majestad de los etilos cultivados en Grecia y Roma, echaron a andar por sendas extraviadas, sin más norma que la imaginación caprichosa. Solo en San Bernardino y en San Agustín podría decirse que las buenas cualidades exceden a los defectos, y que ambos templos producen en el ánimo del visitante el convencimiento de que tiene a la vista edificios de sagrada y augusta grandeza.

Huánuco llegó a ser ciudad opulenta, y su prosperidad duró hasta el siglo dieciocho. A principios de aquel siglo empezó a decaer notablemente: derrumbábanse los palacios, que eran sustituídos por humildes chozas, cubiertas de paja. De 1714 a 1718 una general epidemia asoló gran parte de la capital y de la provincia, y hubo cadáveres en los campos que fueron pasto de aves y perros. A ésto se agregó una carestía desoladora, por la cual y para no morir de hambre, cambiaba la nobleza alhajas de subido precio por granos, vacas y carneros.

Caído de la alteza de una vistosa cumbre, ha permanecido hasta hoy diríase pegada al humilde polvo; últimamente ha podido remozarse un poco; pero todavía no ofrece señales de vigorosa vida. Una quinta parte de sus casas está inhabitada, y una tercera parte del extenso y

---

(1). Conquistadores retribuídos por el Rey con indios encomendados.

hermoso plano no son sino huertas no mal cultivadas y en que abundan las doradas naranjas.

3—Los primeros pobladores de Huánuco hermanaron la nobleza con el más ascendrado catolicismo. Inclinados a la beneficencia, fundaron un gran número de obras pías. Sostuvieron con celo de cristiana caridad un hospital, fundado con privilegio real del Emperador Carlos Quinto. Fue su fundadora María Ana Huanca, hermana de la célebre Catalina Huanca, fundadora del hospital de Santa Ana en Lima, ambas originarias de Huánuco, descendientes de los Incas y de oficio olleras.

De la predicación del evangelio y de la administración de sacramentos venían encargados los franciscanos. Ellos fueron los primeros doctrineros y continuaron por cuarenta años con el oficio de párrocos. Mantuvieron por mucho tiempo el privilegio de salir con cruz alta en la procesión de Corpus, como primeros evangelizadores del lugar.

Para la fundación del convento franciscano, dedicado a San Bernardino, fue allí un hombre a todas luces benemérito, el venerable fray Andrés Corzo, a cuyo celo se deben también los conventos llamados de recolección de los Descalzos de Lima y del puerto de Pisco.

Lo que fue convento nuestro es hoy Colegio Nacional.

El interior de la iglesia presenta en el conjunto muy hermosa perspectiva; sus numerosos altares no dejan de tener donosura y gracia; el dorado reluce todavía en ellos con viveza y primor, y sábese que Francisco Gómez Arias gastó en sólo el dorado del retablo principal quince mil pesos.

4—Por los años de 1631 agitábase todavía al rededor de Huánuco muchedumbre de indios. El templo inca de Huánuco Viejo había tenido a su servicio sobre treinta mil devotos, y las alturas de las regiones circunvecinas estuvieron desde tiempos anteriores muy pobladas. Las conquistas del Inca se habían extendido dieciseis leguas al

Norte del actual Huánuco donde levantaron fuertes y baluartes, para defensa y conservación de los dominios adquiridos.

Todas las riberas del Huallaga y de sus principales afluentes eran cual núcleos de indios, de varias tribus, de



Ruinas de Huánuco viejo

diversa índole y costumbres. Próximos a Huánuco vivían en numerosas partidas los Chuscos; entre los ríos Coyumba y Monzón, en la márgen izquierda del Huallaga, vivían los Panatahuas, raza aguerrida, vigorosa, constante y sufrida; en la proximidad de los Panatahuas, pero en la

ribera derecha del Huallaga, estaban situados los Chunatahuas; desde la desembocadura del Monzón, hacia el Oriente, se extendían los Tinganeses; más al Oriente, pero limítrofes, se hallaban los Carapachos y Callisecas; los Tulumayos tomaron el nombre del río Tulumayo, afluente notable del Huallaga; los Quidquidcanas se habían reducido a la cuenca del río Magdalena; lo mismo que los Tepquis al río Santa Marta, confinando con los Cholones del río Mixiollo.

Desde antes de la fundación de Huánuco los franciscanos se empeñaron en avanzar en la conquista espiritual de éstas tribus. Entablaron en buena forma la doctrina de Coni; y pronto la parroquia del Valle fue extendiendo su dominio espiritual y los beneficios sociales en un extenso territorio, llegando a fomar una especie de república. Al rededor del Valle fueron surgiendo poco a poco los anexos de Acomayo, Pachabamba, Pomachuco, Cascay, Churubamba, Quera, Llacón, Tambogán, Pillao, Chinchao, Malconga, Sinabamba, Panao, Challa y Muña. Los arzobispos de Lima miraron con interés los progresos de la parroquia del Valle, que llegó a tener numerosos misioneros, que hacían en el Convento de esta parroquia vida conventual, y de donde salían llenos del espíritu de Dios, a visitar los anexos e infundir a los muchos indios convertidos nuevos asuntos cristianos.

De suerte, que ya por los años de 1557 vemos al padre fray Antonio Jurado en posesión del idioma de los Panatahuas, según aparece en un litigio de la fecha donde se da razón de que: "E despues de entrado con la gente en la dicha provincia (de los Panatahuas), de nuevo les mandó haser los dichos rrequerimientos e apercebimientos y amonestaciones por la dicha lengoa e por lengoa de fray Antonio Jurado, fraile de la Orden del Señor San Francisco, que entendia la lengoa al dicho cacique Ypiane, dandoles a entender que viniendo de paz serian ynstruydos en la cosas de nuestra Santa Fé Católica, e le seria echo



Parroquia de Sta. Mª. del Valle [Padres Uriarte--Izaguirre]

buen tratamiento, e goardadas sus personas e hijos e mugeres e casas e aziendas, sin que en cosa alguna dello les fuese hecho dapno, ni tomado cosa dello (1)."

(1). Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia, t. V. pág. 142-3.

CAPITULO III

Entrada a los Panatahuas del Padre Gregorio Bolívar y de sus compañeros sin lograr su intento (1619)

SUMARIO: 1—El padre Bolívar y sus compañeros: quedan sin efecto sus heroicos deseos. 2—El padre Bolívar a los Chiriguanos de Bolivia. 3—Los padres Juan y Matías a los indios de la Gorgona. 4—Descripción de los Indios de la Gorgona. 5—Muerte de los misioneros.

De lo que vamos a historiar en este capítulo, por vía de introducción a los capítulos posteriores, deducirá el lector el espíritu que animaba, en los años a que nos referimos, a los misioneros procedentes de la península española. Lo que vamos a narrar es un intento de apertura de las misiones contiguas a la ciudad de Huánuco, emprendido con ardoroso celo y frustrado por obstáculos que se estimaron insuperables en aquella coyuntura; esparciéndose luego aquellos misioneros por distintas y muy distantes regiones de América, a diseminar el Evangelio, hasta dar la vida por Jesucristo y por la salvación de los indígenas.

El promotor de la expedición es el padre fray Grego-gorio Bolívar, hijo de la Provincia de Lima, que por aquellos años de 1619 figuraba con el título de Comisario Apostólico, y desplegaba una actividad prodigiosa, para a-

brir misiones y pasar la luz de la fe desde las serranías del Perú a las tribus salvajes de los bosques.

El padre Bolívar trajo de España a fray Juan de San Antonio y a fray Matías de San Frascisco, siendo aun coristas, pero hallándose ambos llenos de ardor para emplearse en la conversión de los infieles. Fray Juan de San Antonio era de Sevilla y de cerca de esta ciudad era fray Matías de San Francisco: uno y otro se informaron del espíritu religioso en el convento de Arcos.

Llegados a Huánuco y guiados por el Padre Bolívar, penetraron hacia las montañas de Chinchao, deseosos de orientarse hacia a los Tulumayos, que eran conocidos en Huánuco hacía muchos años. Experimentaron en esta ocasión todas las penalidades inevitables en las jornadas en bosque cerrado. Halláronse con la vegetación arbórea que les impedía ver los rayos del sol; dieron con ríos, cenegales, terrenos quebrados e infranqueables y otros muchos impedimentos que imposibilitaban la marcha. Lo más deplorable era que no tenían guía práctico que les orientara y dirigiera; por lo cual, después de haber padecido lo indecible, viéndose con las fuerzas agotadas, resolvieron desistir de la empresa y volver a Lima, como lo ejecutaron.

2—El padre fray Gregorio Bolívar partió luego a ejercitar su incansable actividad en Bolivia, y según se expresa nuestro padre Córdova: "Entró a la conversión de otros indios confinantes (con los Chiriguanos) por la ciudad de Cochabamba, Provincia de los Charcas, con otros dos religiosos legos de la misma Orden Fr. Juan Sanchez y Fr. Luis de Jesús (1).

El padre Pablo José Arriaga, de la Compañía de Jesús, en su obra **Extirpación de la Idolatría del Pirú,** escri-

---

(1). Crónica, L. I. pág. 127.

bía por el año de 1621; "An salido assi antes como aora con maravillosos efectos algunos Religiosos solos a missiones entre Indios . . . y aora actualmente an entrado en los Andes por la parte de Chuquiabo, a la Provincia de los Chunchos, de quien se dixo arriba, el P. Fr. Gregorio de Bolívar con otros tres Religiosos de S. Francisco y recebidos de todos los Indios, con grandes muestras de contento, y el Curaca, o Rey de aquella Provincia embio su propio hijo con algunos Indios por rehenes a Chuquiabo y los Religiosos que quedaron alli, embiaron a pedir mas Religiosos, que les ayudasen, y el Señor Obispo de Chuquiabo escribió sobre ello al Comisario General (1)."

El abnegado padre Bolívar y sus compañeros permanecieron durante una veintena de años entre aquellos indios, sin saberse de ellos en Chuquiabo o La Paz, ni en Lima, y allí terminó el padre Bolívar sus días.

¡Raro ejemplo de apostolado, tanto más meritorio cuanto más oculto e ignorado del mundo!

3—Fray Matías de San Francisco y Fray Juan de San Antonio, ordenados de sacerdotes, pasaron al convento que la Provincia tenía en Panamá, en el Reino de Tierra Firme, como entonces se decía. Y según los designios del padre Guardián, pasaron a la conversión de los indios de la Gorgona, comarca memorable, por haber sido el teatro de las maravillas de San Francisco Solano, en el naufragio que allí se padeció y durante los días que estuvieron en sus solitarias playas. Esta conquista se emprendió en 1632, en cuya época se había avanzado también felizmente desde Huánuco a los Panatahuas.

Los indios de la Gorgona se denominaban Idiabes: habitaban la Gorgona, que al decir de nuestro padre Córdova, "comienza desde la punta de Guarachine, hazia a

(1). Cap. 20.

Popayan, con la costa de Tierra Firme, como se sube de Panamá al Perú, distante cincuenta leguas de dicha ciudad en esta mar del Sur (1)."

4—El padre Matías de San Francisco nos dejó, en 1636, una descripción bastante cabal de aquellos indios Idiabes, señalándoles los caracteres generales de los indígenas de América. Quinientos de ellos eran ya amigos de los padres misioneros y trataban de convertirse a la fe, siendo los que vivían en aquella comarca más de veinte mil. Según se explica el padre Matías, a nadie obedecen, ni tienen rey, ni cacique, capitán ni gobernador. Los hijos no aman ni obedecen a sus padres. No les agrada vivir juntos, sino esparcidos en la soledad de los bosques. Son ajenos a toda ceremonia religiosa, sin cuidarse de Dios, ni de ídolos, ni de huacas. Viven de plátanos, frutas, maiz, caza y pesca. Tienen dos y mas mujeres, según la bizarría demostrada en sus guerras, cuya base es la flecha y la lanza. No tienen, por tanto, religión propiamente dicha; pero son agoreros y superticiosos.

5—Entre estos salvajes pasaron su vida de apostolado los padres Juan y Matías, con un celo no fácil de ponderar.

El padre fray Matías se enfermó de su última enfermedad entre los indios llamados de las Abnegadas, como efecto de sus arduas labores y de una lucha de apóstol para combatir los vicios inveterados de aquellos salvajes. Asistióle con entrañable amor su compañero el padre fray Juan: le administró los santos sacramentos, y le fue consolando manifestándole santa envidia de verlo partir de la palestra al descanso y del destierro al trono. Y abnegado en lágrimas dijo el padre Juan al feliz moribundo: ¿Qué ha de ser de mí en esta soledad, falto de salud, y

(1). Crónica, L. I. pág. 183.

desamparado de tan dulce y amable compañía? A esto respondió el padre Matías con luz profética: Consuélese, hermano muy querido, que no ha de morir solo. Aludiendo con esta frase al martirio que había de padecer y a la muerte que le habían de inferir a lanzadas.

Murió el padre Matías en 1642. Lloráronle los indios inconsolables; y así en la Gorgona como en Panamá le reputaron santo.

Toda aquella cristiandad prosperaba cuanto se podía esperar, teniendo los neófitos en grande estima a sus conversores; pero un hechicero, en ocasión de una peste mortífera, tuvo habilidad para culpar al padre Juan como autor de las muertes que iban asolando la comarca. Con este pretexto, el infiel Hijuoba, acostumbrado a capitanear a los suyos, de un achazo hirió de muerte al misionero. Mató así mismo a cuatro indios cristianos que le acompañaban, alanceando luego sus cuerpos. Enseguida quitaron la vida a los españoles que servían de guardia; quemaron las iglesias y las casas del misionero y promovieron allí la devastación y la ruína.

Así terminaron su gloriosa carrera los fervientes misioneros Gregorio Bolívar, Juan de San Antonio y Matías de San Francisco; logrando en diversas regiones la palma del apostolado que no pudieron obtener en Huánuco y en los Panatahuas.

Bien se ve que con misioneros de esta índole y de semejante espíritu, podía la Religión sacrosanta de Jesucristo penetrar en los inmensos y recónditos bosques de la América española.

CAPITULO IV

Entrada a la nación Panatahua

(1631)

SUMARIO: 1—Fray Felipe Luyando, Fray Juan Rondón, Fray Juan Velasco. 2—El gobernador Talancha. 3—Pillao. 4—Los bosques orientales, mansión del indio.

Doce años habían trascurrido desde el intento de entrada a los Panatahuas realizado por el padre Bolívar. En esos doce años, ni capitanes ni misioneros pensaron en reiterar aquel intento.

Es de notar con Antonio Raimondi que los conquistadores y los aventureros ansiosos de fortuna, habiendo recorrido casi todo el Perú y penetrado en la región oriental por los puntos extremos de norte y sur, en el espacio de casi un siglo, no habían atravesado todavía la cordillera en la región central, al Oriente de Lima. Agrega Raimondi que las primeras noticias relativas a aquel extenso territorio las debemos a los misioneros, que entraron allí por las vías de Huánuco, Tarma, Andamarca y Huanta (1).

Aqui vamos a narrar la entrada por Huánuco a que se refiere Raimondi (2).

---

(1). T. 11, pág. 190.

(2). Véase la Crónica de Córdoba, L. I. pág. 189.

La felicidad de esta empresa estaba reservada a un hombre genial, a un santo religioso, morador a la sazón del convento de San Bernardino de Huánuco, el P. Felipe Luyando, peruano, natural de Ica, profeso en San Francisco de Lima, afable en extremo, religioso bien asentado en el espíritu de la Orden, hombre de oración, compasivo con los pobres e indigentes, y que ejercitaba la bondad nativa de su alma sin detrimento de la rectitud de su espíritu, guía inseparable de los que aman con ardor la verdad y el bien. Agregábase a lo dicho una fortaleza prudente, que le inducía a despreciar vanos temores y a superar las dificultades que trae consigo toda empresa nueva, mayormente en sus comienzos.

No le faltaron dictámenes adversos, como suele acontecer en ocasiones semejantes: se tomaba muy en cuenta los sacrificios que demandaba aquella empresa de titanes; las enfermedades que contraerían los religiosos, las muertes que padecerían; que no serían pocos los religiosos que perdería la provincia en aquella misión.

En todo esto que se oponía, no había ciertamente punto de exageración: todo ello era verdad, y lo ha sido en las empresas que luego, andando los tiempos, se han acometido sucesivamente: en todas ellas se han realizado sacrificios de atletas; los misioneros han quedado inválidos por una anemia incorregible, orígen de una serie de achaques, que han hecho su vida miserable y pesada: han muerto no pocos, los unos por la perfidia de los indígenas, los otros a causa de las enfermedades contraídas.

El problema, sin embargo de todo eso, se ha resuelto siempre a favor de la empresa: los sacrificios de apóstol, aún la pérdida de la misma vida, se han dado por bien empleados, con tal de ganar las almas redimidas por Jesucristo, con su pasión dolorosa y muerte sangrienta. Sacrificarse y morir gustosamente por Jesucristo y por sus almas, ha sido la divisa de los verdaderos amantes de Jesús crucificado.

No faltaron varones prudentes y celosos que animaron al padre Luyando a realizar sus heróicos y abnegados propósitos, y con especial complacencia los superiores, dándole su bendición al tenor de nuestra seráfica regla. Se resolvió hacer la entrada por los bosques de Chinchao en aquel año de 1631 (1).

Se le dieron dos virtuosos compañeros, los padres Juan Rondón y Juan Velasco, cuyo comportamiento abnegado e incansable campeará en algunos capítulos de este libro.

3—Existía a la sazón en Huánuco un gobernador de indios, llamado Antonio Talancha, a quien juntamente con su mujer había bautizado el Iltmo. Gonzalo de Campo, en ocasión de una visita pastoral en aquella ciudad. Era Talancha cristiano de buen espíritu, afable y amoroso con los sacerdotes y misioneros, de inteligencia despejada, activo y servicial en todo lo que se refería a los adelantamientos de nuestra Religión.

Creyóse oportuno que éste gobernador previniese a los Panatahuas, y les participase con minuciosa claridad los intentos del padre Luyando. Llevóse ésto a efecto yendo dicho gobernador montaña adentro a principios de mayo.

Los misioneros salieron de Huánuco el día 10 del dicho mes; anduvieron en algunas jornadas cosa de dieciseis leguas, siguiendo primero el curso del Huallaga, tomando luego la mano izquierda, antes de llegar a las elevadas lomas que conducen a la celebrada Pillao, y se encaminaron a la cuenca de río Chinchao. Descansaron en la estancia de Miguel Reten, quien tenía a su servicio indios reducidos a nuestra santa fe, a quienes trataba Miguel con paternal amor. Aquí fueron viniendo muchos indios circunvecinos, a dar la bienvenida a los religiosos, y a ofrecerles regalos de los frutos de la tierra.

---

(1). Raimondi, **El Perú, T. II. pág. 191.**

Era un domingo, cuando los misioneros tuvieron la agradable sorpresa de ver que Antonio Talancha aparecía sobre una loma, trayendo consigo ciento cincuenta indios Panatahuas.

El gobernador tuvo tino para dar a la embajada el punto conveniente .Llegado a los Panatahuas, expuso con la llaneza franca, propia del indio que hace ostentación de veracidad con los suyos, que unos hombres muy buenos, cuya profesión es hacer bien a otros, querían venir a donde ellos estaban. Que a esto no les movía el deseo, ni de sus mujeres, por que no se casaban, ni de los productos de sus sementeras y plantaciones, pues doquiera que estuviesen, no les faltaba lo necesario para el sustento de la vida. Que eran hombres que aprendían para enseñar; que los caudillos blancos les besaban con mucha reverencia las manos; que ellos celebraban devotamente los divinos oficios, y ricos y pobres les estaban mirando, mientras ellos adoraban a Dios en el lugar santo; que la mansedumbre y blandura de sus corazones hacían apetecible en gran manera su compañía; que amaban la justicia, la liberalidad, la conmiseración; que después de una vida irreprensible y pura en éste mundo, ellos prometían el Cielo, en donde se ve a Dios claramente, en donde todo es gozar, donde no hay hambre, ni sed, ni dolores, ni tristezas, ni enfermedades. Díjoles otras muchas cosas a este tenor y talle.

Pareció esto muy bien a los indios, y manifestaron vivos deseos de ver a aquellos hombres; les aseguró Antonio que ya debían haber salido de Huánuco, donde los había dejado alistándose; que sin duda estarían adelantados en el camino; que sería bueno salirles al encuentro; que se preparasen los que pudieran y quisieran. Asi lo hicieron de buen grado y no poca algazara.

Cuando los indios descubrieron a los padres en la estancia de Miguel de Ruten, hendieron los aires con gritos desaforados y agitaron las armas con extremos de alborozo, según lo acostumbraban ellos en ocasiones de

grande alegría. Correspondieron los religiosos y cristianos con el toque del clarín y de las chirimías, instrumentos de que se previnieron en la doctrina del Valle.

Poderoso imán fue siempre la música para atraer al indio americano, y en esta ocasión los ecos del clarín colmaron el gozo de los Panatahuas. Ya que estaban cerca de la casa de don Miguel, se formaron los indios en escuadrón, terciadas sus lanzas, arcos y flechas. El gobernador Talancha que los capitaneaba, se acercó al padre guardián y de rodillas le besó la mano. En esto los Panatahuas en señal de vasallaje, arrojaron al suelo las armas y se arrodillaron también a ejemplo de su gobernador. El Padre Guardián les bendijo, arrasados lo ojos en lágrimas de ternura, que no pudo contener. Acompañáronle en éstas lágrimas, no pocos de los circunstantes, siendo para todos sorpresa no esperada, la de ver a salvajes agrestes, postrados y humildes, ofreciendo sus hombros al yugo de la Religión.

Sosegada la primera emoción y recobrada la serena alegría, trabaron amena conversación: los misioneros certificaron a los indios el propósito que traían de ir con ellos a sus tierras; los indios por su parte reiteraron sus agradecimientos por ésta buena voluntad y se ofrecieron gustosos a acompañarles. Luego les hicieron presentes de sus regalos, que consistían en pescado, caza y frutos de sus plantíos.

4—Esta narración está en perfecta armonía con la índole que aún descubren los indios de los alrededores de Huánuco. Son notablemente benévolos; del padre misionero conservan gratísimos recuerdos, y le miran todavía como a un ser bueno, de suaves e inmaculadas costumbres. Apenas le han visto y saludado con demostraciones de mucha reverencia, se apresuran a traerle algo, y le ofrecer con cariño y cordialidad algunos huevos, patatas, yucas **(Maniot)**, y otras cosillas que pueden hallar a la mano en su misérrima vivienda.

Nunca me olvidaré de la visita al pueblo de Pillao, al cual no le queda sino su renombre. Desde tiempo inmemorial fue tierra de indígenas; en los tiempos incáicos debió ser gran centro de población. Hoy se halla reducido a la última indigencia; muy al contrario de Panao, en la otra banda, que ofrece un porvenir muy halagador, colocado en una cuenca fértil y en un punto de tránsito para los que se dirigen al Pozuzo.

En Pillao no hay más que la absoluta pobreza de los desventurados indios, y a mí partíaseme el corazón de verlos en tanta miseria, y que me socorrían con tanta buena voluntad con lo que a ellos mismos les habría de hacer falta. Sufrí con gusto junto con ellos y al salir me quedó el convencimiento de que allí había alumbrado un tiempo con vivos resplandores la luz de la fe.

5—El 21 de mayo resolvieron los misioneros emprender la entrada al interior: acompañábales el capitán Reten. El viaje debía hacerse necesariamente a pie. Los fervientes religiosos en lugar de báculos, se procuraron unas cruces que llevasen en las manos, símbolo de la fe que iban a anunciar; y asistidos cariñosamente de los Panatahuas, más unos indios que desde Huánuco les acompañaban, comenzaron la fatigosa marcha. La época era todavía de lluvias y por lo mismo eran de todo punto inevitables las fatigas propias de los viajes por aquellas selvas, recorriendo sendas mal abiertas, cuando no completamente cerradas.

Esas fatigas sólo son muy llevaderas para el indio, perpetuo morador de los bosques. El indio, puesto en lo interior de una espesa vegetación, se da cuenta exacta de lo que sucede en su derredor hasta una notable distancia: de los diversos monos que chillán y gimen en lo alto de las copas de los árboles, de los pájaros de distintas clases que revolotean en los contornos, del tigre que respira cautelosamente, de los jabalíes que en vandadas pasan de uno

a otro valle, y de mil circunstancias más que pueden interesarle para su comodidad, adorno o conservación.

No le sucede lo mismo al civilizado que por primera



En los bosques de Chinchao

vez penetra en una selva. Dado el laberinto de troncos, ramas, frondes y lianas que suelen abundar en todas las

entradas a la **montaña real** (1), laberinto dentro del cual se halla metido a veces durante muchas horas de viaje, no llega a distinguir sino a una corta distancia y dificultosamente se da cuenta de los fenómenos que se realizan cerca de él; por cuyo motivo apenas nota el suelo que pisa, las ramas que le amenazan, ni la fiera que por ventura está en acecho para caer sobre él.

El indio camina dentro de la selva con celeridad y destreza. Diríase que la obscuridad que produce la lozanía de las copas de los árboles despierta sus facultades, y las mil sinuosidades que presenta el bosque enmarañado aquilatan sus habilidades de gimnasia. El indio posee generalmente un cuerpo flexible, no endurecido por los rudos trabajos de la agricultura, a que a penas se dedica. Su andar reviste matices de cierta elegancia agreste. Se mueve altivo y airoso. No pierde éstas cualidades aún cuando camina por entre ramajes, se acomoda con cierta gracia a todas las sinuosidades que presenta el terreno y la vegetación enmarañada; no suele tropezar nunca; se desliza suavemente a las vertientes de los rios; atraviesa las corrientes con paso seguro, levantando su **cushma** (2) cuanto le pemite su pudor salvaje; sube las laderas de las colinas como si supiera trepar por disposición de la naturaleza.

No sucede lo mismo al viajero no avezado a las trochas abiertas en aquella vegetación tupida: éste, mientras atiende a defender los ojos de una rama, tropieza y se lastima el pie, o da un resbalón peligroso: con el afán de atender a todo, no tarda en marearse; para caminar

---

(1). Bosques de vegetación arbórea, generalmente gigantesca.

(2). Cushma es la única prenda de vestir que usa generalmente el indio; es a manera de un camisón sin mangas, cuya longitud varía según las tribus.

luego en completo abandono, perdida la esperanza de regirse. No es fácil calcular cuantas raspaduras experimenta en ese estado de abandono, cuantas contusiones, cuantos rasguños.

Agréguese que durante el día el alimento es escaso; que la noche se pasa sobre el duro suelo, que teniendo por cama algunas hojas frescas, el molido cuerpo apenas logra descansar, y que al día siguiente es preciso repetir la misma gimnasia que la víspera.

Esto que aquí contamos se realizaba necesariamente en las selvas orientales del Perú en todos los comienzos de las misiones, por falta absoluta de caminos; pues las sendas de los indios no son caminos para el civilizado. Este modo de viajar resultaba en muchas ocasiones tarea de semanas y meses, bastando algunas de éstas jornadas para reducir a extrema debilidad a hombres sanos y robustos.

CAPITULO V

Entrada a los Panatahuas

(1631)

SUMARIO: 1—Dirección a Tonua. 2—Los Caciques Panatahuas. 3—Condición precaria del Cacique; el indio refractario a la acción jurídica. 4—En Tonua.

EL viaje desde la casa de don Miguel hasta el punto más poblado de Panatahuas resultó a los padres misioneros lleno de dificultades, difícil y desastroso, como era de suponer.

Desde las primeras horas de la jornada se vieron con los pies y las manos ensangrentados; pues no solo se caminaba, sino que era menester valerse de las manos, escalando peñas o descolgándose de los bejucos.

En la noche del primer día durmieron a orillas de un arroyo, donde los indios tenían formadas unas chocitas con hojas de palmeras.

El excelente humor con que al día siguiente emprendieron el camino les duró muy poco: el padre Rondón resultó con un serio quebranto en una pierna, y no podía seguir a la comitiva. Fue necesario que lo cargasen. Al llegar a una larga bajada, como de una legua de prolongación, donde debían ser auxiliares las ramas y los bejucos, el padre Luyando, declaró de plano que no podía descender solo. Se le asoció un indio; pero a poco el padre y el

indio resbalaron malamente, y por entre peñas y ramas rodaron hasta lo profundo.

Por felicidad nada grave sufrió ninguno de los dos: el padre Luyando puesto de rodillas, rindió acto continuo gracias a Dios por el beneficio recibido y continuó su jornada.

Antes de aproximarse a la desembocadura del Chinchao y al punto denominado Tonua, ya pululaban los indios Panatahuas; eran muchos, y acudían a saludar y recibir a los misioneros con muestras de regocijo, agasajándoles con sus dádivas que consistían en yucas, maiz, pescado, chicha (1) y miel.

Para los misioneros resultaba todo ésto inefablemente consolador: es difícil formarse una idea de las delicias puras y arrobadoras que experimenta el corazón del apóstol, cuando tiene prendas de que su misión toda divina será aceptada por aquellos que considera sus futuros hijos, a quienes podrá hacer el bien, a quienes podrá regenerar en Cristo, a quienes podrá remitir al cielo, vestidos de la vestidura nupcial, con que se entra en aquella mansión bienaventurada.

2—Era el día 23 de mayo de aquel año de 1631, cuando se presentaron a los padres cinco caciques, que eran cabezas de otros tantos bandos, ubicados en los contornos. Dijeron cortésmente que venían a congratularse de su arribo a aquella tierra: que no temiesen, pues disfrutarían allí de una paz inalterable; que no serían los Panatahuas quienes les hostilizasen, ni hiciesen desagradable su estadía entre ellos: que para recibirlos con amor y benevolencia, era bastante la fama que había precedido a su entrada al lugar, confirmada ya con la bondad pater-

(1). Bebida indígena que se hace fermentando el maiz u otros cereales o frutas; llega a clarificarse, imitando las cualidades de vino generoso.

nal que les distinguía y de que habían dado muestras inequívocas.

El padre Luyando agradeció éstas seguridades y ofrecimientos, honró y acarició a los caciques; les dió cuchillos y otros utensilios que ellos aprecian y chaquiras y juguetes que entretienen su curiosidad infantil. Así los caciques como la multitud de los indios cobraron grande amor al padre Luyando: pues el indio con su mirada de niño, distingue sin confundirse a los que son sinceramente buenos. Podrá el indio no acrisolar la mentalidad intelectual de su interlocutor; pero no se equivoca en el juicio que forma de las cualidades morales y de los sentimientos del mismo.

El padre Luyando no dejó de aprovechar la benevolencia de los indios para sus sagrados fines, asegurándoles en el afecto que le mostraban, para que en días no lejanos pudiese informarlos en la fe católica y hacerlos capaces de los beneficios incomparables de nuestra santa Religión. Les dijo que quería vivir con ellos: que continuaría el viaje hasta Tonua; que ahí procurasen juntarse para cuando él llegase; que luego verían qué hermosa doctrina les enseñaría, para ser buenos en la vida presente y felices en la futura.

3—Sin embargo del semblante halagador que ofrecían todas las cosas al padre Luyando para la consecución de sus fines, no podía fiarse ni de las ofertas de los caciques, ni del cariño de la masa indígena, que son niños volubles que mañana escupirán al que hoy acarician. Cierto que el cacique es la única autoridad reconocida entre los indios salvajes; pero dicha autoridad está muy lejos de ser jurídica. Entre los indios, ni hay legislación, ni se ejerce jurisdicción alguna. La misma autoridad paterna se reduce a dar vida y crecimiento a sus hijos, sin la conciencia de los deberes paternos en orden a la educación, ni siquiera en orden a la corrección de sus excesos. Las agrupaciones indígenas de que hablamos no forman sociedad;

pues entre todos los agrupados hay una tendencia abierta a la vida individual y aun a la vida segregada y solitaria. Los recién casados procuran alejarse de sus padres y hermanos.

Aún la vida conyugal se resiente de ésta misma tendencia a la separación, con derecho tradicional para proceder a ella, por motivos bastante frívolos.

No se ejercita la justicia: cada individuo agraviado es el llamado a tomar la satisfacción y venganza en forma varonil, causando daños y perjuicios de gravedad, y a ser posible con la muerte del causante del agravio. Cuando se teme que uno solo no basta para tomar venganza con el rigor que estiman necesario, se juntan en número suficiente para lograr a toda satisfacción el fin propuesto.

Toda agrupación de indios es nómada: fijan su residencia en un punto dado por poco tiempo, y gozan en los cambios que realizan, levantando nuevas moradas y abriendo nuevas sementeras y plantaciones. Si a su espíritu tornadizo y voluble se agregan celos de uno de los consortes con un vecino, o temor a los hechizos de un brujo, o rastros de un desconocido que haya pasado sigilosamente por el lugar, o el ambiente fatídico que le produce la muerte de un miembro de su familia, o el cansancio de la tierra de cultivo: en esos casos la mudanza es inevitable.

De lo descrito podemos deducir lo que es un cacique entre estos indígenas: no es autoridad; es a lo más un cabecilla de guerrillas. Con la facilidad con que le reconocen alguna superioridad se la niegan, o reconocen por cacique otro distinto, no pocas veces enemigo del anterior. La condición de cacique suele ganarse generalmente con hechos de valor, que hayan resultado útiles a una agrupación; pero algunos brujos audaces imponen su carácter de caciques, y su intervención es acatada por temor a los daños con que amenazan. Estos brujos al fin pagan con la vida sus embustes maléficos.

En medio de estos indígenas sin cohesión, sin subor-

dinación, sin principios siquiera de autoridad, con un individualismo intangible, con una libertad sin trabas, se comprende que es posible todo desorden, especialmente odios y venganzas, bandos y guerras mutuas de exterminio.

Tenemos pues derecho a repetir que al padre Luyando no le aseguraban su situación y su porvenir, ni las promesas de los caciques, ni el cariño de la muchedumbre; no teniendo estabilidad ni firmeza los procedimientos de los unos ni de los otros.

Esta es la situación precaria en que se ve colocado el misionero, en mil ocasiones de su arduo y prolongado ministerio, entre los infieles del Perú.

4—Continuando sus jornadas nuestros misioneros, el sábado 24 de mayo, a las diez de la mañana, alcanzaron a ver la población de Tonua (1), vistosa, con arboleda, pintoresca y esbelta, situada en el punto en que el Chinchao entrega sus corrientes al Huallaga.

A la vista de Tonua enarbolaron los misioneros una cruz de plata, con pendón de color carmesí, que llevaba el padre Juan de Velasco.

El padre Luyando llevaba un hermoso crucifijo de una vara de alto.

Un gran número de indios apiñados recibieron a los misioneros en la población, con muestras de veneración y respeto y besándoles las manos. Ordenóse luego una vistosa procesión de toda aquella gente: el padre Rondón con los cantores y al son de chirimías entonó el **Te Deum Laudamus**, cuyos ecos resonaron con insólita solemnidad en aquella comarca; mientras tanto los religiosos no cesaban de llorar de alegría.

---

(1). De Tonua no quedan hoy sino las ruinas, cerca de la hacienda de Cucheros, propiedad de don Jorge Durand. El mapa del P. Sobreviela coloca Cucheros al sur de la desembocadura del Chinchao.

Llegados al centro de la población, vióse que Talancha ya había levantado allí una gran cruz; y al pie de esta cruz se arrodilló devotamente el padre Luyando, quien, terminado el Te Deum, hizo que todos besasen el crucifijo.

No omitieron la ceremonia de alta significación en la época, de tomar posesión del territorio: con el estandarte en la mano, dijeron los religiosos **"Que en nombre de Dios y de la Majestad del Rey Católico Felipe Cuarto tomaban posesión de aquellas tierras y provincias Panatahuas".**

A lo que siguió media docena de disparos de arcabuces, los ecos de un sonoro clarín y las alegres chirimías.

CAPTULO VI

Zozobras y esperanzas en Tonua

(1631)

SUMARIO: 1—Vivienda y capilla. 2—Chunatuhuas y Chuquidcanas en son de guerra. 3—Los altivos Tinganeses promueven el levantamiento. 4—Los amables Carapachos, ofrecen la paz. 5—La agitación termina en abrazos fraternales.

Inspiraciones del gobernador indígena Antonio Talancha, los Panatahuas de Tonua acabaron de construír para el sábado al anochecer una vivienda a los misioneros y una capilla para las funciones sagradas.

Las fábricas entre los indios son de fácil ejecución, sin descuidar la seguridad necesaria y la defensa contra la lluvia y la intemperie. Para ello fijan una serie de palos, de alturas distintas y combinadas, para dar la inclinación conveniente a la techumbre que descansa sobre ellos. El techo consiste en hojas de palmeras ajustadas, en gran cantidad, de modo que la parte menuda de las hojas va quedando al exterior, como pelos lacios caídos y sobrepuestos en un mismo sentido, las que repelen y escupen aún la lluvia torrencial, sin que penetre al interior una sola gota.

Las paredes de la vivienda y las divisiones se hacen abriendo el tronco tubular de la palmera y juntándolas en toda la extensión de la pared al par de los pies derechos.

En éstas construcciones entra muy poco maderamen: a no ser que se agregue un piso, lo cual es indicio de comodidad y regalo.

En la nueva capilla se cantó aquel mismo sábado la **Salve,** y el domingo 25 de mayo, fiesta de la **Traslación** del cuerpo del Patriarca San Francisco, se ofició una misa solemne.

A la misa concurrieron muchos caciques, con gente de su parcialidad, que vinieron muy gustosos, trayendo regalos en abundancia. Los más eran de la nación Panatahua; no pocos de la tribu de los Chuscos; otros Tulumayos y Chunatahuas.

Desde la tarde del sábado en que los misioneros llegaron se dió comienzo al catecismo con aparato y solemnidad, en la misma plaza de la población, ante numeroso concurso de cerca de mil personas.

2—Todas las cosas siguieron en Tonua a satisfacción de los misioneros, gozando de paz y alegría y teniendo esperanzas fundadas de un éxito brillante, cuando una mañana muy temprano, mientras el padre Luyando estaba celebrando la santa Misa, corrieron voces de que los vecinos Chunatahuas, los Tinganeses, los Chudquidcanas y aún los Carapachos se habían movido en sus tierras y se aproximaban bien armados a Tonua. Las gentes que ya habían concurrido a Tonua, amigos de los misioneros, de entre ellos buena parte Chunatahuas, se turbaron con la noticia y se armaron montados en ira y furor salvaje, ansiosos de la refriega y de vengar antiguos y no olvidados agravios.

El padre Luyando informado de lo que sucedía, hizo ante todo fervorosa oración, sabiendo que sólo el Altísimo concede el próspero fin de las empresas que traen dificultad y que sólo el creador y sustentador de los cielos y de la tierra amansa los airados pechos. Terminada devotamente la misa, acudió a la plaza, de donde pudo ver que unos 600

indios dispuestos en órden de guerra, se acercaban a la población.

Era el caso para amedrentar los ánimos más impertérritos. Aquel medio millar de guerreros eran Chunatahuas en su mayor parte, que vivían allí cerca, en el río afluente del Huallaga, a que dieron su nombre, y algunos Chuquidcanas. Venían casi desnudos, pues para las acciones de guerra gusta el indio del despejo y de la soltura, y que no le estorben los trapos y las ligaduras. Traían el cuerpo profusamente pintado de huito (1): los agrestes cabellos les caían ondeando hasta la cintura: las narices atravesadas con huecesillos: otro hueso en la boca apretado entre los dientes: en las manos, los unos traían lanza y dardo de chonta (2), los otros arcos y flechas.

En los corazones de todos se agitaba la inquietud y la incertidumbre. Mas el padre Luyando pudo notar que los agresores no estavan avenidos, y que se movían sin entenderse. Entonces les envió al capitán Miguel de Rubén, especialmente a los Chunatahuas, que eran los que más enconados se mostraban: habló don Miguel al cabecilla de parte del padre Luyando, amonestándole que depusiese siniestros temores, que templase su cólera; pues no había razón para ello, ni los misioneros habían dado el menor motivo para sangrientas venganzas. Que mirase que muchos estaban de parte de los religiosos, y que en caso de no venir a buen partido, era menester derramar mucha sangre y perder no pocos la vida.

El Chunatahua le oyó con interés y deferencia, y dijo que no tenía inconveniente alguno para hablar y entenderse.

Pero una mala bruja, vieja y desgreñada, que aque-

---

(1). Arbol (génipa oblongifolia), cuyos frutos suministran una tintura persistente.

(2). Palmera, bactris ciliata.

llos indios suelen llevar consigo y consultar en lances de guerra, se acercó a su cacique, y le dijo llamándole a un lado: **No entres en tratos de paz, pues son injustos; y sabe que cuando a ti te abandone el ánimo y te desamparen los bríos de hombre, yo, mujer, arrancándote esa lanza, me vestiré de valor y verán nuestras gentes que hay una defensora invencible de la nación chunatahua.**

Las palabras de la bruja no hicieron mucho efecto en los pechos de los chunatahuas. Turbaron algo al cacique; pero el padre Luyando que fue a acariciarlo, serenó pronto su espíritu. No se trataba sino de vocerías sembradas contra los misioneros, y que el espíritu suspicaz del indio había vestido de siniestro color. En la mayoría de los mismos indios dominaba el deso de saber de que se trataba; que era lo que pretendían los misioneros con la novedad de penetrar en sus selvas, que ellos consideraban inviolables; si podían temer la pérdida de sus mujeres y niños; si podían o no dormir tranquilos en sus hogares. Vieron que ciertamente la venida de los misioneros era una novedad hasta entonces no vista en aquellas tierras, pero que traía el semblante de un hecho pacífico y que se podría esperar que sucesos posteriores hicieran luz en la materia, y diesen fundamento a una resolución meditada y prudente.

3—A esta resolución plausible habían llegado los ánimos, cuando apareció por las alturas Ascaray, caudillo de los Tinganeses con mucha gente bien provista de arcos y flechas. Con su vista se inquietaron de nuevo los Chunatahuas y Chuquidcanas, que alardeando valentía empezaron a llenar las aires de flechas y dardos.

En estas demostraciones no se durmieron los amigos y defensores de los padres misioneros. Talancha manifestó gran valor y entereza. A su lado se pusieron los Caciques Pomasongo, Aimeri, Luapaz, Ubindiamina, Yabel, Pingominaya, Fileno y otros aguerridos jefes, pertenecientes a Tonua y demás lugares circunvecinos.

Estos caciques estaban a la sazón vestidos de gala: en la cabeza un vistoso penacho de colores; terciada sobre el pecho una banda de conchas, y en los brazos y muslos brazaletes de lo mismo; la cara y partes visibles del cuerpo pintadas; en la boca un hueso que mordían con muestras de bravura, en la garganta sartas de conchillas blancas y chaquiras, regaladas por los misioneros.



Chunchos de gala

Formóse la gente armada esperando a los enemigos: Talancha rodeó con su gente a los religiosos.

4—En esto llegó al padre Luyando un embajador de los indios Carapachos, a asegurarle que ellos venían en son de paz, que no los confundiese con los Tinganeses; que todos los caciques Carapachos y su gente de guerra venía

a rendirle la obediencia, pues tenían muy buenos informes y no tenían por que abrigar infundados temores.

Con esto creció en los enemigos el alboroto, la perplejidad y la indecisión. Antes creíanse seguros; ahora veían que la causa de los misioneros podía ser defendida con ventaja.

En esta coyuntura el padre Luyando mandó tocar los tambores a regocijo y fiesta; hizo que sonasen las chirimías en la puerta de la capilla y que el clarín llenara los aires con sus vibrantes sonidos. Mientras tanto los tres religiosos se pusieron en oración, pidiendo a Dios la paz y la concordia.

Terminada la oración envió el padre Luyando dos españoles a los Tinganeses y Carapachos a darles la bienvenida; y al mismo tiempo, ayudados de varios indios cristianos de Huánuco entraron los tres religiosos a los grupos de Chunatahuas a pedirles la paz. Pudo reunir a todos los caciques, hablarles mediante los intérpretes, de sus buenos intentos y amigables deseos, y tuvo la feliz suerte de llevar el convencimiento a sus ánimos.

Aplaudieron todos al padre Luyando y aún le dijeron que sólo para ponerse a sus órdenes habían desamparado sus tierras; que aquella era su leal voluntad; y que olvidase el alboroto inconsiderado a que se había dado lugar, por no aunarse fácilmente muchos y varios entendimientos, en cosa nueva y desconocida. Esta fue también la resolución de los Tinganeses.

5—Con lo cual el padre Luyando convocó a todos los caciques de todas las naciones allí presentes, que eran diez y seis, a la plaza; y ya que los tuvo juntos, díjoles clara y determinadamente, que el principal fin de su venida con los compañeros y hermanos suyos, era darles conocimiento del supremo y verdadero Dios, enseñarles los mandamientos divinos y la santa y suave Ley Evangélica. Que el fruto principal de la ley santa del Evangelio era la unión de los corazones, el amor mutuo, la paz; y una paz, no so-

lo privada que mora en lo interior de cada uno, sino la paz y tranquilidad pública. Que por esto, la amistad cordial debía triunfar sobre el odio, la paz debía anteponerse a la guerra, y que Dios, espíritu bueno y santificador, debía ser estimado sobre el demonio, espíritu malo y atizador de discordias.

Que no rehusasen aquella paz que les predicaba y traía en nombre del Altísimo, Criador y Conservador del mundo. Que viesen la voluntad afectuosa con que los religiosos se habían ofrecido a tantas penalidades y peligros. Que no correspondiesen con el desagradecimiento.

Oída ésta alocución, dijeron que estaba bien: que no sólo a los padres misioneros amarían y estimarían, sino que en atención a ellos se perdonarían mutuamente los pasados y no vengados agravios.

Luego a instancias del misionero se miraron alegremente las caras, hicieron sus juegos a usanza de sus regiones, bailaron, levantaron la voz con toda la algazara posible, a modo de chiquillos, que lo son de verdad no pocos de ellos en el juicio y los ademanes.

Obtúvose la paz en forma tan suave, concediéndolo así aquel Señor, que es amigo de los pacíficos y dador del tesoro inestimable de la buena voluntad, que asienta muy bien en el corazón sereno y equilibrado.

Comieron juntos en la plaza, y el ágape amistoso puso el sello a la paz tan deseada por los misioneros, y obtenida de una manera tan providencial y poco esperada.

CAPITULO VII

Frutos del Apostolado

(1631-1640)

SUMARIO: 1—Promesas y despedida. 2—El fervor de los Carapachos: abnegación del padre Rondón. 3—El padre Luyando hace un viaje a Lima.

Mientras los indios corrían, jugaban y triscaban, recorrió el padre Luyando con semblante alegre y paternal amor las filas de las diversas gentes allí reunidas, y a cada grupo fue dirigiendo discretas y consoladoras frases. Les prometió ir personalmente a sus diversas tierras, verlos y hacer el bien a sus almas, a sus mujeres e hijos.

Los caciques le tomaron la palabra, y le conjuraron que no les engañase, que se fuese allí, que veían que era bueno y amoroso.

El padre les regaló cuchillos, machetes y chaquiras. Y con gritería salvaje e infantil fueron retirándose cada bando a su lugar de orígen.

Fue precisa la separación de aquella muchedumbre, pues la población de Tonua no ofrecía comodidad para su vivienda y sustento por mucho tiempo. Solo determinaron quedarse de asiento allí cosa de mil almas, para tratar de informarse en la santa fe y llevar a uen término su conversión y bautismo.

Entre las gentes que no se movieron aquel día de To-

nua se contaban los Carapachos, indios benévolos y disciplinados. Ya que partieron los demás, se presentaron al padre Luyando los tres caciques de aquella nación, llamados, Sucaso, Abtumba y Germano, para decirle que pues él quería primero dedicarse á la conversión de los Panatahuas y a ellos les era fuerza volver a sus tierras; que mientras él recorría los lugares de los Chuscos, Timayos, Tulumayos, Tinganeses, Chunatahuas y Chudquidcanas, les enviase uno de sus compañeros; por cuanto querían tener iglesia, como la había en Tonua, oír el catecismo como se hacía en Tonua, y estar a la palabra y doctrina del misionero, como se practicaba en Tonua. Que querían salir de los errores e ignorancia de que él hablaba, conocer a Dios y ser encaminados a él, practicando el bien.

El padre creyó que debía atender a una súplica tan bien pensada, en que a las claras se veían la mano de Dios, y enviarles al padre Juan Rondón.

Este humilde y fervoroso misionero no se pudo negar a la voluntad de su legítimo superior, como era el padre Luyando.

Obedeció rendido: no se puede negar que le fue costoso el sacrificio de separarse de sus compañeros, el que por tantos años había vivido con sus hermanos y disfrutando de todas las ventajas que para el alma y la vida temporal ofrece la comodidad de un convento.

Que este es uno de los casos más amargos del misionero, que naturalmente teme el verse solo y sin los auxilios espirituales que suministra la compañía de sus hermanos sacerdotes.

El padre Rondón, acatando lo voluntad de su prelado, puesto de rodillas, con humildad evangélica y serenidad de ángel, pidióle la bendición y partió a la tierra de los Carapachos, resuelto a evangelizar a aquellas almas y a perder la vida entre aquellos inseguros indígenas, si el señor así lo permitía.

Parte y vé, oh escondido héroe del Evangelio, que lle-

vas en tu pecho el noble amor de Dios, en tu mente la consideración del alto valor de las almas, redimidas con la sangre de Jesús, divino Salvador nuestro. Camina con las fuerzas que te da la vocación de apóstol, renunciando a todas las comodidades de la vida, y aún a la compañía y al cariño de tus hermanos. Forma el ánimo de perder la vida, ora sea por una enfermedad aguda sin socorro humano, ora por la alevosía ingénita de esos seres tan fáciles en desconocer los beneficios y la abnegación de sus bienhechores desinteresados. Vé, humilde hijo de San Francisco, puesta en el Altísimo tu confianza, seguro de que él mirará por tu suerte: pues no desampara el Señor al que en él confía y se arroja como niño a su paternal regazo.

Dí al Señor: **Tú eres quien me recibe; tú me librarás del lazo del cazador; Tú me protejerás contra la saeta que silva, hendiendo furiosamente los aires; andaré sobre el aspid y sobre el basilisco, pisotearé al león y a la serpiente. Con él seré yo, dice el Señor: yo le libraré, le enaltceceré, le glorificaré (1).**

La región de los Carapachos venía a dar en la margen derecha del Huallaga, á alguna distancia de este río: y es creíble que se extendiese hasta las márgenes del Pachitea (2). Una vez que el padre Rondón se vió ante ellos, los reunió en la plaza y les dijo con sencillez evangélica: "Ya me tenéis aquí, en vuestro pueblo: si las palabras que dijisteis en Tonua eran sinceras, y si en verdad tenéis deseos de abrazar la ley evangélica, haciendoos cristianos, provádmelo, trayendo inmediatamente el material necesario para construir una iglesia". Aun no había acabado de pronunciar el misionero la última palabra,

(1). Salmo 90.

(2). Así se colige de los mapas de los padres Agüeros y Sobreviela.

cuando alegres y alborozados corrieron a traérselo, y en breves días se levantó una hermosa iglesia.

Parece indudable que el Señor favoreció visiblemente al padre Rondón en su ministerio sagrado, y premió con una protección especial su heroica obediencia y celo ardoroso. Curaba fácilmente heridas y enfermedades, no con escaso asombro de los indios, a quienes tampoco suele faltar habilidad sorprendente para curar, mediante hierbas, cuya virtud conocen. Algunos moribundos le pidieron el bautismo con impulso extraordinario. Algunos con el agua bautismal recuperaron la salud del cuerpo en casos desesperados.

Así por este tenor corrió con felicidad la misión de los Carapachos.

3—Partido el padre Rondón, los padres Luyando y Velasco se consagraron a la conversión de los Panatahuas. En uno de los primeros días bautizó aquel de su mano más de doscientas criaturas que con instancias le presentaban.

Luego hizo un viaje a la vecina región de los Chuscos, y también allí las madres presentaban a porfía a sus hijos para que los bautizasen.

Todas aquellas comarcas estaban hondamente conmovidas y bien dispuestas para abrazar la religión cristiana, siendo innumerables las madres que pedían el bautismo para sus hijos.

Y atendiendo a todas las circunstancias, no puede revocarse a duda que la empresa de esta misión de los Panatahuas se llevó a cabo con muy buenos auspicios. El celo ardoroso y bien intencionado del padre Luyando fue plenamente bendecido por el Señor: el campo de la mies evangélica estaba franqueado y abierta la puerta al celo de los misioneros de la provincia de los XII Apóstoles. Mas, por otra parte, estaba también claro, que tres misioneros no podían atender convenientemente a tantas naciones bárbaras como pedían el bautismo: por lo cual el padre

Luyando resolvió ir a Lima, informar a los superiores de lo actuado, y solicitar más operarios evangélicos.

En Huánuco bautizó con gran solemnidad y fausto veintidos indios, hombres y mujeres, que sacó del territorio de las misiones, entre ellos cinco caciques. Celebróse la ceremonia en la iglesia parroquial apadrinados los indios del corregidor y de la alta nobleza.

En Lima se formó de las misiones abiertas por el padre Luyando excelente idea. En consecuencia, las cajas reales proveyeron de ornamentos y campanas para las nuevas iglesias; se tomó providencia para la conservación de los pueblos formados, y el Superior de la provincia seráfica le aseguró que correría de su cuenta el envío de nuevos obreros evangélicos.

Asegurado así el porvenir de las conversiones, el padre Luyando volvió al seno de su amada misión y a abrazar de nuevo a sus neófitos. Trajo consigo algunos religiosos de buen espíritu, celo y mansedumbre. Para su mejor administración se redujeron a seis las doctrinas centrales en la región de Panatahuas: Santa Ana de Jaupar, San Antonio de Cuchero, La Concepción de Tonua, San Francisco de Chusco, San Buenaventura de Tulumayo y San Felipe de los Tinganeses.

En un principio quedaron sujetas éstas doctrinas al padre y cura conversor del Valle; más tarde formó la misión guardianía aparte, sujetas las misiones al doctrinero de San Francisco de Chusco.

CAPITULO VIII

Muerte del Padre Luyando.—Florecimiento progresivo de sus misiones

(1641-1645)

SUMARIO: 1—Mérito del padre Luyando. 2—Le Honra Felipe IV. 3—Su muerte feliz en Huánuco. —Fray Jerónimo Jiménez: elogios que hace de las misiones y de los misioneros Baez, Vera y otros.

Diez años escasos empleó el padre Luyando en la obra de las misiones de Panatahuas, que desde sus comienzos presentaron muy halagador semblante. El padre Luyando procedió en la empresa de organizar estas misiones con exquisita prudencia, con celo ardoroso, con resolución constante y longámine hasta el heroísmo; tolerando mil penalidades, como se esperaba de un varón apostólico, asistido del espíritu de Dios e informado de una profunda piedad religiosa; la cual desde el principio fue el imán con que atrajo los corazones de los indígenas, generalmente inclinados al que los trata con amor y blandura, sin detrimento de la equidad.

Con estos métodos que merecen el más alto elogio, pudo hacer mucho bien a aquellas pobres gentes: extirpó multitud de supersticiones a que son los indios muy adictos; bautizó una gran muchedumbre, aún de gente adulta; logrando asimismo que se unieran con el sagrado


76° O. de Greenwich.
Tulumayos
Quidquicanos
Q. Cuchara
Punta Huacamayo
R. Tulumayo
Puerto viejo
Aladijo
Tinganeses
Tingo María
Tigrillo
Rio Monzon
Monzon
Aucantagua
Monte grande
Cachicoto
Chipaco
R. Reyes
R. de la Cueva
Cueva grande
Mal paso de Perez
Mal paso del derrumbe
R. Tambillo
R. de la Palma
Chumatahuas
Mal paso de Chontaplaya
Junco
Agua de Sal
R. Chumatgua
Cueva
Rio de Rondos
Rio de Cayumba
Cuchero
Chinchao
R. Chinchao
Mayhuaschan
Challana
Mesapata
Unamachay
Caschia
Pati
Carpies
Pillao
Moyobamba
Hualacayan
Utao
Tambogan
Yanamachay
Chuscos
Acomayo
Cochas
Tulco
Pachabamba
Cascay
Valles
Colpa
Rondos
HUANUCO
Malconga
Huayapampa
Margos
Toxumayo
Chuilay
Higueras
Mito
R. Higueras
Yanano
Piñoyo
Chaglla
Canopa
Panao
Muña
Tambo de Vacas
Playapata
R. de la Duda
Cumbre
Pinzas 3620
R. Ste Cruz
Pozuzo
Conchamarca
Tomaiquichua
Quisca
AMBO
Huanacalla
Angasmarca
Chaucha
Salapampa
Acobamba
Quircán
Mosca
Misca
Antapirca
Sn. Rafael
Salcachupan
Huariaca
Chinchao
Chacayan
Pallanchacra
Yanahuanca
R. Chaupihuaranga
La Quinua
CERRO de PASCO
Palmatamb
Tunqui
Uchanayo
Rayantambo
Sucyacocha
Tingo de Huanbamba
Chilachi
Lucuma
Huancayao
Esquina
R. Chinchao
R. Chicos
R. Huaillamayo
R. Anana
R. Punchao
R. Gramazú
Chonta
Miraflores
10°
9°
MISIONES DE PANATAUAS
Organizadas por el P. LUYANDO
Escala: 1:1250000.
10 20 30 40 50 kilometros

vínculo del matrimonio, conforme a la ley de la Iglesia Católica, que establece la monogamia en la vida conyugal y la indisolubilidad del vínculo contraído. Formó familias de ejemplar piedad y modelos de morigeración cristiana; fomentó, además, cuanto pudo el comercio mutuo y la vida social.

En los capítulos que siguen veremos el desenvolvimiento progresivo de las misiones que abrió el padre Luyando, abrazando un extenso territorio, como es el comprendido desde la desembocadura del Chinchao, hasta el río Santa Marta al norte de Monzón, en cuyas riberas vivían los Tepquis; poniéndose en comunicación a la izquierda y derecha del Huallaga con varias naciones salvajes; y atravesando por varios puntos las que más tarde se denominaron Pampas del Sacramento.

2—En aquella coyuntura todo lo que significaba adelanto espíritual y civil de las regiones salvajes de América, era punto de gran interés para los monarcas españoles. Los Virreyes tenían el cuidado de poner en conocimiento de los soberanos de la Península las labores evangélicas de los misioneros y Felipe IV tuvo muy buenas referencias del padre Luyando. Firmó el rey una cédula en la Villa de Madrid, el 2 de mayo de 1640, en que su Majestad se da por bien servido del ferviente misionero, declarando que el padre Luyando merecía bien de Dios y del Rey, de la Iglesia Católica y de la Nación española. Que se le den las gracias por su Virrey en el Perú y se le asista en su real nombre para llevar adelante tan laudable empresa.

Entre las cláusulas de la cédula regia está la de que: "El padre Luyando ha trabajado en la conversión de los indios, reduciendo a muchos de diversas naciones a nuestra santa fe católica, que han recibido el bautismo con general aplauso de todo ese reino, y especialmente de la ciudad del León de Huánuco, que era la más infestada de los indios rebeldes y hoy se halla en toda paz y tranqui-

lidad, en que se ha ocupado este religioso nueve años con sumo trabajo, andando muchas leguas a pie por los montes, menospreciando los riesgos de la vida . . . Y tiene fundadas entre los indios seis iglesias, que la sirven religiosos de su orden"

Llama luego el Rey a la empresa del padre Luyando **insigne acción, y efecto lucido** el que se había logrado con ella.

3—Cuando la cédula llegaba a Lima, ya el padre Luyando había ido al cielo a ser laureado por manos de aquel que es justo apreciador de las acciones y da a cada uno retribución según sus obras.

Pensaba el virrey retornarlo a Lima y que sirviese de consejero en los negocios que se ofreciesen de las misiones de Panatahuas. Y a la verdad, ninguno mejor que él podía dar el punto a los asuntos referentes a aquellas regiones, cuya conquista por otra parte era de suma importancia para ensanchar los territorios del virreinato.

Hallábase el padre Luyando en Huánuco cuando se enfermó de cuidado, y creyóse que debía ser atendido, no en el convento, sino en una de las muchas casas acomodadas de aquella noble ciudad; pues importaba mucho la conservación de su vida. Nada bastó para contener el curso de la mortal dolencia, que con una santa y plácida muerte le llevó a la posesión de la inmortal corona.

Dícese que cuando trasportaron su cadaver de noche al convento, le precedieron luces que acreditaron su extraordinaria virtud, en las cuales la piedad creyó ver las almas de los inocentes niños, que en gran número había regenerado con las aguas bautismales.

4—En pos del padre Luyando acudieron a las misiones de Panatahuas muchos y fervorosos religiosos. Entre otros ocupa lugar distinguido el lego fray Jerónimo Jiménez, mártir de Cristo, y de quien será preciso hablar en otro libro de ésta historia.

Aquí mencionamos su nombre sólo para decir que

estuvo en las misiones de que hablamos ahora, y para aducir aquí un hermoso testimonio escrito de su puño y letra, en que describe con vivos colores y con ingenua e insinuante sencillez el camino que llevaban aquellas misiones.

Según la narración de éste misionero, entre los indios había verdadero fervor, idolatraban, por decirlo así, en sus religiosos conversores, a aquien amaban y estimaban con extremado afecto. Cuando éstos volvían de sus excursiones, los buenos neófitos los recibían con arcos, flores, danzas y regocijos: los niños cantaban muy lindamente: todos ellos, dice fray Jerónimo, saben ayudar la misa: las iglesias son hermosas, capaces y cómodas: los pueblos vistosos, con numerosos caseríos.

Siete meses estuvo éste misionero en Tonua, donde era cura el virtuoso padre Bartolomé Báez. Mientras se preparaba para pasar a Tingo, se ocupaba en enseñar las primeras letras, catecismo y servicio del altar a unos cincuenta niños. Concurrían también a porfía a oír al buen misionero muchos viejos, hombres y mujeres, ansiosos de instruírse y lograr que el padre Báez los admitiese pronto al santo bautismo.,

A falta de cartillas para tanta gente, hubieron de imprimir en tablillas el abecedario. Los viejos esperaban con toda paciencia que los chicos diesen la lección de primeras letras, y luego entraban con ellos a la recitación del catecismo.

No se cansaba de repetir la recitación del catecismo hasta seis y siete veces por día. En cuanto a leer no lo hacían tan mal, aún tratándose de leer latín.

"Mientras yo me ocupaba añade el misionero en estos ejercicios, el padre vicario batallaba y mezeaba con los viejos como duros en sus costumbres. Certifico que nos aconteció el desayunarnos a las tres de la tarde; que ya en esto, ya en escribir bocablos, para hacer arte, se nos iba el tiempo asi de noche como de día. De religioso se decir que le sucedió más de una vez estar tan enbebidos y gus-

tosos en estos ejercicios, que saliendo su compañero a decirle, que cuando había de comer, respondió que si era fiesta para dispensar en comer dos veces, no habiendo comido desde el día anterior y entonces de unos frejoles. Y siendo las dos de la tarde le pareció estar muy satisfecho con el trabajo y ocupación de asentar vocablos y repetir oraciones a los nuevos convertidos, por ver el amor con que asistían y el sufrimiento en estar escuchando horas enteras."

"Después de siete meses de perseverancia, en Tonua, pasó fray Jerónimo Jiménez a los Tinganeses, en donde desplegó los ardores de su celo para la conversión de aquella belicosa gente. Mas, a poco el superior le volvió a llamar y la sorpresa agradable que le causara las cosas de Tonua la expresa con el candór que descubren estas palabras: Bajé a Tonua al llamado del Prelado, donde ví tantas procesiones, tantos cánticos en alabanzas a Dios, que el padre vicario les ha enseñado, que por gozar de tantos fervores me detuve algunas semanas . . . Y por gozar de este cielo casi dudé de mi vuelta". Continúa ensalzando el espíritu de los nuevos convertidos, a quienes se les hacía alternar los rezos con el trabajo útil; pero que, ora trabajando, ora dedicándose a obras de piedad, aprendieron a no olvidarse de Dios. Ruegan los unos por los otros, sufragan devotamente por las almas del purgatorio. Acuden a la doctrina por la mañana sin obstar los aguaceros. En la cuaresma hacían disciplina todas las noches y a petición de los mismos neófitos que no querían dejar de acompañar a los misioneros . . . Tocábase la campana, lunes, miércoles y viernes; mas, ya no había que aguardar a campana los demás días, por que en obscureciendo ellos todos se hacían campanilla, invocándose unos a otros, poníame particular espíritu ver la mucha devoción que tenían para con Dios y la Virgen ésto nuevos pinpollos de la Iglesia, con gran sentimiento de la Pasión de Cristo nuestro Salvador que el cielo les comunica".

Cosa análoga sucedía en Chusco al padre Gaspar de Vera, según lo insinúa el mismo fray Gerónimo Jiménez. Y así por el estilo iban a la sazón las conversiones en los demás centros de doctrina. Al espíritu de sincera piedad seguía la sanidad de costumbres: desterrábase la embriaguez, contra la cual se había armado formidable el celo del padre Luyando, a quien imitaron los que le siguieron. Y el fervor de los misioneros les trocó de manera que, "cuando alguno de ellos sale a la ciudad de Huánuco y ven algún indio embriagado se mofan de él y le escarnecen".

CAPITULO IX

Misión entre los Quidquidcanas y Tepquis y nuevas exploraciones

(1641-1646)

SUMARIO: 1—Situación de los Tepquis. 2—Padres Gaspar de Vera y Juan Cabezas. 3—Conversiones. 4—Exploraciones. 5—Endechas del inga. 6—Los Cognomonas. 7—Se consolidan las misiones.

ABIERTO un mapa del Oriente del Perú ante los ojos, entre los hermosos afluentes que enriquecen los inmensos caudales del Amazonas, gigante de los ríos, aparece el Huallaga. En Huánuco bajan sus aguas bulliciosas e inquietas, pero no caudalosas.

Desde Huánuco se dirige el río al Oriente; recoge a poco la cantidad que le ofrenda de Sur al Norte el Panao; sigue la dirección Oriental hasta Muña, donde emprende la dirección al Norte, que conserva invariable hasta el magnífico Marañón. Después de algunas millas de recorrido desde Huánuco recibe las aguas del Chinchao por la izquierda, luego el escaso contingente del Chunatahuas por la derecha, a corta distancia el respetable caudal del Coyumba por la izquierda, lo mismo algunos afluentes de no poca significación antes de llegar al encuentro del Huallaga con el Monzón, lugar éste último donde moraban los Tinganeses, muy bien asistidos por los misioneros, donde



Sección del mapa del P. Sobreviela

muere en 1642 el padre Lucas de los Ríos; varón célebre desde su exploración de la Gorgona y que ahora expira entre sus amados indios, arrojando sangre por la boca.

Seguían luego los Tulumayos que moraban en el afluente que viene de la región Oriental, cuyas aguas saludan en las alturas de su orígen a las del Aguaitia que se mueven hacia el Ucayali. En la margen izquierda del Huallaga, entre los notables afluentes Monzón y Uchiza, existen dos pequeños rios con los nombres de Magdalena y Santa Marta. En las humildes riberas de éstos ríos habitaban, en los tiempos a que se refiere la historia de este libro, los indios aguerridos Quidquidcanas y Tepquis. Desde Tonua, comienzo de las misiones, hasta los Tepquis en el río Santa Marta, había un recorrido de más de cien kilómetros.

Ya en vida del padre Luyando se emprendió su evangelización; pues con los nuevos misioneros que dicho padre trajo de Lima se pudo acometer aquella buena obra.

2—Los que la acometieron eran religiosos de espíritu y gran corazón, los padres fray Gaspar de Vera y fray Juan Cabezas.

Tomando nota de los indios que habitaban aquellas regiones, no tardaron en cerciorarse de que los Tepquis gozaban de buen predicamento entre la gente de las demás tribus, que todos deseaban y solicitaban la alianza con los mencionados Tepquis, y que por ésto la conquista de aquella brava y belicosa gente sería de gran importancia y llave para abrir la puerta a la conversión de otras naciones amigas.

Sabíase también que colindaban éstos Tepquis con una buena partida de Incas, que huyendo de las potentes armas españolas, se acogieron a aquella descansada región, llevando allí el renombre que les había ganado su condición de antíguos dominadores, las industrias que poseían y la cultura que no dejaba de ser superior a la del indio, perpetuo habitador de los bosques. Todo ésto investiga-

ron los misioneros, y les entraba cada vez más el deseo de aquella importante conquista.

Alistáronse al efecto los dos referidos padres, y reunieron bastante número de indios cristianos que los acompañasen.

Los Quidquidcanas y Tepquis recibieron a los misioneros con descompuesta fiereza; su actitud era de leones enfurecidos. Los religiosos no les opusieron sino demostraciones de serena mansedumbre. Les manifestaron sus designios que eran pura y sencillamente espirituales; y oyéndoles los indios, no pudieron menos de amansarse. A pocos días tomaron la actitud pacífica de mansos corderos. Luego se despertó su entusiasmo por los padres: les cobraron amor y celebraban con festejos la presencia de los misioneros entre ellos y los progresos de su misión evangélica.

Esta gente pintaba con rayas especiales su cara; criaba largas madejas de cabello; los hombres se vestían poco, las mujeres con esmero y mucha honestidad. No reinaba entre ellos la poligamia. La mujer Tepqui era hacendosa, contraída a los quehaceres del hogar, a la cocina, al trabajo de cocer vasijas de barro para usos domésticos y al tejido de paño. Los Tepquis eran de agradable color que tendía a blanco y no escasa barba.

3—El fruto no fue muy copioso en aquella coyuntura; pues los misioneros no entraron aquella vez con determinación de permanecer entre los Tepquis, sino con el designio de explorar el terreno para emprender luego los trabajos de la misión en la forma que las circunstancias aconsejasen.

Al salir los padres se vió los que llegaron a quererles: tres caciques hermanos con su madre, tres hombres, dos muchachos y una niña les acompañaron en la salida hasta el Tingo Maria, donde los dos misioneros les festejaron mucho; y ellos estaban admirados de la sujeción que les guardaba el pueblo a los padres, la devota concurrencia a la iglesia, los caminos abiertos y demás comodidades de

que se disfruta aún entre indios poco civilizados, a medida que entran por el sendero de la cultura social.

Se enfermaron algunos de ellos y el padre Cabezas trató de catequizarlos, para que antes de morir recibieran el santo bautismo. Ellos le expusieron sus dudas, que daban indicio de ser gente de no escaso entendimiento. Entre los muertos con el sagrado bautismo se contaron los tres caciques, a cuya conversión contribuyó mucho el celo de su buena madre, la primera en abrazar la religión cristiana y cuya muerte animosa y llena de confianza en Dios conmovió a los mismos religiosos.

Los que sobrevivieron tornaron a su tierra, abastecidos de objetos útiles y de curiosidad, e informados en la fe.

4—En Agosto de 1643, los mismos sacerdotes Vera y Cabezas con el hermano Agustín de Mendia, penetraron holgadamente a los Tepquis, recorriendo sus viviendas, los agasajaron y fueron agasajados con excelente voluntad de los indios. No entraron tampoco para dedicarse establemente a la conversión de los Tepquis, sino para terminar las exploraciones que traían proyectadas. En efecto, haciéndose de provisiones y de 23 indios, fuéronse a los Comanahuas que distaban tres días de viaje. Con regalos de herramientas y chaquiras les ganaron muy pronto la voluntad.

Esta nación estaba contigua a los Ingas, que vivían en un terreno alto, cuyos contornos eran inundables; los cuales conservaban allí el culto del sol, tenían construídos fuertes de piedra, según sus costumbres, y continuaban en aquel sitio sus tradiciones.

Mandaron con dádivas una india que los pusiese en comunicación con los referidos Ingas; y sin reparo ninguno vino a ponerse al habla con los misioneros un cacique de distinguido porte, con indios que hacían demostraciones amistosas de gente hecha a alguna sociedad.

Se acercaron con amable confianza y los religiosos les

recibieron con sincera cortesía. Al ver las herramientas que traían los padres, a los machetes llamaron espada, a las chaquiras, castilla, y luego se sentaron a mascar coca.

Sus modales, sus casas y chacras eran como de los indios conocidos entonces con el nombre de fronterizos. Sus armas eran flechas y macanas.

El cacique mostraba gravedad: pidió un asiento labrado que luego le colocaron y se puso a cantar en tono lastimero. En su lúgubre elegía salían a plaza los nombres de los fenecidos monarcas del imperio, las desdichas de Atahualpa, muerto a mano de los españoles: figuraban en la misma las inmortales glorias del Cuzco, de Huánuco, de Cajatambo, de Pampamarca, de Pillao y demás pueblos que ellos no veían ni tenían esperanza de ver, porque estaban recluídos en aquel suelo, visitado sólo por las aguas que venían de territorios muy queridos perdidos para siempre.

Circunstancias varias obligaron a los religiosos a no continuar el viaje más adentro. A la vuelta bautizaron a algunos entre los Tepquis y cosa de cuarenta Chuquidcanas.

Quedaron los religiosos en volver y hasta señalaron la fecha en que probablemente volverían. Súpose que en los linderos por donde debían entrar colgaron los Ingas en el verano de 1644 camisetas y ropas curiosamente labradas y báculos o bordones que hacen; y creyóse que eran regalos con que quisieron agasajar a los padres en la entrada. si hubieran vuelto en la fecha insinuada.

6—Añádase al número de las naciones exploradas la tribu de los Cognomonas, amigos un tiempo de los Quidquidcanas. En 1640 salieron a visitar a los padres cincuenta y cinco de ellos a nombre de su nación. Llegaron sólo cinco, debido a la actitud hostil de los Muzapes; compraron ropa y herramientas para limpiar el campo y preparar las siembras, e informaron que distaban 20 leguas de los Panatahuas, no lejos de los Payansos.

7—A medida que hacían varias y felices exploraciones, se atendía a consolidar los centros ya establecidos y organizados. En 1646 el virrey marqués de Mancera hizo efectiva la voluntad del Rey, dando a los misioneros mil quinientos pesos. Cuidaron los misioneros, no sólo de la administración de sacramentos y predicación de la divina palabra, sino de cimentar el bienestar de los hogares, la asistencia de los enfermos y el socorro de los pobres. Aprendían a este fin las lenguas de cada tribu. En Tonua se tenía un hospital, donde se ejercitaba la caridad y donde los enfermos hallaban, cuando no la salud, el consuelo de una buena asistencia. La fundación del hospital fue motivada por una peste de sarampión, que asoló aquellos pueblos.

La pureza de conciencia era notable en muchos de los bautizados, y no pocos neófitos pedían el bautismo por una moción extraordinaria de la gracia.

Los ídolos fueron destruídos doquiera se hallaban.

Como punto de contacto entre la narración bíblica y las tradiciones de estos indios, no hallaron los misioneros sino la tradición referente al diluvio universal.

CAPITULO X.

Misión entre los Payansos

(1644-1650)

SUMARIO: 1—Viaje de héroes desde el Tulumayo al Chipurana. 2—Los Payansos. 3—Tota Phulcra es Maria. 4—En 1645. —El padre Moreno en 1650.

Un viaje de titanes, de los que con bastante frecuencia ocurren en la montaña, realizaron los misioneros el año 1644. Eran los viajeros el padre fray Ignacio de Irarraga y los hermanos legos fray Jerónimo Jiménez y fray Francisco Suarez, acompañados de tres españoles y algunos indios cristianos. El viaje empezó en la misión de Tulumayo: la dirección general era al norte, caminando por la orilla derecha del Huallaga; todos a pie, estuviese o no abierto el camino. Se andaba machete en mano, derribando ramas y abatiendo espesos zarzales. Entre las espinas iban quedando pedazos del hábito: infinitas veces se avanzaba con el agua hasta la cintura, pasando arroyos alimentados y recrecidos en aquellos días por la lluvia torrencial. Al terminar la jornada de algunas leguas, era frecuente hallarse para el descanso en terreno encenegado, cosa no fácil de evitar en la montaña en tiempo de lluvias, en que no se halla un palmo de tierra enjuta para dar descanso a los molidos cuerpos. La noche pasábase desvelada, para no ser sorprendidos de los enemigos o de las fieras. Alimentá-

banse de maiz tostado que llevaban desde el comienzo del viaje.

Del Tulumayo al Chipurana, en una extensión de unos trescientos kilómetros de camino, apenas hay un solo río que merezca éste nombre, en la márgen derecha del Huallaga.

El Divortium aquarum dista poco del rio y la cantidad de agua que traen los afluentes no puede ser considerable. Los grandes caudales van al Ucayali, atravesando toda la extensión de las Pampas del Sacramento. En cambio en esta parte abundan los riachuelos, los pantanos y barrizales.

2—Los Payansos se hallaban situados en la dirección del Huallaga, en una extensión de cinco días largos de camino. Empezaban poco más o menos en los términos que corresponden a la desembocadura del río Apisoncho o Guayabamba y no se extendían más al norte del río Chipurana.

Eran muchos y nación poderosa y por esta causa muy temida de las limítrofes. Eran crueles con los que caían en sus manos, llevaban cushma por vestidura; y las mujeres solo usaban **pampanilla** (1). Dormían en camas hechas de palos ajustados a cierta altura del suelo, sobre pisos fijos y esteras de palma, bien tejidos y sobrepuestos a los palos. Usaban pendientes en las orejas; el cabello largo hombres y mujeres; del tabique de la nariz les colgaba un caracolillo, hueso o cuenta. Desde la frente hasta la punta de la nariz una raya azul, para lo cual hacían punciones en la carne con una aguja de hueso. Con sangre que brotaba por efecto de las punciones mezclaban una tintura que hacía durable el tatuaje. En la cintura una fa-

(1). Vestido de mujer, estrecho y muy corto, que sólo cubre desde la cintura hasta las rodillas.

ja sembrada de conchitas. Sus armas lanza y macana; eran muy diestros y valientes guerreros: corpulentos, de recia musculatura, y ánimo que desconocía el miedo. El río y los arroyos les suministraban pescado y los montes animales y aves sabrosas. Sus casas no pequeñas, cuadradas, levantadas sobre altos horcones, cercadas de parapeto de madera para defensa del hogar. Su animosidad y destreza en la guerra les criaba enemigos, y ellos no se dormían ni descuidaban.

3—Los religiosos que allí se aproximaban tuvieron la suerte de enviar por delante el año antes un indio payanso que estuvo en Panatahuas. Este les informó de los propósitos que abrigaban los misioneros de llegar hasta su nación: dio noticias de su bondad y celo desinteresado, y que no buscaban sino el bien de los indígenas. Aguatinoco se llamaba el buen indio, que hizo a los misioneros aquel buen servicio.

En los primeros caseríos que hallaron fueron muy bien recibidos, gracias a los excelentes informes de Aguatinoco: no contentos los indios con la benevolencia, hicieron a los misioneros demostraciones de respeto y veneración. A los agasajos de chaquiras, juguetes y cuchillos, correspondían con afectuoso cariño y solicitud por atenderlos.

En este primer punto, donde fueron recibidos con tan buena voluntad plantaron una cruz el 25 de Agosto de aquel año de 1644. A su rededor entonaron los tres misioneros, los españoles e indios compañeros, el **Te Deum Laudamus** y luego la antífona **Tota Pulchra es María,** con tanta devoción y afectos del corazón, que los mismos indios se dieron cuenta de la emoción profunda que embargaba sus corazones, inflamados en el deseo de la gloria de Dios y del bien de las almas.

Luego combinaron los misioneros el plan para la futura evangelización de aquellas gentes: creyeron lo más conveniente sacar del lugar unos trece indios que se ofre-

cieron a pasar con ellos a los Panatahuas; aprender con aquellos muy bien el idioma Payanso, y volver con el idioma expedito a consagrarse a la predicación evangélica y a la administración de los Santos Sacramentos.

Así lo ejecutaron.

4—Al año siguiente de 1645 volvieron a entrar los religiosos Fray Juan de Cabezas, Fray Agustín de Mendia, Fray Francisco Suarez y Fray Alonso Gomez, con el intento de explorar de nuevo el terreno. Les acompañaron algunos indios Panatahuas y tres Payansos.

Solo estuvieron ocho días entre ellos.

Volvieron muy satisfechos de la mies que se preparaba allí: había en todos muy buena voluntad; eran muchos, y los payansos serían el primer eslabón de la cadena de naciones lejanas que se convertirían al cristianismo.

A la salida les acompañaron durante dos jornadas y media, trescientos payansos.

No tardaron en unirse un número suficiente de religiosos conversores, y repartirse toda aquella tierra, hasta fundar pueblos y levantar casas en puntos centrales. En 1648 ya estaban en pacífica posesión de toda aquella comarca.

5—En Octubre de 1650 el padre Luis Moreno da razón del estado de aquellas misiones en los siguientes halagadores términos:

"Dos años ha que estamos de asiento en esta conver-"sión de payansos, en que hemos fundado tres pueblos, y "en cada uno labrado iglesia y casa, con notables dificul-"tades e impedimentos. Pero la gracia de Dios lo vence "todo. El primer pueblo, cabeza de la provincia, se inti-"tula La Santísima Trinidad; tiene tres mil almas. Está en "él el padre fray Diego Jaime con su compañero. El se-"gundo se nombra La Limpia Concepción: tiene ochocien-"tas almas y cada dia se va aumentando: por su cura el "padre fray Ignacio Navas, con su compañero. El tercero "es de San Luis. con tres mil almas en que yo asisto".

"Después vino el padre fray Francisco Mejía con su "compañero, y están fundando con mucho espíritu otro "pueblo, su nombre San Francisco. Tiene al presente re- "ducidas doscientas almas. Tengo para principio de otro "reducidas ciento cincuenta. Y si hubiera ministros, se "hubieran reducido muchos que están por los rededores "de éstos puestos, clamando por bautismo".

"Este Octubre llegaron seis soldados, y dicen que ve- "nían después otros con su capitán; lo cierto es que pu- "diéramos pasar sin ellos, que Dios es con nosotros y am- "para como padre. La tierra es pobre y no caben en ella "tantas bizarrías."

"Los que han muerto cristianos y se han ido al cielo "en éste tiempo, en especial niños, pasan de seiscientos. "Sin duda que ya es llegada la hora dichosa de las medras "espirituales de estas naciones."

Así termina la interesante narración de la carta.

CAPITULO XI

Heroica labor entre los Payansos, Caillisecas o Shipibos, Cashivos y Setebos

(1650-1704)

SUMARIO: Más de veinte mil payansos. 2—Informes del padre Andrade. 3—Misión entre los Caillisecas: diecisiete mártires. 4—Misión entre los Setebos. 5—El padre Biedma y otros héroes.

No se podía dudar que era una mies copiosa la que se presentaba en sazón en las provincias o territorios llamados de payansos. El año de 1650 se aumentó el número de los misioneros con tres sacerdotes y un lego, para proceder luego a la fundación de un pueblo en el valle de Guatizapa, y levantar casa e iglesia para el culto divino y morada de los misioneros. Pedíanlo con mucha instancias los indios, lo mismo que el santo bautismo y la instrucción religiosa. Según cálculos aproximados, el número de payansos no bajaba de veinte mil; y todos a porfía pedían el bautismo. No rehuian el formar poblaciones. A su ejemplo anhelaban la misma dicha las naciones limítrofes conocidas a la sazón con el nombre de Huatahuahuas, Nindasos, Zapazos y Nomonas.

El virrey García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra, no dejaba de ver la importancia de aquellas conquistas: enviaba soldados que guardasen a los religio-

sos y atendía según la posibilidad de las cajas reales a la subsistencia de los misioneros.

2—En 1662 entró a recorrer las misiones de Panatahuas y Payansos el padre Francisco Andrade, y nos dejó informaciones jurídicas del estado de dichas misiones, hechas por comisión del comisario general del Perú, el padre Gabriel de Guilléstegui. Da razón de que a los payansos se vá navegando de los Panatahuas a aquella región. Describe la cordillera que sigue a lo largo del Huallaga, dividiendo las aguas del gran Paro o Ucayali: que en los afluentes del Paro o Ucayali hay diversas naciones, todas con lenguajes diferentes. Que estos ríos que van al Paro corren hasta punto muy lejano, todos en un llano, que no se descubre cerro ninguno, ni la vista le halla fin, sino muchos ríos caudalosos, entre espesas arboledas, y en medio el río Paro, tan ancho y caudaloso, que apenas se divisa la gente de una parte a otra.

Pondera luego la dificultad grande que hallaban los misioneros para la conversión de aquellos innumerables pueblos, de lenguas diferentes; pues no era fácil tener entrada con ellos sin poseer su idioma y era imposible aprenderla sin tener trato con aquellas mismas naciones.

Nos dice que halló los pueblos de Panatahuas y Payansos con casas y calles bien formadas, con iglesias curiosamente adornadas, el Santísimo Sacramento con su lámpara que arde continuamente; los religiosos conversores se mantenían de lo mismo que los indios: yucas, camotes (1), plátanos, maiz, frutas silvestres y caza del monte.

La provincia de Panatahuas la encontró extinguiéndose por las enfermedades contagiosas: algunos miles de personas habían muerto con el santo bautismo desde el año 1631 hasta el de 1662.

---

(1). Batata edulis.

Los pocos que sobrevivían mostraban un fervor extraordinario: fe viva, sujeción cristiana, piedad acendrada, y en los templos frecuencia de la santa confesión y comunión.

Los mismos ejercicios de piedad halló entre los payansos. Asegura que fue hasta allí el gobernador Talancha, y que este buen cristiano trabajó en cimentar a los payansos en la santa fe.

También se había reducido el número de los payansos, a causa de las enfermedades de sarampión, viruela, paperas y otras. Se morían además casi todas las criaturas en sus primeros años.

Halló a los payansos muy hábiles: aprenden el castellano cuando intiman con los españoles, son industriosos, muy expeditos artesanos, sastres, barberos, herreros, y tienen muy buena fragua para forjar sus herramientas, destinadas al cultivo de sus tierras.

Habían sido en la gentilidad muy sensuales, tenían tres y cuatro mujeres: ya eran modelos de continencia y honestidad, casi no existía entre ellos el amancebamiento.

3—Era un hecho que toda la numerosa provincia de los payansos se había convertido a la fe católica. Que la voluntad con que abrazaron el bautismo era sincera y ardiente: de hecho practicaron los preceptos de nuestra Religión con escrupulosa diligencia.

Logrado esto, los misioneros extendieron su solícita mirada a las naciones limítrofes hasta el Ucayali. Al sur quedaban los Caillisecas o Shipibos, nación de arraigada fiereza, hostil a todos los vecinos, de indómita cerviz, que refunfuñaba a la sola propuesta de todo yugo ajeno. Sin embargo, los que por el norte se avecindaban a los payansos eran menos reacios, y aún llegaron a desear el bautismo y con docilidad aceptaron el ministerio de los misioneros. Muchos de ellos salieron en tropas hasta el pueblo de Tulumayo, aun quisieron establecerse en aquel pueblo:

sólo que no había elementos para la subsistencia de tanta gente. No quedaron sino algunas familias que a la sazón eran cristianas.

A la región de los Caillisecas entró el año 1657 el padre Alonso Caballero, y la recorrió toda; dejó allí cinco misioneros, dos sacerdotes y tres legos, además dos españoles y ocho indios. Trataron de fundar dos pueblos y redujeron mucha gente. En esto se confederaron los indios, levantáronse con su cacique por cabecilla, y mataron a los cinco religiosos y a los diez españoles, sin que ninguno escapase de la matanza.

Luego por temor a ser vengados, se internaron.

Una parcialidad de ellos salió en 1661 en demanda de operarios. Fuése allí el padre Cristóbal Carrillo: ganóles mucho la voluntad con mil halagos y caricias, de modo que le cobraron respeto y amor. Logró que se reuniesen mas de tres mil familias.

4—A la nación de los Setebos o Panos del Ucayali entró en 1661 el padre Lorenzo Tineo con cinco religiosos, un capitán nombrado por el gobernador, veintiseis soldados y doscientos payansos cristianos de arco y flecha. Llegaron hasta el rio Ucayali, siguiendo probablemente las corrientes del Manoa o Cushiabatay. Edificó dos pueblos, reuniendo más de dos mil personas y levantó dos iglesias.

Estos Setebos se mostraron muy dóciles, de amable natural, y claro ingenio: por la sola razón se persuaden de que hay un solo Dios, creador de todo, que hay gloria e infierno; no tienen idolatría alguna, como no la tienen otras varias naciones de aquellas regiones. Tienen si hechiceros y agoreros para dar respuesta, así en las enfermedades como en los casos de guerra. Se embriagan para ésta función y anuncian lo que el demonio les dicta. Pero no siempre se persuaden de que el agorero dice la verdad: esperan ver los efectos para juzgar de los prenuncios. Tienen conocimiento de que existe el demonio y lo quieren te-

ner por amigo, para que no les haga daño: a él le atribuyen todo lo malo; son limpios y aseados, y por ser el temperamento del lugar muy caluroso, se bañan en el río dos y tres veces al día.

Las casas son bastante ordenadas: tienen en ellas cargamentos de arcos, flechas y dardos, así como gran número de cabezas humanas, considerando más valiente al que más trofeos ostenta de humanos despojos. Estos son en las guerras los capitanes y éstos son los preferidos para que se casen con las jóvenes más estimables de la tierra.

Ya habían aprendido a rezar y repetían con facilidad los principales misterios de la doctrina cristiana, ofreciendo por todo ésto muchas esperanzas de convertirse a nuestra santa religión.

Mas, Dios lo permitió de otro modo.

Fué el caso que el padre Tineo se vió en la precisión de salir de Huánuco, en busca de bastimentos para los religiosos y soldados.

Enfadóse de ésto el capitán, por uno de los caprichos frecuentes entre los hombres de su clase, quien también salió a Huánuco, juntamente con los veintitres soldados, dejando solo entre los Setebos a cuatro misioneros, que perseveraron allí once meses, esperando al padre Tíneo; pues distaba la región muchas leguas de Huánuco.

Los vecinos Caillisecas o Shipibos se dieron cuenta de lo indefensos que quedaban los religiosos e indujeron a los Setebos a que los matasen. Consintieron en ello los Setebos; pero resolvieron de común acuerdo esperar la llegada del padre Lorenzo Tineo, que vendría con herramientas y víveres en abundancia, para apoderarse de todo lo que trajera y luego quitarles las vidas a todos. El padre Tineo, conocedor de la inconstancia y artimaña de los indios, avanzó con la debida cautela; dióse cuenta cabal de lo que pasaba, e hizo salir cautelosamente a los religiosos, sin que sufrieran perjuicios. Solo el padre Fran-

cisco Tomillosa sacó en Chupasnao un flechazo en un costado, de que sanó en breves días. Los misioneros habían bautizado en peligro de muerte cosa de doscientos Setebos en los meses que estuvieron entre ellos. Además llegaron a catequizar y a ganar la voluntad a no pocos de los sanos; de modo que un centenar de estos salieron juntamente con los misioneros para vivir vida cristiana, ora entre los Panatahuas y los Payansos, ora en la vecindad de Huánuco. Continuaron saliendo por partidas a los Payansos, suplicando constantemente que volviesen a su tierra, les predicasen su religión y les administrasen el bautismo.

5—Los misioneros no se negaron al fin a estas súplicas y volvieron, no sólo a los Setebos, sino también a los traidores Caillisecas.

En 1663 vemos entre estos últimos al padre Manuel Biedma, hasta el año 1665. Dichosa pertinacia aquella, peculiar de los imitadores de Jesucristo, que no se cansa de buscar a las ovejas descarriadas, para reducirlas a su redil.

En 1667 el padre Rodrigo Bazabil había sustituído allí al padre Biedma y le acompañaban en la ardua empresa los padres Francisco Mejía y Alonso de Madrid, con cinco legos, que murieron martirizados por los ingratos indios. Al padre Bazabil no le quedaba otro recurso que abandonar aquella tribu insidiosa y cruel, con lo cual quedaba por segunda vez abandonada la misión de los Caillisecas.

En 1670 agregóse para cúmulo de males una epidemia de viruela, que fue asolando aquellas comarcas; y al fin aquello fue una desolación.

En 1691 no quedaban de las misiones de Panatahuas sino cuatro exiguos pueblos. En 1704 no contentos los Shipibos o Caillisecas de haber muerto a los misioneros que habían penetrado a su región, hicieron una irrupción bárbara a los Payansos: destruyeron sus cristiandades; llega-

ron a Tulumayo, donde quitaron la vida al padre Jerónimo de los Rios y lo devastaron todo.

Retirados los misioneros de todas aquellas comarcas, suprimido el estímulo para la virtud y el freno del vicio en aquellas gentes de escaso carácter y tornadizo espíritu, reinaron luego allí los vicios más vergonzosos, borrándose muy pronto las huellas de la Religión sacrosanta predicada con tanta abnegación, fecundada con el sudor y la sangre de los misioneros, cuyos progresos fueron por un tiempo el gozo y la gloria de la Orden seráfica y de la Iglesia universal; de quienes dijo el venerable fundador de Ocopa en su informe: "De los Panatahuas pasaron al Señor más de setenta mil, empadronados en estos libros bautismales (1)".

(1). Informe citado en las fuentes de esta història.

CAPITULO XII

Sumario y conclusión de este libro primero

SUMARIO DEL CAPITULO: 1—Magnitud de la empresa. 2—El capítulo provincial de 1671. 3—La grande campaña evangélica. 4—Los obstáculos: inconstancia, falsía, traición, enfermedades y pobreza. 5—Ventajas y progresos. 6—Conclusión.

FRACASADA la tentativa del año 1619 de entrar a la región de Chinchao, quiso la providencia de Dios bendecir el mismo intento el año 1631, coronando con el éxito más brillante los deseos evangélicos del padre Felipe Luyando. Desde esa fecha memorable hasta el año 1704, un gran número de misioneros abandonaban gozosos los tranquilos claustros de la Provincia Seráfica de los Doce Apóstoles, subían las dificultosas laderas de la Cordillera de los Andes, arribaban a las empinadas alturas del frígido Cerro de Pasco, de allí pasaban a la entonces florentísima ciudad de Huánuco, luego a la desembocadura del pequeño afluente Chinchao, donde ya se hallaban en el centro de una cristiandad llena de fervor primerizo, y de donde se repartían a distintos puntos, para andar desde allí unas veinte leguas de camino, otros cuarenta, quienes ochenta y quienes más de cien, tratándose de penetrar en las misiones de Setebos y Shipibos hasta el Ucayali.

En los primeros años, todo movimiento en el corazón de la montaña venía a reclamar la resistencia de un



[Padre Uriarte]

atleta: todos los senderos eran tupidos, fangosos, sin orientación técnica, mal abiertos, a iniciativa del ágil e inconsiderado indígena. Más tarde, los misioneros abrie-



Bosques de Chinchao

ron sus caminos, proveyendo también a su conservación. Por estos caminos ya fue posible introducir bestias de carga hasta Tingo Maria, en la desembocadura del rio Mon-

zón; y se trasportaron comestibles, ornamentos sagrados y el menaje indispensable de los religiosos.

Franqueados al misionero algunos caminos y facilitada la subsistencia, pudo superar los demás obstáculos; y aquellas misiones de Panatahuas, las primeras organizadas por extenso en el Oriente Peruano, primer ensayo solemne de conversiones que se hacía ante la Iglesia y ante el católico gobierno de España, pudieron progresar y ofrecer frutos evangélicos en la conversión de muchas tribus salvajes.

2—En el año de 1671 se reunieron los vocales del capítulo provincial de los Doce Apóstoles en el convento de la Recolección de Lima, para realizar las elecciones canónicas trienales de la provincia y legislar sobre la misma. Se nota en el seno de aquel capítulo gran ardor para fomentar las misiones de infieles, considerándolas como la gloria más pura de la Orden y de la Provincia. En el capítulo once de las Constituciones dictadas en esta ocasión, se toman en cuenta los conversiones de Panatahuas, y dispone que "El doctrinero del Valle tenga su compañero lenguaraz, para que le ayude, por ser muchos los pueblos que están a su cuidado, y le tendrá el padre vicario de acudir al compañero con todo lo necesario, pues ha de pensionar a las conversiones de Panatahuas".

Añadiendo que por cuanto "No sería bastante el socorro de la doctrina del Valle, ... por ser muchos los obreros, provea el provincial de limosneros". Y de verdad se organizó en Lima una obra pía para el logro de las limosnas, nombrándose al procurador de ellas Síndico Apostólico, y equiparando los limosneros de Panatahuas a los limosneros de Jerusalén.

Agregábase allí: "Siendo la conversión de las almas toda apostólica y de las más aceptas a Dios . . . . y estando tan adelante tantos religiosos en la instrucción, conversión y enseñanza de tantas gentes; (los religiosos) tan sin socorro humano, al sol, al hielo, hambre y necesida-

des que padecen . . . . ruega el venerable difinitorio que el Provincial alienta con todas sus fuerzas a tan santa obra".

Lo legislado en este capítulo sobre los misioneros era en forma robusta y terminante: se reclamaba la honestidad y buena fama del misionero; se establecía la disciplina regular en las casas religiosas aún en territorio de infieles; se disponía que en estas casas hubiese por lo menos tres religiosos; éstos se regulaban con el horario de los conventos formados; a toque de campana se hacía la disciplina y demás ejercicios monásticos; el oficio divino se rezaba de comunidad.

Si el padre superior se descuidaba en el cumplimiento de todo lo antedicho, se le privaba del cargo y se ponía otro en su lugar.

Al superior se le llamaba Guardián y su deber se ceñía a la administración y regularidad interna; al cura conversor se le denominaba padre Vicario; y a los dos atendía en lo temporal un síndico apostólico.

3—Además el capítulo veía con verdadera complacencia que el trabajo apostólico de la Provincia no se limitaba a las Misiones de Panatahuas; pues había formado para la fecha un extenso cordón de valerosos combatientes que preparaba el asalto en todo el Oriente Peruano a la vida inculta y a la idolatría, avanzando desde los territorios civilizados a los bosques salvajes.

En Chachapoyas o San Juan de la Frontera, había seis misioneros, contando los doctrineros de Chilinquin y Levanto, que ejercían su ministerio entre unos veinte mil indígenas, antiguos tributarios del Inca.

Ya en 1618, los padres Melchor de Espinoza y Rodrigo Tornices penetraron hasta los Motilones.

En la época del capítulo había en la provincia de Cajamarca trece doctrinas de la Orden: en San Antonio de la capital, en Jesús, Asunción, San Marcos, San Pablo, Santiago, San Miguel, Contumazá, Guzmango, Trinidad,

Chota, Celendín y Santa Cruz, preparando el terreno a las futuras misiones de Cajamarquilla. Desde la región de Tarma se iba también abriendo campo, y a la sazón ya florecían las misiones del Cerro de la Sal.

El valle de Jauja representaba una labor extensa de la Orden: en la capital habia cuatro misioneros y además se atendía ampliamente las doctrinas de Concepción, Matahuasi, Apata, Uchubamba, San Gerónimo, Comas, Mito y Orcotuna, asegurando la entrada a las futuras misiones del Pangoa, Mantaro y Apurimac. Ni faltaba quien avanzase en el Sud-Este hasta Carabaya y Madre de Dios.

4—La perpectiva era ciertamente halagadora, y más que halagadora era religiosa y enaltecía el nombre de los que actuaban en el escenario evangélico. ¡Pero, qué de obstáculos no se presentaban! Aquella labor con la condición de continuarla por un término indefinido era desesperante.

Veámoslo para nuestra instrucción, pues la condición del misionero de nuestra montaña no ha variado aún a este respecto, y tropieza hoy con las mismas dificultades que entonces.

La primera dificultad es la inconstancia connatural del indio: el indio resultaba un niño con todos sus caprichos pueriles, con su vanidad infantil, con su veleidad tornadiza, contento cuando el día de hoy no se parecía al de ayer. De aquí, no diremos la dificultad sino la imposibilidad de formar poblaciones de alguna estabilidad. Los hermosos centros que se formaban como por encanto, efecto de un entusiasmo rayano en delirio, no tenían más porvenir que la voluntad embrionaria del indio.

Uníase a la inconstancia la **falsía.**

La falta de ingenuidad se dejaba ver en mil sucesos de la vida, escasamente social, que se organizaba entre los indígenas.

De la falsía procedía la **traición.**

Digamos, sin embargo de esto, que esas tres notas

denigrantes, la traición, la falsía y la inconstancia, no fueron las características de las tribus Panatahuas. Tepquis, Quidquidcanas y de los Payansos; que éstos fueron consecuentes con su primera oferta: hecho providencial que dió lugar al avance a las demás tribus más lejanas. Pues si estos primeros indígenas hubieran desplegado toda la mala fe que acompañaba, por ejemplo, a los Caillisecas, se habían presentado obstáculos casi insuperables para todas aquellas misiones.

Para desalentar al misionero y sembrar el terror pánico en las cristiandades formadas, venían las enfermedades **epidémicas** el sarampión, la viruela, las fiebres palúdicas, tifóideas, &.

Si el indio es un niño cuando disfruta de buena salud, es ingobernable durante la enfermedad; y en este estado se cree con derecho para que valgan los caprichos más absurdos. Nada basta para contenerlo, aún cuando el misionero despliegue con él un amor de padre y la ternura de una madre: son inútiles las prescripciones más perentorias y las demostraciones más evidentes; pues pasando por encima de toda prohibición, el indio lo hace todo al revés en el curso de una enfermedad aguda. Y el indio es menos gobernable aún en los momentos en que la dolencia hace crisis: entonces, entre los ardores de una fiebre que le quema, se tira al río, sin tomar precaución alguna, sólo por que siente calor y quiere a todo trance refrescarse. A este tenor hace las demás cosas durante la enfermedad.

Adjúntanse a esto los métodos de **parsimonia y de escasez** a que muchas veces nos sujeta la pobreza franciscana, así cuando se trata de la propia conservación de los misionero, como cuando se refiere a la asistencia de los neófitos enfermos. Indudablemente que de lo que tienen harán partícipes de preferencia a los nóveles cristianos; pero concluído aquello, quedan en los brazos de la indigencia, el indio y su conversor.

Mucho de ésto acaecía en Panatahuas y Payansos.

Las epidemias fueron primero diezmando aquella gente, y luego la redujeron a pocos centenares en los términos de Cuchero, Tonua y Jaupar, y a pocos míles entre los Payansos.

5—Apesar de todo lo dicho, aquella empresa de héroes, prolongada por espacio de muchos años, no podía menos de ser ventajosa, no solo a la causa de la Religión, sino también a la geografía y a los conocimientos políticos y sociales.

En este sentido se hizo mucho en las dificultosas jornadas de los Panatahuas, Payansos y Shipibos.

En cuanto hace relación a la geografía, puede el lector abrir el mapa del Perú y seguir el curso del Huallaga con sus afluentes Chinchao, Coyumba, Monzón, Tulumayo, Chipurana, & ; los poderosos afluentes occidentales del Ucayali, Cushiabatay, Pishqui y Aguaitía; ríos que por este tiempo llevaban atravesados en distintos puntos los misioneros, como lo consignan con más o menos nevulosidad en sus informes a los superiores de la Orden.

Se adelantó no poco en el conocimiento de los productos naturales de aquellas regiones: y el padre Andrade, al describirnos la tierra de los Caillisecas, dice que es "Una quebrada angosta y áspera en sus principios, que se remata en tierra muy lejana, que inunda un río muy caudaloso, que desemboca en el rio grande Paro (Ucayali)".

Luego nos habla de los productos de la tierra, maiz, yuca, frijoles; de los animales y peces; tonina, pejebuey, lagarto, tortugas, monos prietos, sahainos, puercos, jabalies, puerco-espines, armadillos, nutrias, osos, tigres, leones &.

Se formó idea de los bosques ilimitados de nuestro Oriente; de esos llanos amazónicos, extensísimos, mares interminables de verdura, que en una extensión de miles de kilómetros apenas excede al nivel del Océano Atlántico;

en donde el sol hace su aparición diremos instantánea en un horizonte inconmensurable.

Se dió cuenta el Perú como entidad política, de la ninguna homogeneidad de sus extensas comarcas, a las cuales no se imprimiría la unidad necesaria sin una fuerza de cohesión poderosa.

Se vieron desde luego las dificultades que presentaba el problema de los caminos públicos, en regiones donde la vegetación era indomable, el sistema hidrográfico nutrido y caprichoso, los trabajos técnicos sujetos a obstáculos no fáciles de superar.

Se reconoció que en los umbrosos bosques del Oriente pululaban muchas tribus salvajes, con idiomas distintos, refractarios a la vida social; que ellos eran muy dueños de aquellas selvas vírgenes, que se hallaban muy encariñados con su halagadora independencia, y que muy tarde o nunca entrarían en el engranaje de la vida política peruana.

6—La Orden franciscana en el Perú no quedaba sin su costosa y provechosa lección: ya sabía a que atenerse en materia de conversión de infieles en el Oriente nacional. La expedición llevada a cabo desde Huánuco, desde Santa Maria del Valle hasta lo más recóndito de los afluentes del Ucayali, tomando el pulso diríamos a tribus tan variadas como los Panatahuas propiamente dichos, los Carapachos, Chunatahuas, Tulumayos, Tinganeses, Chudquidcanas, Cognomonas, Tepquis, Payansos Setebos y Shipibos; tropezando en la empresa con un cúmulo de dificultades naturales, capaces de aterrar a los mismos titanes, perdiendo en la demanda algunos de sus buenos hijos, bañados en su noble sangre, derramada por la fe y por el Divino Maestro: todo les probaba a qué precio debían comprar la gloria inmarcesible de sostener misiones católicas en el Oriente peruano.

Por lo demás, el hecho, lejos de desanimar a los hijos de San Francisco, enardeció sus corazones, que se alimen-

taban de los sagrados deseos de padecer por Cristo, y de salvar las almas redimidas con su divina sangre. Para algo había de valer el celo puro y acendrado en aquellas misiones: quizás fueron regenerados en las aguas bautismales unos cien mil indígenas; y aquello ya era cosecha para los apóstoles que aman a Jesucristo y desean los frutos de su redención.

Cierto, que como recompensa humana no quedaba en aquellas solitarias regiones, en que solo reina la exuberante vegetación, apenas vestigios de las ensangrentadas huellas del fatigado misionero; pero se habían asegurado algunos miles de almas que serían felices en el Cielo por siglos inmortales.

Consignemos aquí otro hecho que se refiere a la psicología del indio: esos bosques solitarios que han visto el celo del misionero, que han recibido el sudor del varón apostólico, que han visto desaparecer al buen sacerdote de Jesús, ora derribado por el cruel machete, ora herido mortalmente por la flecha traidora, ora consumido por el trabajo y la anemia: esos bosques no quedan mudos: entre los graznidos de los pesados pájaros, entre los quejidos del tigre hambriento, entre los zumbidos del furioso vendabal, se oye más poderosa todavía la voz de la selva obscura, que parece conservar los últimos ecos de la palabra del misionero sacrificado. Y no es raro ver, después de uno de aquellos hechos de sangrienta crueldad, compungirse el salvaje, suspirar por el misionero, recibirlo en época más propicia con el corazón humilde y con una conducta menos salvaje. Como que los sombríos bosques hubieran abatido la indómita cerviz de su agreste morador, al decirle: "Tú mataste a un hombre bueno, que no sabía hacer mal a nadie, que te hizo muchos beneficios, que no tenía más aspiración que amar y hacer felices a sus semejantes".

LIBRO SEGUNDO

Misiones Del Cerro de la Sal y del Pangoa

Evangelización del Chorobamba, Paucartambo, Perené y Pangoa

Primera exploración del Mantaro, Apurímac, Tambo y Ucayali

PRIMERA EPOCA 1634-1709

HEROES DE ESTAS EMPRESAS: **Laureados con el martirio:**

Jerónimo Jiménez, Cristóbal Larríos, Matías Illescas, Pedro de la Cruz, Francisco Piña, Francisco Izquierdo, Andrés Pinto, Francisco Carrión, Antonio Cepeda, Blas Valera, Francisco Huerta, Juan Zavala, Manuel Biedma, Juan Bargas. **Misioneros:** Cristóbal de Mesa, José de la Concepción, Alonso Robles, Domingo Alvarez de Toledo, Dionisio Campaña, Francisco Gutiérrez, Juan Ojeda, Alonso Zurbano Rea, Esteban de las Eras, Juan de las Eras.

CAPITULO XIII

De Tarma al Cerro de la Sal y a Huancabamba

SUMARIO: 1—Parangón con la entrada de Chinchao. 2—El valle de Chanchamayo, San Ramón, La Merced, Quimirí, Nijandáriz, La Peruvian, 3—San Luis de Shuaro, Sogorno, Quillasú, Huancabamba.

AL informar de las condiciones topográficas de la entrada a los Panatahuas, partiendo de la ciudad de Huánuco y tomando la ruta de Chinchao, hicimos mención de las dificultades que ofrecían al paso del misionero aquellas regiones inexploradas.

Hoy podemos consignar en el presente capítulo la transformación que experimentan las regiones abiertas y cultivadas por el misionero, paulatinamente y con el transcurso del tiempo, y dando lugar a que varios elementos de progreso vayan entrando en los lugares antes privados del contacto de la vida civilizada.

Ejemplo notable de esto último es lo acaecido desde Acobamba hasta San Luis de Shuaro, particularmente en el valle de Chanchamayo.

Debemos decir llanamente, porque es la expresión de la verdad, que el panorama desde Acobamba hasta San Luis, no sólo encanta, sino que en varios puntos es arrobador para el viajero hecho a contemplar las obras de la naturaleza.

Todo contribuye aquí al arrobamiento: las buenas condiciones del camino que alivian el viaje, haciendo ver

la solícita mano del hombre en todas partes; la aparición gradual y creciente de la vegetación tupida y arbórea con un tinte atrayente de verde y gris, que en algunos lugares hace el efecto de una aparición repentina; mil accidentes del terreno y caprichos del río que sigue su curso en caída vertiginosa. La cuenca del río, perdiéndose en el abismo y ofreciendo a la vista cascadas de gran elevación, caudalosas y relucientes, hace no pocas veces el efecto de lo inmenso y majestuoso; lo mismo que los hondos precipicios próximos al camino, vestidos de grandes enredaderas entrelazadas. Los árboles humedecidos de contínuo por las exhalaciones de vapor, a que dan lugar las lluvias torrenciales. sustentan en sus ramas en gran número helechos, orquídeas y enredaderas, ostentando con galanura una vida parasitaria y exuberante.

Las abejas, avispas, hormigas y pájaros se sienten en toda esta región en amplia posesión de la libertad y de la vida, se multiplican prodigiosamente, dejando ver al viajero sus enormes nidos, en lugares y formas en que al capricho se une la estabilidad y la solidez.

Antes de llegar a Chanchamayo y mientras el viajero se sumerge en la angostura de la vertiente del río, en el momento menos pensado le sorprende la silueta de una figura artística que se eleva a lo alto, contorneada, esbeltísima, cual si formara un inmenso árbol: es el Pan de Azúcar, colina que descansa en el lecho del río, acariciada en toda su base por las líquidas corrientes.

2—El trayecto que describimos, desde Acobamba a Chanchamayo, se hace hoy sobre un camino carretero muy bien construído y bien conservado, pasándose el río sobre puentes seguros de hierro; pero ese mismo trayecto debía ser un problema para los misioneros en épocas pasadas, cuando el camino actual no existía, y cuando era menester acomodarse a los accidentes de una vereda, en región montuosa, en que abundan los precipicios y con frecuencia se presenta el abismo a pocos pasos del viajero.

"Otra entrada a la montaña, dice la **Historia de las Misiones** (1), se frecuenta por la quebrada de Tarma y Acobamba, que internando desde este último pueblo al oriente por entre altísimos cerros, a las quince leguas se sale al valle de Quimirí, que es de montaña muy frondosa y fértil".

Sin embargo, después de algunas leguas de recorrido, se desciende de la altura y se llega al valle de Chanchama-



Pan de azucar (en la entrada a Chanchamayo)

yo, donde la inclinación del terreno es insensible y el camino hacedero en todas direcciones. El valle comprende hoy varias negociaciones agrícolas, lo mismo que los pueblos de San Ramón y La Merced.

---

(1). Tomo I, Cap. I.

San Ramón es el punto central del valle, y debe sus comienzos al que fue presidente de la República el mariscal Ramón Castilla, quien fortificó este punto para contener los avances hostiles de las tribus salvajes: luego la seguridad de las vidas y la fertilidad del terreno atrajo al lugar muchos brazos, que convirtieron el valle de Chanchamayo en uno de los buenos centros productores de la nación.

La Merced corresponde al antíguo Quimirí, notable en la historia de nuestras misiones. Aún existen frente a la población de La Merced, a la banda opuesta del río Chanchamayo, restos del primitivo Quimirí.

Siguiendo el curso del río Chanchamayo, se encuentra el caserío de Nijandáriz, que también pertenece al escenario de las misiones, donde verá el lector sucesos prósperos y adversos, acontecimientos plausibles y lamentables.

Desde Nijandáriz se sumerge uno en la vegetación tropical, entre frondas húmedas y carnosas, y en un arbolado erguido y gigantesco.

Llegando a la confluencia del Chanchamayo con el Paucartambo, que forman el Perené, se halla el viajero con la pintoresca perspectiva del caserío de la sociedad **Peruvian,** punto en el cual, entre los operarios, abundan indios campas y amueshas, que consideran este territorio por morada suya nativa.

De este punto a Metraro y Eneñas la distancia no es grande; pero es menester subir setecientos metros de altura en las primeras dos horas de la jornada. También esos dos puntos llevan indeleblemente grabados los nombres de muchos misioneros ilustres.

Al hallarse en las vistosas estancias de la sociedad Peruvian, hemos dejado a alguna distancia detrás de nosotros el valle de Chanchamayo, sosegado y tranquilo, que apenas recuerda hoy las vicisitudes por que ha pasado, ni los sudores del misionero que le han regado en tiempos

remotos, ni la sangre de los religiosos con la cual queda consagrado, en nombre de la Religión cristiana.

3—Subiendo la cuenca, del Paucartambo, en el punto en que el afluente Shuaro rinde sus aguas al mencionado río, se halla el pueblo de San Luis, fundación del benemérito Padre Sala, que vino a restablecer las antiguas misiones del Cerro de la Sal.

Al fundar el pueblo de San Luis de Shuaro, el pensamiento primordial del padre Sala fue mirar por la subsistencia de los indios Campas y Amueshas que pueblan aquellas regiones, adjudicándoles terrenos que pudiesen cultivar con derecho legal de propiedad; pero, por causas ajenas a su voluntad, no pudo realizar del todo sus designios y por este motivo resolvió llevar a cabo la fundación de San José de Sogormo.

Hállase la casa de Sogormo separada de San Luis por una cumbre llamada Santa Cruz; está situada en un llano fértil, besando las riberas del Paucartambo; de Sogormo al punto de la explotación del Cerro de la Sal no hay sino 8 kilómetros.

El lugar de la explotación mencionada se halla a unos 1040 metros de altura sobre el nivel del mar; la superficie explotada no pasa de unos doscientos metros cuadrados; pero es evidente que existe una zona extensa de sal de varias leguas de prolongación. El cloruro de sodio está solidificado y no se rompe bien sino a beneficio de la pica o de la dinamita. La Sal no es pura, sino que está mezclada con tierra y vetas de yeso (1).

Si de Sogormo queremos pasar a Quillasú, es menester abandonar la cuenca del Paucartambo, subir, en medio de una vegetación arbórea lozana y espléndida, a una

---

(1). Amich, cap. 1.—Raimondi, t. II, cap. XVI.

cumbre llamada Santa Cruz, y tomar las vertientes que llevan sus aguas al Pozuzo.

La actual misión de Quillasú vino a sustituir a las primeras misiones de Huancabamba y a completar el antíguo radio de acción de las misiones del Cerro de la Sal.

Quillasú está fundado en una hermosa vega, a orillas del afluente Quillasú, que conduce sus aguas al Chorobamba, reuniéndose éste en el término de la vega con el río Huancabamba. Este río, antes de unirse al Chorobamba, forma también una vega fértil, muy parecida a la de Chorobamba y que se presta a la agricultura.

En esta vega existía desde los primeros tiempos de la conquista del Perú una parroquia regentada por los padres franciscanos.

La vega de Huancabamba no pertenece a la región boscosa del Perú; participa más bien de la **serranía,** que tiene características peculiares en esta porción de América. Posee un camino que le pone en comunicación con el Cerro de Pasco, a donde es fácil el acceso.

El viajero que hoy llega desde el Cerro de Pasco a Huancabamba, halla en el camino de la vega un punto llamado Chilache.

Pasado Chilache y tomando el camino de la derecha, a los pocos pasos halla junto al camino, un ingenio derruído de característica española: acueducto que viene desde un lejano punto, caída de agua desde buena altura, paredes sólidas de piedra de granito; en el suelo restos de cuarzos procedentes de terreno aurífero dan a entender que en el ingenio se beneficiaba el oro. Entre las ruínas han crecido algunos arbustos y desarrollado algunas flores solitarias, entre ellas una bellísima orquídea (1).

---

(1). Al hablar así, me refiero a la visita que hice a estos lugares el año 1910.


Hda Tingo
ARAMEYO
Naranjal
Pampa Chica
Mesapata
Chilache
Punchao
Hda Punchao
Hda Carolina
Hda Ramada
Pucucho
Hda Vista Alegre
Hda Yanachaga
Virginia
Victoria
Rio PALMASÚ
Rio Quillasú
Rio Gramasú

[Ing. A. Tamayo]

Del ingenio distan poco las casas de Chaupimonti y Ancahuachanan: y si dejamos luego a la izquierda la Ramada y llegamos al pie del cerro Shayapeña, un poco más arriba de Pucucho, hallaremos un altillo desde donde se domina con agradable perspectiva todo el valle. En este altillo, todo cubierto de arbustos, se ocultan algunos muros de adobe, indicio de la población y parroquia antígua de Huancabamba.

El viajero se da cuenta que en este valle prevalecen los nombres del idioma quechua para designar los lugares que comprende, como son: Mesapata, Palcamayo, Pucalluclla, Runcumaya, etc.; y por el contrario en el cercano valle de Chorobamba, separado por la colina Shayapeña, prevalecen para el mismo fin nombres de lengua amuesha, propia de la tribu colindante, como son: Palmasú, Grapanasú, Quillasú, Llamaquisú, etc. Indicando ésto a las claras que a la parroquia de Huancabamba pertenecían los indígenas procedentes de la Sierra, y que en el valle próximo moraban aún en aquella época los indios Amajes o Amueshas.

CAPITULO XIV

Primera entrada al Cerro de la Sal

(1635)

SUMARIO: 1—Por la ruta del Cerro de Pasco. 2—Fray Jerónimo Jiménez. 3—Apertura de las Misiones del Cerro de la Sal. 4—Amueshas y Campas.

En el capítulo anterior hemos conducido al lector por un espléndido camino y por amenos senderos, desde Tarma y Acobamba a Quimirí, al Cerro de la Sal y a Huancabamba.

Mas, la primera entrada de nuestros misioneros al Cerro de la Sal y a Quimirí no se realizó siguiendo esa ruta, sino a la inversa, partiendo por las alturas de Huachón, siguiendo las vertientes del rio Huancabamba, y avanzando luego hasta el Cerro de la Sal y al valle de Chanchamayo o Quimirí.

La Historia de las Misiones de Ocopa señala el motivo y la ocasión de esta entrada del modo siguiente: "El interés movía a algunos de los moradores de dicha cordillera (de los Andes) a bajar por algunas sendas y laderas a las faldas o temples, donde hacían sus sementeras de maiz, frijoles y coca."

"Con la frecuencia de estas entradas encontraban a veces a algunos infieles; con la comunicación de los serranos, se arriesgaban algunos de ellos a salir a tierra de cristianos, y mediante el buen tratamiento que hallaban, algunos recibían el santo bautismo. De todos estos neófitos y

de varios indios serranos que en la ceja de la montaña tenían sus sementeras, se formó un pueblo llamado Huancabamba, distante veinte y cinco leguas del Cerro de la Sal, el cual pueblo con título de curato se entregó al cuidado de la religión seráfica."

"Por este pueblo de Huancabamba entró a la montaña el siervo de Dios fray Jerónimo Jiménez, religioso lego de nuestra seráfica Orden, el año 1635: en Quimirí fundó el primer pueblo con capilla, etc. (1)."

Entre otros fines que se pretendieron al emprender las misiones del Cerro de la Sal, fue uno el darse la mano las misiones de Panatahuas con estas nuevas; en lo cual no se engañaban, pues los progresos hechos desde el río Huallaga hasta el Ucayali con dirección al Oriente, eran motivo para creer que convergerían a la misma región, avanzando desde el Cerro de la Sal con dirección al Norte.

2—Fray Jerónimo Jiménez dejó pues las prósperas misiones de los Tinganeses en Panatahuas, para abrir las del Cerro de la Sal. Detúvose poco en los deliciosos valles de Huancabamba y Oxapampa, cuyo adelanto en punto a la civiliación de sus moradores, era una buena base para entrar con seguridad a las regiones inmediatas, pobladas por indígenas Amueshas y Campas.

Se informó de que los indios de Huancabamba se ponían en el Cerro de la Sal cómodamente en tres días, y emprendió la jornada con la confianza del misionero avezado a viajes más arriesgados. La emprendió solo, y esto da la medida de su espíritu fuerte y acrisolado, como también del deseo del martirio que le acompañaba, cuyos laureles ciñeron sus sienes en años posteriores.

En su jornada debió tomar las márgenes del con-

---

(1). Cap. II, tomado de la Crónica Seráfica del padre Córdova, L. II, cap. XXX.

fluente Chorobamba en Oxapampa, que trae sus tranquilas aguas del sur, para hermanarlas con su competidor el Huancabamba en el Tingo o Unión.



Hojas de Chinchona (colección de Ocopa)

Debió hallar a su paso numerosos ejemplares de Chinchonas, arbustos de atrayente colorido, de hojas teñidas de pigmento rojo, que ornan los climas templados, a una altura alrededor de 1800 metros sobre el nivel del mar.

Pasada la confluencia del Chontabamba y Llamaquisú, que forman el Chorobamba, y dominada la cumbre de Santa Cruz, se halló el misionero con las pequeñas vertientes que bajaban al Paucartambo, cristalinas, rápidas y bulliciosas. En Peñolería contempló una inmensa caída, casi vertical, hasta la estrecha cuenca del río Santa Cruz, todo festonado de vegetación tropical; de frente vio una montaña vestida de árboles que simulan graciosamente columna y arcos, con sus troncos esbeltos y sus hermosas copas entrelazadas.



Bosques de palmeras

El efecto que produce el Pan de Azúcar al entrar en Chanchamayo, aquí se reproduce en varios puntos y en proporciones mayores.

Hay puntos, durante la bajada al Paucartambo, en que el viajero pasa como por jardines de palmeras.

Otro fenómeno acaece allí grandioso y atrayente; fórmanse copos de espesa niebla, cual gasa blanquísima, ligeramente dorada por los tenues rayos del sol poniente, y la niebla se recuesta sobre las verdes arboledas, y va girando y recorriendo el horizonte al leve soplo de la brisa.

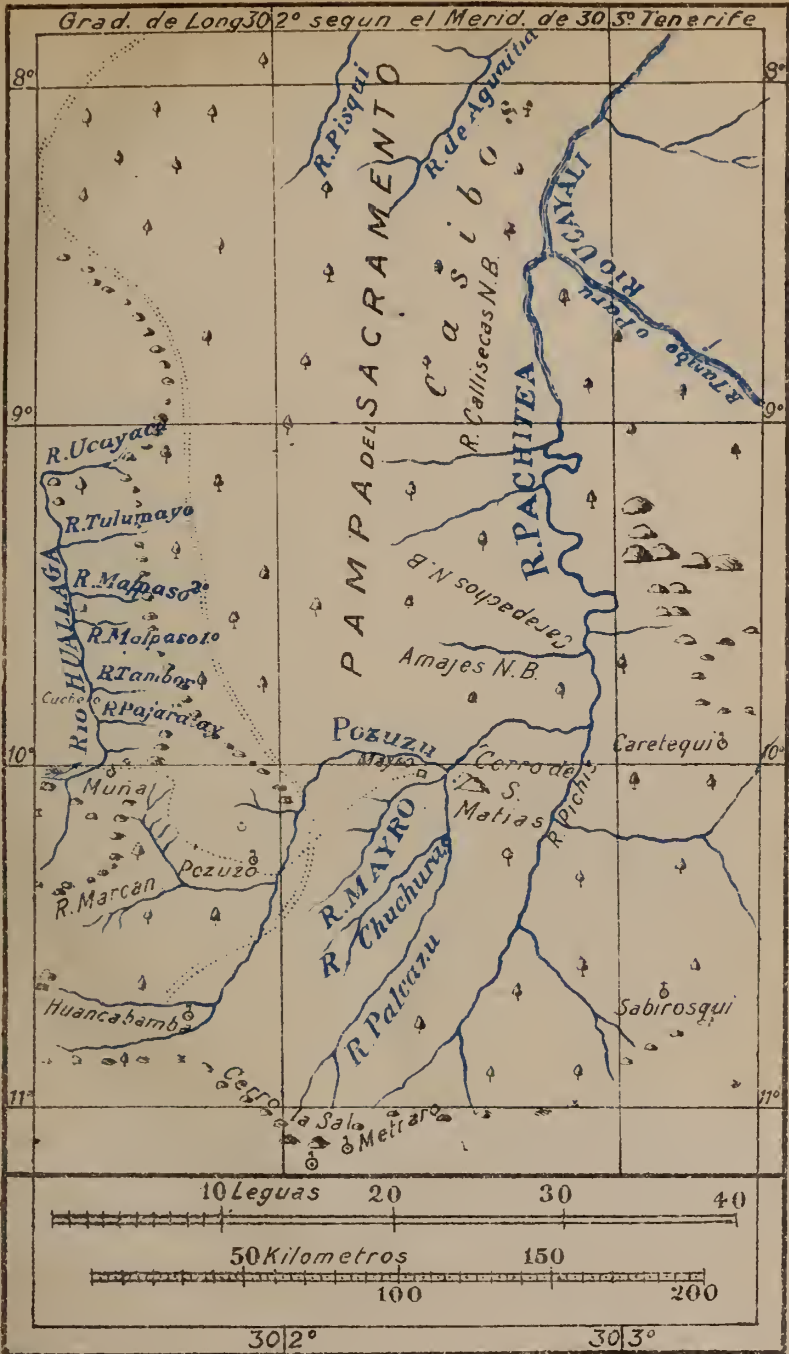
Debajo de aquellos níveos crespones y a la sombra de aquellas maravillas de la vegetación tropical, están fabricadas las pobres chozas del indio, hoy afortunadamente regenerado y hermoseado con las aguas del bautismo.

3—Fray Jerónimo Jiménez debió pasar en esta ocasión por la margen izquierda del río Paucartambo, por la banda opuesta al actual Sogormo, hasta llegar al punto de la explotación de la sal, punto a donde concurrían en gran número los indígenas campas y amueshas. En la planicie sobre el punto de la explotación, hizo levantar una iglesia con la advocación de San Francisco, cuya imagen colocó en el altar; catequizó por seis meses a los indígenas amueshas, y entabló una cristiandad llena de fervor, infundiendo a los neófitos un nuevo espíritu y reformando sus costumbres.

Del lugar en que se levantó esta iglesia quedan escasas huellas.

Existía a la sazón el pueblo de Quimirí, poco más o menos en el amenísimo paraje donde hoy está situada La Merced.

4—Los indios de este lugar eran Campas; nación numerosa, preponderante, notable por su nativo orgullo, muy extendida por las márgenes de grandes ríos, como Perené, Tambo, la parte más elevada del Ucayali y el Apurímac. Los Amueshas, sus vecinos, se extendían menos; no mora-



Sección del mapa del P. Sobreviela

ban sino en pequeños ríos, como el Paucartambo, el Palcazu, el Pozuzo, el Mairo, parte del Pichis y algunos afluentes del Pachitea.

El indígena amuesha tiene frente pequeña, cabello lacio que le cae hasta cerca de los hombros, mirada despierta, pero sin aire de mando, el busto delgado y la musculatura endeble, estatura mediana, pie pequeño; por toda vestidura la **cushma** muy larga; la cara pintada, entrando en su dibujo líneas y puntos combinados; en la coronilla de la cabeza una esbelta pluma de **huacamayo;** talega debajo del brazo derecho, arco y flechas, si no ha logrado escopeta; la banda de chaquiras, con pájaros de colores, terciada sobre el pecho; al cuello pañuelos de colores regalados por los **blancos** u obtenidos por cambio; vive de yuca, masato, plátanos (banano), de cacería y pesca.

El mono es su manjar codiciado, del cual aprovechan hasta el tuétano de los huesos y el contenido de las celdillas de su cráneo.

La mujer amuesha se adorna menos que el hombre, siguiendo el ejemplo de la naturaleza en las aves y en las flores. Lleva el cabello algo más largo que el varón. La banda que se tercia no es de lustre y viso: solo es un tejido de palmera. Su carácter moral está en armonía con la condición a que la reduce el varón: continente suave, hábitos de sumisión, mirada lánguida, y casi siempre una gran reserva, con instintos de vida muelle y placentera.

Los campas son de constitución física más varonil, pero su indumentaria y demás accidentes personales se asemejan a los de los Amueshas.

La misión de San Francisco del Cerro de la Sal se componía de indios amueshas, gente de costumbres suaves y de instintos nada feroces; el pueblo de Quimirí era de Campas, y los hechos que vamos a narrar demostrarán lo que podían concebir sus bárbaros pechos y ejecutar sus brazos inhumanos.

CAPITULO XV

Ilustre martirio de fray Jerónimo Jiménez y de fray Cristóbal Larríos en el Perené

(1637)

SUMARIO: 1—El cacique Andrés Zampati. 2—El Padre Cristóbal Larríos. 3—Primera tentativa de asesinato. 4—El domínico Padre Chávez y una compañía de treinta soldados españoles. 5—Entrada al Perené. 6—Muerte de fray Jerónimo y del padre Cristóbal.

Al frente de los indios de Quimirí estaba a la sazón el cacique Andrés Zampati. Este había recibido el bautismo en una salida que hizo a tierra de cristianos, a que daban lugar algunos comerciantes de Tarma y Acobamba, que contrataban con los salvajes del valle de Chanchamayo.

Contando con la venia de este cacique, levantó fray Jerónimo Jiménez una iglesia en aquel pueblo, dedicándola al glorioso doctor San Buenaventura: iglesia que decoró con devotas imágenes, particularmente con una grande de Nuestra Señora, con los gloriosos patriarcas Santo Domingo y San Francisco a los lados. No descuidó fray Jerónimo durante el año 1636 la enseñanza de la doctrina cristiana, en lengua campa, que aprendió con expedición y gran gusto de los indios.

Estos a su vez le labraron casa, le cultivaron una huerta, le procuraron legumbres; llegando además a respetarlo con cariño filial, de suerte que antes de irse a sus

faenas del campo, le pedían por las mañanas diariamente su bendición.

Todo iba viento en popa, menos la conducta del cacique, quien prevaliéndose del poderío que ejercía, no sólo en Quimirí y Nijandáriz, sino también en el Perené, hasta la región de los Andes, dejó entrar el orgullo en su pecho, aún salvaje, y tras de ésto dio rienda suelta a sus concupiscencias poco reprimidas. Hízose con tres mujeres y una de ellas arrebató injustamente a un criado suyo Gamaitillo.



Campas de Metraro con su capitán Zárate

El venerable misionero no pudo menos de advertirle su descamino, y decirle que siendo cristiano no podía tener sino una sola mujer. Irritóse el hombre con la amonestación, pero dejó las mujeres y se redujo a vivir con una.

Su ira mal reprimida daba a entender que pronto se desfogaría, para tomar venganza de lo que creía agravio.

El amor que tuvo al misionero se convirtió en odio mortal.

2—Fray Jerónimo no se acorbardó. Veía prosperar su obra; veía que muchos conocían y adoraban a Dios y con muy buena voluntad empezaban a guardar la inmaculada ley del Señor. No siendo sacerdote, por cartas envió a decir al padre Cristóbal Larríos, que residía en Huánuco, viniese a darle la mano y a perfeccionar la obra que tenía tan adelantada.

Fray Jerónimo conocía al padre Cristóbal, y a uno y otro conoció al padre Diego de Córdoba y Salinas. "Yo conocí, dice, mucho del espíritu celestial con que el Padre Fray Jerónimo Ximenez se ocupaba en solicitar las conversiones de infieles, expuesto a derramar la sangre de sus venas, que muy de antemano tenía ofrecida a Dios . . . Y no menos el santo celo del P. Christóval Larrios, que yo hallé en el noviciado de Lima, quando entré a ser Maestro de Novicios, religioso de reconocida virtud . . . ." Del padre Cristóbal añade que "era de condición, es decir, naturaleza mansa y apacible (1)."

Acudió presuroso el Padre Cristóbal a dar la mano a fray Jerónimo, recibiéndole los indios con grande alegría. Díjoles misa y entabló la administración de sacramentos, mientras fray Jerónimo se dedicaba incansable a instruirlos en el catecismo.

Parece cierto, además, que ambos santos religiosos se aprestaron para el último combate, conocidas como tenían las intenciones del cacique Zampati.

3—El cacique urdió una treta contra los misioneros: les indujo a que se adelantaran a convertir a los indios Antis, que también reconocían su autoridad de cacique, y que se extendían por todo el Perené, hasta la confluencia

(1). Crónica, L. II, cap. XXIX.

del Pangoa: que allí también podrían levantar iglesias, enseñar la doctrina y bautizar; que él les favorecería y con su apoyo no era difícil la empresa.

Creyéronle los misioneros, y de hecho salieron de Quimirí camino del Perené. Mientras tanto el indio cristiano **fiscal** (1) de la doctrina de Quimirí, no pudo ocultar a los Padres los planes del malhadado cacique.

Movíale a ello no sólo su honrada conciencia, sino el sentimiento que no podía ocultar de que el cacique quiso quitarle su mujer legítima. Les descubrió las intenciones, las emboscadas prevenidas, todo el plan malévolo para acabar con los misioneros y con la evangelización de aquellas regiones.

Los misioneros disimularon los motivos ante Zampati, pero prudentes se volvieron a Quimirí, no creyendo llegado el momento oportuno para dejarse en manos de aquel hombre que a mansalva intentaba realizar su crimen, lejos del poblado de Quimirí, donde no dejaba de tener reparo, por la buena opinión de que gozaban los misioneros, y donde era abiertamente reprobada su conducta libertina.

4—Así iban las cosas, cuando llegó a Quimirí una compañía de treinta españoles, trayendo consigo un Padre de la Orden de Santo Domingo, fray Tomás de Chavez. Movióle al padre Chavez a juntarse con los soldados, su celo por la conversión de los infieles de aquellas comarcas, aunque no se ve claro si su entrada obedecía a un plan suficientemente maduro. En cuanto a la partida de militares, era gente de bien y de orden, pero según se colige de los hechos, sólo buscaba dinero con aquella aventura.

La indiada toda del Perené se emboscó y retrajo con

(1). Fiscal era un encargado de los misioneros para velar por la moralidad de la nueva cristiandad.

la presencia de los milicianos, que ostentaban flamantes armas. Es grande el terror que produce en el ánimo del indio, cuando por primera vez le sorprende el siniestro mecanismo de una arma de fuego.

Quien estaba muy animado era Zampati. Ninguna mejor ocasión para levantar el espíritu de los campas del Perené contra aquella expedición armada, envolviendo en la matanza a los misioneros.

Dijo que fácil era entrar en balsas (1) al Perené, visitar aquellas tierras, convidar a tantas numerosas tribus a entrar en el gremio de la santa Iglesia; que el padre Chavez hallaría allí buena acogida y cosecharía muy abundantes frutos; que los misioneros le podrían acompañar en aquella entrada, como más conocidos en la tierra, y con su manejo la evangelización de aquellas regiones tan pobladas pronto sería una hermosa realidad.

Así convinieron en hacerlo, no porque los Padres ignorasen la perfidia del cacique, sino porque no quisieron que el Padre dominicano interpretase su abstención a falta de caridad y envidia disimulada, y porque anhelaban ardientemente la palma del martirio; por la cual el buen lego fray Jerónimo Jiménez había suspirado desde muchos años.

Se trataba de hacer un recorrido de cincuenta leguas, poco más o menos.

5—Para el caso se formaron dos partidas, una por tierra y otra por agua. La una partida, que iría por el río, se componía del padre fray Tomás, de fray Jerónimo, cinco soldados españoles y el cacique don Andrés.

El padre dominicano Tomás, a los dos días de navegación se enfermó de gravedad, quedóse en una estancia

---

(1). Embarcación formada de palos unidos, empleando el palo de balsa (ochroma pisacatoria) que abunda en aquellas regiones.

de las márgenes, y cuando pudo volvióse a Quimirí. Con lo cual ya estaba descartado el buen dominicano de la trágica escena que pronto se realizaría.

En los puntos de descanso el padre Cristóbal enseñaba la doctrina a los infieles que hallaba, y hacía que los españoles rezasen juntos y en voz alta: con lo cual lograba que los infieles tuviesen en mucho el rezar y orar.

6—La caravana en que iba fray Jerónimo río abajo por el Perené, con los cinco militares, algunos muchachos de servicio, Zampati, su mujer, e indios **balseros** (1), llegó a un punto, a lo que parece, próximo a las Cascadas, donde el agua hierve detenida en su rápido curso por las peñas que abundan en el lecho del mismo río. De repente sintieron el silvido de las flechas, que con puntería certera caían sobre los soldados españoles, no descubriéndose el punto de donde partían.

El cacique, su mujer y los balseros, según convenio, se desnudaron con ligereza, saltaron al agua, y a nado ganaron la orilla. Llovían las flechas sobre los españoles, hasta que murieron, menos un joven de catorce años, que mal herido pudo escapar y salvarse.

El cacique ya en tierra, notó que los indios perdonaban la vida a fray Jerónimo. Irritóse el bárbaro y mandó que le flechasen. Su mujer se esforzó por impedirlo. Es mucha la elocuencia de la mujer india cuando su corazón palpita de veras y las lágrimas acuden a sus mejillas. Con mirada lastimosa y suplicante, dijo a su marido, que aquel Padre, le había enseñado las oraciones, y su compañero le había bautizado: que ningún mal le había hecho aquel religioso y no había razón para que muriese. El cacique, ciego de furor, dió a su mujer tan recio golpe, que ésta cayó en tierra, casi privada de sentido y con señales de mor-

---

(1). Los que manejan la balsa o almadía.

tal angustia. Intimó de nuevo a los indios que flechasen al fraile. Los indios debían de tener notable cariño y amor a fray Jerónimo, pues no se animaban a ejecutar las órdenes del cacique. Dijéronle que ya habían muerto los españoles de pantalón y armas que eran de temer; pero que aquel se vestía como mujer, que estaba desarmado, que era inofensivo y bueno, y no había por qué matarle.

Era esto cantar melodías al tigre: y a voces destempladas les volvió a mandar que de una vez lo matasen. Dos de los indios obedecieron: las dos saetas le dieron en el pecho, pero ninguna en el corazón. El siervo de Dios viéndose herido, se puso de rodillas sobre los palos de la balsa; tomó en las manos el Santo Cristo, le miró con toda la ternura que le inspiraba su ardiente amor, lo estrechó a su pecho con dulces lágrimas de júbilo por la dicha del martirio; luego con el crucifijo entre las manos, levantó los ojos al cielo, su patria, a donde iba a volar su alma; y quedó en aquella postura en coloquios dulces y ardientes con Dios y con María Santísima, su tierna madre.

Los indios no quisieron tirarle más flechas. Zampatí, empero, mostrando un loco furor, arrojando espuma por la boca, prorrumpiendo en imprecaciones salvajes, se arrojó en persona al río, llegó a la balsa, tomó uno de los remos, y con él le dió dos golpes en la cabeza, y lo dejó tendido y muerto. Hizo otro tanto con otro de los niños que por su tierna edad no pudo escapar.

Hizo arrancar la túnica que vestía el religioso, para tener con qué pagar a los flecheros. Díjose públicamente, que luego, para aliento de aquella cristiandad, se dejó ver en el aire una hermosa palma toda luminosa y resplandeciente.

Esto sucedía el día 8 de Diciembre de 1637: luego dió órdenes para que un buen número de indios, bien surtidos de flechas, buscase al padre Larríos y sus compañeros y los matasen. Que procediesen con cautela y los esperasen en lugar en que no les valiesen sus armas. En asegurarse

pasaron cosa de tres días. Los esperaron emboscados en una cuesta en donde no se podía subir sino valiéndose de ambas manos. Flecharon a la primera avanzada. Notándolo el padre Larríos, se adelantó a voces, suplicando que no los matasen; la respuesta fue una lluvia de flechas: de suerte que mortalmente herido, cayó rodando cuesta abajo, hasta llegar a los pies de Juan de Vargas Valdés, que dejándole cadáver, huyó con Juan de Miranda. Estos dos soldados anduvieron errantes por las chacras de los indios, pero lograron escapar con vida y pudieron relatar lo acaecido. Escaparon cuatro más, pero dos de ellos murieron de hambre y de penuria.

A todos los muertos dejaron completamente desnudos, despojándolos de todos sus vestidos, que Zampati repartió a los indios de la facción. Repartió asimismo los vasos sagrados que llevaba el padre Larríos, incluso el cáliz.

La muerte del Padre Larríos sucedió el día once o doce de diciembre de 1637.

CAPITULO XVI

Desastre de Zampati: prosperan las Misiones

(1637)

SUMARIO: 1—La iglesia de Quimirí reducida a cenizas. 2—Asesinato y cremación de Zampati. 3—Informes jurídicos de Luis Ledesma. 4—Biografía de fray Jerónimo. 5—Fray José de la Concepción y fray Cristóbal de Mesa.

ANDRÉS Zampati, el cacique cruel y cristiano apóstata, no estuvo presente en la muerte del padre Larríos y sus compañeros. Encargando esta acción inícua a los suyos, volvió a marchas forzadas al valle de Quimirí, donde colocó indios centinelas, que le avisasen si algunos españoles de aquella expedición escapaban con vida, con intento de matarlos en la retirada e impedir que llevasen la noticia del hecho a las autoridades cristianas.

Para tenerlos más obligados, repartió luego entre los suyos toda la ropa y haber de los españoles que iban en la balsa y la túnica de fray Jerónimo.

Llegado a Quimirí, la primera providencia que tomó fue reducir a cenizas la iglesia, en que hasta entonces el padre Larríos había celebrado los divinos oficios, y donde por tanto tiempo había catequizado fray Jerónimo a la devota multitud. Redujéronse también a cenizas las imágenes sagradas. Todos los cómplices y coadjutores del cacique eran infieles; los indios cristianos no aprobaron sus tropelías escandalosas y miraron todo aquello como un crimen.

Un profanador del cáliz se sintió malamente enfermo, y murió de resultas; de modo que de pavor dejaron los indios infieles el cáliz en un rincón, y lo recogieron luego los cristianos con veneración y respeto.

2—Zampati no pudo gozar de los soñados frutos de su crimen; creyó que muertos los misioneros, disfrutaría de amplia libertad, unida a la autoridad de cacique. Pero sabido es que esta autoridad en las parcialidades salvajes es ninguna. Como la reconocen generalmente a consecuencia de hazañas señaladas, así la desconocen como efecto de acciones innobles y censurables.

Parece que aún entre los indios no bautizados halló reprobación general su incalificable conducta. Sabían que era cristiano y que para no seguir practicando las obligaciones contraídas no tenía otro motivo que su liviandad.

Los vecinos amueshas del Cerro de la Sal, juraron vengar la alevosa muerte de su idolatrado padre en la fe, fray Jerónimo Jiménez. Los mismos campas le miraron con asco. El perdió su autoridad y se redujo a vivir en la oscuridad de las selvas. Cosa que no le valió, pues, un campa, vasallo suyo, cristiano, le quitó la vida a golpes que descargó sobre su cabeza; luego quemó su cadáver y lo arrojó al río.

3—Las misiones del Cerro de la Sal ganaron mucho con la muerte de los dos religiosos. Su martirio conmovió a los indios convertidos y la fama de aquel fin, grandemente glorioso para la Religión católica, se extendió a Tarma y Lima. Al rededor del suceso hubo circunstancias de que se habló mucho.

Luis de Ledesma dijo en Lima ante el juez eclesiástico fray Diego de Córdoba, que cuando esto pasaba estaba él en Tarma, en diciembre de 1637, que estaba el cielo claro sin una nube; que por el oriente se levantaba una señal de extraordinaria blancura muy hermosa, grande y de mucha elevación, admirándose mucho él y los que estaban en su compañía. Esto era el 8 de diciembre. Que lue-

go le ocurrió si habría ocurrido algún fracaso a los misioneros de Quimirí; que a pocos días llegaron las nuevas de la muerte de los religiosos y de los españoles, produciendo dolor y escándalo en todo el reino la alevosía del cacique. Que él tenía conocimiento personal del cacique y demás gente de Quimirí; que averiguó todas las circunstancias del hecho, y contando con la amistad que tenía con el cacique entró a Quimirí, informándose en el camino de los sucesos, y que todos le refirieron las cosas uniformemente. Que halló la iglesia de Quimirí quemada; los indios quejosos del cacique, deseosos de vengar sus injustos manejos.

4—Toda la resonancia que tuvo este hecho se hace creíble si se tiene en cuenta la gran virtud y probada santidad de los dos preclaros varones, laureados con el martirio. Consignemos aquí algunos puntos biográficos.

Fray Jerónimo Jiménez nació en Lima con derecho a una crecida herencia. Se crió en el regalo y en la abundancia. Se graduó de bachiller en artes y cursó la teología. A los veintitrés años renunció los bienes paternos y acudió a la Recolección de su ciudad a pedir el hábito; hízolo vestido de pobre y descalzo. Su padre acudió al convento a impedirle la toma del hábito, hecho un mar de lágrimas; pero no logró desengañarlo.

Aunque fino de cuerpo y delgado, y a pesar de sus letras, logró que le dejasen en el estado de lego. Pasaba ésto el 30 de septiembre de 1628.

Era humilde, obediente, dado a la oración, a la penitencia, modesto como un ángel, alegre para los quehaceres. Se dejó en una ocasión picar de los mosquitos en un cañaveral desnudo hasta la cintura.

En el convento del Cuzco buscó más recogimiento y oración. De allí pasó a las misiones de Panatahuas por consejo del esclarecido varón fray Bernardino Salas, definidor de la Provincia. En Tarma estuvo siete meses enseñando a cincuenta muchachos a leer, escribir, ayudar a

misa y catecismo, lo mismo que esto último a buen número de ancianos. Mientras tanto él aprendió el idioma general de la región.

De Tarma pasó a los Tinganeses, gente aguerrida, de rústicas y bárbaras costumbres. De feroces los convirtió en corderos: estábase muy tranquilo entre aquellas fieras. Allí levantó iglesia, que intituló San Felipe; los indios le fabricaron vivienda. Desplegó gran celo en la catequización. Abrió un camino de más de seis leguas hasta Tonua para llevar a los catequizados a que los bautizase el cura de aquel lugar. Allí estuvo tres años.

Hizo entradas a lugares circunvecinos con grandes fatigas y peligros; y en una ocasión se vió perdido dieciocho días.

En 1635 pasó al Cerro de la Sal. Le mandaron que se ordenase; pero esta resolución de los superiores no tuvo efecto.

En dos años conmovió las regiones del Paucartambo, del Chanchamayo y del Perené, y predispuso los corazones de los indios para ser regenerados en las aguas bautismales. El ocho de diciembre de 1637 volaba al cielo con la palma del martirio.

Las virtudes de su conpañero el padre Larríos emulaban dignamente las de este ferviente y humilde lego. Era natural de Ica, como el padre Luyando.

Profesó en Lima, y en la profesión y más tarde con la dignidad sacerdotal juntó las más probadas virtudes.

Fray Jerónimo y el padre Larríos fueron los protomártires de nuestras misiones en el Perú, y merecen altos elogios y un monumento en las márgenes del Perené.

5—La provincia de los Doce Apóstoles no se acobardó con la noticia de la muerte de aquellos dos ínclitos hijos suyos. Sabía que la sangre de los cristianos es fecunda semilla de conversiones a la fe, y se apresuró a mandar quien sustituyese a los que cayeron con tanta gloria en la lid.

Fray José de la Concepción y fray Cristóbal de Mesa trabajaron con tanta felicidad en la región del Cerro de la Sal y del Perené, que en 1640 tenían levantadas allí siete capillas con siete reducciones de indios.

CAPITULO XVII

Matías Illescas, Pedro de la Cruz y Francisco Piña

(1617-1641)

SUMARIO: 1—El padre Illescas. 2—Banquero y solitario. 3—Entra en la Orden. 4—Fray Pedro de la Cruz y fray Francisco Piña.

No falta cierto ingenuo encanto a las vidas de los varones religiosos del siglo XVII, especialmente en España y América. Aquellas vocaciones tenían mucho de Dios y no poco del espíritu de la época, caballeresca, hazañosa, amiga de escalar el cielo con una mudanza ruidosa, que empeñaba al heroísmo y alentaba a no pocos a la imitación.

Vimos a fray Jerónimo Jiménez, un bachiller de artes y teólogo, empeñado en ser lego de la Orden seráfica, y que en aquel humilde estado coronó su obra de inmortalidad con la palma del martirio.

Ahora veremos tres ejemplares, muy parecidos a fray Jerónimo y a cual más atrayentes y de singular figura.

Empezando por fray Matías Illescas, digamos que nació en Toledo, de honrados vecinos de aquella ciudad imperial. Mancebo vino al Perú y vivió aquí en Lima en casa de un tío suyo, Bernardo de Villegas, poderoso banquero. Mostróse muy fiel el joven Matías, y no menos experto en el negocio; de suerte que el tío dejó andar el movimiento bancario a cuenta y conciencia del hábil sobri-

no. Pasaban por sus manos inumerables reales y barras sin cuento, de oro y plata.

2—Lo raro del caso es que nuestro joven manejaba el dinero y veía relucir las barras de metal, sin que nada se le pegase, no diré a las manos, ni siquiera al corazón. En medio de la opulencia metálica, se hallaba su espíritu trasportado a una región de paz, por el desasimiento de todo y por la pobreza evangélica. Huía el cuerpo a toda vana recreación. Sin notarlo la familia y a hurtadillas íbase a una huerta retirada, donde había un oratorio y donde en ocasiones pasaba muchas horas, durante uno o varios días, dándose a la oración, a ásperas disciplinas y a grandes deseos de perfección evangélica, no sin asombro de los criados que cuidaban del cultivo de la huerta.

Hacía ejercicios de piedad en su casa, siempre que lo podía sin ser notado, pues amaba mucho el secreto y la reserva. Pasaba casi toda la noche en oración, ingeniándose mucho para no dormirse.

Descubría notable entereza para no dejarse arrastrar de sus compañeros y amigos, cuyo trato amaba bastante menos que el de Dios en el retiro y en la iglesia.

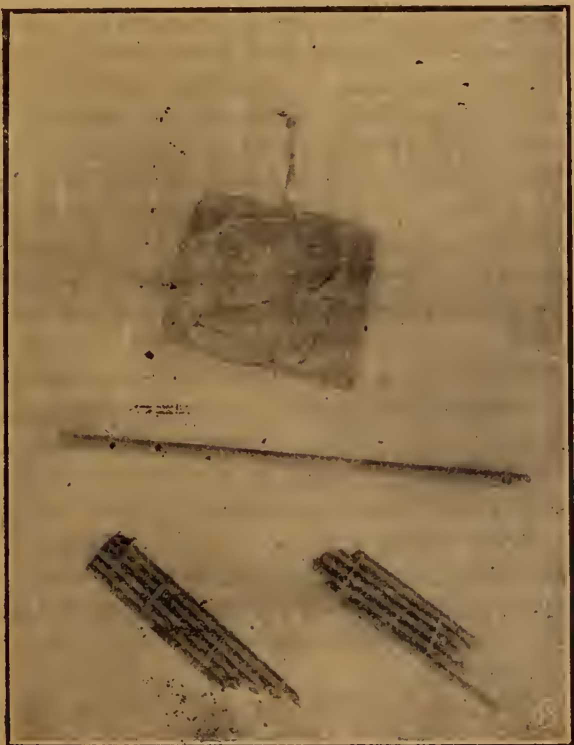
3—En 1638, a la edad de 21 años tomó el hábito franciscano en el convento grande de la capital. Desde los primeros días de la vida religiosa apareció mortificado, anhelando cruces, penitente, amartelado de la pureza y recato, caritativo y servicial, mayormente con los enfermos, modesto, amigo de hablar de Dios, incansable en orar; no se acostaba en la cama, sino que dormía sentado en un maderillo junto al lecho, y su recogimiento era inviolable.

Con la profesión religiosa redobló los fervores; obligado a recostarse para dormir, una piedra le servía de almohada o un madero; siempre llevaba ásperos cilicios, como era un jubón de cerdas y cadena de hierro.

De preferencia seleccionaba para su alimento mendrugos enmohecidos de pan.

Vivía alegre y contento; era risueño en el trato y acompañábale una sencillez angelical.

En su santa vida abundan hechos que descubren su profunda humildad, su espíritu de heroica paciencia y sufrimiento, su abnegada obediencia y su inalterable mansedumbre.



Instrumentos músicos de los Campas

En medio de todo esto era de claro entendimiento.

Ordenado de sacerdote se esmeró mucho en la celebración de la santa misa, en que empleaba más tiempo que

el ordinario, en fuerza de su grande amor a Jesús Sacramentado.

Apenas sacerdote pensó en los infieles y logró que le nombrasen cura de la parroquia de Huancabamba, próxima al Cerro de la Sal.

4—Mal podía imaginar el padre Illescas los compañeros que el cielo le deparaba para su labor entre los infieles del oriente peruano.

Uno de sus futuros compañeros era Pedro de la Cruz: rico y feliz en el Ecuador, pero que renunció las riquezas y la felicidad tornadiza del mundo, para vestir el hábito franciscano en San Diego de Quito, en estado de lego.

Juntóse a fray Pedro de la Cruz, un joven galán, cortesano, agudo poeta, aplaudido en los torneos, Francisco Piña, que residía en el asiento de Tacunga. Un maltrato que le dió un toro en una lidia pública, de que pudo haber muerto, decidió su vocación y se presentó también en San Diego de Quito solicitando el hábito de humilde lego.

Siguieron ambos con valor la carrera emprendida: abrazáronse de verdad con la pobreza franciscana, con la castidad y pureza, con la humildad evangélica, con la mortificación, con la modestia, con las prácticas de piedad y largas oraciones, agregando lágrimas de dolor por las culpas cometidas.

Ambos vivieron muy unidos en las voluntades, y ambos resolvieron dedicarse a las misiones de infieles y solicitaron entrar a la provincia de los Quijos.

CAPTIULO XVIII

Exploraciones al Amazonas: martirio del padre Illescas y sus compañeros (1641)

SUMARIO: 1—Exploración del Amazonas por los franciscanos de Quito. 2—Exploración hasta el Pará. 3—Al Amazonas por el Perú. 4—Martirio de los misioneros.

En 1632 vemos partir del convento de San Francisco de Quito cinco religiosos minoritas al oriente del Ecuador, a la región amazónica: eran éstos los sacerdotes fray Francisco Anguita y fray Juan de Casas Rubias, y los legos fray Domingo Brieva, fray Pedro de Moya y fray Pedro Pecador. Lograron fruto espiritual, pero pronto hubieron de volver a Quito por varios accidentes.

En 1634 vuelven a la misma región los referidos legos Brieva y Pecador con el padre Comisario Lorenzo Fernández y el Padre predicador Antonio Caicedo.

Ejercieron con algún fruto el ministerio sacerdotal, bautizaron algunos indígenas: pero luego se sublevó la indiada, hiriendo gravementse a los religiosos, menos al lego Pecador, que era cirujano y curó con éxito a sus compañeros.

A poco, todos tuvieron que abandonar aquella misión y volver a Quito.

En 1635 entran de nuevo a la región amazónica el padre Comisario fray Juan Calderón, fray Laureano de la

Cruz, fray Domingo Brieva, fray Pedro de la Cruz y fray Francisco Piña.

Embarcáronse en el Aguarico, y luego se fueron a los Encabellados.

Juntáronse a ellos fray Pedro Pecador y fray Andrés de Toledo con treinta soldados.

El capitán Juan de Palacios fue muerto por los indios, y de resultas se hubo de abandonar aquella empresa.

2—Fray Domingo de Brieva y fray Andrés de Toledo no quisieron volver y emprendieron una de las exploraciones más inconcebibles y arriesgadas: fuéronse río abajo en 1636, 17 de octubre, con seis soldados. El 5 de febrero de 1637 llegaron a posesiones portuguesas y a abrazar con regocijo mutuo al capitán Juan Pereira de Cáceres: luego pasaron al Pará y a San Luis.

El gobernador del Pará se alegró muchísimo del acaecimiento que le daba la clave de la exploración del Amazonas, a que nunca se pudo arriesgar, a pesar de las órdenes de su monarca. Envió a Lisboa a fray Andrés de Toledo para que informase; y a fray Domnigo Brieva hizo que con 40 canoas, sesenta soldados y 1200 indios guiase al capitán Pedro de Tejeira. Dióles por capellán al franciscano fray Agustín de las Chagas.

A los ocho meses llegaron a Quito.

La Real Audiencia dió aviso de lo acaecido al Virrey Conde de Chinchón, quien organizó una exploración técnica del río.

Preparado así el terreno, los Padres de la Compañía de Quito, que en el padre Cristóbal de Acuña tenían un hermano del corregidor de Quito, se pusieron al frente de la expedición, quedando excluídos los franciscanos, menos el hermano lego fray Domingo Brieva y el Padre Chagas.

De resultas de todo ésto, los Padres jesuitas emprendieron con alentado esfuerzo la evangelización de los a-

fluentes ecuatorianos del Amazonas, y los Padres franciscanos creyeron prudente buscar otro camino.

3—Estas circunstancias motivaron la venida al Perú de los misioneros fray Pedro de la Cruz y fray Francisco Piña, que no dejaban el ensueño de trabajar en el oriente ecuatoriano entrando por el Ucayali.

Llegados estos dos misioneros a Huancabamba, comumunicaron sus impulsos y deseos al padre Matías Illescas. Hablaron al por menor de lo acaecido en Quito; de la grandeza del río Amazonas, de sus poderosos afluentes, de la mucha gente que vivía en sus márgenes, no mal dispuestas para recibir el santo bautismo y abrazar la religión cristiana.

Hablaron, así mismo, que según las observaciones hechas, todos los ríos del Perú de allende los Andes se encaminaban al Amazonas, que no había otro río que recibiese el caudal de sus aguas torrenciales. Que con este presupuesto, se embarcarían en Quimirí e irían río abajo, como Dios lo dispusiese.

Como lo concertaron así lo hicieron.

Qué tal fuese el ánimo esforzado de estos varones lo colegiremos por las noticias que nos da el padre Córdova de su tenor de vida. Vivían, diríamos, del ayuno: vestían la penitencia y la mortificación: su respirar era orar. Estaban hechos a caminar siempre a pie y descalzos.

El licenciado Tomás Antonio, párroco de Paucartambo que los tuvo alojados en su casa, mientras preparaban la entrada, ha dejado dicho que al anochecer entraban en la iglesia, y no salían de ella hasta oir misa de mañana; que oida la misa continuaban su oración, hasta que los llamaban a comer.

4—Tales son los varones que el 3 de agosto de 1641 se embarcan en las aguas del Perené. Siguieron suerte insegura. Díjose en 1642 que los indios del tránsito los trataron con humanidad; luego corrieron voces que los indios los mataron. En 1643, Juan Fernández Durana, como

autoridad, hizo averiguación de su suerte y paradero; pero no tuvo éxito en sus investigaciones. En 1650 que escribía su **Crónica** el Padre Córdova, no se sabía de ellos; y su paradero se ignoró hasta 45 años después, en cuya fecha se supo habían sido alevosamente muertos por los Shipibos en el río Aguaitía.

Coincidió su muerte con la conducta alevosa que los Shipibos usaban a la sazón con los misioneros de Panatahuas, y con el terror que infundía su nombre a los misioneros jesuitas del Marañón (1); pues se deduce que los Shipibos eran a la sazón, diríamos, cual árbitros de los sucesos internacionales de la vida salvaje en las selvas de Oriente.

En 1686 el padre fray Francisco Huerta, después de entablada en el Ucayali la conversión de los Cunibos, dio cuenta de una conversación de los indios con el intérprete: Dijeron que 45 años antes, cuando ellos eran muchachos, habían visto dos religiosos vestidos como él, en una balsa, con dos españoles y dos indios campas, llevando algunas herramientas. Que los Cunibos los trataron bien y les proveyeron de víveres: que se estuvieron con ellos como dos horas y luego, a pesar de los ruegos de los Cunibos, se fueron. Que les advirtieron que más abajo hallarían una tribu que no les perdonaría la vida, señalando a los Shipibos. Que dijeron los religiosos que por entonces no podían detenerse, que tenían sus tierras por allí mucho más abajo: que de volver con felicidad, dispondrían cómo quedarse algunos con ellos. Que les volvieron a encargar que no se detuvieran donde los Shipibos, que eran gente traidora y mala.

Los Cunibos no supieron más de ellos; pero años más tarde observaron que los Shipibos tenían herramientas. Y

(1). El padre Chantre los llama Chipeos.

preguntados cómo las habían conseguido, dijeron que a unos Padres y **viracochas** (1) que vieron pasar por la desembocadura del Aguaitía convidaron amigablemente, y después, cuando más descuidados estaban, de noche y durmiendo, les quitaron las vidas y se hicieron con las **herramientas que llevaban.**

Los Shipibos de Laguna afirmaron lo mismo al padre Antonio Vital.

Parece evidente que el relato sólo puede referirse a la expedición de el padre Illescas, no obstante que no habla sinó de dos religiosos. Pero pudieron los Cunibos confundir a uno de los religiosos y tomarlo por **viracocha.**

Este fue el término de aquella expedición, en que parece haber prevalecido el deseo ardiente de los misioneros procedentes de Quito, sobre los dictámenes de la prudencia. Pues no era hacedera tan larga expedición, por ríos no explorados, con poca gente y escasa provisión.

El único beneficio fue el eterno y perdurable, con la palma del martirio a que se ofrecieron con pecho esforzado y amor ardiente.

(1). En este pasaje, **viracocha** parece que debe referirse a los compañeros de los misioneros.

CAPITULO XIX

El capitán Bohorques: interrupción de las Misiones

(1645-1671)

SUMARIO: 1—Soñadas minas de oro: un cabo, algunos españoles y dos religiosos minoritas son muertos con alevosía. 2—Extorsiones de Bohorques. 3—Bohorques y Villanueva son deportados a Valdivia. 4—El capitán Andrés Salgado de Araujo. 5—Fundición y maleación del hierro por los campas.

Corrió en el Perú con semblante de verdad la noticia de que en el Cerro de la Sal, además del rico filón de cloruro de sodio, había minerales de otra especie, de explotación más lucrativa, sin excluir minas de oro.

La idea despertó la codicia de algunos ánimos osados, que para lograr sus intentos de enriquecerse, miraban como cosa de ninguna importancia, el que no continuara la evangelización de los indios de aquellas regiones.

Allí fueron un cabo con algunos españoles y dos religiosos minoritas. El cabo y su gente embozaron primero sus planes, ocultándolos, con celo de la causa del rey y de la religión. Luego fueron declarándose y descubriendo que sólo buscaban oro, plata y riquezas.

Los indios de Quimirí se burlaron de ellos como de niños: cuando llegaron al valle les hicieron buena acogida, sobre todo viendo que venían acompañados de religiosos. Luego procuraron sondear sus ánimos y descubrir lo que pretendían. Poco tardaron en convencerse de que aquellos

españoles no buscaban, como los buenos y abnegados religiosos, el reino de Dios y su justicia, ni mucho menos la mejora y reducción de los indígenas.

Oído que querían los españoles ir por el Perené río abajo, se ofrecieron los indios con gusto y de mil amores a acompañarlos. Arreglóse una flotilla de balsas y empezaron su viaje, satisfechos y alegres.

Al tercer día de la navegación, los indios suplicaron a los españoles hiciesen tercios de sus armas, que así se acomodarían mejor para no mojarse. Logrado ésto, llegaron en la tarde de aquel día a un remanso, donde los indios tenían preparada una emboscada. Partidas de flecheros desde las orillas y desde las balsas iban matando a los dos religiosos y a los españoles, exceptuando dos de éstos, que pudieron echar mano de sus pistolas. Las bocas de fuego producían a la sazón un terror pánico en los indios, de modo que a las detonaciones fugaron todos y se hicieron humo.

Los dos españoles de las pistolas, aunque salvos por el momento, no pudieron salir de aquellos enmarañados sitios; se amistaron con los campas; uno de ellos, gallego de origen, se casó con una india, abrazando sus usos y costumbres; el otro, Francisco Villanueva, natural de Chachapoyas, veremos luego que paró en el presidio de Valdivia, por causas que expondremos a continuación.

2—Por el año de 1645 lució sus cualidades de alborotador en Quimirí el capitán Francisco Bohorques, que entró allí con treinta y seis españoles también en busca de dinero y con hambre de oro. Primero se declaró cabeza de los tres pueblos que había en la ceja de montaña, que eran Libis, Pucará y Collac. Estos pueblecillos solían estar habitados por algunos indios y españoles durante las cosechas.

Bohorques se adueñó de las sementeras, con el pretexto de que era preciso mantener su gente. Esto ocasionó no solo quejas en Tarma, de parte de los damnificados,

sino la persecución de la autoridad llamada a ejercer la justicia y restablecer el orden alterado. Circunstancia que obligó a Bohorques a internarse al Cerro de la Sal.

Bajó de las alturas y se preparó a pasar el río Chanchamayo, cuando se cercioró de que un crecido número de indios le disputaban el vado. Estaba a la cabeza de los Campas un valiente indio llamado Santuna. Echaron mano de sus respectivas armas, y duró la refriega toda una mañana. Las armas de fuego llegaron a herir al caudillo indio, con lo cual suspendieron las armas los indios y ofrecieron la paz a los españoles.

Pasados estos a Quimirí, los indios dieron prendas de someterse gustosos a Bohorques, quien se halló con la novedad de ver entre los indígenas que le ofrecían sumisión al antes mencionado Francisco Villanueva, hablando correctamente el expresivo idioma campa. Holgóse mucho Bohorques de hallarlo, hízole confidencia de sus planes, y que contaba con él para enriquecerse y pasarlo bien en aquella apartada tierra.

En efecto, todo les salió a pedir de boca; los indios estaban obsequiosos, traíanles cuanto podían para su regalo y mantenimiento, y se dieron a partido y sujeción numerosos indígenas de toda aquella región, desde lejanas tierras.

Ellos dos, con su gente armada, no andaban poco listos: hicieron una salida a Vitoc y Tapo, se llevaron ganado, mujeres y cuanto hubieron a las manos, y se retiraron a Quimirí a formar una población en regla, a cultivar aquella tierra feraz y preparar buenas cosechas.

3—Mas, por avisados que anduviesen, les llegó la hora amarga antes de que pudieran imaginarlo. El gobierno de Lima, escandalizado de los desmanes del capitán, dió ordenes a Juán López Real para que, juntando las fuerzas que creyese necesarias, de las provincias de Tarma y Jauja, prendiese a la tropa y a su cabecilla, y fuesen remitidos a Lima.

Don Juan López Real anduvo muy feliz en el asunto. Un indio le informó del terreno, y pudo coger las espaldas a Bohorques y luego todos quedaron en poder de la autoridad.

Juzgados en Lima, Bohorques y Villanueva fueron condenados al presidio de Valdivia.

4—Por todo lo dicho estaba la montaña del Cerro de la Sal imposibilitada como campo evangélico para el trabajo del misionero.



Amueshas: Santiago.—Capitán Zárate.-Cap. López

En 1649 ocurrióle entrar por allí al capitán Andrés Salgado de Araujo. Halló en el Cerro de la Sal medio centenar de españoles y no pocos indios convertidos. Con ellos fundó un pueblo que llamó San Miguel Arcángel.

El Virrey de entonces, conde de Salvatierra, tuvo también informes poco favorables de Salgado, y le mandó salir de allí, y que con él saliesen todos los españoles.

Toda esta región quedó desamparada de misioneros desde el año de 1645 hasta el de 1671.

5—La idea de que por la región del Cerro de la Sal pudiera haber minerales no estaba desprovista de fundamento, pues más tarde se explotó ventajosamente el hierro en aquella región.

Antonio Raimondi describe minuciosamente los restos que en 1870 quedaban de aquella industria, hereditaria en los campas, atentos observadores de la industria española, y que nuestros Padres misioneros fomentaron activamente en sus misiones, consultando en estos medios de la vida, la posible independencia de las reducciones y esquivando la funesta influencia de avaros comerciantes.

En la fecha mencionada la expedición de don José Cárdenas halló en las cercanías del Cerro de la Sal un horno para la fundición del hierro, construído con ladrillos refractarios y con doble capa de adobes. Se sabe que los indígenas campas forjaban el hierro; pero en la fundición del Cerro de la Sal hay prueba inequívoca de que aún lo fundían directamente del mineral; así lo acredita una gran cantidad de oligisto en trozos de varias arrobas hallado en aquel lugar, lo mismo que cantidad de hierro lavado, molido y mezclado con carbón, listo para fundir: así mismo escorias con granullas de hierro. Además reducían el fierro fundido a hierro maleable, por medio de hornos hechos a imitación de los usados por los españoles.

Hoy se ven en los contornos del Cerro de la Sal y en Metraro restos dispersos de la fundición, de las fraguas y herrerías (1).

---

(1). En uno de los tomos posteriores tendremos ocasión de reproducir una fotografía del horno de los Campas de Metraro con sus fuelles.

CAPITULO XX

El padre Biedma: misión de Santa Cruz de Sonomoro (1673)

SUMARIO: 1—Antecedentes. 2—El padre Alonso Zurbano Rea. 3—De común acuerdo con el padre Robles. 4—Entrada a la cuenca del Mazamarich, afluente del Pangoa. 5—El cacique Tonté. 6—En las rancherías de este cacique se funda Santa Cruz de Sonomoro.

En el capítulo provincial de la provincia seráfica de los Doce Apóstoles, celebrado en Santa María de los Angeles de Lima, en el año de 1671, se enumeraban los religiosos de la Orden que trabajaban en la evangelización de los indígenas esparcidos en el valle de Jauja y en las laderas de las sierras que circundan el valle. El personal estaba repartido en Concepción, que formaba el núcleo, en Jauja, Apata, Cincos, Mito, Orcotuna y San Jerónimo, que también administraba la parroquia de Comas, con los anexos de Andamarca y Acobamba.

Los misioneros a que nos referimos actuaban de párrocos sustentados por el Estado, y su labor, aunque benéfica, era normal y no exigía mayores sacrificios.

Hubo a la sazón Ordenes religiosas que se contentaron con sostener a sus religiosos en parroquias de organización análoga a la que tenían las nuestras, cuya acción evangelizadora se extendió poco.

Nuestra Orden no se contentó con ésto. Ya vimos cómo avanzó en Huánuco a los Panatahuas. Mientras la hermosa parroquia del valle se consolidaba por grados y se

extendía hasta avanzar a regiones de **Montaña,** dando vida a pueblos bien cimentados, como Panao, Acomayo, etc.; los misioneros, en actitud aguerrida, se internaban a la región salvaje, dispuestos a verter la sangre y perder la vida, si era necesario.

Hemos visto cómo los nuestros avanzaban de Tarma y Acobamba, de Chilache y Huancabamba hacia el Cerro de la Sal y al Perené, sustituyendo a los que caían en la lucha, otros soldados evangélicos no menos animosos.

Y así como se avanzó de Tarma y Acobamba, así se resolvió adelantar del curato de Comas y de los anexos próximos a Andamarca y Acobamba (1), siguiendo las vertientes que dan origen al río Pangoa.

2—Por los años de 1673, se hallaba al frente del curato de Comas y con el cuidado de los anexos de Andamarca y Acobamba, el padre Alonso Zurbano Rea, sacerdote y religioso de nuestra Orden de fervoroso espíritu, animado de celo y actividad, sin detrimento de la observancia monástica en la parte que le correspondía.

Asentadas las cosas para la buena administración del curato y de los anexos, pudo el buen párroco promover la moral y el buen orden en el seno de sus feligresías. Esto atrae al indio de primera instancia; pues no le falta cierto buen sentido y rectitud natural, no estragada por grandes desórdenes, a los cuales no se entrega por regla general. Aunque es verdad que este atractivo no suele durar en él, pues fácilmente se cansa de todo a manera de niño.

Los indios Campas de las márgenes del Perené y de la cuenca del bajo Pangoa, salían con gusto en los veranos a Andamarca, a darse cuenta del rumbo que llevaban las cosas de los convertidos, y ver cómo eran tratados los in-

---

(1). Este lugar de Acobamba es distinto del de Tarma.

dios cristianos por el Padre conversor. Porque, a la verdad, la Religión cristiana tiene un lado hermoso, asequible a toda inteligencia y amable a todo corazón, que es la caridad ascendrada. Y lo que no logran los demás puntos de doctrina, logra la caridad en muchas ocasiones.

Los Campas que salían a Andamarca dijeron al padre Zurbano que entrase a donde ellos estaban, que le tratarían bien, que se harían todos cristianos, que eran muchos y colindaban con varias naciones.

El Padre les dijo que su voluntad era acceder a su deseo: que haría lo que pudiese por contentarlos; pero que no podía hacerlo personalmente, dejando a los indios que ya le estaban encomendados y necesitaban de él continuamente. Que por allí había malos caminos y muchas ciénegas, y no podría hacer la entrada con la brevedad y presteza que sería necesario, estando solo.

3—El padre Zurbano Rea se puso al habla con el padre Robles que residía en Quimirí y era presidente de las misiones de infieles, y le pintó muy hacedero lo que pedían los indios del Pangoa; que estando él en Comas, puerta de aquella montaña, no les faltaría a los misioneros la subsistencia, pues contaba con medios para atenderlos. Que aun emprenderían con su gente la apertura y composición de los caminos y la conducción de víveres.

Asintió a la propuesta el padre Robles, y designó para la empresa uno de los misioneros, de cuyas prendas podía esperar el mejor éxito, el padre Manuel Biedma.

Ya en 1663 vimos a este Padre agregado a las misiones de Panatahuas: lo vimos al frente de los Shipibos en el río Ucayali, en las conversiones de Chupasnao y cinco pueblos circunvecinos, al frente de unos cuatro mil indios.

Hubo de salir de aquellas conversiones, precisamente por la hostilidad indomable de los Callisecas o Shipibos, que impedían la continuación de nuestras misiones del Huallaga y del Ucayali, y querían aún estorbar las de los

padres Jesuitas; pues el poderío de los Shipibos se extendía en aquella época, como lo hemos dicho ya, a todo el Ucayali y buena parte del Marañón, confederándose con otras naciones que poblaban aquellos ríos.

El padre Biedma, siguiendo la vocación apostólica que le animaba en tan alto grado, continuó sus tareas en Quimirí, y en 1673 fue destinado para trasladarse al Pangoa.

4—Hizo su entrada, saliendo de Comas el 11 de mayo de aquel año de 1673. Le acompañaba el lego fray Juan Ojeda y dos hermanos terciarios, además muchos indios de Comas y Andamarca. Pasaron por cenegales, por punas nevadas, tuvieron lluvias, anduvieron por precipicios, y el sustento era queso y maiz tostado.

El padre Amich se esmeró en ponderar las dificultades de este camino, sobre todo en lo que se refiere al fango y terreno encharcado. Lo cual fácilmente se deja comprender, pues en el espacio no muy largo que hay desde Comas a la cuenca del río Llaclla, que va al Pangoa, se atraviesan alturas que suministran su caudal a tres distintos ríos: en Comas al Tulumayo que se dirige al Chanchamayo; en Andamarca al San Fernando que se desvía a la cuenca del Mantaro, y luego al Llaclla, que con el nombre de Mazamarique concurre a formar el Pangoa.

Anduvieron ocho días venciendo las dificultades inevitables de este camino. Fueron recibidos por los indios con grandes pruebas de benevolencia; hubo júbilo general, esmerándose en todo esto el cacique de la región, Tonté.

5—Es conveniente que el lector conozca quién era y quién llegó a ser el cacique Tonté.

El indio es tenido justamente por el tipo de la inconstancia; y cuando se trata de describir esta deplorable cualidad del indígena de las selvas, no es fácil la exageración. Sin embargo, esta regla tiene sus excepciones, aunque a su modo y manera. Hay indios que tienen verdadero carácter, que adquieren fijeza de ideas, y que mantienen sus designios, siempre en armonía con un fin noble y bien de-

terminado. Los indios de esta categoría son pocos, pero los hay. Paréceme que influye no poco para formar en ellos este carácter y dar estabilidad a su espíritu, el ambiente francamente sobrenatural y de sólida virtud cristiana; para lo cual suelen ser materia poco dispuesta. Yo creí hallar vestigios notables de una generación caracterizada de esta suerte, en algunos indios de Cashiboya, que casi todos eran Panos, y que hubieron de haber visto en su juventud ejemplos de piedad heróica y fervorosa en sus santos conversores, en la población de Sarayacu; y esto durante muchos años que vivieron en aquel gran centro de misiones.

Nuestro Tonté era una excelente excepción de la regla. El abrazó muy pronto la Religión cristiana y supo amarla con acendrado amor. Recibió con grande estima a los misioneros en su primera entrada a Mazamarique, y les conservó afecto inviolable y a toda prueba. El gran espíritu de piedad del padre Biedma y el fervor extraordinario del padre Izquierdo transformaron en un todo a Tonté, e hicieron de él un hombre y un cristiano. Parcialidades poderosas influyeron en su ánimo para que abandonase la causa de los misioneros y los matase; mas, no lograron doblegar su ánimo fiel y constante. Le persiguieron de muerte sus enemigos por esta causa; y él se contentó con defenderse de sus agresores, sin miedo y con valor. Y si los Padres misioneros contaron siempre con camino franco y seguro por Andamarca y Santa Cruz, se debió en buena parte a la conducta digna de Tonté, que con el nombre de D. Diego, se hizo acreedor a la confianza de los Padres; y por otra parte, hallaron en él un muro infranqueable los malévolos indios, que más de una vez quisieron acabar con los religiosos.

6—El padre Biedma y fray Juán Ojeda llegaron a las rancherías de Tonté, algo distantes de las orillas de Mazarique, el 18 de mayo de 1673. En la entrada cantaron los misioneros el **Te Deum, laudamus,** adoraron los cris-

tianos en presencia de los infieles a nuestro divino Salvador en una imagen que llevaban los Padres, y colocaron una cruz grande y hermosa en una plazuela, tomando posesión de aquella tierra en la forma y estilo que a la sazón se acostumbraba, cuando los misioneros procedían en nombre de la Iglesia y del Monarca español.

El día 20, fiesta de San Bernardino de Sena, sábado y vigilia de Pentecostés, se reunió numerosa gente para edificar una iglesia, como en la montaña se acostumbra, con pies derechos por sostén, rajas del tronco de palmera por pared y puertas, y por techo hojas de palmera tejidas: esto fue obra de un día. Aquella noche se cantó la Salve y se rezó el Rosario; y al día siguiente se pudo cantar la misa del Espíritu Santo, con los ornamentos que llevaba el padre Biedma.

El misionero puso por nombre a la iglesia y al lugar "Santa Cruz".

CAPITUO XXI

Embajadas, resistencias y exploraciones

SUMARIO: 1—Embajadas en la semana de Pentecostés. 2—Amenazas de las naciones de Oriente. 3—Abrazos de paz. 4—La ruta del Pangoa a Quimirí por el Perené.

DURANTE aquella semana de Pentecostés recibió el padre Biedma muchas embajadas de las naciones circunvecinas, todas en son de paz y con muestras de buena amistad. Declaraban además que estaban prontos a abrazar la ley cristiana y a bautizarse, que bien sabían que con este intento y sólo para este fin habían venido los misioneros a aquella tierra.

El padre Biedma los acariciaba con paternal amor y les regalaba utensilios y herramientas que ellos aprecian en gran manera. Juntamente con los regalos, les hacía pláticas saludables en quechua, que ellos entendían, y aun en su idioma, con algunas frases que fue aprendiendo; siendo así que ya desde sus misiones de los Callisecas poseía algunos términos del idioma campa.

Quien no perdía palabra al Padre era Tonté, que luego pudo ser coadjutor del misionero para la conversión de su gente.

2—Todos los indios que vivían por aquellas regiones estaban comprendidos bajo el nombre genérico de Campas, pero había grupos que tenían denominaciones peculiares, que tomaban, ora del paraje donde vivían, del río cuyas riberas frecuentaban, o de los distintivos de sus

castas y parcialidades. Los primeros en dar muestras de rendimiento fueron los Pangoas, los Menearos, los Anapatis, y los Pilcosumis; después venían los Satipos, los Capiris, los Cobaros y los Pisiataris. Los Andes estaban así mismo de buen grado y disposición.

Quienes mostraban ceño y ánimo adverso eran los Cuyentimaris, los Sangirenis, los Zagorenis, los Quitimiris y otros allegados a éstos, que vivían hacia el oriente. Estos mandaron decir a Tonté que echase de sus tierras a los **Viracochas** (1): que si no lo hacía, le iría mal, pues estaban resueltos a no permitir la permanencia de gente nueva y desconocida en su vecindad.

Esta embajada se repitió por tres veces en forma y estilo oficioso.

La cuarta embajada fue con distinta entonación: se presentaron a Tonté cuarenta indios fornidos, de fiera catadura, armados de todas sus armas, pintados con significación bélica, exigiendo que matase a los Padres.

El curaca Tonté dijo que no lo podía hacer; que eran sus huéspedes, llamados por él personalmente; que ningún mal hacían, que les traían una enseñanza buena, que enseñaban a no robar bienes ni mujeres, a no matar a nadie, a socorrer al necesitado, a asistir a los enfermos, a tener paciencia y serenidad en los trabajos. Que si bien examinaban las antiguas costumbres de los buenos Campas, comprenderían que el caso presente no era contrario en nada a los estilos de sus antepasados, que siempre se habían gloriado de cultivar la amistad con buenos amigos y gente honrada. Que era inútil hablarle de matar a aquellos Padres: que los defendería con su gente, y se vería quién era valeroso y afortunado en la pelea.

(1). Se entiende por "viracocha" raza de rango superior y advenediza.

Este tono de Tonté, perentorio y henchido de orgullo es el que acostumbran los Campas en sus querellas, justas y desavenencias. Hacen gala de saber tanto o más que sus contendores, y manifiestan que no les coge de nuevo ninguna de las razones, que ya las tenían previstas; y que, sobre todo, valía para cualquier evento la fuerza de su invencible brazo.

Duró la disputa toda una noche; que es otra vanidad de los Campas, que sus negociaciones se prolonguen mucho, siendo lo largo y tendido una de las notas de mayor solemnidad.

3—El padre Biedma sabía lo que pasaba. Encomendó aquel asunto a nuestro Señor con fervoroso espíritu, y fuese a celebrar el santo sacrificio de la misa. Terminada la misa fue a presentarse a sus mortales enemigos.

Les habló poco, pero tuvo tal eficacia su palabra, que los embajadores quedaron desarmados de su fiereza, y dieron muestras de deponer su enojo.

El padre Biedma no se contentó con ésto, quiso de ellos muestras de arrepentimiento de su actitud hostil, que sin motivo habían tomado. Y, cosa extraña! los bárbaros acabaron por echarse a sus plantas y pedirle perdón, añadiendo la súplica de que al año siguiente entrase a donde ellos estaban, y les diese conocimiento del verdadero Dios para salvarse.

El padre Biedma no pudo contener la emoción de gozo y satisfacción, y abrazó a los indios con cariño y ternura. Les regaló luego herramientas y chucherías que ellos estiman. y se volvieron alegres los que habían venido airados y furiosos.

De allí a poco, con la noticia de lo acaecido, se apaciguaron las naciones orientales, y fueron presentándose al Padre con las ceremonias salvajes que ellos acostumbran, y a las cuales se hallan tan adheridos, como nuestra diplomacia a las etiquetas de gran tono, de mucha apariencia, poca verdad y estudiado engaño.

4—Cuando el padre Biedma se dió cuenta del semblante que presentaban las múltiples naciones de la cuenca del Pangoa, de las riberas del bajo Perené y del río Tambo, resolvió viajar y estudiar la manera más adecuada para obtener su evangelización. Todas aquellas regiones estaban muy pobladas, y la disposición de ánimo de sus moradores era buena.

Lleno de júbilo dio gracias al Altísimo; y por la exorbitancia del gozo espiritual, no sentía las penalidades inherentes a las exploraciones de las montañas de la región tropical.

Conocido suficientemente el terreno, determinó dar noticia al padre Robles de los datos que había obtenido, y pedirle operarios evangélicos para la cosecha de la copiosa mies que se presentaba en sazón.

Una sola dificultad le arredraba para hacer el pedido, y era la condición del camino por la ruta de Comas y Andamarca; aquellas punas heladas, aquellos cierzos penetrantes, aquellos fangos en que uno se metía hasta las rodillas.

Consultó el padre Biedma el caso con Tonté, para ver si sería posible ir a Quimirí sin salir a la Sierra por Andamarca.

Tonté dijo que se podía; que los indios que del Pangoa van a Quimirí era claro que no salían a la Sierra; pero que el viaje no dejaba de ser dificultoso y acompañado de grandes penalidades.

Para ver prácticamente las dificultades y formar idea comparativa del uno y otro camino, resolvió el padre Biedma mandar al lego fray Ojeda a Quimirí por las montañas próximas al Perené. Acompañado de algunos indios de toda confianza, hizo su travesía sin novedad alguna, primero a pie hasta el río Perené, luego en balsas hasta Quimirí, a donde llegó por Junio de 1673, dando una alegre sorpresa a sus buenos hermanos que no lo esperaban.

Cuanta alegría no causó en el corazón del padre Robles y de sus fervorosos compañeros la narración ingenua de fray Juan de Ojeda!

Un negociante no se regocija tanto cuando le dicen que le viene a las manos la ocasión de una gruesa fortuna.

Conferida la materia, convinieron, no sólo en aprobar la ruta del Perené, sino también en reconocer que más útiles eran los trabajos de los misioneros en Santa Cruz que en el Cerro de la Sal. Que en consecuencia, permanecerían en Quimirí el padre presidente con algunos compañeros, y los padres Francisco Izquierdo y Francisco Gutiérrez, con los legos Ojeda y Concepción, irían al Pangoa.

CAPITULO XXII

De Quimirí a Santa Cruz: heroísmo increíble del padre Izquierdo

(1673)

SUMARIO. 1—Salida de Quimirí en Julio de 1673. 2—El padre Izquierdo se queda solo y abandonado: los indios de Quiringa le arrojan al monte. 3—La hormiga "quoque" le deja sin túnica. 4—Más penalidades. 5—El padre Biedma lo manda buscar. 6—Se ve como cuidan los héroes su salud.

Los misioneros Francisco Izquierdo, Francisco Gutiérrez, Juan de Ojeda y José de la Concepción se embarcaron a fines dejulio de 1673 en las balsas que trajeron fray Ojeda y sus acompañantes.

Admirable era el padre Izquierdo en las obras de su celo: con prudente afabilidad hablaba incansablemente a los indios del culto debido a Dios y de los misterios de nuestra santa Religión. Pasaba las noches en los caseríos de indios infieles que abundaban en las márgenes del Perené; y el buen Padre era solícito en averiguar la disposición de ánimo de cuantos trataba.

Aun los indios no bautizados no ignoraban los puntos principales de nuestra religión cristiana, pues con la cercanía de Quimirí se informaron de toda la doctrina que anunciaban los misioneros. Es un fenómeno que llega hasta lo admirable, la celeridad con que los indios amigos se

comunican todas las novedades que ocurre por sus regiones y tierras.

Una de las noches dejaron el río para pernoctar en la ramada de un indio con numerosa familia. El indio estaba moribundo. Dolíale el alma al padre Izquierdo de ver la próxima muerte de aquel infeliz, aun no regenerado con las sagradas aguas del bautismo; y no creyendo prudente detener toda la caravana, resolvió quedarse solo a cuidar del enfermo, a instruirlo, y a ser posible, administrarle el santo bautismo; se aceptó su determinación y todos los demás partieron.

El padre Izquierdo, a las afectuosas palabras con que habló de nuestra santa Religión al paciente, unió cuidados maternales, con que trató de aliviar sus dolencias. El enfermo dio muestras de hallarse muy gratamente impresionado con los cuidados tan llenos de caridad del santo misionero: dando testimonio de que no dejan de ablandarse aún los fieros corazones con las efusiones de un amor sincero y paternal.

Instruyó y bautizó al indio, que murió luego, y sin duda los ángeles buenos llevaron su alma a los esplendores de la gloria.

2—El lugar donde se quedó solitario el padre Izquierdo se hallaba no lejos de un punto denominado Quiringa, centro de muchas familias. Tomó el misionero un bastón y su breviario, y se dirigió en derechura a Quiringa, a anunciar la fe y el reino de Dios a aquellas muchedumbres incultas. Ellos por toda paga le dijeron que nada tenía que ver con ellos, que se fuese en buena hora por donde se había venido, que estaban bien dónde y cómo estaban. Para coronar su barbarie, le echaron fuera de sus casas a la espesura del monte.

Contaba más tarde el bueno y paciente misionero, que efectivamente le fue preciso entrar al monte y emprender su camino sin orientación segura hacia Santa Cruz. Que además se vió sorprendido en las tinieblas de

la noche por el resoplido del hambriento tigre. Que cruzaban por el espeso bosque víboras y culebras de notable grandeza. Que donde le tomaba la noche, se ponía en oración, a ofrecerle al Señor las fatigas del día y a pedirle que velase su sueño, que era sobre el desigual y húmedo suelo.

3—Una noche eligió para dormir una prominencia redondeada, que le pareció a propósito para sentir menos los efectos de la humedad. Durmió algunas horas con un sueño de bendito; pero al despertar se encontró con que no tenía la túnica sobre su cuerpo.

La prominencia ocultaba una formidable galería de hormigas, cuyas mandíbulas nada tienen que envidiar a las más afiladas tijeras, y cuya propiedad es enriquecer sus guaridas con grandes cantidades de hojas, partidas en trocitos, lo mismo que de paños o de telas, cuando lo pueden conseguir. El trabajo de estas hormigas es inofensivo para la persona invadida; pues le dejan que disfrute del sueño con tranquilidad, y mientras tanto, con una labor metódica, van partiendo el vestido y lo llevan a los sótanos de sabia ingeniatura, donde no llega la lluvia torrencial, y donde en el espacio de uno, dos y tres metros cúbicos, viven a millares, haciendo siempre profesión de vida activa e industrial.

4—Los trabajos del padre Izquierdo en esta curiosa peregrinación, a la verdad, son muy para contados. Ellos suponen en este santo misionero simplicidad de paloma, caridad de apóstol, fuerzas de atleta, constancia de héroe.

He aquí la suma de sus penalidades: No pocas veces le arrojaron los indios a palos de sus albergues; otras veces le echaron a empellones; por muchos días padeció hambre terrible falto de todo sustento; solía alimentarse de hierbas y raíces; y por instancias de su prelado, el padre Biedma, confesó más tarde que, sólo cuando le apretaba la extrema necesidad, se atrevía a coger alguna mazorca de maíz de las chacras de los indios, y que de la

mazorca comía al día cinco granos, para no morir de hambre y en reverencia de la cinco llagas de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo.

Su cuerpo quedó desgarrado de las espinas, y a poco se le cubrió de llagas; vióse por aquellos montes perdido, sin guía, con el hábito, que habían respetado las hormigas, todo mojado, sin medios para encender fuego, a oscuras en la horrenda soledad de las noches, sin más ruído que el que hacían las fieras y cigarras nocturnas.

Así pasó un mes de angustias con sublime resignación y no pocas veces con santa alegría.

5—El padre Gutierrez y sus compañeros llegaron muy bien a Santa Cruz. Dieron cuenta al padre Biedma de cómo el padre Izquierdo quedaba solo; pues así lo había dispuesto él mismo, como superior de la expedición.

El padre Biedma se dio cuenta cabal de los peligros a que quedaba expuesto el padre Izquierdo; por lo cual, a pocos días que trascurrieron, dispuso que fueran a buscarlo, donde quiera que estuviese, y lo encaminasen.

Varios indios despachó con este intento; y fortuna fue que uno de ellos lo encontró por aquellos montes, extenuado, casi exánime.

Saludólo con cariño el buen indio, y le ofreció una pierna asada de **huangana** (1), un pedazo de mono, pescado, yuca y cantidad de provisión que llevaba para rehacerle y devolverle las fuerzas.

Pero ¡extraño y admirable caso de mortificación!: era sábado aquel día, y el amartelado devoto de la Santísima Virgen no quiso probar cosa alguna, pues tenía la costumbre de no probar alimento de ninguna clase los sábados.

Solamente hizo guardar un pescadito y una yuca para tres días que duró el viaje hasta Santa Cruz.

---

(1) Pecarí, dicotiles Torquatus.

6—Cuando el padre Izquierdo llegó a Santa Cruz pudieron sus compañeros saciar la curiosidad de ver andar un hombre vivo que parecía cadáver: estaba demacrado y macilento, flaco y esqueletizado; su vestido eran hilachas mal reunidas de sayal; mal cubierto el cuerpo; éste con llagas ulcerosas en todos los miembros, a que se agregaban arañazos y rasguños enconados.

Temieron por su vida y creyeron deber emplear todos los medios que estaban en su posibilidad para el restablecimiento.

Mas el siervo de Dios pensaba de otra manera; tenía este varón santo experiencia de cuán bueno y poderoso es Dios, y que puede sostener al flaco y robustecer al débil, cuando así le place, con medios sencillos y con menos cuidado. Y con las ansias de padecer, rehusó los muchos medicamentos que le traían los indígenas, hábiles por todo extremo en la curación de llagas.

Sin tener gran miramiento consigo, ni dejar de hacer las ásperas penitencias que solía, se dio infatigablemente a la tarea de catequizar a los muchachos, y a aprender sin descanso ni tregua la lengua campa, que aun no poseía bien.

No le salió al varón santo fallida su confianza; pues a los ocho días se habían cerrado y cicatrizado las llagas, recuperó notablemente las fuerzas y siguió en la misión con alegría y fervor.

CAPITULO XXIII

Trabajos de Santa Cruz con fruto copioso

(1674)

SUMARIO: 1—Se reparte el trabajo y se estudia el idioma campa. 2—Dóciles los indios. 3—Recios padecimienots. 4—La epidemia. 5—Cesa la epidemia y se traslada el pueblo.

El Padre Biedma contaba a la sazón con excelentes operarios: El padre Izquierdo era todo un apóstol, un hombre de mucha concentración y de espíritu de Dios, cual otro Francisco Solano, a quien el recogimiento no ataba la lengua para catequizar, ni ligaba los pies para acudir a los moribundos ni entorpecía las manos para las obras de beneficencia con los pobres indios.

Y el padre Gutiérrez y los hermanos Ojeda, Concepción y Pinto eran obreros evangélicos de toda confianza, ya experimentados en los trabajos de aquel rudo apostolado; que conocían la índole del indio, los medios para ganarlo, las astucias, ora infantiles, ora de supina malicia, de que echan mano frecuentemente para evadir los intentos del misionero, las serias dificultades que ofrece una conversión de nuestros inconstantes indios, para que el fruto sea estable y duradero.

Para proceder con previsión y orden, dispuso el padre Biedma que con todo ahinco estudiasen el idioma campa, y en cuanto a las atenciones de catequizar y asistir a los necesitados, lo hicieran por semanas.

De esta manera, a los seis meses ya estaban listos pa-

ra predicar en campa. Luego formaron gramática y vocabulario para el estudio de dicha lengua; compusieron Catecismos para recitar la doctrina cristiana en público y enseñarla, e hicieron un **Manual** para la administración de los Sacramentos. Se tradujeron en campa las oraciones, himnos y cánticos que en el idioma quechua compuso nuestro ilustrísimo fray Jerónimo de Oré, así como el interrogatorio para confesar, y algunas otras obras útiles para aquellos neófitos.

2—Los misioneros hallaron a los indios muy bien dispuestos para abrazar las enseñanzas cristianas y las prácticas de la doctrina con diligente cuidado; no había muchos vicios que reprimir, pues la moralidad en el campa, aún en su vida salvaje, es bastante satisfactoria. No son los campas inclinados a grandes desórdenes; e imponiéndoseles moderación en el uso del **masato,** con que acompañan sus fiestas, especialmente el plenilunio, en que tributan sus honores al sol; los campas llegan a ser cristianos que ajustan su conducta a los mandamientos de la ley de Dios.

Como sucede siempre en casos análogos, el bienestar que se sentía en Santa Cruz, atrajo indiadas desde lejanas tierras; pues el indio, entre curioso e interesado, acude donde le tratan bien.

No pocos abandonaron sus estancias y vinieron a vivir a Santa Cruz; pues esta ventaja tiene el pobre indio, que poco le cuesta dejar sus lares, que casi son vacíos y trasladar sus penates, que son escasos, y echar a andar por esos bosques enmarañados, con todos sus bártulos encima. La cantidad menor lleva el varón; buena y recia parte lleva la mujer; y no poco los pequeñuelos que apenas saben andar.

Santa Cruz se hallaba por aquellos meses de julio, agosto y septiembre de 1673 muy concurrido, muy alegre y lleno de novedad: los misioneros satisfechos, endul-



Sección mapa del P. Sobreviela.

zando las rudas tareas del ministerio con la contemplación de los buenos frutos.

Todo el día se decía y repetía la doctrina cristiana; y el éxito fue que a los tres meses casi todos sabían las oraciones principales para rogar y pedir a Dios: los niños recitaban el catecismo, ayudaban las misas, cantaban himnos, aún en latín, como es el **Pange lingua y Sacris solemnis,** en la exposición del Santísimo. Todos con alegría infantil se provocaban mutuamente a acudir a toda función de iglesia. Su anhelo por bautizarse era notable, y todo lo que se refería a las condiciones para lograr este santo Sacramento, lo llenaban con gusto y excelente voluntad.

3—Dentro de aquella atmósfera de bienandanza, no faltaba a los misioneros y a los neófitos muchos motivos de padecer. El padre Amich los reduce a lo siguiente: En primer lugar que el Padre cura conversor de Comas, solícito en procurar el mantenimiento de los misioneros, hallaba un obstáculo insuperable en la mala condición de los caminos de Andamarca al Mazamarique. Que por esta causa los misioneros escaseaban de elementos necesarios para el ministerio y para la sustentación.

Los indios así lo comprendieron, y con laudable propósito se dedicaron a abrir nuevas sendas: pero ellos tropezaban entonces con otra dificultad más temerosa, que consistía en enfermarse y quedar helados de frío al llegar a las elevadas punas o páramos de los Andes. Acostumbrados al calor de una temperatura tropical, cubiertos solamente de su delgada cushma, comenzaban a tiritar de frío en las alturas, donde ni hay leña, y muchas veces ni como encenderla, por las lluvias incesantes. No tenían más lecho para el descanso que las heladas ciénegas; las rigurosas nevadas que caían les ponían en términos de morir: lloraban entonces como niños.

En una ocasión salieron con el amoroso padre Biedma treinta y seis indios a las alturas de Andamarca; pero fue tan fría la temperatura, tan rígidos la nevada y el tem-

poral, que metidos en una especie de cueva, permanecieron tiritando veinticuatro horas, sin poderse sentar ni recostarse, por lo estrecho de la guarida; habiendo sido una fortuna dar con aquel albergue, pues no siempre lo hallaban, y muchas veces se veían a punto de muerte al sereno y a la intemperie.

Por las dificultades del trasporte, no pocas veces se veían los misioneros casi pereciendo de hambre. De lo cual dará idea el caso siguiente: El padre cura de Comas hizo fabricar, en lo alto del páramo intermedio, una casa para abrigo, y a la casa puso por puerta un pellejo de toro. Llegados allí en una ocasión el padre Biedma y cuarenta neófitos, se hallaron sin comida: apretados del hambre, remojaron el pellejo, lo cocieron, se lo repartieron y comieron, sirviéndoles de alimento por tres días, hasta que de Andamarca les llegó socorro.

Así fue todo el primer verano.

4—En segundo lugar vino la epidemia. La viruela empezó a grasar a mediados de septiembre de 1673. Duró tres meses y se llevó setenta personas al cielo, que los más eran párvulos.

El terror esparció por los montes a los trescientos indios que había en Santa Cruz: el mismo Tonté que aun no era cristiano, se aisló de la población; y no quedó sino un indio, acompañando personalmente a los misioneros.

Este hecho se repite siempre en casos de epidemia entre indígenas: no resisten al horror que les causa el asedio de la muerte. En estas ocasiones se olvidan de las obligaciones de cristiano, dejan a un lado la caridad, desamparan a los enfermos, y no se cuidan sino de evitar la peste.

Durante la epidemia, el padre Biedma y fray Juan de Ojeda se multiplicaron: recorrían los bosques, para darse cuenta de los indios que estuvieran en peligro de muerte, catequizarlos de preferencia y administrarles el bautismo. Era frecuente tener que andar tres y cuatro leguas

para auxiliar a un moribundo. El caso siguiente da idea de la caridad de los misioneros. Les informaron que a un indio infiel se le había quebrado una pierna, y que sus compañeros infieles también le habían desamparado, como ellos suelen hacer generalmente en estos casos. Creyeron los religiosos que el indio distaba poco de la población: alistaron unas andas, y de corrida y sin ninguna vianda, salieron a socorrer al desgraciado, en la creencia de que aquel día estarían de vuelta en el pueblo. Mas, hallaron al doliente a mucha distancia; lo cargaron, pasaron arroyos y ciénegas con agua hasta más arriba de la cintura; tardaron en llegar al convento tres días, no menos extenuados los religiosos que el indio, que pasaron los tres días sin alimento y mal dormidos en el bosque.

Esta caridad de los conversores, era sin duda alguna predicación más elocuente que toda palabra, para informar a los indios en el espíritu cristiano, cuya esencia es la caridad.

5—El ocho de diciembre de aquel año de 1673 hicieron los misioneros procesión de rogativa, pidiendo al Señor por la intercesión de la Inmaculada Virgen María, que cesase la epidemia; que era un obstáculo insuperable para la evangelización de aquellos pobres indios, dispersos por los bosques. Y su Majestad quiso oir las fervientes súplicas de sus buenos y sencillos siervos. Cesó la viruela, y se pudo proceder a reunir la gente.

Pero se creyó oportuno salir de las propiedades de Tonté: suelo bajo, cenagoso, cercado de cerros, sin ventilación, al cual cobraron terror los indios; e irse a una altura de temple seco, a orillas del Mazamarique.

Así se hizo, y en menos de tres meses estaba construída la iglesia, edificado el convento para los Padres, y hechas las casas para las familias que allí habían de residir.

El lugar era agradable y sano: un aire fresco templaba el calor tropical; el río Mazamarique ofrecía buena agua y algunos pescados.

Tonté fue quien hizo toda la fábrica de la iglesia, convento y casa, con toda su gente, sin permitir que ningún forastero trabajase, para que no les resultara enojosa la nueva vida y se hastiasen del trato con los Padres.



Chunchos Campas con amplias *cushmas*

CAPITULO XXIV

Casos edificantes en Santa Cruz

SUMARIO: 1—Abnegación de los indios. 2—Milagrosa resurrección de un infante. 3—Un ángel soltado por el demonio en virtud del bautismo. 4—Quería ser cristiana. 5—Cruzó los brazos sobre el pecho y murió. 6—Tengo sed. 7—Un angelito se quiere ir al cielo. 8—el padre Biedma narrador.

VIMOS en el capítulo precedente las penalidades a que estaban sujetos los misioneros y los indios acompañantes, en sus viajes a las punas de Andamarca, de donde trasportaban algunos comestibles, herramientas, ornamentos, etc. y cuyo traslado era difícil.

Los indios se portaban en esta coyuntura con abnegación digna de gran encomio. El padre Biedma no acababa de bendecir a Dios, viendo la constancia de aquellos indios, que en medio de sus sementeras viven contentos con un poco de yuca, con algún plátano y un trozo de mono o jabalí; y que ahora, voluntariamente, con alegre rostro y por contemplar a los Padres misioneros, tomaban el trabajo de recorrer caminos dificultosos y subir a alturas frígidas y ocasionadas a enfermedades.

Las veces que fue preciso sacar a algún misionero enfermo del clima caluroso y húmedo del Pangoa al templado de Andamarca, se portaron también los indios con laudable abnegación y probada caridad. Haciéndolo así, a pesar de ver que algunos morían de las dolencias contraídas en la puna.

El padre Biedma lo contaba como un milagro de la mano poderosa de Dios.

2—Una tarde, 7 de septiembre de 1673, hallándose los misioneros en la siesta, se dieron cuenta de un notable alboroto en el pueblo, con reunión de hombres y mujeres. Preguntaron el motivo, y se les dijo que era por la muerte de una criatura, a la cual habían ya tirado al bosque.

El semanero era el padre Izquierdo, y acudió a averiguar el hecho al pormenor y diligentemente. Díjoles que trajesen la criatura, que pudiera ser no estuviese muerta; y mientras tanto él mismo, con paso apresurado, se dirigió al punto donde la criatura yacía arrojada. Seguíanle los demás misioneros, llevando, por si acaso, un jarro de agua para administrarle el bautismo.

Tomó el padre Izquierdo en sus brazos la criatura, suspiró con ferviente plegaria, y levantó los ojos al cielo. En esto llegaron los demás religiosos y vieron distintamente que la criatura abría los ojos y daba señales claras de vida.

Instaban los religiosos para que luego se les administrase el bautismo; mas el padre Biedma, que conocía bien los merecimientos y la santidad heroica del padre Izquierdo, en quien, como en los profetas y apóstoles, estaba el Espíritu del Señor, dispuso que la criatura se llevase a la iglesia, esperando que pues el Señor ostentaba allí su poder, querría que se lograse del portento todo el fruto que era de esperar.

Llevóse al niño a la iglesia, con alboroto y estupor de los indios, seguros de que la criatura estaba muerta.

Concurrieron todos al templo: y vieron que el padre Biedma solemnizaba el acto. Terminada la ceremonia, emocionados todos los indios, se arrodillaron a los pies de los padres Biedma e Izquierdo y pedían con instancias el bautismo.

El padre Biedma les dijo que aún no sabían suficientemente la doctrina cristiana. Pero no pocos, que la sa-

bían regular, decían a voces: "Padre, yo sí la sé; bautízame."

No se procedió a bautizar sino a uno, que de un accidente agudo se estaba muriendo: buen indio, muy afecto a los misioneros, servicial y religioso, suficientemente instruído: se le administró el bautismo y murió. Y fue la primera alma que, regenerada con las aguas bautismales, subió al cielo desde aquellas comarcas.

La criatura bautizada milagrosamente, vivió cinco meses.

3—Un muchacho de diez a doce años, de óptima índole, era de los primeros que acudían a la doctrina; desde catecúmeno era tan devoto de María Santísima, que no faltaba ninguna tarde a rezar el rosario junto con los religiosos; y alguna vez concurría también a la disciplina, que solían hacer los misioneros, según lo tenían de constitución y costumbre.

Estaba el buen muchacho con sus padres en el monte, aislado de otros indios, por temor de la viruela. Un día le dió de repente un accidente de furia, y, como poseído del demonio, empezó a arrastrarse por entre aquellas malezas, lastimándose mucho entre espinas, ramas y troncos, despedazándose con las propias manos, uñas y dientes, y arrancándose pedazos de su cuerpo con rabiosos bocados. Además, con sus gritos y aullidos producía espanto en cuantos le miraban.

Sus padres y parientes, acordándose de que los misioneros habían encargado que no desamparasen a los enfermos y desvalidos, le ataron de pies y manos, le atravesaron un palo en la boca, y lo trajeron al pueblo a la presencia de los misioneros.

Condolidos estos de verlo atado, lo desligaron; pero fue dar libertad a una fiera. Sólo porque concurrió mucha gente se logró volverlo a atar.

Los misioneros resolvieron exorzizarlo. Al dar comienzo a la ceremonia el muchacho miró con afectuoso

cariño al ministro de Dios, y le dijo en lengua campa "Padre, padre de mi alma, quiero ser cristiano; bautízame".

Regocijados los religiosos, le administraron el santo bautismo; con lo cual quedó sano, tranquilo y con su primera piedad y excelente índole. Al día siguiente empezó a acompañar a los religiosos en todos sus ejercicios de piedad, creció en el amor a María Santísima; y a poco más de un año de haber recibido el sagrado bautismo, murió, con santa y plácida muerte, dejando a los demás indios un estímulo poderoso para abrazar el cristianismo y profesar la piedad enseñada por los misioneros.

4—Era la una de la mañana, cuando un día avisaron a los Padres que se moría una india ya adulta. Se pusieron en movimiento todos los Religiosos, dejando el sueño; tomaron su jarro de agua y fueron donde estaba la agonizante. Esta se hallaba sin sentido, bajo las impresiones violentas de un paroxismo; caso imprevisto y repentino, pues la víspera, al anochecer, asistió al catecismo sin novedad alguna.

El padre Biedma dispuso que sus compañeros se pusieran en oración, pidiendo a Dios la salvación de aquella alma, mientras él quedaba asistiéndola y en observación de si recobraba los sentidos.

Viendo que no daba señales de volver en sí y que podía peligrar su vida, resolvió administrarle el sagrado bautismo, pues era catecúmena de buena conducta, y que se preparaba para recibir este santo sacramento.

Tomó el padre Biedma el agua en las manos, dispuso la cabeza de la paciente para echar sobre ella el agua regeneradora, levantó el brazo para verificar la santa ceremonia, cuando inesperadamente la enferma abrió lo ojos, fijó su mirada en el sacerdote, y dijo con voz clara: "Padre, yo quiero ser cristiana".

El padre Biedma, al verla volver en sus sentidos, suspendió por un momento la sagrada ceremonia, para instruírla y preparar mejor su ánimo para tan santo sacra-

mento. Pero la moribunda volvió a mirar al Padre, y añadió en tono decisivo: "Bautízame, Padre, que ya muero".

La bautizó y murió al instante.

Sin duda alguna, su alma pura y limpia, se asoció luego a los ángeles del cielo, para cantar las divinas misericordias y la eficacia de la sangre redentora de Jesús, nuestro adorable Salvador.

5—Una india, por mucho tiempo enferma, llamó un día al padre Franciscano Gutiérrez. Hacía ya alguna temporada que venían instruyéndola en la fe, para que recibiese el bautismo, puesto que podía agravarse y llegar a las últimas cuando menos lo pensasen.

La india le dijo al Padre Gutiérrez: "Padre, bautízame, te ruego, porque voy a morir; no me niegues el bautismo, porque ya moriré. Yo quiero ser cristiana para morir."

El padre le interpuso que no estaba tan mal como para morir, el semblante era bueno, el pulso normal y vigoroso. Añadió que se preparase mejor para recibir más tarde el bautismo y que fuese con gran fruto y provecho para su alma. La india dio por respuesta hilos de lágrimas, y continuó: "Mira, Padre, que me muero; y no me retardes el bautismo".

Los demás Padres que concurrieron allí dijeron al padre Gutiérrez: "Que se bautice, pues bien puede ser que se muera, como ella dice."

Hízolo así el Padre, y bautizada la india, cruzó los brazos sobre el pecho, dirigió dulcemente la mirada al cielo, pronunció con los labios el nombre de Jesús, y murió.

6—El padre Esteban de las Eras, recién entrado en la montaña del Pangoa, ignorante aún de la lengua campa, se vio un día con la siguiente sorpresa. Eran las cinco de la tarde, cuando volvía de visitar los enfermos, y vio echada en los brazos de su madre una criatura de cuatro

años, que repetía un ¡ay! desgarrador, quejándose de un dolor agudo de cabeza.

Al aproximarse el padre de las Eras, de repente se desprendió la criatura de los brazos de su madre, y se agarró del hábito y cuerda del misionero, diciendo: "**No-quiemam, no quiemam**; tengo sed, tengo sed".

Su madre la llevó a la casa, llorando la criatura amargo llanto, y mientras se ausentaba, volvía la cara y la mirada a los Padres, y quedó inconsolable, quejándose en la casa sólo del dolor de cabeza, siendo así que a los Padres no manifestaba sino su sed.

Pasada la media noche, llamaron a toda prisa a las puertas del convento, para que fuesen a donde una niña enferma, que se moría. Era la sedienta de la tarde, en cuyo pecho el buen espíritu había puesto aquella sed sobrenatural, no de agua de la tierra, sino del agua del cielo, de la gracia del santo bautismo.

La bautizaron, llamándola Ventura, y fue tan venturosa, que en alas de su dicha voló al cielo, apenas regenerada espiritualmente en las aguas del Salvador.

7—Terminó estas edificantes narraciones con el caso siguiente: Se trata de una criatura de ocho meses, que se hallaba en el regazo de su madre, mientras ésta oía la doctrina cristiana. Forcejando con los bracitos y retorciéndose, logró salir del regazo y brazos de la madre; y una vez en el suelo, gateando, fuese al Padre, a quien tocaba bautizar en la semana; le agarró del hábito, y se entretenía con la cuerda con alegre semblante.

El Padre semanero tuvo sin duda superior impulso, pues dijo que "aquel angelito se quería ir al cielo: esto de venirse a mí, que estoy de semana, esta risa y estos gorgeos piden el bautismo".

No se engañó el misionero; apenas la llevaron a la casa, se sintió mal la criatura, que sólo por estar sobre aviso dio lugar para que la bautizasen, momentos antes de expirar, con accidente de pocos instantes.

8—Estos hechos y otros más están narrados concienzudamente por el padre Biedma; que pasaron todos siendo él superior de aquellas misiones del Pangoa, y tuvo medios para cerciorarse.

CAPITULO XXV

El padre Robles: Continuan las Misiones con lustre y esplendor

(1671-1674)

SUMARIO. 1—La apostasía endurece el alma. 2—Restablecimiento de Quimirí. 3—Actividad de notables misioneros. 4—Dificultad de los viajes. 5—Celo y prudencia del padre Robles.—El padre Izquierdo funda el pueblo de Pichana.

SEGUN lo hemos dicho, por los años de 1671 ya estaba sosegada la tierra del Cerro de la Sal, y la Provincia de los Doce Apóstoles aprovechó la coyuntura para enviar allí un selecto número de misioneros.

Vimos también que la Provincia puso al frente de ellos un hombre de grandes prendas y de mucho espíritu religioso, el padre fray Alonso Robles, acompañado de siete misioneros, cinco sacerdotes y dos legos: que entre ellos había varios de alto mérito como el padre Biedma, una de las grandes figuras entre nuestros misioneros; el padre Izquierdo, otro de los héroes de hermosa talla. Estaba también allí el padre Francisco Gutiérrez y los legos fray Juan de Ojeda y fray José de la Concepción.

El Virrey, conde d Lemos, contribuyó con cuatrocientos pesos para la entrada, y la generosidad de personas bienhechoras completó lo restante, y surtió a los evangelizadores de lo conveniente para agasajar a los indios.

Hallaron a estos repugnantes y con ninguna voluntad para entrar de nuevo en las prácticas cristianas. Resulta es ésta inevitable en los lugares donde, a la vida inmaculada del misionero y a sus enseñanzas tan sublimes como puras, ha sucedido el mal ejemplo de negociantes o aventureros sin pudor ni justicia, cuya ley no suele ser sino atropellar los derechos más sagrados y quebrantar los principios más elementales de la moral.

Además, es cosa sabida que la apostasía más o menos consumada predispone el ánimo contra la Religión. El indio, por una parte, nunca llega a ser profundamente religioso; su piedad, lo mismo que su rectitud natural y su amor a la justicia, es insegura y tornadiza. Cuando, por otra parte, a la poca piedad adquirida un tiempo, viene a suceder su completo olvido, el corazón del indio es mármol frío, roca dura y bronce insensible a los halagos del misionero y a las soberanas influencias de la gracia. Las dádivas temporales pueden interesarle un poco, y con esto volverse a poner de inteligencia con su paciente preceptor; pero la fe divina, la piedad cristiana y la vida sobrenatural serían siempre puntos problemáticos en el innoble pecho de aquel bárbaro mal pulido, y una espina para el buen misionero; que mientras tiene dijes que regalar, tiene adeptos para el catecismo y la misa, y cuando cesan las ofertas, se halla reducido a la soledad más desesperante.

2—Los nuevos misioneros del Cerro de la Sal nada omitieron para infundir el espíritu del Evangelio en aquella cristiandad expirante. No se contentaron con las dádivas, con los halagos, con el cariño; hicieron a Dios mucha y ferviente oración; y Dios, que puede ablandar corazones de pedernal, no dejó de atraer con sus gracias nuevamente muchos corazones de aquellos pobres indios. Hallaron mejor dispuestos a los Amueshas; pues los Campas siempre han mostrado muy dura la cerviz y tardía la voluntad.

El año de 1673 tenían ya restablecida en buena forma la población de Quimirí, bajo la advocación de Santa Rosa. Los niños bautizados fueron muchos y los adultos regenerados en el trance de la muerte no pocos. En Quimirí se avecindaron sobre doscientas almas, y la población quedó en pie de crecer y prosperar. Y en la época a que hacemos referencia llegó a ser Quimirí un centro floreciente, de donde se miraba por la prosperidad de las conversiones hasta el Pangoa.

3—Por otra parte, la época era de grande actividad apostólica desplegada muy sabia y acertadamente. Se hallaban en el territorio de misiones, como ya lo hemos insinuado, tres hombres de gran talento, capaces de inmortalizar la labor evangélica: eran éstos el mencionado padre Alonso Robles, que estaba de presidente y superior de las misiones; el padre Manuel Biedma, de actividad infatigable, de gran alcance, que parecía estar en todas partes, en el Pachitea, en el Perené, en el Apurímac, en el Pangoa; y el tercero el padre Francisco Izquierdo, verdadero caudillo de indígenas, que poseía el don de ganar sus corazones, unirlos y moverlos a los santos fines de su regeneración cristiana.

4—La actividad evangélica de los religiosos conversores abarcaba a la sazón desde Quimirí y Cerro de la Sal hasta la boca del Pangoa. El movimiento hacia la desembocadura del Pangoa en el Perené partía de la montaña de Comas, curato agregado al de San Jerónimo en el valle de Jauja. Así se dio comienzo a las conversiones llamadas de Jauja, de que se hablará ordenada y oportunamente en varios Libros de la presente Historia.

No es necesario advertir que aun no existía el convento de Ocopa, el cual más tarde sería el centro de todo el movimiento de misiones evangelizadoras de la montaña oriental. El movimiento partía de Lima; pero a la sazón el superior de las misiones, el padre Robles, residía en Quimirí. De donde nacía la dificultad del socorro mutuo y

del consejo, pues las jornadas desde Comas, Andamarca y Santa Cruz hasta Quimirí atravesando las alturas de Tarma, eran penosas y tardías. De aquí nació por la misma razón el deseo de enlazar las dos conversiones, sirviendo de vínculo el río Perené, y fundando en el intermedio de ambas conversiones un nuevo pueblo, que ofreciera comodidades para el descanso y bastimento para el viaje.

5—Para entablar los medios de esta fundación pasó el padre Francisco Izquierdo de Santa Cruz a Quimirí, con el propósito de exponer su proyecto al padre Superior. Hizo este viaje en marzo de 1674.

El padre Robles se hizo cargo de la propuesta, pero como hombre avisado y prudente, no quiso tomar determinación a la ligera: por el contrario, dando todo el peso que merecía aquel punto de importancia, resolvió emprender personalmente un viaje de exploración, conocer los indios que había entre el Pangoa y el Perené, palpar las dificultades de caminar por las ásperas serranías y atravesar las alturas nevadas de Comas y Andamarca para descender a Santa Cruz y volver a Quimirí.

Hecho esto, resolvió que se fundase en efecto un pueblo y se formase una conversión en el intermedio de Quimirí y Santa Cruz, en la proximidad de Pichana, exiguo afluente del Perené.

Encargó esta fundación al celo y prudencia del padre Izquierdo, quien acompañado del hermano terciario Andrés Pinto fuese al lugar destinado para la fundación.

El Padre Biedma refiere lo siguiente, relativo al padre Robles, en la gira que hizo para averiguar la viabilidad de Quimirí a Santa Cruz del Pangoa.

Andaban de Santa Cruz a Andamarca el padre Robles, el padre Biedma, el hermano Pinto y cuarenta indios gentiles. Los indios guiaban y abrían el camino. Llegaron a un terreno alto de vegetación arbórea, desde donde se descubría la cadena de las serranías de los Andes. El terreno cubierto de hierba pajiza y de escaso jugo era

extenso, y según presumían los indios, debía ocultar gran cantidad de víboras ponzoñosas. Por lo cual dijeron que no se podía seguir el rumbo que llevaban, que era preciso volver sobre los pasos, que por otro lugar se presentaría acceso más seguro, o menos peligroso.

Cuando una caravana de indios habla así, es preciso oirle como si en su boca residiera la omnisciencia; es dificultosa la réplica, y el menor de los males es permitir que procedan a su talante, y seguirlos.

Se hubo de desandar mucho de lo andado: se caminó luego sin orientación, sin vereda conocida, repasando arroyos y barrizales, y se perdió en suma todo un día.

Al anochecer se hallaron en unos terrenos desamparados por algunos indios de la comitiva, que los dejaron para ir a vivir a Santa Cruz. Hallaron allí bastante que comer, y los indios empezaron a preparar la cena.

En la charla, antes de cenar, preguntaron los Padres si por allí había gente; y se les dijo que sólo a cosa de una legua había indios gentiles.

Los Padres quisieron conocerlos y tratar con ellos para ganarles la confianza. Partieron sin comer, con algunos indios.

El padre Robles contaba siempre con bríos de joven. En esta clase de jornadas se ponía de avanzada, con paso ligero y alegre semblante y con palabra oportuna y buen humor solía alentar a los caminantes; y así lo hizo esta vez.

Llegó de los primeros al paraje donde estaban los indios, ya al cerrar la noche. Además, solía el padre Robles tener siempre como un presentimiento de que en cualquiera de los lugares por donde pasaba hubiera de haber algún enfermo en lance de muerte, necesitado de socorro o de ser auxiliado o de que se le administrase algún sacramento de nuestra santa religión. Con este presentimiento llegó a aquel lugar.

Dirigióse a la primera choza que topó en el camino, tocó la puerta, y fue recibido amigablemente por un indio,

que con verdadera cortesía le cedió su asiento. Halló que el indio era enfermo. Le habló de Dios, del alma, de la vida eterna, de la redención, y catequizó en pocos y breves momentos al pobre indio, que cercioró al padre que sólo por enfermo no pudo ir al pueblo de Santa Cruz, aunque lo había deseado muchísimo.

Cuando llegó el padre Biedma ya el padre Robles tenía adelantado el negocio. El padre Biedma que poseía mejor el campa, le acabó de instruir, empleando en la tarea las horas hasta la media noche. A esta hora lo bautizaron; y luego fue agravándose el enfermo. Al amanecer, viéndole en agonías le cantaron el **Credo,** y al **Incarnatus est**, moría dulcemente, volando su alma al cielo.

6—Volviendo a la fundación de Pichana, diremos que dentro de la denominación genérica de indios campas, había parcialidades, como sucede generalmente en las tribus muy numerosas. Todas las agrupaciones estuvieron acordes en recibir con muestras de gran benevolencia al padre Izquierdo, cuyo nombre se pronunciaba con verdadero respeto entre los campas de todo el Perené.

No contentos con recibirle con el cariño infantil que les es propio cuando aman, quiso cada fracción que fuese a establecerse en su seno. El Padre escogió un lugar central, a donde todos pudiesen concurrir con menor incomodidad.

Fundóse Pichana, como por encanto: bajo la activa dirección del fervoroso y venerable apóstol, luego se fabricó la iglesia, para la cual había llevado ornamentos; se levantó el convento, se edificaron muchas casas de vecindad, se entabló el catecismo, y empezó a funcionar el sencillo mecanismo cívico y religioso, cual se hermanaba entonces y se hermana hoy en las reducciones presididas por los conversores, donde el Padre misionero lo es todo: sacerdote, concejal, juez y provisor.

CAPITULO XXVI

Furores de Mangore: Martirio del padre Izquierdo y cuatro compañeros

(1674)

SUMARIO: 1—Mangoré mal cristiano. 2—Ejecuta las órdenes bárbaras del cacique Siquincho. 3—Martirio del padre Francisco Carrión y de fray Antonio Cepeda. 4—Se echó sobre él agarrándolo de las melenas: después del Oficio divino.

FUNDÓSE el pueblo de Pichana según se ha dicho como por encanto, y su fundador el eximio padre Izquierdo podía sentirse satisfecho de su obra; pues Pichana iba a ser el reclamo para la conversión de numerosos centros de Campas esparcidos por Metraro, el Pajonal, el Perené, el Ene y el Tambo.

Pero aquel ejemplar religioso y celoso misionero debía ser sacrificado dentro de poco y terminar su carrera en lo mas activo de su fogosa existencia.

Entre los indios más oficiosos en el servicio de los Padres misioneros y en la formación del pueblo contábase Mangoré, indio principal y cabeza de parcialidad. Era ya cristiano cuando se fundó Pichana, bautizado en Vitoc sin la debida instrucción en la doctrina cristiana, y sin el conveniente temor de Dios y piedad para el fiel cumplimiento de las obligaciones contraídas en el santo bautismo.

Era este abuso bastante frecuente en los lugares fronterizos y entradas a la región salvaje, donde había inter-

cambio de alguna industria, entre los pueblecillos cristianos y los salvajes que se allegaban, traidos de algún interés personal.

Esto sucedía entonces en Monobamba, en Vitoc y en Uchubamba, donde españoles y cholos serranos hacían sus sembríos con el fin sobredicho.

Bautizaban a los indios sin intervención de la autoridad eclesiástica, sin prevención ni previsión de lo futuro.

Tal era Mangoré, el cual trató de hermanar el bautismo cristiano y la liviandad, haciéndose desde luego de tres mujeres, cuando entre sus antiguos correligionarios era mirado como licencia el tener sólo dos.

En Pichana entabló Mangoré públicamente su vida polígama.

Esto vino a herir hondamente el corazón del conversor, el celoso Padre Izquierdo. Mangoré era de genio irascible, ánimo alzado, soberbio pecho, de resoluciones violentas; no abrigaba temor alguno a Dios ni a los hombres, ningún respeto a la sociedad incipiente de Pichana; pero sí tenía mucho influjo y ascendiente sobre la mayor parte de la gente reunida allí, y no menos audacia para violar las prescripciones del catecismo, que en público se enseñaba todos los días.

El Padre conversor disimuló primero el hecho; luego amonestó en secreto y con cariño al delincuente; pero sin enmienda alguna. Empleó los ruegos bañados en lágrimas; agotó todos los recursos de su doctrina que era mucha y de su santidad que era apostólica; mas, nada consiguió, ninguna mella hizo en aquel duro corazón; aquella alma no se abria a las divinas inspiraciones.

Despechado ya, dejó de asistir a la doctrina y de concurrir a las funciones de la iglesia.

2—Por coincidencia fatal, en esa misma época, el cacique del Cerro de la Sal, Siquincho, que ejercía alguna autoridad sobre Mangoré, se exasperó contra los Padres

de Quimirí, quiso matarlos y mandó comisiones a Mangoré.

Y al fin le envió a decir que matase a los misioneros de Pichana, que con ello le haría un buen servicio.

Mangoré no se hizo de rogar, pues el 4 de septiembre de 1674, en que el padre Izquierdo tuvo la amabilidad de amonestarle sobre su conducta, viósele salir del convento arrojando chispas por los ojos; convocó de prisa a los suyos, y les dijo que era preciso cumplir las órdenes del cacique.

. No se ocultaban sus planes y preparativos al padre Izquierdo, quien no rehusó la muerte por Jesucristo y por su adorable Religión. Llamó a su compañero, el hermano Pinto, y a un muchacho de 12 años, y con ellos entró en la iglesia. Se postraron delante del Señor, hicieron larga y fervorosa oración, cantaron algunas devotas alabanzas a Dios. Luego el padre Izquierdo indagó si sus dos compañeros estaban preparados para sufrir el martirio por el nombre de Jesús y por su amor. Le dijeron que sí. Con esto dieron gracias a Dios, porque les deparaba tan grande dicha, como hacerles partícipes de su pasión y muerte; e hicieron gustosos el sacrificio de la vida.

Todo aquel día pasaron en la iglesia, alternando la oración con mutuas exhortaciones al martirio.

Ya de noche se presentó Mangoré acaudillando su gente, armado de arcos, flechas y macanas o espadas de madera, alumbrados con mechones de copal (1).

Oído el ruído, se pusieron los bienaventurados mártires de rodillas, con cruces en las manos, en las cuales imprimían afectuosos ósculos, y apretándolas al pecho, encomendaban sus almas a Dios.

Mangoré mismo disparó la primera flecha al padre

---

(1). Arbol cuya resina se utiliza para alumbrar.

Francisco Izquierdo y le traspasó el corazón. Viéndolo caer, acudieron a abrazar a su amado Padre el hermano Pinto y el muchacho. Observando esto los agresores, dispararon sobre los tres una verdadera lluvia de flechas, to-



Hojas de copal (*Hymenaea courbaril*)

das certeras, que quedaban introducidas en los cuerpos, en la cabeza, en los hombros, en los brazos, enhiestas y retemblando, cual rayos de gloria que partían de aquel centro de tres cuerpos abrazados.

No contentos con esto, con macanas y palos los molieron y quebraron los huesos; los ataron luego con bejucos, y arrastrándolos por aquellos montes, los arrojaron al río.

Luego, cual si se hallasen agitados por las furias del averno, volvieron azorados y prendieron fuego a la iglesia, y el incendio redujo a pavesas iglesia y convento, imágenes, caliz, ornamentos y cruces.

La muerte del padre Francisco Izquierdo, laureada por el martirio, correspondió a su heroica y santísima vida, calificada con milagros, como hemos tenido ocasión de narrar en el presente libro, al hablar de las conversiones del Pangoa y de su actuación en Santa Cruz.

Al lado de los eminentes varones religiosos Robles y Biedma, la figura del padre Izquierdo descollaba por su piedad más profunda, por su oración sobrenatural, que prolongaba largas horas de la noche, por sus extremados ayunos, pasando muchos días casi sin comer, por su confianza filial en Dios por el ardor de su caridad, por su obediencia infantil, por su tierna solicitud en cuidar de los enfermos y por su privilegiada castidad.

3—Ni con esto sosegó Mangoré de sus furores: arengó a los suyos para que llevasen a término y consumasen la obra empezada: que irían a Quimirí y acabarían con la vida de todos los misioneros. Con estos intentos se embarcaron río arriba, el día 5 de aquel mes de septiembre.

Por aquellos días el padre Robles creyó conveniente mandar al Padre Izquierdo auxiliares para su ardua tarea, e hizo que el día 6 de aquel mismo mes se embarcaran para Pichana el padre Francisco Carrión y el lego fray Antonio Cepeda.

Era inevitable que estos misioneros se encontrasen en el río con Mangoré y su gente; y así sucedió el día 7 al medio día. Estaba fuerte el calor y los Padres habían arrimado sus balsas por un rato a la sombra de unos árboles. En esto vieron subir la gente de Pichana.

Llenáronse de alegría los buenos misioneros, levantaron sus manos y sus voces, saludándolos afectuosamente. La respuesta fue una lluvia de flechas. Luego magullaron los cuerpos muertos con los remos y macanas, y los arrojaron al río.

4—El coraje de Mangoré crecía con la sangre inocente vertida con tan inhumana crueldad: consumada la muerte del padre Carrión y de fray Cepeda, continuó su viaje a Quimirí, a donde llegó el 9 de septiembre ,al caer del día. Hizo que se escondiesen los suyos entre la arboleda y frondosidad de las riberas del río Chanchamayo, y él entró solo en Quimirí.

Buscó a un cuñado suyo, que era cristiano y fiscal del pueblo. Prevínole en secreto y le comunicó todo lo perpetrado en Pichana y en el río Perené con los padres Izquierdo y Carrión. Que venía determinado a matar al padre Robles y demás misioneros; que esperaba que él vendría en la conjuración con toda la gente del pueblo de Quimirí; que de no hacerlo contase su muerte segura, pues traía gente numerosa y bien armada, y que no había en Quimirí quien pudiese resistir al número y valor de los suyos.

Tomás le oyó estupefacto, y apenas acabó de oir el relato y las razons de Mangoré, cuando como un león azuzado, se arrojó sobre él, le agarró de las melenas y forcejaba por derribarlo. No era Tomás muy alto, pero sí de recia musculatura; Mangoré sí era de mucho cuerpo y de no menos fuerzas; mas no pudo deshacerse de su competidor, que cual fiera avisada le había cogido desprevenido.

Durante la angustiosa lucha, daba Tomás gritos desaforados, llamando a su gente; y en efecto, acudieron hombres y mujeres.

Calmada la refriega, explicóse Tomás: dijo en buenas razones lo que Mangoré había ejecutado en Pichana. y que era preciso impedir aquella mortandad.

Arremetieron unánimes contra Mangoré con palos y piedras, hasta que lo mataron. Y la propia hermana de

Mangoré, mujer de Tomás, dio tantos golpes con una gran piedra sobre la cabeza de Mangoré, que le hizo saltar los sesos.

Los misioneros estaban en aquellos momentos en la iglesia, rezando juntos el oficio divino. Terminada aquella tarea de ángeles, salieron del templo con el recogimiento y unción del que ha estado delante de Dios y en trato con su divina Majestad, cuando percibieron la algazara y vocerío de la multitud apiñada. Se acercaron para ver unos cuerpos completamente destrozados, que eran el de Mangoré y algunos de sus cómplices.

Cuando supieron todo lo acaecido y que mucha gente de Mangoré estaba escondida allí cerca, fray José de la Concepción tomó la resolución de disparar hacia el monte un arcabuz, cuya detonación acobardó a los conjurados, quienes huyeron por la montaña, desamparando aun las balsas en que viajaron.

CAPITULO XXVII

Vicisitudes y pérdida temporal de estas misiones

(1674-1709)

SUMARIO: 1—Profundo sentimiento en el padre Robles. 2—El corregidor de Tarma da motivo a la salida del padre Robles. 3—El padre Robles va a morir a España, y el cura de Huancabamba nunca llega a Quimirí. 4—El padre Alvarez de Toledo recupera las misiones en 1689. 5—Piérdense nuevamente en 1694. 6—La gloria. 7—El terreno conquistado.

Los sucesos contados en el capítulo precedente consternaron al padre Robles, presidente a la sazón de las misiones franciscanas del oriente peruano. Era el padre Robles de clara inteligencia, de prudencia consumada, detenido en las resoluciones, de ánimo esforzado para llevar a buen remate las empresas acometidas con maduro examen y buen augurio.

Estas mismas cualidades de su ardoroso y bien equilibrado espíritu, que pudieran haberle conservado la confianza de proseguir la obra comenzada en Quimirí, le hicieron ver los alcances de la perturbación causada por el cacique vecino Siquincho, instigador del furibundo Mangoré; todo el encono que se anidaría por mucho tiempo en los ánimos de los fautores de Mangoré, aterrados y humillados en Quimirí por la fidelidad y audacia agresiva de Tomás y su mujer, pero no acobardados para esperar un momento oportuno y llevar adelante sus ideas de venganza y exterminio.

Comprendió que la perturbación podía no limitarse

a Pichana, Quimirí y Cerro de la Sal; que podía esxtenderse a Santa Cruz, en las riberas del Pangoa, tener eco en Andamarca y desbordarse hasta Comas.

Luego, sin tardanza envió un religioso a Comas, que informase al padre Biedma de todo lo sucedido; que dicho Padre estuviese a la mira de si se movían hacia Santa Cruz los parciales de Mangoré; y que, por precaución, saliese con todos los conversores del Pangoa a Andamarca, desde donde se podría seguir observando lo que ocurriese tierra adentro.

2—El padre Robles no pensó salir de Quimirí, en donde el buen elemento de buenos cristianos indígenas era numeroso. Pero ya que no pensó salir, le obligaron a hacerlo.

Los hechos que dieron margen a esta salida intempestiva se reduce a lo siguiente. Un español, Juan de Villanueva, teniente de comisión de las Cabeceras de Montaña, deudor del corregidor de Tarma e insolvente, se refugió en Quimirí y empezó a vivir a costa de los indios por recomendaciones que obtuvo del padre Robles. Los buenos indios se cansaron de mantenerlo de balde, y el padre Robles tuvo que decirle o que ganase la vida o que saliese de Quimirí. Airado Villanueva, escribió al corregidor de Tarma que si el padre Robles no le obligase a salir de la montaña, pronto le pagaría lo que le adeudaba, pues disponía de una cosecha próxima de cacao excelente. Por esta causa hubo demandas y respuestas entre el tal corregidor, Manuel F. Suárez y el padre presidente Robles.

A la sazón el curato de Huancabamba estaba servido por un clérigo, colocado allí por un visitador del Ordinario; pues nuestra Orden lo había desamparado por escasez de feligreses y por creer más necesaria su labor apostólica en otras regiones.

El corregidor de Tarma sobornó a algunos indios de Quimirí para que pidiesen la anexión del Cerro de la Sal al curato de Huancabamba. Y por obra de la codicia del

corregidor y engaños de Villanueva, se dió en Lima sentencia por ambos tribunales, real y eclesiástico, de que el padre presidente fray Alonso Robles entregase el pueblo al cura de Huancabamba y saliese de aquella montaña con todos sus religiosos.

Así se hizo a fines del año de 1674.

3—El padre Robles gestionó en Lima sentencia revocatoria de aquella, que, sobre injusta, era tan dañosa a la causa de la Religión católica y de los progresos del reino. Todo fue inútil. Las influencias codiciosas dejaron a un lado las consecuencias que se seguían de un despojo injusto e inmotivado, que se refería a un terreno regado con el sudor de los hijos de San Francisco y buena parte de él con la sangre de sus apóstoles.

El corregidor, para cohonestar sus procedimientos, prometió promover y no abandonar aquellas misiones.

Profundamente agobiado el padre Robles con este golpe, fuese a España a esperar en paz la muerte en una de sus tranquilas provincias.

El cura de Huancabamba nunca llegó a Quimirí, ni el corregidor de Tarma hizo algo por la evangelización del Cerro de la Sal; y los indios, faltos de enseñanza, destituídos del abnegado ejemplo de los misioneros, volvieron a sus selvas y a las costumbres de sus mayores.

Con lo cual quedó temporalmente destruída la conversión de los indios Campas y Amueshas del Cerro de la Sal.

4—Sólo en 1689 variaron las cosas: obtuvo la Religión franciscana de nuevo el curato de Huancabamba, y emprendió por tercera vez la conquista del Cerro de la Sal.

Quedó de cura en Huancabamba el padre Blas Valera. El padre Domingo Alvarez de Toledo, procurador de las conversiones, alcanzó del Virrey que el capitán Don José Amez entrase con diez hombres armados a Quimirí, acompañándole un religioso lego fray Dionisio Campaña.

Salieron de Acobamba el 15 de Mayo de 1691, des-

cansaron en una hacienda que tenían los padres de Santo Domingo cerca de Quimirí, a 18 leguas de Tarma. Hasta este lugar anduvieron a mula y a pie hasta el Cerro de la Sal. Hallaron indios, tanto cristianos como gentiles; quienes se alegraron de ver a los misioneros y de saber sus intentos.

Por este tiempo se formó en Lima una congregación de conversiones, sociedad de la Propagación de la Fe, como hoy diríamos, y entró en la congregación lo más distinguido de la sociedad de Lima.

La congregación contribuyó a las misiones no poco, de modo que en la próxima entrada que ocurrió se contaba con un haber de 2600 pesos.

Intervinieron en la fundación el padre Alvarez de Toledo y el padre Comisario de las misiones Basilio Pons, quien contribuyó a enaltecer en gran manera la congregación, y enriquecer a los socios con muchos tesoros espirituales, participando a todos las indulgencias de la Religión Seráfica.

Se imprimieron y publicaron los estatutos del caso en 1693.

5—Hicieron la entrada para establecerse los misioneros en el Cerro de la Sal en 1694. capitaneados por Juan Ramírez de Vergara y algunos militares armados.

El resultado fue un levantamiento general de los indios, que mataron al cura de Huancabamba Blas Valera y a los conversores de Quimirí Francisco Huerta y Juan Zavala.

No volvieron a recuperarse estas misiones hasta el año de 1709 por el padre Francisco de San José.

6—¿Cuáles fueron los frutos cosechados en el Cerro de la Sal, desde el año de 1634, que llegó allí el lego fray Jerónimo Jiménez, hasta el año 1694 en que cerramos la narración de este libro?

Si se mira como fruto la gloria que reporta el heroísmo, este fruto es pingüe. Mucho heroísmo vieron en los mi-

sioneros franciscanos del Cerro de la Sal sus agrestes moradores. Heroísmo aquilatado, heroismo macizo, aquel heroísmo al cual rinde homenaje de respetuosa admiración el sano criterio histórico.

Los martirios ocurren en aquella región uno en pos de otro: martirios serenos, con la vista en el cielo, con el corazón ardiente y el pecho amoroso, invocando dulcemente a Jesús, príncipe de los mártires.

Cuando más tarde sea el Perené un centro civilizado de numerosas poblaciones, no se olvidarán de levantar una estatua a la atrayente figura de Jerónimo Jiménez, aquel misionero, que puesto de rodillas en su balsa, exhaló su alma en una plegaria sublime por sus injustos asesinos.

Cristóbal Larríos, Matías Illescas, Francisco de la Cruz, Piña, Izquierdo, Carrión, Cepeda, Valera, Huerta y Zavala, son diez mártires que hay que agregar a fray Jerónimo, diez héroes que sucumben sin protestar de la muerte que se les infiere, pues la abrazan gustosos y se inmolan voluntariamente en aras de la fe.

7—El terreno conquistado en pro de la geografía no era mucho. Puede considerarse como terreno asegurado a la causa de la civilización desde la doble confluencia del Tulumayo y Oxabamba con el Chanchamayo en el punto en que hoy se ve la población de San Ramón, hasta la confluencia del Paucartambo con el Chanchamayo para formar el Perené.

El Perené hasta la mitad de su curso en Pichana se civilizó algo, pero no se aseguró la conquista.

Hacia Yurinaqui y Ubiriqui, pequeños afluentes del Norte del Perené, se avanzó algo: lo mismo que en las márgenes del Paucartambo hasta los orígenes del río Santa Cruz y hasta las vertientes del Cantaritsú que lleva sus aguas al Chorobamba. Se unió el Cerro de la Sal y Huancabamba con el valle de Oxapampa, hasta las faldas bajas del Yanachaga. Entre los Amueshas y Campas, comprendidos en todas estas regiones, ya era un hecho el estableci-

miento de la Religión cristiana y el dominio del Virreinato, aunque sujeto todavía no sólo a varios vaivenes, sino a sacrificios que aún exigiría su conservación.

No nos admiremos de aquellos vaivenes, pues aun al presente, entre el Perené y el Pichis y entre el Pichis y el Tambo, existe un nucleo respetable de indios Campas no civilizados, que no han rendido sus pechos a la causa de la Religión y de la cultura social.

LIBRO TERCERO

Ensayo de Misiones en el Alto Ucayali

Notable diario del padre Biedma

Expediciones coronadas con el martirio de este misionero y sus compañeros

1685-1687

EXPEDICIONARIOS EVANGELICOS: Laureados con el martirio: Manuel Biedma, Juan Bargas Machuca, José Soto, Pedro Alvarez, Pedro Laureano, el negro Juan Benitez, varios indios cristianos, Francisco Huerta.—Misioneros: Juan Navarrete, Rodrigo Bazabil, Felipe Obregón, Antonio Vital, Esteban de las Eras.

CAPITULO XXVIII

Vicisitudes de la Misión de Santa Cruz

SUMARIO: 1—Resultas de la conspiración de Mangoré: abandono de la misión. 2—Entran de nuevo en setiembre de 1675: lo desamparan en mayo y agosto de 1676. 3—Exploración del Mantaro, Tambo y Apurímac. 4—Camino de herradura de Andamarca a Santa Cruz: razonamiento de Don Diego Tonté. 5—Elogios de Raimondi al padre Biedma.

HEMOS visto en los capítulos que preceden los desarreglos y la conspiración de Mangoré, cacique principal de la comarca de Pichana, que tenía intereses mancomunados con los indios de Santa Cruz y alguna influencia sobre los indios convertidos de Quimirí. Hemos visto la resignación sublime con que el padre Izquierdo y sus compañeros de martirio han aceptado la muerte, cuanto más cruel tanto más gloriosa en las aras de la fe.

El padre Robles creyó prudente en esta emergencia asegurar la vida de los misioneros de Santa Cruz, y temiendo que Mangoré hubiera tenido allí cómplices en la conjuración, o que los parciales de este cacique, arrojados vergonzosamente de Quimirí, cayesen de sorpresa sobre aquellos Padres desprevenidos, dispuso que saliesen de Santa Cruz y se refugiasen en Andamarca y Acobamba.

Para que se llevasen a efecto estos intentos, hizo que un religioso partiese de Quimirí a Tarma, de Tarma a Jauja y a Comas, y desde Comas informase al padre Biedma de lo acaecido y de lo que disponía el padre Robles.

Al saber estas cosas en SantaCruz hubo un llanto ge-

neral: lloraron los Padres la pérdida de sus buenos hermanos, especialmente del padre Izquierdo, de aquel modelo de humildad. de aquella imagen de modestia, de aquel retablo de penitencia, de aquella hoguera animada de caridad, de aquel ejemplar inimitable de virtudes apostólicas. Lloraron también los indios, que, a la verdad, no tenían parte en los desmanes de Mangoré. Con lágrimas copiosas que vertían de sus ojos, pedían y suplicaban a los misioneros que no se fuesen.

Se les desgarraba el corazón al padre Biedma y compañeros al considerar lo que sería de aquellos pobres indios, mal instruídos todavía en nuestra santa fe, y que desamparados, infaliblemente se enfriarían en el amor a la Religión; y, una vez caídos en la tibieza y el enfriamiento y gustada de nuevo la libertad de los bosques, sería imposible volverlos al calor de la vida cristiana, como en otros lugares ya se había notado y comprobado.

Se cumplió lo dispuesto por el padre Robles, prometiendo a los neófitos volver muy pronto. No dejaban en Santa Cruz regeneradas con las aguas del bautismo sino treinta y cinco personas.

2—La separación de los padres y el desamparo de los indios duró cerca de un año. Y esto, a pesar de que los indios de Santa Cruz venían a Andamarca a cerciorar a los misioneros, que ellos no habían tenido parte en la facción de Mangoré, y que suplicaban encarecidamente que volviesen. En todo esto se portó muy dignamente Don Diego, a quien ya conocemos.

El padre Biedma deseaba volver luego, pero para no ser imprudente y temerario esperaba la orden de sus prelados. En la demora estuvo el mal: mucho decayó aquella conversión en el espacio de algunos meses.

Al volver allí en el mes de setiembre de 1675, en los indios había alegría porque volvían los Padres, pero no entusiasmo; había alguna voluntad, pero no decisión y resolución como en la primera entrada. En Santa Cruz a-

penas había cien personas; al resto no se les pudo reducir a pueblo, ni sacarlos de sus chacras, bosques y riberas. Estaban ya bien hallados en la ociosidad.

Se pudo sospechar con fundamento que aquellos indios eran capaces de tramar algo desagradable: oían con desgana la doctrina cristiana, miraban a poco más o menos a los misioneros, y no había interés por recibir el bautismo.

Por añadidura los misioneros se cargaban de achaques y enfermedades. Por cuyo motivo se dispuso que no quedase allí sino el padre Biedma y un lego. Los demás buscaron trabajo más fructuoso en otra parte. Esta salida se realizó en mayo de 1676.

El padre Biedma y su compañero se enfermaron también notablemente a los tres meses de permanencia, y hubieron de salir, no sin dolor y pesadumbre.

Con esto ya en junio de 1676 quedaba Santa Cruz de nuevo sin pastor.

3—Convaleció el padre Biedma en Andamarca, y convencido de la insuperable dificultad que ofrecía el camino de Andamarca a Santa Cruz, buscó mejor puerta para aquella desdichada misión: viajó hasta el Mantaro, al Apurímac y al Tambo. Recorrió el Tambo y el Ucayali hasta la desembocadura del Pachitea; desde el pueblo de Tambo, a siete leguas de Huanta, se embarcó en el río Pampas, llamado entonces Cocharcas; ensayó el entrar por Viscatan para bajar al Mantaro; hizo su última tentativa por la vertiente del Cochangará y Chiquia. Desengañado de hallar mejor entrada; porque efectivamente no la había, volvió a Andamarca, sin más fruto que el conocimiento de numerosas gentes esparcidas por todas aquellas regiones, de las condiciones topográficas de los territorios, y datos preciosos para un vasto plan de misiones por todas aquellas comarcas. Para todo esto le valió mucho la perfección con que poseía el idioma campa.

4—Desde 1676 hasta 1681 estuvo completamente a-

bandonada la misión de Santa Cruz, no atreviéndose a penetrar los religiosos por allí, sin esperanza de fruto en las almas y con temor de la muerte a causa de las enfermedades. Los primeros en oponerse eran los prelados de la Orden que gobernaban aquella misión desde Lima.

Pudo revocarse a milagro de la divina Providencia que en Santa Cruz se conservase inmaculada la fe en los bautizados, e intenso el deseo del bautismo en no pocos de los antiguos catecúmenos. Estos, formando crecidas caravanas, iban hasta Andamarca, y pedían con instancias que volviesen los misioneros. En una ocasión salieron todos los cristianos, grandes y pequeños, y con lágrimas en los ojos pidieron que les diesen Padres, diciendo entre otras razones: ¿"Por qué nos dieron a conocer a Dios, y ahora nos dejan en poder del demonio? Si no nos hubieran instruído, no tuviéramos el dolor que sentimos: no hemos de pagar nosotros el mal que hicieron los malvados. Compadézcanse de nosotros, pues dicen que somos sus hijos (1)."

El padre Biedma halló un recurso para dar alguna solución al problema, y fue abrir un camino de herradura hasta Santa Cruz, que logró hacerlo. Emprendió con gran resolución los trabajos en 1681; tuvo la cooperación eficaz de Francisco de la Fuente, rico propietario del valle de Jauja y síndico de las misiones; y los indios fronterizos de Andamarca y circunvecinos trabajaron incansables; de suerte que a los seis meses estaba expedito el camino.

El padre Biedma entró aquel año de 1681 a visitar y consolar a los cristianos de Santa Cruz, particularmente a Tonté.

Este buen cacique les dió un convite, y habló al Padre con notable elocuencia: "Si vinieras con harta gente, yo

---

(1). Amich, Cap. XII.

te enseñara gente: allá dentro hay mucha, mucha gente: no os lo enseño, porque si no, luego me dejais, y ellos me quieren matar. Por causa de los Padres ando yo huyendo de mi gente; que muchas veces han venido a matarme. Para prueba de lo que os digo, venid y vereis: "y llevó al siervo de Dios con otros a cinco parajes distintos, donde se había mudado sucesivamente. Y vieron en algunos de ellos las casas quemadas, a las cuales sus contrarios habían pegado fuego. En todos los dichos parajes tenía fuertes cercos de palizadas con que resistía los asaltos de sus enemigos. Y llegó a verse tan acosado, que se retiró a la falda de la Sierra, donde el temperamento frío le servía de inespugnable muro, porque los indios de la montaña temen mucho llegar a paraje frío (1)."

En esta ocasión no se pudieron reunir en Santa Cruz de Sonomoro sino cerca de cien personas.

Con el parecer de Tonté, el padre Biedma mudó el sitio del pueblo: se dejó Santa Cruz, y a una jornada más al oriente, se fundó San Buenaventura de Savini, donde pudo reunir más de doscientos campas.

Dejó en Savini a los padres fray Juan de las Eras y fray Juan Bargas, y él bajó a Lima en el verano de 1682, para tratar de la conquista espiritual del Tambo y Ucayali.

5—El hombre mejor preparado en el Perú para apreciar el mérito de las exploraciones realizadas por el padre Manuel Biedma ha sido, sin duda alguna, Antonio Raimondi, quien hace un cumplido elogio de la constancia del esforzado misionero en llevar adelante sus empresas, erizadas de infinitas dificultades. "Asombra, dice Raimondi, el valor de este impertérrito misionero, pues sólo el que conoce las tres vías por las cuales intentó el padre Bied-

(1). Amich. Cap. XII.

ma penetrar en el interior de montaña, para abrirse camino a Sonomoro, puede juzgar los trabajos, privaciones y peligros de todas clases que ofrecen".

"Realmente parece inconcebible cómo se haya arriesgado a navegar por el río Pampas ocho días, embarcándose, como es muy probable, en la desembocadura del río San Miguel".

"Con ocho días de navegación ha tenido, sin duda, que entrar en el Apurímac, ya reunido en el Pachachaca, y navegar una gran parte del primero, por una región habitada por los salvajes campas, que allí llaman Catongos (T. II, Cap. XVII.)"

En 1684 el padre Biedma proyectó abrir camino de Sonomoro a la unión del Ene con el Perené; pero las lluvias torrenciales se lo impidieron.

CAPITULO XXIX

San Miguel de los Cunivos

(1685)

SUMARIO: 1—Lo que se sabía del Ucayali en 1684. 2—El padre Biedma habla en Lima con el duque de la Palata. 3—Abre camino de Savini a San Luis de Perené. Navegación feliz. 4—Fundación de San Miguel de los Cunivos. 5—Costumbres de esta tribu.

Lo que se sabía del río Ucayali en el año 1684 era lo bastante para que un hombre y un misionero del talento y animosidad del padre Biedma quisiese entrar allí, formar idea de sus moradores y entablar en sus dilatadas márgenes la evangelización regeneradora del salvaje.

El mismo padre Biedma fue el primero en suministrar datos de las numerosas tribus que poblaban aquel río, sobre manera hermoso, grandemente encantador, digno de que se congregaran en sus riberas la civilización, las letras y los vates, para cantar una naturaleza clara, limpia y espléndida, y encomiar las obras maestras del Omnipotente.

El padre Biedma entró hasta el Ucayali por Panatahuas, y allí estuvo algunos años de conversor, hasta el de 1665. El viaje del padre Illescas y compañeros desde Quimirí al Aguaitía en 1641 y los rumores sobre su paradero, habían dado alguna luz sobre la materia.

Los campas y otras tribus concurrentes al Cerro de la Sal, en busca de este artículo indispensable para la co-

modidad de la vida, confirmaban las noticias que se tenían respecto del gran número de moradores de aquellas regiones.

Pedro Bohorques había propalado que por allí estaba ubicado el soñado imperio del Enín, surtido de grandes riquezas y donde se disfrutaba una felicidad paradisíaca.

El padre Biedma, no contento con las noticias que se tenían, quiso certificarse personalmente de lo que había o no había; y recorrió en 1676 el Tambo y buena parte del Alto Ucayali, quizás hasta la boca del Pachitea.

2—Convencióse de la verdad: de que era cierto que estaban aquellas riberas muy pobladas, y lo conveniente que sería introducir allí la luz del Evangelio y las costumbres civilizadas.

La actividad de su celo lo trajo a Lima para suministrar estos datos, así a los superiores de la Orden, como a las autoridades políticas. En Lima se aplaudió mucho el celo y la operosidad de aquel hombre, que era a un mismo tiempo apóstol celoso de la Religión y explorador infatigable de territorios no conocidos. El virrey, duque de la Palata, fue el primero en encomiar la labor del padre Biedma, y en disponer que fueran secundados sus planes en orden a entrar por el Pangoa al Perené, por el Perené al Tambo, y por el Tambo al Ucayali, y formar un plan de conquista espiritual de aquellas vastas regiones.

El virrey impartió órdenes al corregidor de la provincia de Jauja Francisco Delzo y Arbizu, para que él mismo entrase hasta donde pudiese en la montaña, cooperase a la ejecución de los planes del padre Biedma, y organizase con el incansable misionero aquella obra, en que se interesaba a un mismo tiempo el aumento de la Religión cristiana y los progresos de la nación y reino.

3—El corregidor no pudo ponerse en movimiento hasta el año de 1684; y mientras se esperaba que se alistase, el padre Biedma no pudo tener ocioso su genio emprendedor y activísimo; hizo que se abriese un camino desde San

Buenaventura de Savini hasta la confluencia de los ríos Ene y Perené. Al mismo tiempo obtuvo más limosnas y mayor número de machetes, hachas, cuchillos, chaquiras y curiosidades que cautivan la atención y ganan la voluntad de los indios.

El año de 1684 no pudo avanzar el corregidor y su comitiva sino hasta Savini del Pangoa, a causa de haberse maltratado notablemente aquellos caminos de Comas y Andamarca, que formaron la desesperación de indios y misioneros en años anteriores; y no pudiendo avanzar por las lluvias, volviéronse a Jauja.

En verano de 1685 se aprestaron de nuevo a los afanes de aquella entrada, que por sí sola formaba una hazaña. Para facilitar esta hazaña se abrió un camino de herradura para mulas, hasta un paraje adecuado en las riberas del Perené, a tres leguas de distancia de la confluencia con el Ene, punto que llamaron **Puerto de San Luis.** Obra fue esta digna del padre Biedma.

En setiembre de aquel año de 1685 ya estaba en contemplación de las aguas próximas al Tambo el corregidor Francisco Delzo con su comitiva, el síndico de las conversiones, capitán Francisco de la Fuente y el padre Biedma con varios religiosos misioneros.

El corregidor se dió por muy satisfecho de la excursión, creyendo, no sin fundamento, que lo hecho era la solución de un problema, como era dar con la puerta franca del Ucayali y del Amazonas; cosa que hasta entonces no se había logrado.

4—Para el padre Biedma lo actuado no era nada; lo importante quedaba por hacer, esto es: entrar por aquel hermoso y anchuroso río, que recibía en blando lecho de arena las aguas que tanto se agitaron, antes de llegar allí, en las cuencas del Apurímac y Mantaro, del Perené y Pangoa. Sabía que siguiendo aquellas corrientes hallaría en sus orillas muchas naciones agrupadas, y soñaba que tal vez serían menos inconstantes que los de Santa Cruz y Sa-

vini, y más dispuestos para formar grandes pueblos y crecidas cristiandades.

De estos muy dulces ensueños viven los grandes genios como el padre Biedma.

Quiso entrar luego por el río abajo, pero no se lo consintieron el corregidor y el síndico. Dijeron que era más conducente al bien público que él no arriesgara por enton-



Cunivos del Ucayali con cushma más larga de lo que antes acostumbraban, y con ushates (cuchillos corvos) colgados al cuello: con esta herramienta se vengan de los enemigos en medio de sus fiestas.

ces la vida, ni ninguno de los sacerdotes que lo acompañaban, hasta saber de fijo la índole y voluntad de los indios que habitaban aquellas inexploradas regiones, donde perdieron la vida el padre Illescas y sus dos compañeros.

Arbitraron mandar en una gran canoa al donado Pedro Laureano, natural del Callao, insigne lenguaraz en los idiomas Campa y Mochovo, al terciario sevillano Juan de Navarrete, y a un gallego Juan Alvarez, buen cristiano. Les vistieron de todas las prendas de un cumplido reli-

gioso, con hábito y capilla, y los remitieron surtidos de vituallas y bien acompañados de remeros.

Los tres eran de buenas costumbres, de acendrada piedad, de bien templada fortaleza y de espíritu resuelto, por lo cual partieron gustosos y alegres. El padre Biedma les dio instrucciones para lo que habían de hacer. Ellos no le pidieron sino sus oraciones, por si se hallaban en la precisión de padecer el martirio, pues iban resueltos a todo, contando con el auxilio de lo alto.

La navegación les fué fácil y próspera: la gran canoa era llevada mansamente de las aguas; llegadas las horas de tomar alimento se acercaban a la orilla y saltaban a la fina arena; de noche improvisaban en las mismas orillas techos de anchas hojas para precaverse de la lluvia; y con esta monótona variedad fueron durante quince días, hasta el 29 de aquel mes de setiembre, fiesta de San Miguel Arcángel, día en que hallaron, no lejos de la desembocadura del Pachitea, una gran cantidad de canoas de indios Cunivos, que eran a la sazón los árbitros de aquel río.

Estos ya tenían noticia de los evangelizadores cristianos, no solo de los que se aproximaban del Perú, avanzando por los ríos que rendían sus aguas al Ucayali, sino también de los que venían de las regiones ecuatorianas, especialmente de los padres de la Compañía, quienes a la sazón tenían asentados sus reales en el Marañón, mayormente en la región dominada por la desembocadura del Huallaga (1).

(1). En junio de 1681 escribía desde Laguna del Huallaga el padre jesuita Juan Lorenzo Lucero: "Yo estoy en la Laguna donde tengo tres naciones juntas como son Ucayales, Xitipos y Chipeos, con nombre de Santa María de Ucayale y Santiago de Xitipos y Chipeos". Deduciéndose de estas palabras que los misioneros jesuitas en la fecha a que se refiere la carta reunieron en Laguna un grupo de indios del Ucayali, además de Setebos y Shipibos.

Los Cunivos se mostraron en esta ocasión muy francos, muy bondadosos, decididamente inclinados a abrazar la vida cristiana y a dejar sus viejas superticiones. A las primeras demostraciones de abierta benevolencia, siguió la pregunta de cuál fuese el fin con que venían los misioneros, pasando por tantos riesgos y peligros.

Dijéronles claramente que su intento era darles a conocer el verdadero Dios, a quien ellos ignoraban. Aceptaron los Cunivos las generosas ofertas de los misioneros, y se pusieron a aprender las oraciones del Catecismo de muy buen humor y talante, y a pocos días rezaban y cantaban con entusiasmo.

Con gusto de todos levantaron los hermanos misioneros una gran cruz en el centro de la población, y otras cruces menores en varios lugares frecuentados y llamaron el pueblo de **San Miguel de los Cunivos.**

5—La semana escasa que estuvieron los exploradores en aquel pueblo pudieron darse cuenta de lo que eran los Cunivos: Eran corpulentos, gastaban poca vestimenta, su cushma no pasaba de las rodillas, las mujeres no usaban sino la estrecha **pampanilla,** que de la cintura les colgaba hasta las pantorrillas. Llevaban la frente y la nuca aplanadas con tablillas desde la primera infancia. Pelo corto hasta debajo de las orejas. En tobillos, rodillas, brazos, muñecas y cintura llevaban fajillas y cordones de algodón de variados dibujos. Los lineamientos de sus figuras eran y son de gusto esmerado y peculiar. No gustaban de trabajar o hilar para vestirse; preferían hacerlo de los despojos de sus enemigos. A la sazón vivían del corso, y tenían tantos enemigos como naciones colindaban con las relucientes aguas del Alto Ucayali y con las espumantes del Pachitea. Para cautelar sorpresas de enemigos vengativos, a pesar de sus instintos de libertad selvática, se redujeron a población: vivían repartidos por galpones a la obediencia de tres caciques, Cayampay, Sanaguami y Samampico: formaban un poblado de más de 2.000 almas.

Los Piros del Tambo les tenían rencorosa tirria, entre los cuales hicieron prisioneros, que llevaron a cultivar sus campos.

A los vencidos trataban los Cunivos con blandura, y aquellos acababan por casarse con las mujeres cunivas.

CAPITULO XXX

Segunda entrada a los Cunivos

(1686)

SUMARIO: 1—La vuelta de los exploradores. 2—De Lima a Savini. 3—San Miguel de los Cunivos. 4—Acciones de gracias.

Los tres exploradores, Pedro Laureano, Juan Navarrete y Juan Alvarez tenían ya logrado su intento a toda satisfacción: esto es, podían dar noticias fehacientes del estado en que se hallaban las orillas del Alto Ucayali: los Cunivos eran allí la tribu más poderosa, pero los Piros, por cuya vecindad debían pasar, podían ser el elemento más temible, pues se mostraban recelosos, exigentes y vengativos.

Los Cunivos demostraban excelente voluntad, y de ellos se podía esperar algo para la extensión de la fe católica.

Los exploradores se portaron, como era justo, buenos y amorosos con los Cunivos, les regalaron cuanto hubieron a las manos, especialmente herramientas que ellos estiman.

Luego les hablaron de esta manera: Que veían con gusto el deseo que tenian de que viniesen los misioneros a vivir entre ellos; que estaba bien y conforme con lo que deseaban los misioneros, que habían dejado en la tierra de donde habían venido; que los misioneros no deseaban saber otra cosa sino esta su buena voluntad, para dejar

sus tierras y sus comodidades y venir a vivir con ellos; que al efecto tuviesen a bien conducir a ellos tres en sus canoas hasta la boca del Pangoa; que luego volverían con padres y sacerdotes que los catequizasen y enseñasen las cosas de Dios y de la vida eterna.

Vinieron en ello los Cunivos: alistaron de muy buena gracia y talante sus hermosas canoas, en cuya construcción eran excelentes artífices. Aunque no ignoraban que habían de provocar los furores de los Piros, avecindados en el Tambo, con su presencia en aquellas aguas, se aprestaron gustosos a las tareas de la travesía, que es dificultosa cuando se sube aguas arriba. Veinte días tardaron en arribar al puerto de San Luis, durante los cuales no faltaron peligros en torbellinos y correntadas, lo mismo que en la actitud hostil de los indios de las riberas por donde pasaron.

El 24 de octubre durmieron en San Luis a la sombra de una ramada que el padre Biedma había formado allí, y en donde había dejado alguna cantidad de herramientas y chucherías que agradaron a los indios, y con que los exploradores regalaron a los cunivos remeros. Con ésto se despidieron, con promesa de parte de los misioneros que volverían con sacerdotes que los catequizasen.

Llegaron los exploradores a San Buenaventura de Savini el 30 de octubre de aquel año de 1685, dando agradable sorpresa al gran corazón del padre Biedma con las buenas nuevas que traían.

El padre Biedma no perdió tiempo: resuelto a permanecer en Savini, dispuso mandar a los tres exploradores a Lima, con cartas a los prelados de la Orden y al gobierno.

2—Así se ejecutó con gran satisfacción del virrey y de la audiencia, que no podían menos de ver un adelanto considerable en aquella feliz exploración.

A esto se unió la determinación del gobierno de que se entrase oficialmente a los Cunivos del Alto Ucayali; y

se emprendiese en toda buena forma la civilización de los moradores de aquel río. Para resguardo de los religiosos se dispuso que fuese en la expedición el capitán Francisco de Rojas y Guzmán, con doce soldados y dos negros. A quienes se agregaron voluntariamente los capitanes Francisco de la Fuente y Bartolomé Beraun. Para los gastos se libraron de las cajas reales cuatro mil pesos.

La Religión seráfica nombró para aquella dificultosa empresa siete religiosos de reconocidas prendas y avezados a las tareas de misionero, que fueron los padres Francisco Huerta, Rodrigo Bazabil, Felipe Obregón, y Antonio Vital, y los hermanos Pedro Alvarez, Pedro Laureano y Juan Navarrete.

Componíase la comitiva de veinticuatro personas.

Esta comitiva se hallaba lista en Concepción de Jauja en mayo de 1686, donde se abastecieron también de víveres y herramientas. El padre Comisario General fray Félix de Como, que se hallaba a la sazón en Concepción, autorizó la expedición, comunicó sus poderes al padre Presidente Huerta, y dio su bendición a aquellos hijos de obediencia, que iban a arrojarse a merced de las aguas del río y a voluntad de los indómitos salvajes.

Desde Concepción a Savini emplearon los días que hay desde el 30 de junio al 28 de julio; llevando no pocas mulas cargadas para lo que les sería necesario en una vida organizada y con recursos propios: se llevaba fragua, hierro, acero, herramientas de artesanos, etc.

En Savini los recibieron con regocijo: salieron a su encuentro los padres Esteban de las Eras y Juan Bargas de Machuca, con los indios vestidos de gala, con música y algazara, y Diego Tonté, el buen curaca, al frente de los indios. Se cantó el **Te Deum** y se rindieron muchas acciones de gracias al Señor.

3—Desde Savini se adelantaron al puerto de San Luis el hermano Pedro Alvarez y algunos soldados, para cortar árboles y hacer las balsas.

En esto se enfermaron de cuidado los padres Rodrígo Bazabil y Felipe Obregón; y el padre Biedma, presidente a la sazón de todas las misiones de Campas, hubo de suplir la falta de aquellos dos sacerdotes e irse en la expedición.

Resuelta la entrada y hecho el cómputo de los bogas que podían manejar las balsas, se halló que no había expeditos sino ocho, con lo cual fue preciso dejar mucho en Savini y llevar sólamente lo indispensable; y hubo de quedarse allí el padre Vital con varios más.

Salidos de San Buenaventura de Savini el 12 de agosto, el 18 estaban en San Luis, cerca de la confluencia del Ene con el Perené. Aquí por falta de balsas suficientes no pudieron embarcarse todos, y sólo emprendieron viaje el 25 de aquel mes los padres Huerta y Biedma, los hermanos Leureano y Alvarez, los capitanes Fuente, Beraún y Rojas, algunos soldados y un indio setevo, neófito del padre Obregón, desde las misiones de Panatahuas.

Se previnieron todos para el viaje con la oración y la recepción de los santos sacramentos; y sin novedad mayor llegaron a San Miguel de los Cunivos el 4 de setiembre.

A las alegrías de vocerío y tambores, se siguió una sorpresa, que consistía en ver una iglesia recientemente levantada y una campana.

4—A la iglesia se dirigieron a entonar un cántico de acción de gracias. Enseguida el capitán don Francisco de la Fuente, con el estandarte enarbolado acompañado de los soldados, y colocado en la puerta de la iglesia, dijo con voz solemne: "En nombre de Dios Todopoderoso, y de nuestro católico rey don Carlos II, que Dios guarde, tomo posesión de esta tierra y de la que se halla intermedia desde el Puerto de San Luis de Perené, todo el río Paru, hasta este pueblo de San Miguel de los Cunivos, y en nombre de su real majestad doy a vuestras paternidades y a su re-

ligión la espiritual posesión de lo contenido, y de este pueblo que desde el año pasado registraron."

Luego tornaron a entrar en la iglesia y rindieron nuevamente las gracias a Dios, y pidieron por la conversión de las almas que vivían en toda aquella región.

Pusieron en el altar un lienzo, de dos varas de alto, del Arcángel San Miguel, nombrado ya patrón de aquel pueblo y de la tribu de los Cunivos.

CAPITULO XXXI

Como llegaron los padres Jesuitas a San Miguel (1686)

SUMARIO: 1—Narración del Padre Amich. 2—Los Jesuitas en San Miguel. 3—El Padre Ricter vuelve a Laguna. 4—Conducta del joven corista Herrera. 5—Fuente de esta narración.

Como se apuntó en el capítulo pasado, nuestros misioneros se hallaron en San Miguel de los Cunivos con una novedad y una sorpresa, cual era una iglesia levantada, con su campana a un lado de la iglesia, mas unos cincuenta indios bautizados, "sin que precediese alguna disposición ni catecismo", si hemos de creer al padre Amich. El hecho databa de unos pocos meses, y sus circunstancias las siguientes.

Según el padre Amich, los padres de la Compañía de Jesús no ignoraban por aquellos años de 1685 y aun algunos años antes, la existencia de los Cunivos en el río Ucayali. Estos, en sus no interrumpidas piraterías, recorrían dicho río y no desdeñaban las aguas del Marañón y del Amazonas. Era gente, los Cunivos, que sabía moverse a gusto, y era respetada y temida por su poderío, efecto de su valentía.

Como fruto de su vida de corsarios cogían a las demás tribus muchas mantas de algodón, cushmas, plumajes y bandas, e íbanse con el botín con numerosas canoas a Laguna, cabeza de las conversiones de Mainas, poblada por los Cocamas, y trocaban su presa por sal y herramientas.

2—Aunque los padres Jesuitas no ignoraban la existencia de aquella nación cuyo garbo y avilantez era notoria; no llegaron a ir hasta las aguas del Alto Ucayali donde vivían; no porque no lo deseasen en su gran celo y actividad, sino porque distaba mucho de sus misiones ya establecidas, y no tenían operarios en número suficiente para aquella dificultuosa empresa.

Mas por diciembre de 1685 cambiaron las cosas: el 25 de aquel mes llegaron a Laguna unos treinta indios Cunivos para su acostumbrado intercambio; y contaron que unos visitantes de tales hábitos y propósitos, habían llegado donde ellos vivían, hacía cosa de dos lunas; que tomaron posesión de aquello a nombre de su Señor y que levantaron unas cruces. Que les habían hablado de la doctrina cristiana, y que se retiraron para traer más compañeros y quedarse a vivir con ellos.

Con esto conocieron los padres Jesuitas que los religiosos franciscanos les habían tomado la delantera por aquellos regiones. En consecuencia creyeron oportuno usar de su libertad y del salvoconducto que tenían para predicar el evangelio en todos aquellos ríos, e irse hasta aquel punto.

Se agregaron a la caravana de Cunivos el padre Ricter y el joven hermano Francisco Herrera, algunos Omaguas y de éstos dos intérpretes.

Dos meses tardaron en arribar a San Miguel, que fue a principios de marzo de 1686; y valiéndose de los intérpretes, dijeron que ellos venían a ser sus padres, que los instruirían y les darían a conocer al verdadero Dios.

Luego con los carpinteros que traían levantaron sin demora una iglesia, en la cual pusieron un lienzo de San Francisco Javier y una estampa de la Virgen Dolorosa. Agregaron una campana colgada de un palo atravesado.

Para tener título a la posesión del pueblo, no tarda-

Dibujo de los Cunivos [Cesar Diaz Castañeda]



ron en bautizar cosa de cincuenta almas de todas edades y sexos.

A esto se añadió el nombramiento de justicias del pueblo, a usanza de las demás conversiones de la región salvaje, así de jesuitas como de franciscanos.

3—Como al mes de la estadía de los dos buenos misioneros de la Compañía en San Miguel, tropezó el padre Ricter con una dificultad, que consistía en el reclamo que hacían los Cunivos de las herramientas que ellos necesitan y reciben con reconocimiento. Herramientas de que no había hecho provisión el padre Ricter al emprender el viaje. Y como los exploradores franciscanos a más de regalarles aquel artículo, les prometieron mayor cantidad de lo mismo en la entrada próxima, los Cunivos se inclinaban abiertamente hacia los franciscanos, y no sería ninguna maravilla que mirasen con desdén a los solícitos jesuitas.

Esto obligó al padre Ricter a tomar providencias y a moverse. Dejó al joven Herrera que continuase la conversión de aquel pueblo sin moverse de allí; que le acompañarían los dos intérpretes Omaguas; que él iba a Laguna a traer herramientas y otros objetos útiles a los Cunivos; que no tardaría en estar de vuelta. Y en una canoa de Cunivos fuese a Laguna.

4—El joven corista Herrera se halló en plena libertad para emplear sus juveniles ardores en la obra que se le encomendaba. Muy pronto terminó la iglesia y formalizó no poco la enseñanza catequística. Luego quiso orientarse: preguntó a los indios que acompañaron a los exploradores franciscanos cuánto distaba de allí el Puerto de San Luis. Y sabido que sólo había veinte días de navegación río arriba, no resistió a la idea de probar fortuna. Tomó consigo a los dos intérpretes Omaguas, se acompañó con cuatro Cunivos y a principios de junio se embarcó en una canoa.

Alos ocho días de navegación estaban en la boca del río Camarinaguas o Sipiria, que trae su escaso caudal al

Ucayali, cerca de un laberinto de islas y curvas enormes, muy propias para un sistema de defensa natural, en donde la corriente del río hace gala de capricho e indecisión para seguir su curso. Aquí los indios que observaron la canoa del hermano Herrera, se acercaron amistosos a los transeuntes y les preguntaron por el rumbo que llevaban, el motivo que tuvieron para moverse de San Miguel y demás pormenores, en cuya investigación entran los indios de frente y sin embozo.

En el caso se entabló el siguiente diálogo, que tiene las notas características de todos los saludos que hacen los indios de todas las tribus orientales, cuando avanzan hacia los viajeros con cierto aire de buena fe y sincera voluntad.

Los indios dijeron al jesuita: ¿A dónde vas?

Respondió el corista por medio de los intérpretes: "Aquí vengo a haceros una iglesia, luego pasaré adelante, y saldré por el Puerto de San Luis a Jauja y a Lima."

Los indios le replicaron: ¿Porqué has dejado solos a los Cunivos y vienes por acá? Nosotros no te podemos recibir, porque esperamos pronto a los Padres de San Francisco: ellos el año pasado han estado aquí; hace muchos años que conocen estas tierras. Vuélvete a los Cunivos, que si pasas arriba, nuestros enemigos, con quienes andamos en guerras, te matarán".

El jesuita añadió: Pues si vosotros no me queréis recibir, ni que os haga iglesia pasaré adelante, y con esta cruz que llevo amansaré a todos los indios.

Los indios agregaron muecas que significaban incredulidad a la aseveración del jesuita, y éste prosiguió su navegación, con tan fatal destino, que el 19 de junio fue muerto por los Piros, envolviéndolo con los cuatro Cunivos en una lluvia de flechas: los dos Omaguas se arrojaron con presteza al agua: malamente heridos saltaron a una orilla, se curaron las llagas con vegetales que conocían muy bien, y eran muy eficaces; en una balsa que armaron

bajaron a San Miguel, y pasaron noticia de lo acaecido a Laguna, mandando una canoa con Cunivos y quedándose ellos en San Miguel.

5—Este relato, con su punto y su colorido es de nuestro padre Amich, que lo tomó del padre Vital, quien lo recibió por extenso de los Cunivos de San Miguel y en Camarinahue. Varía el colorido y el punto en la narración del padre jesuita Chantre y Herrera, en su **Historia de las misiones de la Compañía en el Marañón español**; aparece allí la empresa del padre Ricter más sosegada y mejor preparada; la conducta del joven Herrera menos infantil y mejor cimentada.

La narración del padre Amich ha sido la corriente en el Perú (1).

De cómo volvieron los Cunivos que fueron a Laguna con la noticia del desastre del hermano Herrera, y consecuencias que de esto se siguieron, será cosa de explicar en el capítulo siguiente.

(1). El padre Chantre consigna varias circunstancias en perfecta armonía con el hecho narrado por el padre Amich: la partida del padre Ricter al Ucayali en enero de 1686; acompañado de una tropa de Cunibos; el sentimiento de los indios Cunibos en un sitio llamado Pachitea porque no les llevó hachas ni cuchillos; la muerte del coadjutor Heredia o Herrera a manos de los Campas en connivencia con los Piros, &. (L. VI, Cap. VIII).

Sin embargo, el historiador jesuita no hace mención del encuentro con nuestros misioneros; y lo extraño es que este encuentro lo remite al año de 1766, época del Virrey Amat. (L. X, cap. XXI).

CAPITULO XXXII

Prudente circunspección de los nuestros

(1686)

SUMARIO: 1—El padre Huerta parte para Lima. 2—Escuadrilla de veinte canoas y sesenta guerreros. 3—El padre Vital llega a San Miguel 4—Emprenden sus labores. 5—Cómo mudó de semblante San Miguel. 6—La consulta y la resolución.

Vimos en el capítulo XXX de este Libro que los padres Huerta y Biedma llegaron con su comitiva a San Miguel de los Cunivos el 4 de setiembre de 1686, quienes pronto quedaron al corriente de lo que significaban las novedades que había en San Miguel: una iglesia levantada por los padres Jesuitas, una campana colgada por ellos, medio centenar de Cunivos lavados con el agua bautismal, el padre Ricter que se fue a traer herramientas, el hermano Herrera que fué víctima de las consabidas venganzas de los Piros y unos intérpretes Omaguas dispuestos a repetir las lecciones del catecismo a los que quisieran oir su recitación.

La disposición de ánimo en que se hallaban los Cunibos era excelente para los nuestros: muy buena voluntad, y aun cierta estabilidad en sus propósitos, por la cual esta tribu varía algo de otras que habitan la región oriental.

Nuestros misioneros entablaron el catecismo y las demás funciones religiosas en forma muy satisfactoria.

Sin embargo se creyó prudente poner en conocimiento de los superiores de la Orden y del Gobierno la situación en que se hallaba San Miguel de los Cunivos: que era conveniente que alguno fuese a Lima y expusiese la verdad de las cosas. Reflexionado sobre la persona que debía ir, convinieron de común acuerdo que lo fuese el mismo padre presidente de la misión Francisco Huerta. Este nombró presidente sustituto al padre Biedma, y salió de San Miguel el 18 de setiembre de aquel mismo año de 1686. Le acompañaban el capitán Bartolomé Beráun, Juan Alvarez, el indio lenguaraz Alonso y el negro Juan Benitez.

2.—Salieron con una escuadrilla de veinte canoas y sesenta indios de guerra, quienes llevaban la resolución de darse al corso, así a la ida como a la vuelta.

A las ocho jornadas, el día 26, se hallaron con dos grandes balsas en que venían el padre Antonio Vital y el hermano Juan Navarrete, que cansados de esperar en el Puerto de San Luis las canoas prometidas, e impacientes por la plaga insoportable de mosquitos, salieron del Puerto como pudieron el día diez de aquel mismo mes de setiembre.

¡Qué deleitable algazara se arma en la soledad verdeante de aquellos ríos, cuando se hallan de sorpresa dos caravanas amigas! Los indios, en estos casos, se dan cuenta de la novedad en un abrir y cerrar de ojos. Desde gran distancia lo anuncian con tono aseverativo, y sin equivocarse dicen: "Mira, ahí vienen padres como tú." Para acercarse lo más pronto posible, los bizarros remeros gallardean con brío acompasado. La sonrisa se pinta en todos los rostros. Los indios callan generalmente, si no se trata de amigos personales y hacen papel de asistentes gustosos a la escena. Los civilizados son los que gritan, los que saludan, los que preguntan; y entrelazando las embarcaciones, se echan los brazos y se miran con satisfacción indescriptible.

Los agrestes indios quedan encantados a la vista de estos cuadros de cariño y amor fraternal, pues para ellos son una novedad.

3—Conversaron y diéronse mutuamente noticias el padre Huerta y el padre Vital, y luego se hubieron de despedir. El padre Huerta dispuso que de las veinte piraguas, cuatro se destinasen a la terminación del viaje del padre Vital, que traía no escaso cargamento, con lo cual el día 29 ya estaban las piraguas en San Miguel.

El padre Huerta tardó de San Miguel al Puerto de San Luis veinticinco días, pues los Cunivos, orgullosos con su no vencida superioridad, pirateaban a gusto, hacíanse con sal y ropa, y no descuidaban coger gente, mujeres y muchachos.

En San Luis les regaló el padre Huerta de lo que le quedaba, y alegres y satisfechos se despidieron.

4—Los misioneros en San Miguel se hallaban perplejos: ignoraban en qué vendría a parar aquella situación anormal, creada por la ingerencia inesperada de los padres de la Compañía. Mas, como por una parte eran muchos, y por otra estaban sanos y provistos de todo lo necesario, resolvieron dedicarse a la tarea de la instrucción de los neófitos y catecúmenos, y esperar que el tiempo y las gestiones del padre Huerta resolvieran el problema. Por el momento había notable voluntad y disposición en los indígenas para abrazar la Religión; los principales e influyentes eran los primeros en someterse, y el curaca Cayabay hacía gala de fineza, no sólo con los Padres, sino también con los militares, distinguiendo a los capitanes españoles.

Esta disposición de ánimo en los Cunivos ¿sería o no inalterable? He aquí una pregunta a la cual, conocida la condición general de todo indígena de nuestro oriente, debía responderse desde luego negativamente. Los indios, aun los Cunivos, son variables; dan preferencia generalmente a las nuevas impresiones; probada la fortuna con

los fraciscanos, no les desagradaría probarla por segunda vez con los reverendos padres Jesuitas.

Pensar otra cosa habría sido engañarse voluntariamente.

5—El día ocho de aquel mes de octubre mudó de semblante todo lo de San Miguel. Este día llegaron los indios Cunivos que bajaron a Laguna a informar de la muerte alevosa del hermano Herrera y de la suerte que corría aquella conversión. Dijeron los Cunivos que los padres Jesuitas estaban ya listos para partir a San Miguel; que tenían adiestrada mucha gente de los naturales y muchos españoles, teniendo a su cabeza al capitán Nicolás Sanchez; que estaban resueltos a avanzar hasta los Piros y Campas, autores de la muerte del llorado misionero; que los destruirían, y luego pasarían a San Luis del Perené, a poblar aquel lugar, donde pensaban poner fragua y cuanto fuese necesario, para los menesteres de los demás pueblos que tuvieran comunicación con aquel puerto. Añadieron que ellos fueron enviados por delante, con orden para los curacas Cunivos de que levantasen dos casas grandes, una de ellas para los padres Jesuitas, la otra para los españoles.

Y no contentándose con los dichos e informes, al día siguiente pusieron las manos a la obra; convocaron gente, empezaron a reunir los materiales para la fábrica de las casas, señalaron el lugar y abrieron los hoyos para levantar los palos derechos.

La idea de la vuelta de los padres Jesuitas fue acogiéndose con agrado por un número crecido de Cunivos; de modo que cuando éstos notaron que aquella vuelta no era mirada con gusto por los nuestros, y que pensaban retirarse, la mayor parte no tuvo empacho en manifestar franco desvío de los franciscanos; y a tanto llegó esto, que aun el servicio que antes se les hacía para su manutención, fue escaseando, y todas las cosas tomaron un semblante nada favorable para ellos.

6—Qué nos hacemos? Esta fue la pregunta que se hicieron mutuamente los misioneros franciscanos y los militares de San Miguel, desde el día ocho. La idea de retirarse no era bien interpretada por los Cunivos: se podía esperar, y de común acuerdo distribuirse el trabajo los unos y los otros. Todos eran cristianos, y debía ser interés común la conversión de los infieles. De esta manera los Cunivos contaran con más elementos civilizadores, con más medios de subsistencia temporal, con más regalos y obsequios .

Mas, por otra parte, ¿cómo esperar la caravana de los padres Jesuitas? ¿Cómo avenirse dos jurisdicciones de lo civil y militar, sin algún roce o desavenimiento, sin algún rompimiento escandaloso?

Religiosos y militares entraron en formal consulta el día diez, para determinar lo que se haría. Cada uno dio su parecer, propendiendo todos a no quedarse.

El padre Biedma les dio una semana para que madurasen su resolución, pues bien veían que el asunto era grave: era mucho lo que se había sufrido, mucho lo que se había gastado, mucho lo que el gobierno de Lima les había encomendado; y no era justo abandonarlo todo sin maduro examen.

El día dieciocho oyeron misa, comulgaron todos, hicieron fervorosa oración y volvieron a juntarse en consejo. Ese día ninguno dudó que era preciso salir: se adujeron varios motivos, pero el principal y decisivo fue el desvío con que eran ya mirados por los indios y que era infructuosa su permanencia allí en aquellas circunstancias.

Se levantó un acta del acuerdo que se tomó, y fue firmado por todos, por lo que pudiera ofrecerse en Lima.

CAPITULO XXXIII

Salen los nuestros de San Miguel: Diario del padre Biedma (1686)

SUMARIO: 1—Convenio de exploración con Cayabay. 2—Treinta buenas canoas y ciento ochenta indios de guerra. 3—De San Miguel a Camarinauhe. 4—Los Cunivos de Camarinauhe.

PARA acordar y organizar la salida de San Miguel, llamaron los religiosos al curaca Cayabay, que conservaba para con los misioneros la misma voluntad que ántes había mostrado. El avisado curaca, que distinguía muy bien el valor de los hombres, estimaba en gran manera al venerable padre Biedma; y por esto creían todos que no se negaría a cuanto éste le suplicase. Cayabay ya era un buen cristiano, y era llamado don Felipe.

El padre Biedma echó sus planes de salida, conforme a sus pensamientos siempre dignos y de un avezado misionero, al propio tiempo de alta utilidad para la geografía. Aquel hombre grande, nacido para explorador y misionero, no perdía el equilibrio y la ecuanimidad aun en los momentos de la contrariedad y del infortunio.

Llamado Cayabay, el padre Biedma le expuso que pensaba salir de San Miguel para dar cuenta de lo hecho al supremo gobierno y volver al año siguiente a continuar la obra. Que de paso podría castigar a los Piros asesinos del misionero jesuita. Oyendo Cayabay que el año siguiente volverían y que se trataba de dar una buena lec-

ción a los Piros sus enemigos, no se negó a la salida; pero con palabra que volviesen al año siguiente. Esta misma condición fue puesta por los demás Cunivos, que no dejaron de alborotarse con la idea de aquella salida. Pues así son los indios: si uno está con ellos y se interesa por su bien, a fuer de niños caprichosos, no estiman la solicitud que con ellos se tiene, y se muestran indiferentes; y si uno los deja, lloran y se lastiman, y preguntan inconsolables: ¿por qué te vas, dejándonos solos?

El padre Biedma halló excelente disposición en don Felipe Cayabay, quien se ofreció a la expedición en persona. El venerable misionero, sabedor de que el poderoso curaca conocía todos los ríos tributarios del Alto Ucayali, del Tambo y del Ene, le suplicó tuviese a bien informarle, durante la travesía, de los nombres de los ríos por donde pasasen, de las tribus y parcialidades que los poblaban. Ofreció hacerlo el buen indio, y como fruto de su información y de la exploración del padre Biedma nos queda el diario que éste escribió, que es la primera descripción que se conoce de aquella zona. En varios afluentes entraron aguas arriba, y vieron los indios que los habitaban y el nombre que les correspondía.

2—Para la salida cundió el entusiasmo entre los Cunivos. Cayabay atentísimo y fino, juntó grande cantidad de víveres, treinta buenas canoas y ciento ochenta indios de guerra. El padre Biedma repartió a los principales, hachas, machetes, cuchillos, y a las mujeres algunas chaquiras.

Se resolvió salir el veinte de octubre; pero no se pudo realizar la salida por la grave enfermedad del alférez Pedro de la Cueva, quien murió el día veintiuno y fue enterrado en la iglesia.

Se salió el día veintidós, oida la misa y recibida la sagrada comunión.

Al abandonar la playa sonaron las bocinas de los indios y los disparos de fusil de los españoles.

Relación exacta de este viaje nos dará el **Diario** del padre Biedma, consignado en su obra **El Perú** por el eminente naturalista Antonio Raimondi, que no dejó de brindar oportunamente sobrios y bien pensados elogios a aquellos abnegados misioneros franciscanos, que supieron engastar en el oro precioso de sus labores apostólicas datos precisos de geografía. Insertaremos aquí el extracto del **Diario** del padre Biedma, con los comentarios de este infatigable viajero en el Perú, quien contribuirá también a hacer luz en los puntos oscuros de aquel itinerario, el primero que poseemos del Ucayali, del Tambo y del Ene.

3—Dice así Raimondi: "El ilustrado padre Biedma, que no desperdiciaba ocasión de prestar algún servicio a la humanidad, se valió del curaca Cayampay, conocedor de todos los lugares y ríos de aquella hermosa parte del Perú, para obtener preciosos datos sobre el río Ucayali y sus afluentes, tomando nota de sus nombres, y formando un escrupuloso diario de su interesante viaje."

"El 22, día de la salida, navegaron unas tres leguas sin que nada ocurriese de particular."

"El 23 continuaron la marcha al amanecer, a una señal que dió el curaca Cayampay con su bocina, a la cual respondieron luego los indios de las demás canoas. Adelantaron 4 leguas y media, pasando delante de la desembocadura de tres ríos, según Cayampay, se llamaba, **Seno, Charataya o Manipaboro;** los dos primeros deshabitados, y el último poblado, a tres jornadas río arriba, por los indios llamados Maspos."

"El 24, salieron de la boca del río Manipaboro, donde pasaron la noche, y después de dos leguas llegaron a la boca del río Taco, que entra en el Paro por la derecha. Subieron por este río unas dos leguas para llegar a un pueblo de los indios Maspos donde hallaron veintiseis casas con unas quinientas almas."

"En seguida bajaron al río Ucayali, donde pasaron la

noche en una isla en frente de la desembocadura del río Taco".

"El día 25 y 26 adelantaron tres leguas cada día sin acontecimiento notable."

"El 27, después de navegar media legua por el Paro, pasaron por la boca del río Sampoya, que afluye por el lado de occidente. En seguida, a dos leguas de este punto, encontraron al río Caniguati, que tributa sus aguas al Ucayali por la margen oriental. La flotilla subió una legua por las aguas de este afluente para llegar a un punto habitado por los indios Amahuacas, donde hallaron doce casas con más de ciento cincuenta almas. Luego salieron nuevamente al Gran Paro, y a la media legua de navegación llegaron a la boca del río Oneano, que entra por la margen derecha, pasaron la noche en una isla grande en frente de la misma desembocadura."

"El 28 no vieron cosa notable, y descansaron en una playa después de haber navegado cuatro leguas."

"El 29 adelantaron muy poco, pues emplearon la mayor parte del día en explorar los ríos que tienen el mismo nombre de **Camarinigua**, de los cuales uno entra en el Paro por el lado de Oriente y el otro por la margen opuesta."

"El 30 siguió la pequeña armada su navegación por el río Paro, llegando después de cuatro leguas a la boca del otro río, que, como los dos anteriores, lleva el nombre de **Camarinigua**, donde hallaron muchos Indios pertenecientes a una parcialidad de los Cunivos, y gobernados por dos curacas llamados Izana y Quebruno."

4—Aquí suspenderemos el extracto de Raimondi, para narrar con algunos pormenores lo acaecido a los nuestros con los indios de Camarinigua o Camarinahue.

Cuando bajó la expedición de los misioneros, con el Padre Huerta de presidente, de San Luis a San Miguel de los Cunivos, se detuvieron algo en este paraje, donde fueron recibidos muy amistosamente y agasajados con be-



Sección del mapa del P. Sobreviela

névola cortesía. Los dos curacas, Izana y Quebruno, pidieron en aquella ocasión al padre Huerta, con reiteradas instancias, que les dejase un religioso para que les instruyese en la doctrina cristiana, que les suministrase el conocimiento de Dios y de su santa ley.

El padre Huerta les respondió que le parecía bien su demanda, que les dejaría un padre, pero que esperasen unos días, hasta que todos llegasen a San Miguel, se instalasen allí, y se conviniese en quién podría ir a Camarinigua. Que mientras tanto **rozasen** el campo para fundar el pueblo y hacer sembríos; que edificasen una iglesia y levantasen una casita para que viviese el Padre. Para el trabajo les dió cuatro hachas y seis machetes.

A todo esto se avinieron gustosos los indios. De modo que en la coyuntura de que hablamos de la llegada del padre Biedma tenían despejado un terreno espacioso, suficiente para una hermosa población, estaba fabricada la iglesia, y construído un galpón para la familia de Izana, y se estaba trabajando en la construcción de otros galpones. El sitio escogido para la población era la ribera oriental del Paro o Ucayali; entre dos ríos, el Camarinigua al norte y el Benonia al sur.

Estos indios eran una parcialidad de los Cunivos, que por haber admitido la alianza con los Campas, cayeron en desgracia del resto de los Cunivos y hubieron de separarse de ellos. Al cabo de algún tiempo volvieron a armonizar ambos grupos y vivían en buena correspondencia.

En la ocasión presente estos Cunivos estaban llenos de entusiasmo; expusieron al padre Biedma, que pues habían cumplido con las condiciones puestas por el padre Huerta, se les cumpliese ahora la palabra que se les había dado.

El padre Biedma entró con gozo al pueblo; fuese a la iglesia, colocó en el altar un lienzo del gran patriarca San José, a quien eligió por patrón y tutelar del pueblo.

Cantaron el **Te, Deum,** hubo repiques de una campana que colocaron en la puerta, y bendijeron las misericordias del Señor.

Aquí pasaron dos días, descansando, recibiendo los cristianos los santos sacramentos de confesión y comunión, y asistiendo devotamente al santo sacrificio de la misa.

CAPITULO XXXIV

San José de Camarinahue: prosigue el Diario del padre Biedma (1686)

SUMARIO: 1—El padre Vital se queda en Camarinahue. 2—Continúan el viaje y la narración de Raimondi. 3—Reparos al Diario del padre Biedma. 4—Un manuscrito de los Misioneros de Ocopa.

El padre Biedma que veía la situación angustiosa en que los había colocado en el Ucayali el avance inesperado de los padres Jesuitas, no sabía a punto fijo qué hacer con los Cunivos de Camarinigua. No se le ocultaba que no podía obligar a ninguno de los misioneros a quedarse en aquel lugar, sin compañía posible de sus hermanos, lejos del centro de las demás misiones de la Orden. Así lo dio a entender.

Mas, no faltó quien diese solución plausible a la dificultad: no faltó un abnegado apóstol que se animase a quedar allí. Este fue el padre Antonio Vital, buen religioso y ardoroso misionero, que había bebido en abundancia del agua saludable de la gracia, en el convento de Santa María de los Angeles de Lima. El padre Vital aseguró al padre Biedma que quedaría gustoso, que no podía resistir a la humilde y ferviente súplica de aquellos indios, que confiaba en la divina Providencia que nada funesto le acaecería.

El padre Biedma y los demás misioneros no se edificaron poco de aquella abnegada resolución. El heroísmo

de la caridad es algo sublime, al cual no puede menos de tributarle alto honor el corazón humano.

El padre Biedma le dejó todo lo que pudo de ornamentos y demás útiles para el santo sacrificio de la misa, hasta que en el verano siguiente se le remitiese nuevo socorro. Se quedó con el padre Vital un soldado andaluz, Juan José de los Ríos, a quien los compañeros surtieron de cuanta ropa tuvieron a la mano.

2—Ahora podemos continuar la narración de Raimondi:

Según él, "el venerable padre Biedma dio a esta naciente población el nombre de **San José de los Cunivos**; de modo que puede decirse que dicha población, situada cerca del río Camarinigua, fue fundada el 30 de octubre de 1686."

"Descansó la expedición entre estos hospitalarios salvajes el último día de Octubre; el 1o. de Noviembre se proveyeron de abundantes víveres; y el día siguiente, después de una tierna despedida de sus compañeros, el padre Vital y el soldado Ríos, y de los pacíficos Cunivos de San José, siguieron la navegación del río Ucayali tres leguas, pasando la noche en una playa cerca de la desembocadura del río Guanaria, que entra por el lado occidental. Según el curaca, a una jornada de camino, marchando aguas arriba por este río, vivían muchos Indios de la Nación Ruanaguas."

"El día tres, después de una legua de marcha, llegaron a la boca del río Coraguania; que está habitado más arriba por los mismos indios Ruanaguas. Una legua más adelante pasaron por la desembocadura del río Epunia, que entra por la margen izquierda y estaba deshabitado. Siguieron la navegación otra legua para pasar la noche en una grande isla de arena."

"El día 4 a las 3 leguas alcanzaron la boca del río Taguanigua, cuyas orillas están habitadas por los Indios Pichabos y Soboybos, hallándose las casas a media legua

de la desembocadura del río. Siguieron su viaje otras dos leguas, hallándose después de la primera, el río Atahuanigua, que entra por la margen izquierda, sin habitantes; y pasada la segunda, el río Coingua que tributa al Ucayali por la derecha."

"El día 5 pasaron, a las 4 leguas, por la desembocadura de los ríos Erereca, Cheopeari, y Chinipú, que entran en el Paro, casi a igual distancia uno de otro y descansaron en una isleta."

"El día 6, después de haber navegado legua y media, pasaron delante del río Guarini, y después de otra media legua, llegaron al río Guanué, tributarios ambos del Ucayali por el lado occidental. Como entre estos dos ríos viven, tierra adentro, los indios Mochobos, emplearon dos noches y un día para reconocerlos."

"El día 8, entraron en una región habitada por los indios Campas, situados en las orillas del río Taypié, al cual llegaron después de haber navegado dos leguas. Otra legua más adelante vieron por la parte oriental el río Casineria, sin gente, frecuentado por los indios Campas, que van a pescar en sus aguas y tienen allí sus chacras."

3—A continuación Antonio Raimondi trascribe un acápite del padre Amich, en la forma siguiente:

"El día 9, dice Amich, habiéndose la armada puesto en marcha río arriba, después de haber adelantado dos leguas, encontraron por la parte oriental la boca del río Paro. Este río viene desde las cordilleras de la provincia de Paucartambo. Don Felipe Cayampay (el curaca), dijo que dentro del Paro había muchas naciones bárbaras, a las cuales muchas veces había entrado a recorrer. Dejaron el Paro a la izquierda, y navegaron por el Taraba, que es mayor y viene de las vertientes del Cuzco, donde se llama Apurímac. Habiendo navegado por el Taraba como tres leguas encontraron la boca del río Enne. Dijo Cayampay que siete leguas Taraba arriba, desde allí, había mucha gente de Comobos y Ruanaguas, que comían carne

humana; y cuando algún indio por ser viejo no sirve para la guerra lo matan y se lo comen. Dejando el Taraba a la izquierda por la parte del oriente, navegaron por el río Enne cosa de una legua. Y habiendo adelantado este día seis leguas, durmieron en una playa. Todas las riberas de río Enne están pobladas de indios Campas, y por este paraje está el río muy ancho y hermoseado con muchas islas de todos tamaños." (1).

"He trascrito, prosigue Raimondi, a la letra este último párrafo de la relación del Padre Biedma, porque no está de acuerdo con los conocimientos que se tienen actualmente de estos ríos. Así se dice, que encontraron por la parte oriental la boca del Paro, río que viene desde las Cordilleras de la provincia de Paucartambo, lo que es inexacto. El río que en aquella época se llamaba Paro, es el que se conoce hoy con el nombre de **Vilcanota,** por tener su nombre en la Cordillera de este nombre, situada en el límite de los actuales departamentos del Cuzco y Puno. Este río es conocido también con el nombre de **Santa Ana**, que es el del productivo valle situado en la provincia de la Convención del departamento del Cuzco."

"En los mapas del padre Sobreviela se designa este río con los nombres de Paro o Beni, nombre que se conserva hasta la confluencia del río Pachitea. Este nombre de Beni parece debido a la creencia que se tenía en el siglo pasado de que el río Beni (afluente del Madera), que baña el territorio de una parte de la actual República de Bolivia, tributaba sus aguas al río Ucayali."

4.—"Pero habiendo reconocido el error en un manuscrito de los misioneros de Ocopa, cuya copia conservo (2), no se indica a este río con los dos distintos nombres

---

(1) Cap. XV.

(2) Noticias Geográfico-Históricas, que manifiestan el estado de las Misiones de Infieles del Río Ucayali, pertenecientes al colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Santa María de Ocopa.

de Paro o Beni, sino con uno solo que reune ambos nombres, llamándose **Parobeni,** el que se define de este modo: "Parobeni: éste que en lengua de los Piros es lo mismo que Río-Paro, nace no muy lejos del Cuzco, y entrando en la Montaña por el valle de Santa Ana, toma su principal rumbo al Norte sin dejarlo hasta entrar en el Marañón, exceptuando en las grandes vueltas que hace en la Pampa del Sacramento. Pierde este nombre en juntándose con el Tambo, y toma el de Ucayali a los 10°33' latitud, y 304°36' de longitud."

"Siguiendo el párrafo de la relación del padre Biedma que he trascrito se dice: "Dejaron el Paro a la izquierda y navegaron por el Taraba, que es mayor y viene de las vertientes del Cuzco, donde se llama **Apurímac.**"

"En la actualidad no se conoce en esta región río alguno con el nombre de Taraba, que podía ser el río Tambo. Pero aun admitiendo que el Taraba del padre Biedma, sea el que se conoce hoy con el nombre de **Tambo,** no puede explicarse lo que sigue, pues se dice que habiendo navegado por el Taraba como tres leguas encontraron la boca del río Ene. Como el río Tambo tiene un curso mucho mayor de tres leguas, y como por otra parte reina todavía gran confusión sobre cuál de los ríos se llama Ene, creo necesario entrar aquí en algunos pormenores, para aclarar la nomenclatura de los ríos de esta importante región."

"En la primera edición del mapa del padre Sobreviela, dado a luz en 1791, por la Sociedad de Lima titulada **Amantes del País,** no aparece el nombre del río Tambo, ni del Ene; y calculando poco más o menos la distancia de tres leguas desde la confluencia del Paro con el río que lleva actualmente el nombre de Tambo, se ve señalado en el punto que correspondería al Taraba, un río que lleva el nombre de las tribus de Indios que habitan sus orillas, que son los Comobos y Ruanaguas; los mismos que en la relación del padre Biedma se dice que habitan el río Tambo 7 leguas más arriba. No cabe, pues, duda de

que el citado río que se nota en la carta del padre Sobreviela es el Taraba de Biedma. En la misma relación se dice que el río Taraba viene de las vertientes del Cuzco, donde se llama Apurímac, que no corresponde, por cierto, al Taraba. Ha habido pues un equívoco en la relación del padre Biedma."

" . . . . En la segunda edición del mapa del padre Sobreviela, publicado en 1830, está señalado el río Tambo con su nombre; y aparece formado por la reunión del río Apurímac con los ríos Pangoa y Chanchamayo . . . . Por último, en otro mapa, hecho por los Misioneros de Ocopa, y del que conservo una copia, tomada del original que poseía el Señor D. Manuel Amez, gobernador de Andamarca aparece con el nombre de **Eni,** el río formado por la reunión del Apurímac con el Mantaro."

"De lo dicho resulta que el río Chanchamayo con el Paucartambo forma el río Perené, el que recibe más abajo también las aguas del río Pangoa. De la reunión del Apurímac con el Mantaro se forma el río Ene y de éste con el Perené resulta el Tambo; el que, a su vez, se junta con el río Santa Ana (1) para formar el Ucayali, que reunido con el Marañón forma el caudaloso Amazonas."

(1). Hoy **Urubamba.**

CAPITULO XXXV

Terminación del Diario y fin del viaje

(1686)

SUMARIO: 1—Sigue narrando Raimondi: del 10 de Noviembre al 12. 2—Del 13 al 17: muerte del curaca Santabangori. 3—San Luis del Perené. 4—Elogios de Raimondi al padre Biedma.

AUNQUE resulta algo monótono el diario del padre Biedma y el correspondiente extracto del naturalista Raimondi, no dejaremos de continuar trascribiéndolo, pues su importancia geográfica es indiscutible.

"Volviendo, dice Raimondi, a la relación del viaje del padre Biedma, es preciso tener presente que lo que llama río Enne, corresponde al río Tambo de hoy."

"El día diez de Noviembre siguió la pequeña armada su navegación en las aguas del río Tambo que, como he dicho, el padre Biedma llama Enne, pasando después dos leguas de marcha por la boca del río Charamaná, habitado por los indios Campas, y entra por el lado de Sureste. A una legua más adelante de la confluencia de este río, vieron otro llamado Samarini, que tributa al Tambo por la margen izquierda, y pasaron la noche en su desembocadura."

"El 11 anduvieron 4 leguas, en cuyo trayecto vieron dos ríos, **Poconi y Chimbo**, ambos poblados de Campas, y que desaguan en el Tambo por el lado del Sur, esto es, por la margen derecha."

"El día doce, siguiendo siempre la navegación del río que hoy se llama Tambo, pasaron por la boca de varios tributarios que son el Omiagu, el cual entra por el lado Sur, a una legua del punto donde habían pasado la noche; el Mayapu por la misma margen a una legua más adelante, habitado por los indios Campas; el Puyeni, que también entra por el lado del Sur, a legua y media del anterior, y está poblado de indios Piros, los que tenían un pueblo ocho leguas al interior; por último, siguiendo la navegación por otra legua y media, vieron los ríos Chomo y Xeni, que desembocan por el lado del Sur y tienen sus orillas habitadas por los Campas."

2—"El 13 de Noviembre salieron de una playa donde habían pernoctado, y después de haber seguido su navegación aguas arriba por el Tambo, llegó la flotilla a la desembocadura del río Anapati, habitado por los Piros. En este río, según la relación del padre Biedma, había sido muerto por los infieles Piros, el Jesuita compañero del padre Ricter: y los Cunivos que acompañaron al padre Biedma. so pretexto de vengar dicha muerte, penetraron hasta el interior, haciendo una correría, en la que pereció a sus manos el curaca de los Piros, llamado Santabangori."

"El día siguiente, 14 de Noviembre, salió la expedición de la desembocadura del río Anapati, donde habían pasado la noche, después del combate con los Piros, y prosiguiendo la navegación por el río Tambo dos leguas, vieron el río Samini, que entra por el lado del Norte y cuyas márgenes están pobladas por los infieles Campas. De la boca de este río anduvieron otra legua, para descansar en una playa."

"El día 15 continuaron su viaje por el Tambo, que en la relación del padre Biedma se cita siempre con el nombre de Ene; pero desde este punto la navegación se hizo mucho más difícil, corriendo el río Tambo, en esta parte, muy encajonado entre cerros y ofreciendo también algunos malos pasos. Anduvieron este día 5 leguas, al cabo

de las cuales llegaron al río Mazarobeni, que entra por el lado del Norte, y en cuya desembocadura pasaron la noche."

"El 16 se pusieron en marcha muy temprano, y después de una navegación de 7 leguas, llegaron al punto donde toma su orígen el río Tambo, esto es, a la confluencia del Perené con el Ene; pues, como se ha dicho ya, en el día se da el nombre de Tambo al río formado por la reunión de estos últimos."

3—"El 17 dejaron el río principal, es decir, el Ene, que a su vez está formado por la reunión del Apurímac con el Mantaro, y continuando la navegación en las aguas del Perené, llegaron después de dos leguas al Puerto de San Luis, el que se hallaba situado en la desembocadura del río Pangoa en el Perené."

"Aquí se separaron los religiosos de los indios Cunivos, quienes bajaron a su pueblo de San Miguel; y siguiendo, los primeros el camino por tierra el día 18, llegaron el 23 a San Buenaventura de Savini, que era el lugar de residencia de los Misioneros de las conversiones de las Montañas del Pangoa."

4—"Por el diario de esta célebre expedición, continúa Raimondi, se ve que el entusiasta y activo padre Biedma, aunque no ha sido el descubridor del río Ucayali, es sin embargo el primero que ha dado una relación detallada de este río y del Tambo; haciendo conocer por sus nombres los numerosos tributarios, indicando el lado por dónde desaguan, y las tribus de indios que habitan sus orillas."

"Por sus trabajos se tiene el conocimiento de que el río Ucayali, que llamaban Paro, no ofrece obstáculo alguno a la navegación, y que el río Tambo que designa con el nombre de Enne, según la suma de las distancias en su diario, tiene unas treinta leguas de curso; y aunque no presenta serios peligros a la navegación en las primeras le-

guas, corre encajonado entre cerros con algunos malos pasos."

Con la honrosa mención que acabamos de trasladar termina Raimondi la trascripción del **Diario** del padre Biedma, merecido encomio para aquel incansable misionero, que en efecto denominó con sus nombres los numerosos tributarios que aportan sus aguas al Ucayali.

CAPITULO XXXVI

Celo y viajes del padre Vital

(1686-1687)

SUMARIO: 1—Cariño de los Camarinahues al padre Vital. 2—El padre jesuita Juán de Casas. 3—Bautiza el padre Vital. 4—Salida frustrada. 5—Viaje por Cajamarca.

El padre Vital pasó días muy deliciosos entre los Cunivos, Camarinahues: le cobraron mucho amor y entrañable voluntad, y estaban dóciles a su enseñanza y amonestaciones.

El cariño llegó a extremos que son propios de los indios, infantiles, así en el amor como en los recelos. Era el caso que, viéndose el misionero en aquel aislamiento y soledad, quiso desde los primeros días bajar a San Miguel, para desahogarse con los conversores jesuitas, orientarse en los puntos dudosos que siempre ocurren en las misiones, y darse cuenta de la suerte que corría en aquel centro de salvajes poco asequibles para los misioneros procedentes de Lima, y nunca del todo seguro de sucesos lamentables. Aunque lo deseó, no lo pudo realizar, por no permitírselo los indios, temerosos de que se quedase en San Miguel o se retirase de aquellas comarcas. Los días que lo determinó hacer, a pesar de la resistencia de los indios, se vió burlado, pues le escondían las canoas, sin las cuales era imposible moverse.

2—En el mes de noviembre tuvo el gusto de verse con el padre jesuita Juan de las Casas, compañero del padre

Enrique Ricter, recientemente venido de Laguna. El padre Ricter lo enviaba con cinco canoas y treinta indios de Laguna a reconocer el río Paru o Ucayali, lo mismo que el Tambo, la confluencia del Enne y el curso del Perené, hasta la del Pangoa. Le encargaba además el padre Ricter que del Puerto de San Luis del Pangoa, saliese por la Montaña a Jauja, bajase a Lima, e informase al Virrey del estado que tenían las cosas en el Ucayali.

Se detuvo el padre Casas en San José durante algunos días, departió con el padre Vital sobre su salida, y emprendió su dificultoso viaje, aguas arriba, en el mes de noviembre, época de grandes crecientes, en que el caudal de agua que lleva el Ucayali es grande, mucha su extensión en aquellos anchurosos lechos de arena, interminables las curvas, repetidos los torbellinos, y un conjunto de dificultades que sólo el indio acostumbrado al manejo incesante de la frágil piragua puede superar.

Cuando se aproximaron al río Huanini o Unini, se convenció el misionero de que no podía continuar el viaje; que los indios Mochobos del Unini se habían dado cuenta de su presencia en aquellas aguas; que eran los Mochobos más numerosos que ellos, mejor provistos de armas, el torrente del caudaloso río a ellos favorable, y que no se podía pasar sin derramamiento de sangre.

De resultas de esto dió vuelta al pueblo de San José, tornó a descansar allí; los Conivos le proveyeron de bastimentos en abundancia, y bajó a San Miguel a dar cuenta de lo acaecido. El padre Ricter quería a todo trance que en Lima se supiese lo actuado en aquellos ríos, y remitió al padre Casas a Laguna para que de allí se avisase a la capital del virreinato.

Se ejecutó como lo deseaba y ordenaba el padre Ricter.

3—El padre Vital durante aquel invierno catequizó a los Conivos, aunque no se animó a bautizar sino a cuarenta niños y a siete adultos en artículo de muerte.

4—A mediados de abril de 1687 vino a turbarlo todo una serie de falsas noticias, sobre que los Piros habían muerto a todos los misioneros y acompañantes españoles que partieron en noviembre del año próximo pasado. Para cerciorarse de la verdad no le quedaba al padre Vital otro remedio que moverse de Camarinahue; afrontar los peligros hasta San Luis del Perené, y ver si era posible la comunicación con Chavini, y si podía esperar socorros de Lima, sin los cuales no podía permanecer en San José. Alistó cuarenta indios y ocho canoas; entregó todo lo perteneciente al culto al curaca Izana, encargándole con encarecimiento su custodia y buena conservación, y con el soldado Juan José de los Ríos salió de San José el seis de mayo de aquel año de 1687.

En diez días de navegación sin descanso, venciendo la corriente, avanzaron hasta el Tambo sin novedad; mas, una mañana, una canoa que iba siguiendo las sinuosidades de la ribera, fue atacada repentinamente por una partida de Piros emboscados, que dejaron caer buen número de flechas sobre la caona. En ella iba el militar Juan José, que aunque protegido por el coleto que usaban en la época los españoles, fue herido malamente en el pecho, lo mismo que varios de los que dotaban la canoa.

Juntáronse todas las canoas de los nuestros, saltaron todos a tierra bien armados, huyeron los Piros; y no hubo más peligro, y si sólo el cuidado de sacar las flechas metidas en la carne y curar las heridas por los métodos que los indios conocen.

5—Con este hecho acabó de persuadirse el padre Vital de que era verdad todo lo que se dijo de la muerte de los misioneros; y no sin apresuramiento e inquietud, volvió al pueblo de San José. No quiso quedarse aquí, sino salir por las conversiones de los padres Jesuitas; y a fines de mayo bajó a San Miguel de los Cunivos y confirió con el padre Enrique Ricter la determinación que había tomado. Este ilustrado misionero creyó conveniente acom-

pañarse con el padre Vital y salir él también del Ucayali a Laguna. A primeros de junio de 1687 salieron ambos en cuatro canoas de Cunivos; mas al segundo día de madrugada, el padre Ricter tomó la delantera en tres canoas, dejando al padre Vital y su compañero en una canoa con seis indios.

En esta navegación, que duró 18 días en las aguas del Ucayali, no vio el padre Vital cristiandad ninguna que hubiesen formado los padres jesuitas, ni tribu de indios reunidos en gran número. Sólo un día hallaron unos cuantos indios pescando, que apenas vieron la canoa de los Cunivos huyeron, menos un muchacho que no pudo ganar a tiempo el bosque, y fue apresado por los Cunivos, quienes tenían pensamientos de quitarle la vida, y lo hubieran así ejecutado a no haber intervenido el padre Vital, quien lo rescató por un machete, lo llevó consigo, le instruyó, le bautizó durante el viaje en Cajamarca, y fue su asiduo compañero.

A los dieciocho días saludaron el río Amazonas; luego surcaron las aguas del Marañón, y en cosa de seis días llegaron a la boca del Huallaga, y con un día de navegación arribaron a Laguna, cabeza de las conversiones de Mainas a últimos del mes de junio. Aquí se hallaba ya con sus hermanos el padre Enrique Ricter, a quien formuló nuestro padre Vital amorosa queja, por haberlo dejado solo, entregado a seis bárbaros, que a las veces le quisieron matar (1).

---

(1). El padre Amich agrega que desde esta fecha no habían vuelto los jesuitas a los Cunivos; pero para decirlo así no debió estar suficientemente informado: pues los narradores de la Compañía suponen que el padre Riechter trabajó en el Ucayali durante diez años; que compuso vocabularios en idioma cunivo, piro y hasta campa; y que fue muerto el año 1697 por el cacique de los Cunivos. (Véase **La Misión del Napo, XVI**).

Ocho días pasó el padre Vital con los padres de la Compañía en Laguna, y a primeros de julio emprendió su viaje a Moyobamba. Se detuvo durante la travesía en los pueblos de tránsito, pues los padres jesuitas no visitaban aquellos pueblos menores sino una vez al año. Visitó las conversiones de Jeveros, Cocamillas, Moyorunas, Otanavis y otros; notando que el número de misioneros era muy escaso, para tantos puntos como abrazaban las misiones de Mainas.

El padre Vital hizo un próspero viaje a Lamas en canoa, a Moyobamba, Chachapoyas y Cajamarca por tierra; descansó aquí y escribió a los prelados, dando noticias de lo acaecido en las misiones del Ucayali. De Cajamarca se encaminó a Lima, completando el primero el círculo de navegación y viaje, entrando a la Montaña por Andamarca, siguiendo el Ucayali, el Marañón y el Huallaga, y recorriendo las montañas de Moyobamba, Chachapoyas y Cajamarca, para caer en la costa y volver a Lima.

CAPITULO XXXVII

Martirio del venerable padre fray Manuel Biedma y sus compañeros

SUMARIO: 1—Arreglo con los padres Jesuítas. 2—El padre Biedma vuelve al Ucayali. 3—Martirio con muerte alevosa. 4—Mirada retrospectiva.

El lector recordará los hechos que dieron lugar a la entrada de nuestros misioneros a San Miguel de los Cunivos, sito en el río Ucayali, no lejos de la desembocadura del Pachitea, con dirección al Sur. Que allí entraron en 1685 el hermano donado Pedro Laureano, que poseía admirablemente las dos lenguas, campa y mochova, el terciario Juan de Navarrete, y un buen gallego, Juan Alvarez. Que estos trajeron muy buenas nuevas, como fruto de su expedición, garantizando que aquellas regiones y sus moradores ofrecían perspectivas halagadoras a los progresos de la Religión y del Estado. Que de este hecho se informó ampliamente al virrey en Lima, donde se dispuso la evangelización de los Cunivos en forma oficial y bajo los auspicios del Gobierno.

Al efecto se ordenó que los misioneros fuesen acompañados del capitán Francisco Rojas y Guzmán, con doce soldados y dos negros, agregándose voluntariamente a la expedición los capitanes Francisco de la Fuente y Bartolomé Beraún.

La Religión Seráfica también echó mano en aquella

ocasión del mejor elemento que tenía para empresa tan dificultosa.

Hemos visto en este libro que la dificultad más seria con que tropezó la expedición para llevar a término sus proyectos de evangelización, fue el encuentro con los padres jesuitas, y que los nuestros, siguiendo los dictámenes de la prudencia, resolvieron retirarse, para no dar margen a un conflicto que pudiera resultar poco edificante para los indios a quienes se quería civilizar.

Terminada la expedición con las circunstancias útiles consignadas por el padre Biedma en su **Diario**, y llegados felizmente los expedicionarios a San Buenaventura de Savini, hubo desde luego aquel júbilo y alegría que se deja colegir, al hallarse y abrazarse los hermanos y los amigos, después de una empresa tan arriesgada; habiéndose asociado en aquella coyuntura al general regocijo toda la indiada de la conversión.

En San Buenaventura descansaron todos, incluscs los militares, como un mes, creyendo que tal vez les llegaría de Lima la determinación de lo que habían de hacer; mas cerciorados de que esto no se realizaba, se resolvió que el capitán Francisco Rojas y Guzmán bajase a Lima e informase al Virrey de lo acaecido y actuado.

Hecho lo cual, ordenó el virrey que la tropa se retirase del territorio de las misiones, y los conversores permaneciesen en Savini hasta nueva orden.

Cuando el padre Comisario General de la Orden fray Félix de Como, pudo formar una idea cabal de los acontecimientos de San Miguel de los Cunivos, por los informes dados, así del capitán Francisco Rojas y Guzmán, como de los religiosos que allí intervinieron; creyó necesario que el punto fuese esclarecido y resuelto en Lima ante el Virrey, para saber a qué atenerse en lo futuro. Presentados los alegatos por ambas partes, y después de maduro examen, hubo acuerdo el día 24 de abril de 1687, aprobando el **statu quo** en que quedaba San Miguel al retirarse los

franciscanos: de modo que los padres jesuitas de la provincia de Quito no pudiesen avanzar en el Ucayali sino hasta el punto de San Miguel, renunciando a su plan de avanzo en el mencionado río a la confluencia del Ene y Perené; y que los religiosos Menores tuviesen por límite de su acción evangélica el mismo punto de San Miguel que se hallaba al cuidado de la Compañía. Según el dictamen del Tribunal, se resolvió: "Señalar a los Padres de la Compañía de Jesús de la Provincia de Quito, por distrito y término de sus misiones, hasta el pueblo de los Cunivos inclusive, río arriba, sin que puedan pasar adelante, y desde dichos Cunivos, río abajo hacia el norte, todas las naciones que hallaren; y a los Padres de San Francisco desde el pueblo donde hicieron entrada, río abajo, hasta dichos conibos exclusive, y que unos y otros se contengan en los distritos que se señalan, y se excusen competencias, que son las que ordinariamente impiden las conversiones, y se dé noticia a la Real Audiencia de Quito para que no se haga novedad."

Este acuerdo por la parte que favorecía a los padres jesuitas resultó inoficioso; pues los padres de la Compañía, que establecieron la misión de los Cunivos mencionados, con una gran solución de continuidad entre ella y sus centros misioneros del Marañón, no se vieron en la posibilidad de mantenerla sino por poco tiempo, y luego de hecho la abandonaron; de modo que en las entradas que los maestros hicieron mas tarde en el Ucayali por el río Manoa, no hallaron vestigios de la evangelización de los padres jesuitas, quienes se contentaron con la misión de Nauta en las bocas del Ucayali, y emplearon su abnegado celo y su prudente sistema de conversiones en los anchurosos territorios de Mainas (1).

---

(1) "No ignoraban estos religiosos (los franciscanos) que el Uca-

Por el contrario, el avance por todo el río Ucayali resultaba natural a nuestros misioneros; y de hecho progresaron en años posteriores y llevaron su apostolado a todo el río Ucayali, en donde fundaron los centros más afamados de misiones, como Sarayacu, Tierrablanca, Contamana y Cashiboya.

2—Respetando el acuerdo, el padre comisario general dispuso que se fundase un pueblo y se estableciese una misión, con el nombre de San Francisco Solano, en un punto entre el Tambo y el Ucayali; designando para aquella empresa, tal vez la más arriesgada que han acometido los misioneros, al venerable padre Biedma, ya por muchos títulos ilustre.

Juzgo que ni la autoridad política ni los superiores de la Orden pensaron con la debida detención en el peligro a que se exponían los misioneros al entrar en aquella coyuntura al río Tambo, cuyas márgenes estaban dominadas por los indios Piros, irritados y ansiosos de venganza. Los hechos que no tardaron en realizarse, así lo comprobaron.

Se puso en manos del padre Biedma una limosna con que proveerse de lo necesario. Y desde San Buenaventura de Savini, donde se hallaba, ordenó las cosas de modo, que el padre Antonio Vital, a quien suponía en Camarinahue,

---

yali había sido en otro tiempo misión de jesuitas; pero viendo la mies desamparada por tantos años, presentaron un memorial al virrey de Lima pidiendo facultad y licencia para internarse por este río. Procedieron en esto con moderación y arreglo . . . Preguntó el virrey al procurador de los jesuitas, que a la sazón era el P. Ignacio Falcón, si sería en perjuicio de las misiones de la Compañía la entrada que pretendían los padres de San Francisco. Respondió el padre prontamente que podían entrar aquellos religiosos, porque los jesuitas, tenían harto a qué atender en las tierras más bajas y el número corto de misioneros no daba lugar a subir a las alturas de Ucayali (**Chantre y Herrera, L. X. Cap. XXI.**)

fuese socorrido y no faltase lo necesario a la fundación proyectada.

3—Teniendo ya disponibles las herramientas, fragua, ornamentos, vino para la misa, trigo y bastimentos, emprendió la marcha el eximio misionero y apóstol, acompañado de los padres sacerdotes fray Juan Vargas Machuca y fray José Soto, del religioso lego fray Pedro Alvarez, y del hermano donado Pedro Laureano, tan beneméritos por sus abnegados servicios a la misión, un muchacho de seis años apto para el servicio doméstico, un negro, a quien ya conocemos, Juan Benites, y varios indios cristianos.

Entre los expedicionarios no figuraban ni indios de guerra ni militares españoles, y esto fue sin duda una omisión lamentable.

A principios de julio de aquel año de 1687 ya estaban los mencionados misioneros en el puerto de San Luis. Luego acomodaron todo lo que llevaban en las dos canoas que con este intento dejó allí el cacique Cayabay; y se embarcaron río abajo.

Sería en la segunda o tercera jornada cuando cayeron en una emboscada, donde la lluvia de flechas no dejó con vida a ninguno de los viajeros.

Así acabó bruscamente la vida benemérita del Padre Biedma, virtuosísimo religioso, abnegado y obediente hasta el heroísmo; hombre de un vigor de atleta y explorador incansable. Aquella inmolación de la vida, en la oscuridad de un río solitario, en defensa de la fe, por la propagación del Evangelio y por extender la Religión, era digna recompensa a un varón apostólico, que infinitas veces había hecho entrega de su ser en las aras de un celo ardoroso e incontenible.

Mártir de Cristo, héroe de mérito acrisolado: ruega por tus hermanos, para que no desdeñemos seguir tus huellas gloriosas.

Andando los días se supo que los agresores fueron los indios Piros, Simirinches y Cunabus, que habitan la mar-

gen derecha del Tambo, pasada la confluencia del Ene y Perené. Hicieron esta venganza los Piros, furiosos sin duda por el desastre que padecieron el año anterior, en que españoles y Cunivos se unieron para hacer en ellos un escarmiento. Golpe fatal fue este para la provincia de los Doce Apóstoles. Con él se perdió también la conversión de San Buenaventura de Savini; pues aun allí entró el terror pánico, y los conversores se creyeron inseguros y los indios fuéronse a sus montes.

Casi siempre el que da estabilidad a esta clase de empresas suele ser un hombre más o menos genial, en quien depositan su confianza los que cooperan con él, y que de cohesión mútua a los ánimos. Faltando ese hombre, es fácil que se desmorone y derrumbe la más hermosa fábrica, antes tan vistosa y atrayente.

Esto sucedió en Savini, muerto el padre Biedma y sus buenos colaboradores.

4—Antes de poner término a este volumen, quiero que el lector dé una ligera mirada a los caminos recorridos por los misioneros.

No habrá olvidado el lector que en las misiones denominadas de Panatahuas, descritas en el primer libro, además de explorar buena parte del Huallaga, se avanzó hasta el gran Paru o Ucayali. recorriendo así mismo varios de los grandes afluentes que llevan sus aguas a aquel afamado río, y que nacen en las alturas que determinan el **divortium aquarum** de los ríos que rinden sus caudales al Huallaga.

Entre los esforzados misioneros que allí figuraron, en puestos más dificultosos y arriesgados, fue uno el padre Biedma. aunque no por mucho tiempo, pues luego fue llamado por los superiores para abrir y franquear a la Orden otras regiones, cooperando ardorosamente con otros misioneros empeñados en las mismas empresas.

A este mismo incansable religioso vemos en las misiones del Cerro de la Sal, en las de Pangoa y luego en la

expedición a San Miguel de los Cunivos, en el Ucayali. En su actuación de misionero, procediendo con espíritu paternal y evangélico, no descuidó la extensión geográfica, a costa de fatigas que sólo él pudo arrostrar.

Un hombre de su talla, aunque se oculte bajo el amable manto de la modestia y de la humildad, resulta el alma de las empresas, el apoyo más seguro para la perseverancia en las mismas, y garantía de éxito y de victoria.

Además, complace recordar que el padre Biedma no es el único misionero benemérito que ha concurrido al teatro de las misiones: simultáneamente hemos visto llegar, trabajar y sacrificarse toda una pléyade gloriosa de sacerdotes y legos de la Orden, en cuyos pechos ardía la sagrada llama de la caridad de Jesucristo y el celo más puro y acrisolado, aún para dar la vida por sus hermanos.

En cuanto al éxito obtenido en beneficio de los salvajes, indudablemente no es lo que desea el celo apostólico; y más aún, queda herido el amor propio, cuando a tan inmensas fatigas corresponde un fruto nada pingüe.

Pero esta es la historia que se repetirá durante los tres siglos de misiones que vamos a describir: muchas fatigas y escaso botín; el heroísmo del misionero que sucumbe y la barbarie indígena que triunfa; el héroe misionero que sucumbe con gloria perdurable, y la barbarie del indígena que triunfa para su mal; la solicitud de apóstol que multiplica amorosas industrias para ganar el alma del indio, y la indolencia del indio que deja frustradas todas las espectativas del abnegado apóstol.

Esto es lo acaecido en todo lo narrado en las páginas que preceden, y lo mismo irá sucediendo en todo lo que ha de ser materia de esta relación histórica.

Y Dios dará constancia a sus ministros, para que no decaigan de ánimo en la ingrata y dura tarea, por lo que tiene de provechosa a los hombres por quienes se sacrifican, y más provechosa para sí, por la corona de inmortalidad que con sus fatigas van labrando.

LIBRO CUARTO

Hechos y costumbres de los Cunibos

MOTIVOS DE LA PUBLICACION DE ESTE CUARTO LIBRO

Por los años de 1910 y 1911, al realizar mi viaje de estudio por el río Ucayali, con el propósito de formar alguna idea del escenario en que figuraban los personajes de mi historia, y en los días que permanecí en la vecindad de la desembocadura del río Pachitea, tuve la suerte de tratar con un amable joven, César Díaz Castañeda, que residía en aquellas comarcas durante no pocos años, viviendo en santa paz y armonía con los indígenas del lugar, especialmente con los Cunibos.

El mencionado joven tuvo la bondad de ofrecerme para mi narración histórica, una relación de los usos y costumbres de los Cunibos, que aun en la actualidad allí existen en gran número, lo mismo que de sus tradiciones históricas y de su mitología: todo lo cual pudo él averiguar detenidamente en las charlas familiares que con ellos tenía, charlas que son tan placenteras al final de un día caluroso, a la brisa vespertina, que suele acariciar las riberas del Ucayali, mientras las corrientes de este río se deslizan con escaso murmullo, serenas y copiosas, en busca de estabilidad en el anchuroso Amazonas y en el Océano inmenso.

El bondadoso joven cumplió su oferta muy galantemente, brindándome con los preciosos apuntes que había reunido, viniendo personalmente a entregármelos en la tranquila mansión de este convento de Santa María de los Angeles de Lima.

Yo he creído de verdadera utilidad agregar a mi relato, al final de este tomo primero, aquellos apuntes, de-

dicados especialmente a los Cunibos, de quienes se acaba de hablar en el Libro III del volumen.

Con la descripción del joven Castañeda, que relata la condición actual de los Cunibos, verá el lector la suerte que corren nuestras tribus orientales, en materia de educación religiosa, a pesar de las labores del misionero, dedicadas a su regeneración espiritual, durante prolongados años y en varios siglos.

Generalmente hablando, el indígena de las selvas ha pasado del ambiente de moralidad, creado por el misionero en derredor suyo, a la atmósfera de indiferentismo, producida por el comerciante, que no quiere en el indígena sino un medio de enriquecerse. Llegado este caso, que suele presentarse en la etapa de la primera formación religiosa del indio, éste ya no progresa en el camino de su cultura moral; por el contrario, reasume en buena parte sus antíguas costumbres paganas; la superstición vieja se sobrepone a la nueva fe, poco arraigada; y llega a ofrecérsenos ese espectáculo triste, pero general en las márgenes del Ucayali y en otras regiones orientales, esto es, el indígena semicivilizado, fluctuando entre la influencia santificadora del sacerdote y la acción deprimente del logrero sin religión, que no rinde culto sino a las ganancias.

La descripción que verá el lector en las páginas que siguen, pondrá delante de sus ojos la abyección a que reduce la superstición y el error ,aun a tribus tan morigeradas como la de los Cunibos.

También se dejará ver que las tradiciones cunibas de carácter histórico, que en esa descripción aparecen, se hallan en perfecta armonía con los acontecimientos narrados en el Libro primero de este volúmen, que se refieren a una anterioridad próximamente de tres siglos, respecto a los Shipibos o Calliseças, a sus guerras y espíritu dominador en los campos orientales.

LIGEROS APUNTES HISTORICOS

SOBRE LOS INDIOS CUNIBOS

Para el Reverendo Padre

FRAY BERNARDINO IZAGUIRRE

MASISEA

1912

LIGEROS APUNTES HISTORICOS SOBRE LOS INDIOS CUNIBOS

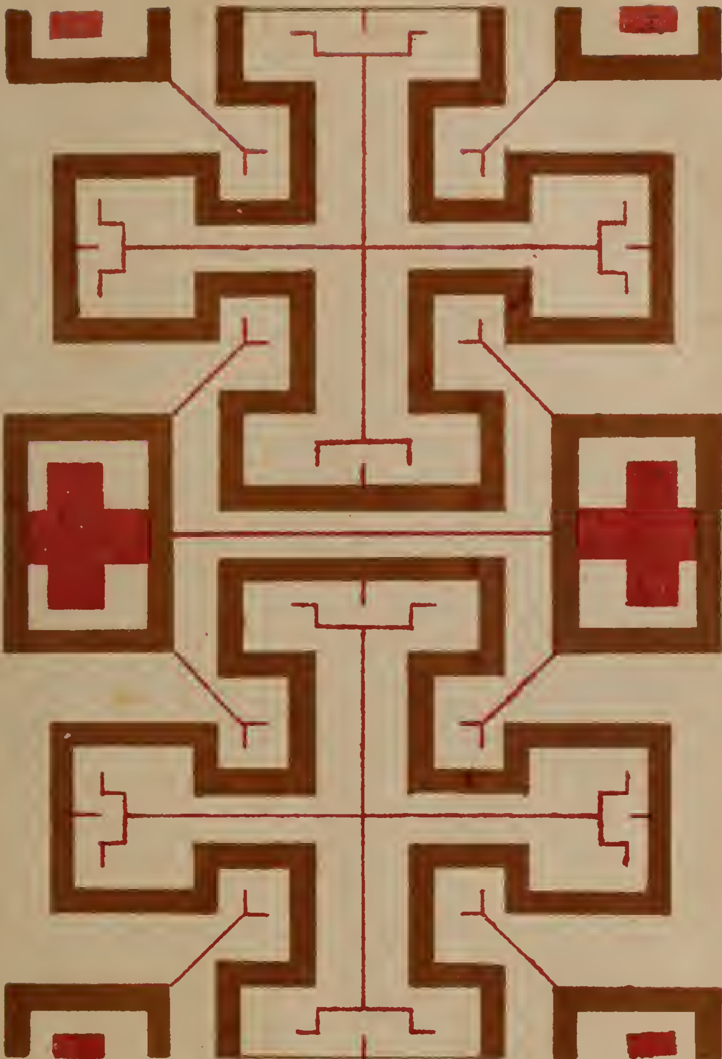
INTRODUCCION

Parece que en tiempos anteriores las márgenes del Ucayali fueron pobladas por una tribu inmensa, que bajo la denominación de **Cunibos,** llegó a dominar esta región, desde la quebrada de Tahuanía hasta la desembocadura del Tapiche; posteriormente nuevas invasiones o cismas de la misma tribu fueron arrollando hacia el Alto Ucayali a los Cunibos propiamente dichos, quedando, no obstante, su idioma y sus costumbres en los lugares de donde fueron desalojados. La invasión de los **Shipibos**, ocurrida más o menos ahora trescientos años, parece demostrar evidentemente esta suposición; pues aseguran éstos que tuvieron que luchar con los Cunibos para establecerse en el Ucayali, y que destruyeron un convento de religiosos, no pudiendo precisar si fue en el mismo Ahuaitía o en sus inmediaciones. También es notable el hecho de que los montes, los ríos, los lagos y hasta los lugares habitados desde la antigüedad en esta comarca tengan nombre cunibo; Por ejemplo **Contamana,** significa en cunibo **monte de las palmeras**; **Iparia,** (antes Ispanó) se traduce: **barranco amarillo; Puinahua: huella del domonio; Capuesinaya: lago del lagarto bravo; Camauasi** (en el Pachitea) , **isla de la paloma**; y finalmente, conocida la tendencia de las tribus primitivas de apellidarse con el nombre de algún animal, vendremos a la conclusión de que las palabras **Cashibo, Shipibo,** no son sino modificaciones de los nombres cunibos **cshi-bu,shipi-bu**, que quieren decir: **los murciélagos, los micos.** Todo lo cual parece comprobar que los Cunibos impusieron su idioma en toda esta región.

INVASION DE LOS SHIPIBOS

ANTIGUAMENTE los Cashibos en gran número ocupaban ambas márgenes del río Pachitea, pero hostilizados constantemente los de la margen derecha por los Campas del Gran Pajonal, que bajándose por la cadena de Iparia, les hacían sangrientas correrías, resolvieron pasarse a la margen izquierda; mas, como allí fueron también muy mal recibidos por los de este lado, se vieron obligados a emigrar hacia el Alto Ahuaitía, ocupado entonces por los Shipibos; éstos se levantaron en armas para defender su territorio, trabándose encarnizada lucha; mas era tal la superioridad numérica de los Cashibos, que vencidos los Shipibos en varios encuentros, fueron derrotados completamente, viéndose obligados a retirarse en masa hacia el Ucayali, perseguidos de cerca por un buen número del implacable vencedor. Llegados ambos ejércitos al Ucayali, acamparon en una extensa playa de la margen derecha, frente a la boca del Ahuaytía; los Cashibos plantaron al lado Norte su **Maspú** (tiendas de campaña que construyen con hojas de caña), y los Shipibos al Sur, ocultos entre el matorral, se ocuparon día y noche hombres, mujeres y niños en hacer flechas y más flechas; en tres días habían hecho gran cantidad de ellas, y al amanecer del cuarto día atacaron furiosamente a los Cashibos, obteniendo tan sangrienta victoria, que no quedó en el campo un solo vivo, que fuera a avisar a sus compañeros la derrota.

Libres ya los Shipibos de sus perseguidores, y envalentonados con la victoria, la emprendieron con los pacíficos Cunibos que habitaban esta región, los cuales diseminados y desprevenidos, apenas pudieron oponer una débil resistencia, retirándose hacia el Alto Ucayali. Los invasores se extendieron por el Norte hasta el Pisqui, que ocuparon casi en su totalidad.



Dibujo de los Cunivos [Cesar Diaz Castañeda]

ORIGEN

BUCOCO, de origen divino, es el primer hombre de los Cunibos; tuvo por esposa a **Titeiša o Ch'chi** (1), y por principales hijos a **Uchi** y **Chay,** cuyas esposas fueron **Huata** y **Chipe** respectivamente. Habitaron una hermosa colina de las alturas de Occidente donde pronto se multiplicaron, hasta que no siendo la cuna de su nacimiento suficiente a contenerlos, la abandonaron; y bajándose por las vertientes del Gran Pajonal, llegaron a la llanura y se apoderaron de las extensas y apacibles riberas del Ucayali.

Aunque todo ésto es demasiado vago para poder deducir una fecha siquiera aproximada; sin embargo, la pureza de su idioma, la severa austeridad de sus costumbres y algunas tradiciones de carácter primitivo, inducen a creer que su origen corresponde a los más remotos tiempos.

Se jactan los Cunibos de pertenecer a la más pura raza indígena, y es de notarse el cuidado con que rehuyen el mezclarse con otras tribus; hasta la raza blanca, por quien muestra particular predilección la mujer campa, inspira a la cuniba una repugnancia verdaderamente invencible.

COSTUMBRES

Distintivo.—El distintivo de la tribu es el **Pánchaque,** manera de achatar la frente de los niños de ambos sexos, por la aplicación de un aparato **ad hoc,** que consta de las

(1). Conviene tener presente que la letra **s** marcada con una diéresis, equivale a un sonido intermedio entre **s** y **r.**

siguientes piezas: una tableta cuadrada en forma de rectángulo **(abi)**, sobre la que se coloca un almohadoncito de arcilla (buitánoti), adaptable a la frente del niño; este almohadoncito está forrado en tela de algodón y atado a una ranura practicada en ambos extremos de la tableta, en la misma que se ata el **tuibánoti**, liga que abraza la cabeza por el cerebro y la coronilla.

Después de dos o tres días que un niño ha nacido, se le ata el **buitánoti** en la frente, al principio tan suavemente que sólo el peso de la arcilla ejercerá su acción; pero conforme crece se ajusta la liga progresivamente, hasta dejar la frente del niño muy por debajo del nivel del rostro; lo que se consigue después de diez o doce meses. La cabeza trepanada de tan extraña manera, toma entonces una forma semejante a la mitra de un obispo; creen ellos así asemejarse al Sol. Naturalmente no todos los niños achatados viven, pues hay muchos que con la vida pagan su tributo a tan bárbara costumbre.

Bautismo.—Entre los Cunibos el bautismo es el acto de la presentación de un niño **a la familia**, lo que ocurre generalmente después que se ha quitado el **buitánoti** y rapado prolijamente la cabeza para lucir el **Pánchaque.** Llegado el momento de la ceremonia, la madrina **(ebo)** toma al niño, y el padrino **(pano)** le administra un baño general con agua pura, y le pone un nombre que sea del agrado de la familia. Es costumbre que los padrinos hagan regalos al ahijado; éstos consisten en esteras **(cahuín)** y vasos de barro **(quempo)**, pintados con esmero y algunas veces con corrección.

Es de suponer que los efectos desastrosos del **Pánchaque** entorpecen el desarrollo de las criaturas, cuya debilidad es manifiesta en los primeros años; pero como los Cunibos cifran la verdadera hermosura en la robustez de los músculos y la dignidad del hombre está en relación directa con sus fuerzas físicas, se preocupan mucho por su desarrollo, sometiendo a sus hijos a procedimientos a cual

más extravagante: una hierva debe enseñarlos a andar, otra a hablar, otra preservará al niño de embrujamientos; y por último, cuando ya está joven, la corteza de un arbusto le dará fuerza. otra le pondrá gordo, otra le dará buena vista y buen oído, y por el estilo otros muchos a que se les atribuye estraordinarias virtudes. El uso de todos estos vegetales requiere una dieta rigurosa, debiéndose alimentar el paciente durante meses y meses sólo con plátanos asados y carne asada también, solamente de ciertos animales; cuidando mucho de no romper los huesos y que no sean roidos por los perros o por cualquier otro animal, porque entonces los efectos del brebaje pasarían a aprovechar al animal que se apoderó de los huesos, con cuyo objeto se guardan éstos en parte bien segura, hasta que haya terminado la dieta. La dieta del médico (**Mueraya**) favorece los efectos del medicamento, pero si éste es administrado por una mujer embarazada, quedan sus efectos completamente destruídos. Mas, a pesar de todas estas prácticas absurdas, muy raro es el cunibo que a los 18 años no pueda presentar una soberbia musculatura.

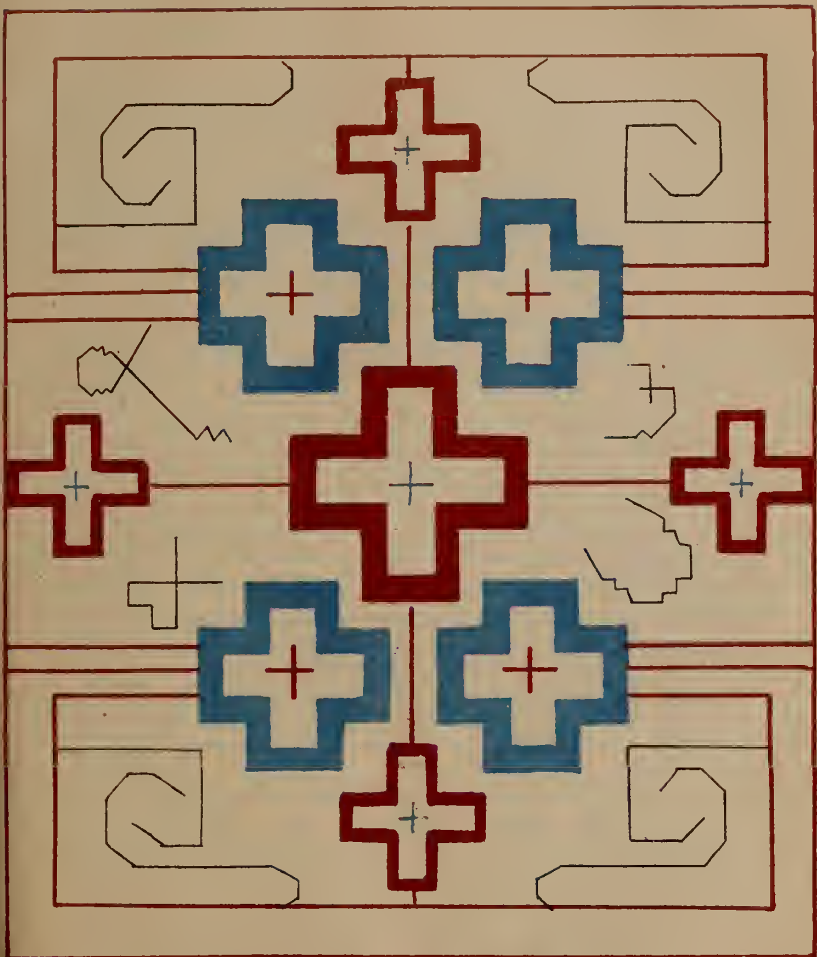
Matrimonio.—El matrimonio es la unión libre de dos personas, en la que media muy rara vez la simpatía de los contrayentes; el pretendiente debe ser del agrado de los padres o guardadores de la muchacha, el que, después de pactado el compromiso hace la entrega de la mujer, con la única condición de que la alimente con su trabajo, y procure con sus propios esfuerzos el sostenimiento de sus hijos.

Ya en la vida conyugal se reparten las obligaciones domésticas: corresponde a la mujer el gobierno de la casa, y el marido aportará con su propio trabajo, y sin que por ninguna circunstancias medie el auxilio extraño, todo lo necesario para su sostenimiento.

Entre los Cunibos está permitida la poligamia, pero es muy raro que pasen de dos las mujeres elegidas, siendo éstas en muchos casos hermanas entre sí.

El adulterio no se castiga en el marido, es decir que la mujer no tiene derecho para considerar adúltero a su marido; en la mujer se castiga este delito de un modo original: voluntariamente la misma mujer advierte a su marido el adulterio, indudablemente porque no es ella la que recibe el castigo, sino el hombre que causó el delito; el ofendido espera pacientemente que llegue la **Pishta** (fiesta de la circuncisión), y entonces, cuando están presentes los curacas y un número considerable de personas de la tribu, reta al ofensor a singular combate. Los contendientes armados del **usate** (pequeña cuchilla encorvada), se miden en presencia de la adúltera, se desafían aparatosamente y lanzan sordos rugidos, imitando a las fieras. "Tú me has ofendido, dice el retador; dame tu cabeza; quiero cortarla." El retado inclina la cabeza pronunciando un juramento (**Atashay!!!!**) entonces el primero le toma del pelo, y con un diestro movimiento le infiere un corte de monstruosas proporciones al rededor de la cabeza, que abarca casi toda la parte cabelluda, (de oreja a oreja). Satisfecha de este modo su venganza, suelta y entrega su propia cabeza al herido; bañado éste materialmente en su propia sangre, pero sin hacer un solo gesto de dolor, sacude la melena con marcialidad y ataca a su adversario con igual ímpetu y destreza, no siendo permitido más que un solo corte. La pérdida de la sangre es tan copiosa que el desvanecimiento ocurre casi inmediatamente, entonces dan por terminado el duelo; pero si ninguno cae y los dos quedan en pie por su valentía, entonces echan mano a la **macana**, maza de madera tan dura y pesada como el acero, trabajada en forma de hoja de dos filos, con la que se golpean la cabeza, a media fuerza, hasta que cae uno de los combatientes.

Los Cunibos son sencillos en sus costumbres, laboriosos y sobrios; viven de la caza y de la pesca, para la que poseen sorprendente habilidad. Cuando van de caza al bosque, saben imitar el canto de todos los animales que



Dibujo de los Cunivos [Cesar Diaz Castañeda]

persiguen, y engañándoles de esta manera, cazan con suma facilidad. Hasta no ha mucho cazaban con flechas, pero ya hoy conocen las armas de fuego y las manejan con bastante maestría. Pescan en los lagos y en las orillas de los ríos, conociendo por el movimiento de las espumas o por el de las yerbas acuáticas la clase de pescado que nada entre las aguas. Los peces grandes, como el **huamue** (paiche), **sapuen** (vaca marina), **amáquiri** y algunos otros, los pescan con arpón; los medianos, con flechas y los más pequeños con veneno, empleando con mucho éxito el **asa** (raiz de cierta planta venenosa).

Sus comidas son simples, consistiendo principalmente en sopas de pescado o animales de caza, plátanos y maní; no comen la gallina porque creen que es un animal inmundo, ni los huevos de ésta, porque creen que tomándolos se volverán ciegos; detestan la manteca de cerdo por ser nociva a la salud, y en cuanto a otros condimentos, ni siquiera los conocen; sólo toman una cantidad insignificante de sal.

Sus bebidas son más propias para alimentar que para embriagar: chicha, o mejor dicho, una mazamorra endulzada con camotes; refrescos de plátano y de maní, que ellos conocen con la denominación general de **siate**, constituyen toda su bebida. El alcoholismo, cuyos desastrotrosos efectos van haciendo honda huella en la tribu, ha sido aportado por los blancos.

Vestidos.—Antes de entrar en relación con los blancos, vestían los hombres un traje talar de algodón a manera de túnica (**tari**), pintado a mano con hermosos dibujos; y las mujeres, una especie de enagua corta, que llega sólo a la pantorrilla (**chitonti**) y un pequeño manto, con que se cubren la parte superior del cuerpo (**racuti**), bordadas ambas piezas con hilos de algodón de diferentes colores; todo lo cual hilan y tejen las mujeres. Hoy visten telas europeas, prefiriendo los colores blanco y rojo.

Se pintan la cara los hombres con achiote (1) y se limpian los dientes con el jugo de cierta hierba que los pone completamente negros; las mujeres se hacen una verdadera "toilette" con huito, tinte que se extrae de los frutos de un árbol llamado jagua, cuyo zumo, empleado también por algunos civilizados, viene a ser un tónico poderoso para el cutis y para el cabello; dicho jugo, de un color azul turquí, es una tinta indeleble por espacio de quince días, después de los cuales desaparece naturalmente, llevando consigo la caspa, si ha sido aplicado a la cabeza, o las manchas, si lo ha sido al cutis. Con ella se pintan las cunibas diferentes dibujos a manera de jeroglíficos en la cara, en las manos y en las pantorrillas; en los pies se pintan sandalias con cordones que se cruzan hasta cerca de la rodilla.

Usan además pulseras y brazaletes de dientes de mono y pendientes de plata en la nariz y el labio inferior, que es preciso tener perforados. En la **Pishta** llevan los hombres y la circuncisa hermosos sombreros de plumas de garza, y unos y otros visten ropa bordada y pintada a mano con diferentes dibujos.

Visitas.—No es costumbre entre los Cunibos saludar ni dar la mano, pero es digno de observación el gran respeto que manifiestan al entrar en casa ajena, así sea ésta de su más próximo pariente. En una visita de consideración se observan estrictamente las siguientes reglas: después de haberse anunciado con mucha anticipación, los visitantes se acercan a la casa y en el umbral esperan a respetuosa distancia; el dueño de casa los autoriza a entrar y les hace sentar en esteras con esta frase sacramental: "**Hué lenshi** (ven, varón), o **hué sebi** (ven, hembra), si son jóvenes; o también: "**Hué yusi, hué titá** (ven, ancia-

(1). Bixa Orellana.

no; ven anciana) ; cada uno contesta con un signo gutural que equivale a todas las palabras de aceptación, de afirmación y también de agradecimiento.

El dueño de casa reparte abanicos a los hombres y se sienta frente a ellos, mientras su cónyuge cumplimenta en otro lugar a las mujeres, y acto continuo se invitan refrescos de plátano y de maní. Todos guardan el mayor silencio y compostura, hasta que pasados los primeros momentos, y cuando el último de los visitantes haya bebido, el dueño de casa invita a los recién llegados a conversar; entonces, entrando ya en período de franca cordialidad, cada uno toma la postura que más le acomoda (echado, sentado o parado) ; y hablan principalmente de las ocurrencias de la tribu y de la inaudita perversidad de los hombres blancos **(viracocha),** a quienes atribuyen todos sus infortunios.

Fiestas.—La llamada **Pistha** (circuncisión) es la única que se celebra en la actualidad, y se dice que la aprendieron de los Cashibos; en ella echan los Cunibos la casa por la ventana. haciendo verdadero derroche de pompa y de boato, poco común entre los indios. La fecha de su celebración es por lo general indeterminada, porque no es una fiesta pública, sino más bien un gran banquete que ofrece particularmente una persona, celebrando la circuncisión de algún miembro de su familia. (Se circuncida sólamente a las mujeres, al llegar a la nubilidad),

Cuando se invita a una Pishta, los Cunibos, depilados con esmero, ataviados con sus mejores prendas, bien grabados el arco y la macana, los usates relucientes y los sombreros empenachados gallardamente, con las plumas más finas de la garza-real, acuden en tropel de todas partes a la casa del oferente; las recepciones se llevan a cabo con la más rigurosa etiqueta ,y cuando están presentes los curacas y hay reunido un gran número de personas de la tribu, se da principio a la fiesta, iniciándose ésta siempre con un concurso de tiro al blanco, en el que toman parte

jóvenes y ancianos y en el que hay que admirar la destreza de los arqueros; el objetivo son aves y otros animales domesticados exprofeso para tal fin; los que mejor dirigen la flecha son elegidos y reciben un premio; muchas veces la pericia de un arquero vale la mano de la circuncisa. Terminada esta ceremonia, que es la más importante, principia el banquete; hay comidas y bebidas, con abundancia tal, que no bastan los centenares de gastrónomos para consumirla en ocho días, que por lo regular dura la fiesta; cada comensal queda dueño de la vajilla en que le sirven y también de las esteras que le dan para dormir. Viene enseguida el baile, que consiste en dar vueltas cantando y tomándose de las manos muchas personas del mismo sexo; si hay dos circuncisas, una corresponde al círculo de los hombres y otra al de las mujeres, porque éstas sólo se reunen con los hombres para cantar el **Manchay**, cántico sagrado, en que todos en coro invocan a las flores, a las plantas, al sol, a la luna, y a los elementos de la naturaleza, en favor de la protagonista o protagonistas de la fiesta; he aquí algunas de sus estrofas:

"Vengan los gratos perfumes de la selva".
(Coro) "Vengan los gratos perfumes de la selva".
"Vengan las sonajas del cedro y de la palma.
(Coro) "Vengan . . . .
"Vengan las aves magníficas y las perfumadas flo-
(res.
(Coro) "Vengan . . . .
"Vengan y mi obra verán
(Coro) "Vengan y mi obra verán . . . . . .

Cada estrofa se repite muchas veces haciéndose el cántico interminable; los demás cánticos de los hombres son bastante monótonos, los de las mujeres son más armoniosos y variados y no carecen de gracia.

La circuncisa, que debe tener de seis a diez años, sal-

tando muy menudo en la punta de los pies, haciendo venias con la cabeza coronada de plumas y el cuerpo cubierto de sonajas y cascabeles; ora inclinada hacia adelante, ora requebrándose hacia atrás, dirige el baile, llevando en todas direcciones el círculo a que pertenece, o pasándose de un círculo a otro si es una sola, pero sin dejar de bailar un solo instante; y cuando sus miembros se hallan rendidos completamente y caiga a tierra rendida por la fatiga, se le administrarán bebidas embriagantes en grandes dósis, hasta que quede dormida, narcotizada por el alcohol.

Ha llegado el momento solemne: los hombres retirados a prudente distancia entonan el **Manchay** con recogimiento; las mujeres, llorando y salmodiando sus preces, rodean a la circuncisa, haciendo una muralla impenetrable a las miradas masculinas; y una vieja arpía (la sacerdotisa) se apodera del cuerpo inanimado de la víctima, la extiende boca arriba sobre un tablero perfectamente tallado, (que podremos llamar mesa de operaciones, pues a este único uso está destinado) y valiéndose del filo de sus enormes uñas le extrae el clítoris, lava la herida con agua tibia y la tapa con greda, quedando la mujer circuncidada.

Sucede a ésto una alegría furiosa, que poco a poco se trasforma en un verdadero cataclismo; los hombres corren por el campo o se revuelcan por el suelo como locos rabiosos, rugen como las fieras y gritan desesperadamente, hasta echar espuma por la boca; las mujeres despavoridas, huyen cuando pueden, arrastrando a sus maridos en completa embriguez, porque ha llegado el momento de las venganzas; los cánticos sagrados tórnanse en satíricos, y los adulterios se denuncian públicamente: entonces salen a relucir, el flamante **usate** o la bien grabada **macana**, huelgan los desafíos y corre la sangre de muchas cabezas cunibas; a la sencillez primitiva de la fiesta, sucede una

ferocidad diabólica, pero felizmente raros son los casos fatales que haya que lamentar.

Industrias.—Consiste principalmente en la pesca del paiche y la vaca-marina, sin contar otras de muy escasa importancia. Trabajan admirablemente en la construcción de canoas; y como bogas, en los viajes que verifican los caucheros a lo largo de interminables ríos, son irreemplazables.

Dibujo.—El orden de sus dibujos es lineal y de carácter primitivo; sin embargo, proceden con método y tienen buen gusto en la disposición de las líneas y colores. No conocen la línea curva, y si emplean la circunferencia, es sólamente en los cuerpos cilindros o convexos, como puede verse en sus vasos de barro, pero jamás sobre una superficie plana.

En los espacios que median entre las líneas principales, que bosquejan una figura, se dibuja una especialidad de jeroglíficos de orden demótico, cuya variedad es muy grande.

Los ejemplares adjuntos, copiados de sus prendas más usuales, darán una idea más exacta a este respecto.

AUTORIDADES

El curaca no es el jefe de la tribu, sino sólamente de una familia o de una agrupación; sus poderes en lo temporal son muy limitados. La autoridad del curaca es hereditaria. En la espiritual reconocen como jefe al Mueraya, especie de mago, que recibe de un espíritu superior (el gran Mueraya) la ciencia y la sabiduría, así como también la facultad de curar las enfermedades; está en constante comunicación con su dios tutelar. Así, cuando desea confesarse con él, toma tabaco disuelto en agua pura, y entre las nubes de humo de su soberbia pipa, lo conjura desde el fondo de una cámara completamente cerrada y oscura; la tierra entonces se conmueve, brama el hura-

cán y el gran Mueraya aparece acompañado de su cortejo de tigres y dragones infernales; y así, entre las manifestaciones hostiles de la naturaleza y el rugido de las fieras, comunica sus designios al sacerdote, y desaparece.

El gran Mueraya sólo es visible para el sacerdote, pero si algún descreído lo solicita, puede éste hacerlo visible bajo la forma de un tigre o de una boa.

Lo que no sucede nunca, pues sería considerado como un sacrilegio.

Estas son las únicas autoridades, cuyos poderes son completamente ilusorios, porque los cunibos, asociados en pequeñas agrupaciones, viven en la más perfecta armonía.

Medicina.—La medicina casera desempeña un papel importante en este ramo, porque la feracidad de la montaña permite que ellos cuenten con vegetal conocido para cada enfermedad; pero los casos complicados, o sea aquellos que los curanderos ordinarios y vulgares no pueden diagnosticar, són embrujamientos; y como son pocas las enfermedades que ellos conocen, resulta que casi todos los males son causados por los brujos, cuya perfidia, al ser descubierta, es castigada con la pena de muerte por acción popular. Cuando sucede uno de estos casos, se recurre al Mueraya, quien sopla abundantemente al enfermo con humo de tabaco (ramue), considerado como hierba sagrada, y haciendo las más asquerosas manifestaciones, chupa fuertemente con la boca llena de este humo en la parte dolorida para extraer la causa del mal y denuncia el embrujamiento.

Como el Mueraya es siempre un farsante insensato, su denuncia recae sobre cualquier ser inocente; y los Cunibos, supersticiosos hasta la exageración, matan sin misericordia al denunciado. Los embrujamientos se repiten con demasiada frecuencia, y cuántos serían los asesinatos causados por tan bárbara costumbre, si la Providencia, siempre eficaz en la conservación de todo lo creado, no hu-

biera inventado una costumbre salvadora. En efecto: no sólo los hombres pueden embrujar, también los animales, las plantas y aún las piedras pueden causar maleficios; entre los primeros, los más notables son el bufeo y el lobo, sobre quienes, cuando no hay una persona previamente aborrecida, recae casi siempre la denuncia del Mueraya, haciendo imposible la sanción penal.

Esta costumbre existe también en casi todas las demás tribus; entre los Campas, por ejemplo, la saña contra los brujos es tan grande, que la persona que tiene la desgracia de caer en denuncia, es exterminada junto con su casa y familia; los curacas pueden salvar a los niños de tierna edad, tomándolos bajo su protección, y con la condición de desterrarlos en el menor tiempo posible; porque allí no deben existir ya ni los perros del que con sus brujerías ha causado las desgracias de la tribu. Los curacas que tienen trato con los blancos, sacan a esos niños y los entregan a sus respectivos patrones, en cambio de algunas mercaderías: de allí resulta la llamada trata de infieles.

CIENCIAS RELIGIOSAS

Habi (Dios), principio de la divinidad y su esencia, es tan sutil, que escapa a la humana penetración.

Parece que de aquí resulta **Incá,** cuya representación material es el sol; éste es el dios omnipotente, causa de todo bien y principio de todo lo creado; a él se dirigen sus oraciones y quizás en otro tiempo sus sacrificios. Con motivo de los grandes fríos de junio, en que el sol permanece oculto por muchos días, he tenido ocasión de oir cantar a un anciano esta hermosa plegaria:

"Salte, dios padre; salte, dios sol; salte, inca dios; tengo frío, caliéntame con tu llama divina; la luna enlutada siempre, te espera con una sonrisa; muéstrate en las alturas hermoso y resplandeciente".

"Nai tánita Incáriqui", dios está más alto que los altos montes, dicen los Cunibos; empero sus atributos son escasamente conocidos.

También hay algunos dioses secundarios; el gran Mueraya como el Minos de los antiguos, es el juez de la otra vida y es también el dios de la medicina; el dios Buicoco, padre de la especie humana, y otros de escasa importancia.

INMORTALIDAD DEL ALMA

El alma es inmortal y sobrevive al cuerpo.

Tras este cielo hay otro cielo, **Nai catapuecao;** allí es la morada de Dios y allí van las almas de los hombres justos; pero cuando un hombre ha sido malo en la vida, su alma vagará errante y sola por los bosques durante mucho tiempo, hasta que el dios Mueraya mande a los tigres infernales para que la encadenen hasta la eternidad. **Acuma juni yushi búchigui,** "el alma del malo al cielo no va."

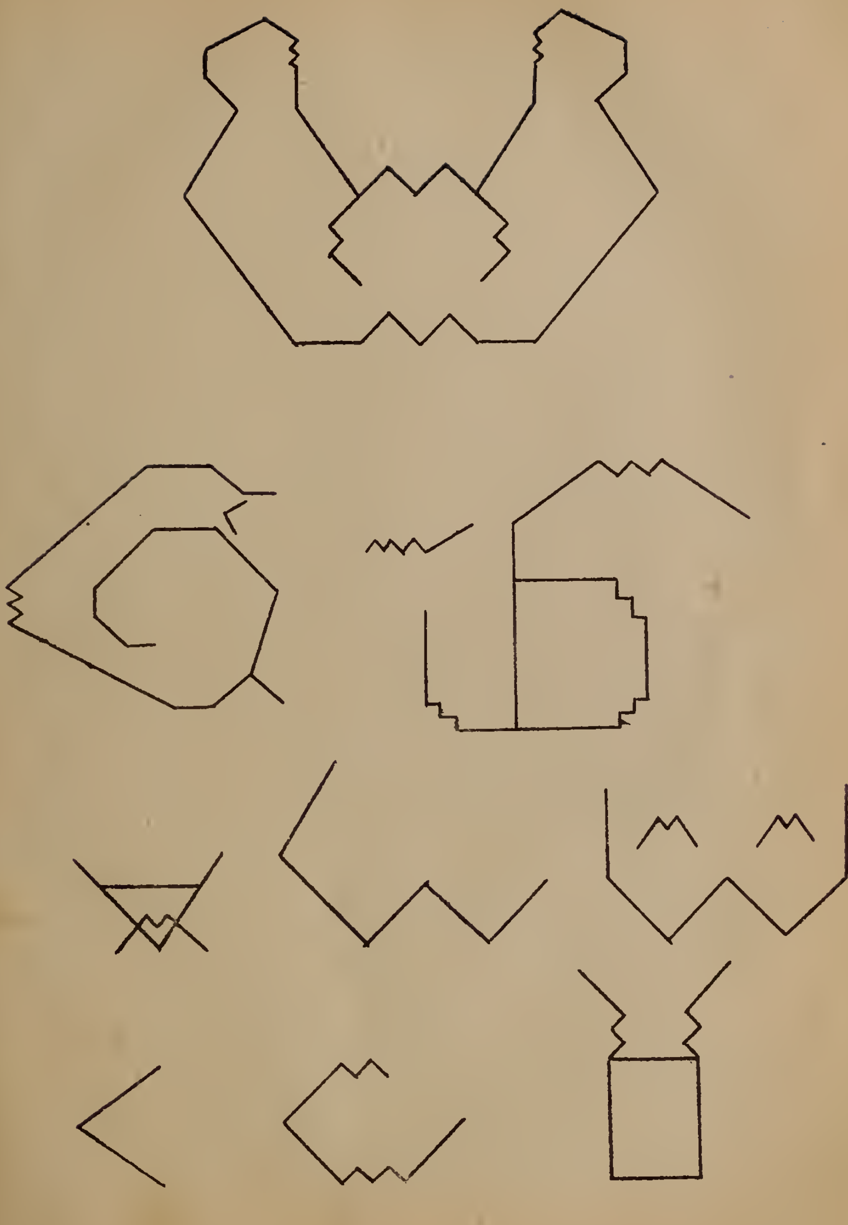
MITOS ASTRONOMICOS

Bari Incá (el sol), es mirado con gran respeto por ser la representación de Dios.

El año **baritia** (solada consta de doce lunaciones Uše (la luna), como si dijéramos la diosa blanca. Creen ver en las manchas que se observan en la luna una joven sentada, ostentando el sombrero de plumas de los Cunibos; tiene el rostro apoyado en una mano y pintado completamente de negro. Cuéntase a este respecto la siguiente fábula: El dios Habi, considerado como el principio de la divinidad, tuvo dos hijos; Bari, el sol y Uše, la luna; la cual se distinguió desde temprana edad por su belleza y virtudes, así como por la bondad de sus carácter y su austera castidad; empero, como los dioses se casan entre herma-

nos, la diosa Blanca debió ser, andando los tiempos, esposa de su hermano el sol. Cierta hermosa tarde estival, sentoda Usè a orillas de un lago, contemplaba distraidamente su imagen divina retratada en la límpida superficie, cuando el turbulento Bari, pensando mofarse de ella, se untó las manos con **huito** y acercándose de puntillas por detrás, le pintó el rostro completamente de negro; al verse la casta diósa tan horriblemente desfigurada, se puso a llorar inconsolablemente; conoció entonces el sol su error y trató de consolarla, pero ella conteniéndole con la mano, "Aparta, hermano mío, le dijo, nadie hasta hoy se ha atrevido a tocar una sola hebra de mi cabello; sólo tú me has afrentado eternamente, pero no me volverás a ver." Y dicho ésto, emprendió raudo vuelo a través de los espacios siderales, yendo a ocultar su vergüenza en las tinieblas del cielo; allí la vemos por las noches rodeada de una aureóla de luz, y representa la tristeza; sólo sale de noche porque no la vea su hermano el sol.

Supanbaqubu. (Pléyade), Quiere decir los niños de Supan. Dícese de esta constelación que allá en la lejanía de los siglos, una buena mujer llamada **Supan** se ocupaba afanosamente en limpiar el patio de su casa, y sus hijos, jugando a la pelota con los frutos de cierta planta, que desde entonces se llamó también supan, volvían a ensuciar lo que ella había limpiado con esmero; enfurecida la cuniba por esta falta de respeto de los pequeñuelos, fulminó sobre ellos una maldición, y cogiendo los frutos, los arrojó a tierra con toda la fuerza de sus robustos brazos; los frutos se rompieron, esparciéndose por el suelo las pequeñas simientes que contenían, de las que nacieron infinidad de niños, que iban por todas partes, preguntando por sus padres; una anciana les dijo que sólo en el cielo podían encontrarlos, y desde entonces anduvieron errantes y huérfanos, buscando en vano el camino que debía conducirlos a la comarca azul. El éxodo infantil



Dibujo de los Cunivos [Cesar Diaz Castañeda]

duró muchos años, muchos años de hambre, de miserias, de fatigas y de toda clase de penalidades, en que sucumbieron muchos de ellos; se cuentan los más tristes episodios de este calamitoso viaje a través de los bosques sin fin. Un día llegaron a orillas de un gran lago y propusieron pasar al otro lado, por ver si allí se encontraba el camino del cielo; un lagarto enorme dormitaba en la orilla del lago, y uno de los niños hizo notar que sobre el lomo de éste se podía pasar; para dar el ejemplo se lanzó él mismo sobre el lomo del terrible saurio, pero despertándose éste, en seguida, lo cogió entre sus formidables fauces y lo destrozó; los sobrevivientes prestaron su lanza a un pescador y con ella dieron muerte al lagarto, de cuyo vientre sacaron una pierna de su compañero, que llevaron consigo; de las costillas del lagarto hicieron un pequeño barco, en el que pasando a la otra orilla, siguieron su viaje sin poder encontrar jamás lo que buscaban. Compadecido entonces el dios Incá de tantos padecimientos, hizo crecer desde la espesura de los bosques el **nishi-suná**,. bejuco gigantesco, que alargándose infinitamente, tocó con sus ramas al cielo; de él construyó una escala, y haciendo subir por ella a los niños, los colocó en el cielo, donde representan la orfandad.

A su lado colocó la pierna del niño que había sido devorado por el lagarto en forma de otra constelación que llamó **quishi-homa.**

La cruz del sur.—Dícese de esta constelación, que en tiempos primitivos, **Incá** mató una enorme vaca-marina y colocó su esqueleto en el cielo en forma de una constelación que llamó **sapuen-notapa,** para que los hombres, siguiendo su ejemplo, fueran pescadores.

Inón-chaso-chibani (la gran Nebulosa) representa el triunfo de la muerte sobre la vida. Un grupo de pequeñas estrellitas, que se destaca entre las sombras de la Nebulosa, semejando toscamente las formas de un tigre que tuviera entre sus garras un pequeño cervatillo, ha dado nom-

bre a esta constelación y origen a la siguiente fábula. En el principio del mundo, un enorme tigre negro persigue a un cervatillo que corre por el gran camino de la vida; lo alcanza y le da cruel muerte, señalando con esta victoria el primer triunfo de la muerte sobre la vida.

Conocen también algunas otras constelaciones, como **Capue** (Lagarto), **Iántanhuishtin** (estrella vespertina), **Ihuish-huishtin** (estrella matutina).

Esta es, a grandes rasgos bosquejada, la historia de los indios Cunibos, tal como ellos me la han referido y tal como yo mismo he podido observar en los muchos años que llevo entre ellos.

(Firmado).—**César Díaz Castañeda.**

MASISEA.

15 de Enero de 1912

APENDICES

Descubrimiento del Amazonas desde Quito

1632-1640

Autorización al padre fray Gregorio Bolívar

1626

Autorización al padre fray Ignacio Irarraga

1664

Certificaciones del padre Córdova

Relación al rey Felipe IV del Comisario General de Indias de la Orden de San Francisco, padre fray José Maldonado, hijo del que fue Capitán General, Gobernador de los Quijos y fundador de Sevilla del Oro, don José de Villomar Maldonado.—En Madrid.

Relación del primer descubrimiento del río de las Amazonas, por otro nombre, del Marañón, hecho por la religión de nuestro Padre San Francisco, por medio de los religiosos de la Provincia de San Francisco de Quito.

Sapient. C. 8.

Attingit ergo a fine, usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter.
S. Pablo, I ad Cor. C. I.
Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.

Señor:

Con fortaleza y suavidad dispone Dios las cosas de su providencia, y en los tiempos oportunos descubre su santísima voluntad, para cuya execución se vale (como lo dice San Pablo) de los instrumentos más flacos, para que así campee más su sabiduría y omnipotencia; y no aya corazón humano que pueda gloriarse, presumiendo de sabio, poderoso y fuerte. La consideración de esto me ha obligado a suspender la pluma para que hallándome con el Oficio de Comisario General de todas las Indias Occidentales, de que V. M. (Dios le guarde) me ha hecho merced, no me determine a corregir la Provincia de S. Francisco de Quito, por no haber embiado Religiosos graves y doctos a esta Corte, para que postrados á los pies de V. Majestad, y besando su real mano, informasen y diesen cuenta a V. M. y su Real Consejo de las Indias del feliz descubrimiento del Río Marañón, que los Religiosos de dicha provincia han hecho, sirviendo en esto a Dios Nuestro Señor y a V. Majestad: los ojos de la carne censurarán esta acción y tendrán por

desacordada, mas los del espíritu, que miran con superior vista las trazas del divino Consejo (con el fundamento dicho) la tendrán por muy acertada y prevenida, pues por ella se ve que obra quando quiere y llega el tiempo determinado con fortaleza y suavidad, haciendo de los ins trumentos débiles y flacos, las armas más poderosas y fuertes. F. Domingo de Briera, Religioso lego de la Provincia de San Francisco de Quito, es uno de los que en estos tiempos han entrado muchas veces en el descubrimiento deste gran Río, como más largamente se verá en la relación, el qual por ser varón de muchas virtudes y zelo de la salvación de las almas, sintiendo que se pierdan tantas en aquellas Provincias se ha ofrecido siempre, y sacrificado a su conversión, mas por ser de poca salud y averlo Dios exercitado en trabajos especialmente en esta jornada, pues recibió dos grandes heridas de los Indios bárbaros, que se concitaron contra él y los demás Religiosos compañeros suyos, y un árbol que cayó sobre la canoa en que venía, le maltrató el cuerpo y quebró un pie, con que dificultosamente puede andar, y por su simplicidad y falta de sabiduría humana, no puede diligenciar las medios para este fin (prueba bastante de haber llevado parece más disposición divina que fuerzas humanas, si bien con las pocas que le quedaron se presentó ante V. Majestad y sus Ministros) me ha obligado a mi a que examinándole lo que ha visto, y registrando los escritos que trae, ponga el esfuerzo que tan grave causa pide, empeño que me corre por Comisario General de las Indias, por aver tomado el hábito de mi P. S. Francisco en la dicha Provincia de Quito, por ser natural de aquella tierra, hijo de Joseph de Villomar Maldonado. Capitán General y Governador de los Quijos, de los primeros Conquistadores de aquella Provincia y la de los Omaguas que es la más cercana a este gran Río, el primero que entró en la de los Macas, donde fundó la Ciudad de Sevilla del Oro, poniéndole este nombre por ser natural de Sevilla de cuyos servicios y empleos de su hazienda en el de V. M., si el precepto de Dios de honrar a los padres me pudiera alentar a representarlos, el tocarme tan de cerca ocupa mi lengua para referirlos, y a mi ánimo el sentimiento de que no ayan sido mayores, mas deseoso de continuar como fiel ministro y con tantas mercedes obligado, el intento que en el dicho mi padre como tan leal vasallo fue debido, ofrezco Señor a V. M. con toda prontitud y sumo gusto, mi persona y las de los Religiosos de aquellas Provincias, especialmente los de la Provincia de Quito que por cinco veces han salido a esta reducción y conquista no por título de averlo merecido con los trabajos y sangre derramada en ella sino para trabajar de nuevo y merecer a V. M. algo de los muchos favores con que honra esta Seráfica Religión, en la protección de V. M. sustentada, a quien con tan piadosos afectos la mira, también se dignará de inclinarlos a

mirar esta breve relación, que del examen de este Religioso, testigo de vista fidedigno, y de las noticias que yo pude tener siendo mozo de las conversaciones de mi Padre, Encomenderos y soldados; y siendo después Religioso, de aver andado algunas veces aquellas tierras ha podido formar el ánimo del mayor servicio de V. M. cuya Real presona guarde Dios N. S. en el feliz estado de sus Reynos para coluna de la Católica Fe, y amparo de sus vasallos.

Fr. Joseph Maldonado.

Relación del primer descubrimiento del río de las Amazonas, por otro nombre, el Marañón, que ha hecho la Religión de nuestro Padre San Francisco, por medio de los Religiosos de la Provincia de Quito.

(1632)

Descripción del río Amazonas (1).

El gran río de las Amazonas, por otro nombre, Río del Marañón (si bien borrados estos nombres y otros antiguos y Gentiles) el año de nuestra Redención de mil seiscientos y treinta y siete por el Governador Jacome Raymundo de Noroña fue nombrado Río de San Francisco de Quito, por averlo descubierto y navegado en estos tiempos Religiosos de su sagrada y Seráfica Religión (como a quien leyere este breve escrito constará). Este río, pues es el mayor que los tiempos han descubierto y las noticias alcanzado en el dilatado espacio del Orbe, grande por su famosa posición, y mayor por su dilatado curso, pues corriendo por muchas leguas diversas Provincias, recoje y bebe en si las

(1). Para hacer más visible el hilo de la narración se intercalan algunos epígrafes.

aguas de muchos y caudalosos ríos y arroyos, sus corrientes bañan y fertilizan el Reyno del Pirú, Indias Occidentales y según opinión de algunos, su nacimiento y origen es de la tierra de Vilcanota, treinta leguas más arriba de la ciudad del Cuzco, Corte antigua de los Emperadores de aquella espaciosa tierra porque en lo más alto de ella ay un lago, si pequeño de grandes manantiales; puesto tan en cima de una cordillera, que desagua por dos partes, la una al Poniente y otra al Oriente, de esta útima se forma á poco espacio la nombrada y prodigiosa laguna de Chucuito (2) la qual en circunferencia tiene más de ochenta leguas (distrito grande en junta de aguas dulces). De la otra que vierte a la parte Oriental, se forma un río, que entrando por el Valle de Vrubamba, recoge las aguas todas de aquel nuevo y dilatado Reyno. Otros con diversa opinión sienten que su principio es en las tierras del mismo gobierno de los Quijos. Y si por lo que yo he visto, tengo de aplicar mi sentimiento, esto último me parece más conforme, porque en las sierras que dividen la Provincia de Quito, las de los Macas ay otras dos lagunas, la una en la falda de las sierras, la qual divierte sus corrientes a parte Occidental, y entrando por la Provincia de los Puruaes, va corriendo por entre los cerros que ciñen a Quito, declinando ya al Oriente. La otra está en la misma cordillera, no en la más superior, sino en una loma que haze más inferior, a modo de puerto, y esta vierte el agua como del cuerpo de un buey a la parte del Oriente, y Provincia de los Macas, en cuyo raudal que en pocas leguas es muy caudaloso, le entran muchos grandes ríos, y entre todos uno que se llama Aviñico, el qual va tan esplayado, que puesto un hombre en la una margen, el que está de la opuesta, apenas puede oir ni percibir sus vozes, aunque de muy alentado espíritu formadas; y conócese bien ser la anchura grande, pues minora los bultos de los cuerpos, haziendo parecer muy pequeños, los que en su quantidad son muy grandes; júntanse estos dos ríos, pasan por la Ciudad de Sevilla del Oro, y por las dilatadas Provincias de los Gibalos, y otras naciones que confinan con los Quijos, en cuyas tierras toma diversos nombres, y en ellas le entra el otro río que nace de la laguna inferior, no menos caudaloso con aver recibido en sí otros muchos que vierten las Cordilleras de Quito. De dondequiera que tome su primer ser, llega en su dilación a tenerle tan caudaloso, que quando entra en el mar del Norte desagua en él sus corrientes por boca de ochenta y más leguas. Querer nombrar la multi-

(2). Titicaca.

tud de Provincias Bárbaras, Naciones Gentiles y diversidades de Indios que habitan las orillas deste poderoso Río, lo que ha importado a la Corona de España su descubrimiento, y en lo por venir importaría su Conquista, las riquezas que encierra, los frutos que produce, la fertilidad de la tierra que baña, la multitud de pescados que cría, la variedad de animales que sustenta, las frutas con que regala, los géneros preciosos que da, fuera para una larga Historia y no para esta sucinta relación, remítome a la que el muy Reverendo Padre Cristóbal de Acuña de la Compañía de Jesús, ha sacado estos días, donde con serioso estilo y verdad cierta, especifica sus provechos. Y ansí dexan esta materia solo pretendo de parte de la Religión de mi Padre San Francisco representar lo que sus Hijos han trabajado en su decubrimiento, abriendo puerta a su navegación venciendo las dificultades que impedían sus senderos y rompiendo los pasos que cerraban su camino hasta llegar al fin.

Exploradores y misioneros: los padres fray Francisco Anguita, fray Juan de Casasrubias y los legos fray Domingo Brieva, fray Pedro de Moya y fray Pedro Pecador.

Nuestro Dios y Señor, luz que alumbra los entendimientos de los hombres, rayo que enciende las voluntades de los humildes y fuego que abrasa los corazones de sus siervos, alumbró y encendió el espíritu de cinco Religiosos llamados Fr. Francisco Anguita, Fr. Juan de Casasrubias, Sacerdotes, Frai Domingo Brieva, Frai Pedro de Moya y Frai Pedro Pecador, Legos, Hijos todos del Santo Convento de San Pablo de Quito, en los Reynos del Pirú, para que abrasados en el amor Divino, aspirasen a la conversión de muchas almas infieles y bárbaras, que habita en las dilatadas orillas, islas y tierra firme del gran Río de las Amazonas (de que en aquella Ciudad y Provincia de Quito, y otras partes del Pirú avia grandes y frecuentes noticias). Y con el zelo santo que los estimulaba, pidieron licencia pasa tan santa y piadosa jornada al Ministro Provincial de aquella santa Provincia, que a la sazón era

el Reverendo Padre Frai Pedro Dorado; cumpliendo ansi con el precepto de nuestra Regla, que manda que los que quisiesen ir entre Moros y otros Infieles, pidan licencia para ello a sus Ministros Provinciales. Y aunque el sobredicho Ministro Provincial vió que la demanda era justa y los dichos Religiosos aptos, y idoneos para ser embiados, no se determinó á darles la licencia, hasta dar cuenta y comunicar este caso con el Presidente de la Real Audiencia, el señor Antonio de Morga, y demás Oydores de la Ciudad de Quito; los cuales abrazando todos de conformidad esta santa determinación, mostraron tanto afecto y gusto, que luego despacharon sus provisiones y cédulas Reales, mandando a los Gobernadores, Corregidores y Tenientes de la Governación de Popayan que todos favoreciesen, amparacen y acudiesen con lo necesario a los cinco Religiosos, dándoles lenguas voluntarias, y demás avío necesario y aprovechando el Padre Provincial de tan buena y oportuna ocasión, con providencia al parecer más que humana, en nombre de toda la Seráfica Familia de Nuestro Padre San Francisco, presentó un memorial, en el qual ofreció su persona, y las de todos sus Religiosos a la dicha Conversión y Conquista del Río de las Amazonas. Y la dicha Audiencia, agradecida, acetó esta oferta: y en nombre de su Majestad la admitió, y recibió, dándose por servido de los buenos deseos que siempre de la Corona Real ha experimentado en Nuestra Seráfica Religión, de todo lo qual se hallaron instrumentos en la dicha Real Audiencia y en el Archivo del Convento de San Pablo de Quito.

De Quito pasan a Pasto en la Gobernación de Popayán y de aquí a Ecija, donde se embarcaron para el Putumayo.

El año pues de nuestra salud de mil y seiscientos y treinta y dos, por los fines de Agosto salieron los cinco Religiosos de Su Convento, llevando la bendición de su Prelado y los ojos y lágrimas de sus compañeros; y nombrándolos por su Comisario al Padre Frai Francisco Anguita, con feliz viaje llegaron a la Ciudad de San Antonio de Pas-

to en la Governación de Popayán, y después de apercibirse de lo necesario para tan incierto y dilatado viaje, solos y sin compañía alguna de soldados o Religiosos de otra Religión, se pusieron en camino para la Ciudad de Ezija, fueron bien recibidos de todos sus moradores, principalmente de Alonso Hurtado, Teniente de Governador, el qual en virtud de las Cédulas Reales que llevavan, les dio canoas y por lengua un Indio llamado Pata.

Y embarcados en el Puerto que llaman Quebrada del Pueblo, a dos días de navegación, desembarcaron en el gran Río Putumayo, con que ya nuestros Religiosos tomaron posesión y se vieron en las deseadas aguas del renombrado Río de las Amazonas, por el qual navegaron onze días, y al cabo de doscientas leguas llegaron a la Provincia de los Seños, Indios de guerra; y desembarcando en el pueblo más principal, que está algo la tierra adentro, los salieron a recibir los Indios, con grandes muestras de alegría y contento, y el que más fino se mostró en sus agasajos fué un Cacique llamado Maroyo.

Los Indios del Putumayo

Mas para que se vean las maravillas Divinas y el buen pie con que entraron nuestros Religiosos en aquellas Provincias, contaré aquí en breve dos casos que les sucedieron. El primero fue que habiendo estado por tiempo de un mes poco más o menos en una pesquería, como siete leguas apartada de los pueblos que estaban la tierra adentro, donde se hallaban muchos de los principales Indios, y aviéndolos catequizado todos por instrumento de las lenguas que llevavan, quando después llegaron al primer pueblo, hallando en la primera casa que entraron un niño en los últimos términos de la vida, pidiéndoles los padres de dicho niño a los Religiosos, que le Baptizasen. Apenas recibió el agua del sagrado baptismo, quando espiró, siendo primicias de los frutos que aquellos Obreros embiavan al Cielo. Y conócese bien lo que empezaban a hacer, pues un Cacique llamado Copaya, señor de un pueblo, luego que volvió a él de la pesquería plantó una gran Cruz en medio de la Plaza, la qual hallaron después los Religiosos, y viéndola de gozo derramaron copiosas lágrimas, dando gracias a Dios de que se empezase a venerar y adorar la señal de nuestra Redención.

El segundo es, que ocho dís después de llegados a este pueblo, se les huyó una noche a nuestros Religiosos el Indio Pata, lengua y se les volvió a la ciudad de Ecija, de donde lo avían traido; y a pocos días de llegado a su casa, llenado de una desesperación endemoniada, se ahorcó el miserable, castigo al parecer de aver dejado a los Religiosos.

Vuelven a Quito por los Sucumbios.

Viéndose pues los Religiosos sin lengua (aunque no sin e píritu) que los ayudase, y que por estar solos no tenían modo ni c mino de pasar adelante, determinaron volverse a la Ciudad de los S cumbios y de allí a su Provincia de Quito, lo qual pusieron por ot llevando relación cierta y verdadera de todo lo que avían visto, y te fue el primer descubrimiento que hizo la Seráfica Religión en principio del dilatado río de las Amazonas.

Segundo descubrimiento del gran río hecho por quatr ligiosos del orden de nuestro Padre San Francis la misma Provincia de Quito, el año de mil y cientos y treinta y quatro.

(1634)

El tornarse nuestros Religiosos a la Ciudad de Quito, no ver las espaldas al trabajo, como cobardes, sino retirarse pr echar passos atrás para buscar la sazón alentados y volver a propósito y a las dificultades de la empresa, más prevenidos

echó de ver, pues pasados pocos meses tornaron a pedir con instancia y nuevos fervores a su Provincial, que ya era el Reverendo Padre F. Pedro Bezerra que les diese licencia para entrar segunda vez en el Río de las Amazonas y en el mar de tanta infidelidad y idolatría como avían visto y esperimentado. Dió el Padre Provincial la licencia con sumo gusto y alegría viendo que sus Hijos no hubiesen perdido los bríos santos y resfriádose en el servicio de Dios y bien de las almas. Ofrecióse luego la dificultad de si sería bien dar cuenta a la Real Audiencia de esta segunda entrada. Todos decían que no, atento a que las Reales Cédulas y provisiones que aquellos señores de la Audiencia havían expedido en favor de nuestra sagrada Religión el año de mil y seiscientos y treinta y dos eran tan amplias y favorables que en virtud dellas, sin otras nuevas súplicas ni despachos, podían los Religiosos entrar y salir en aquellas reducciones como en casa propia, y dada por su Majestad a esta Sagrada Religión. Con todo esto el Padre Provincial lo consultó de nuevo y pidió su beneplácito al Presidente y Audiencia.

Y oyendo su demanda justa aquellos señores, como tan Christianos, deseosos del aumento de la Fe, como tan fieles ministros de su Majestad, cuidadosos de la propagación de sus Reynos, y como tan devotos de nuestra Sagrada Religión, gozosos de los frutos espirituales que procuraba, unánimes y conformes, dieron su consentimiento, y volvieron a revalidar y a confirmar las Cédulas y provisiones ya dadas.

Pasan de Quito a los Sucumbios los misioneros Lorenzo Fernandez, Jose Antonio Caicedo, Domingo Brieva y Pedro Pecador.

Con lo qual salieron de la Ciudad de Quito para la de los Sucumbios, a los principios del año de nuestra redención de mil y seis cientos y treinta y quatro, quatro Religiosos, Frai Lorenzo Fernández, Comisario, Frai Antonio Caicedo, Predicador, Frai Domingo Brieva, y Frai Pedro Pecador, Legos. Los quales llegados a la Ciudad de Sucumbios

y aviándolos Diego Suárez de Bolaños Teniente General de la Provincia de Mocoa, les dió un buen Indio llamado Lorenzo, por lengua y quatro españoles honrados, para que fuesen en su compañía, llamados Diego Lorenzo, Diego de Medellín y su hijo y Alonso Sánchez (que después tomó el hábito desta Sagrada Religión).

Entran por el río de San Miguel

Y embarcados en el Río de San Miguel, que es uno de los que entran en el de las Amazonas, al cabo de ocho días de navegación llegaron a la Provincia de los Becauas, donde fueron recibidos de los Indios con mucho agasajo y afabilidad, donde estuvieron obra de tres meses y medio. Y como la lengua era buena, fue grande el fruto que en aquella provincia hicieron, y mayor el que esperaban hazer. Ocupábanse en Catequizar a todos, y en Baptizar los niños. No ay más que dezir, ni encarecer, sino que en viéndose los Indios heridos de muerte ellos mismos se iban a los Padres a pedilles el Baptismo. Como le sucedió a un Indio Encabellado y a otra India a quien mordió una víbora ponzoñosa, la qual con más ansias del Baptismo que de la muerte pidió a los Religiosos que la Baptizasen, diziendo: luego, que se moria y no solo ella, sino que también baptizasen a toda su casa y familia. Baptizaron la India, y al instante dió el alma a su Criador.

Indios en son de guerra con estólicas, dardos y macanas (1).

Con esta bonanza ivan viento en popa navegando las cosas de nuestra santa Fe, quando sin pensar se levantó una borrasca y tormenta deshecha, movida por el Demonio, pues sin saber cómo, ni por qué aviéndose una mañana salido por el Pueblo los quatro Españoles, vinieron todos los Indios a mano armada, con estólicas, dardos y macanas, y dando en la casa de los Padres, rompiendo a unos las cabezas y atravesando a otros, los dejaron a todos por muertos; sólo a Frai Pedro Pecador guardó Dios para remedio de los demás, pues aviéndole dado dos estolicazos ninguno le llegó a la carne, de lo que se quexava el buen Religioso con tiernas palabras de sentimiento; pareciéndole que eran culpas y pecados suyos el no aver merecido derramar una gota de sangre por su Dios, quando se hallavan sus compeñeros bañados en ella. Este tal los curó con tal caridad y mucha ciencia, por saber de Cirujía, para que se vea en todo como resplandece la Providencia Divina.

Viendo pues que ya el Pueblo estaba alborotado, mandó el Padre Comisario se aprestasen para salir de la Provincia, como lo hicieron, caminando dos leguas de tan grandes pantanos que les llegava el agua hasta la cinta, y aun se mezclava con la sangre que les corría de las heridas, dexando con ella regadas aquellas tierras, para que después. mejor dispuestas con sangre Christiana, llevasen mejor fruto. Llegando al Río de San Miguel, de donde avían salido, al cabo de grandes trabajos, por las heridas que todos llevavan, y después de aver convalecido de ellas, se detuvieron. El Padre Comisario, Frai Lorenzo Fernández con Frai Domingo Brieva, fueron a la Ciudad de Quito a pedir nuevo auxilio y favor a aquella Real Audiencia, para proseguir la Conversión. El Padre José Antonio Caicedo se quedó con los Sucumbios; Frai Pedro Pecador fue a pedir ayuda al Governador de Popayán, para proseguir en la sobredicha Conquista; el qual no se la dió, y ansí se volvió a la ciudad de San Pedro de Alcalá de los Cosanes.

---

(1). De la **estólica**, arma indígena primitiva, arrojadiza, intermedia entre la lanza y la flecha, se han llevado a cabo en Lima estudios y publicaciones gráficas apreciables.

A los Encabellados.

Y de allí con el Capitán Juan de Palacios, fué a la Provincia de los Encabellados, donde aunque llegaron algunos no pasaron de las primeras arenas, ni vieron sus casas, por ser estos Indios el asombro y temor de toda aquella Tierra. Los quales luego que supieron que iba el dicho Frai Pedro Pecador de paz, fueron tantos los que acudieron a verle, que pasaron de ocho mil; unos se hincaban de rodillas, y otros se subían a los árboles para poder verle mejor. Este buen Religioso, en compañía del Capitán Juán de Palacios capituló pazes con los Indios por la Corona de Castilla, y ellos les prometieron de estar siempre a la devoción del Governador de los Cosanes, y por el consiguiente a de su Rey y Señor. Hecho esto se volvió a la Ciudad de Quito a dar cuenta a sus Prelados, y a la Real Audiencia de cómo aquellos Indios quedavan ya de paz, con otras relaciones tales; quedándose la Real Audiencia en nombre de su Rey por bien servida de la Seráfica Religión, ordenó al dicho Padre Frai Pecador, que con treinta soldados fuese a fundar un Pueblo en la Provincia de los Encabellados.

Ansí se hizo, como diré en el descubrimiento siguiente.

Tercero descubrimiento del Río de las Amazonas, que hicieron siete religiosos y dos donados de nuestro Padre San Francisco de la Misma Provincia de Quito, y algunas cosas prodigiosas que en él sucedieron, año de mil y seiscientos y treinta y cinco.

(1635)

Llegados los dos Religiosos Frai Lorenso Fernández y Frai Domingo Brieva a la Ciudad de Quito: Informada la Real Audiencia del estado en que estaban las Conversiones y descubrimiento del Río de las Amazonas, ordenaron aquellos Señores que en compañía del Ca-

pitán Felipe Machacón, Teniente General de la Provincia de los Cosanes, fueran cinco Religiosos a fundar un Pueblo en la Provincia de los Abixiras, en cumplimiento de lo cual, el año de nuestra salud de mil y seiscientos y treinta y cinco a veinte y nueve de diziembre, día de Santo Tomás Cantuariense, salieron de la ciudad de Quito cinco Religiosos que fueron:

Fray Juan Calderón Comisario, Fray Laureano de la Cruz, Fray Domingo Brieva, Fray Pedro de la Cruz y Fray Francisco Piña.

Los quales llegaron a San Pedro de los Cosanes donde estaba el sobredicho Capitán, y allí embarcados en Aguarido, a diez días de navegación, subieron al Río de las Amazonas. Y sabiendo en el camino que la Provincia de los Abixiras no estaba bien dispuesta, ni el Capitán tenía soldados, ni orden para poblarla; y que Frai Pedro Pecador havía dejado de paz los Indios Encabellados, determinó el P. Comisario F. Juan Calderón dexar aquella derrota dudosa y entrarse en esta de los Encabellados, que estava segura. Ansi lo hizo, donde estuvieron por espacio de tres meses y medio solos los Religiosos, porque no quisieron llevar en su compañía soldado alguno (ojalá después no hubieran entrado) que sólo sirvieron de inquietarla. El caso fue que al cabo de tres meses y medio llegaron Fr. Pedro Pecador y Fr. Andrés de Toledo, con los treinta soldados que les abía dado la Audiencia, para poblar en aquella Provincia de los Encabellados.

Fray Pedro Pecador y fray Andrés de Toledo toman posesión de los Encabellados y fundan San Diego.

Así lo hizieron Religiosos y soldados, tomando posesión de aquella provincia en nombre de su Magestad con todas las ceremonias y circunstancias que se acostumbran, poniendo por nombre al Pueblo la Ciudad de San Diego de los Encabellados. Contentos y muy consolados en el Señor se hallavan en esta Provincia los cinco Religiosos, y dos Donados. Cateqizando a unos y Baptizando a otros, de modo que ya sabían muchos el Padre Nuestro y casi todos persinarse y dezir Alabado sea el Santísimo Sacramento, que con esta salutación del Cielo recibieron después a los Portugueses en la ocasión que adelante se dirá. Los Indios querían y estimavan a los Religiosos, y aunque fuese por fuerza los llevavan a sus casas y regalavan con mucho cariño. Sucedió en este tiempo otra no menor contradicción del demonio para impedir los frutos que tanto le lastimaban, y fue; Que el Capitán Juan de Palacios maltrató a un Indio principal, el qual, ofendido convocó a los demás y todos vinieron sobre los Españoles con las armas en las manos. El Capitán más imprudente que valiente se avalanzó a ellos con espada y rodela, pero en breve le quitaron la vida y a nosotros la esperanza de poder pasar adelante en aquella Conversión. Y aunque con la muerte del Capitán cesó por entonces la furia de los Indios, pero quedaron tan temorosos y acovardados nuestros soldados, que luego trataron de desamparar la tierra, pareciéndoles, y no mal, que haviendo una vez perdido aquellos bárbaros el respeto a los Españoles y muerto su cabeza, no tenían ellos segura la suya.

(1636-1637)

Fray Domingo Brieva y fray Andrés de Toledo pasan de los Encabellados al Gran Pará con seis soldados: luego fray Andrés se traslada A Lisboa y a Salamanca: en esta fecha se hallaban unidas las dos coronas de España y Portugal.

Mucho sintieron nuestros Religiosos esta resuelta determinación, y los que más mal la llevaron fueron Fr. Domingo Brieva y Fr. Andrés de Toledo, los quales dixeron que las noticias que avia de las dilatadas Provincias, diversidad y número de gente que habitaba las orillas de aquel caudaloso Río era grande, y que no sería bien que teniendo la ocasión en las manos la perdiesen; y que ansí ellos dos se determinavan ir el Río abaxo, y que hallando ser, como dezía la fama, bolverían o avisarían. A todos pareció bien este consejo y ansí les previnieron una Canoa. Y embarcandose en ella los dos Religiosos, con su ejemplo se animaron seis soldados y dixeron que ellos también querían morir en la demanda, y acompañarlos hasta la muerte.

El año pues de nuestra Redención de mil y seis cientos y treinta y seis, a diez y siete de Octubre, víspera del Bienaventurado Evangelista S. Lucas, comenzaron su viaje los dos Religiosos y seis soldados, tan desprevenidos de todas las cosas de esta vida, que solo llevava cada uno para el sustento de viaje tan dilatado e inciento, un puñado de escaso maiz, cumpliendo ansí a la letra el Evangelio y consejos de Christo Nuestro Redentor, que se cantan aquel día, que por parecerme bien misteriosa profecía me pareció ponerlos: **"Et misit illos binos ante faciem suam, in omnem civitatem et locum, quo erat ipse venturus; et dicebat illis: Messis quiden multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite; ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum neque peram, neque calceamenta; et neminem per viam salutaveritis; in quamcumque domum intraveritis, primum dicite: Pax huic domui; et si ibi fuerit llius pacis, requiescet super illum pax vestra, sin autem, ad vos revertetur. In eadem autem domo manete, edentes et bibentes quae apud illos sunt: dignus est enim operarius mercede sua."**

Cumplió Dios su palabra; pues en todo el viaje no les faltó el sustento ni lo necesario, antes les sobravan los mantenimientos con abundancia increible. Y alguna vez que no conociendo la tierra, cogieron del monte algunas yucas silvestres, siendo ansi que eran venenosas, y

tales que los naturales que las comen revientan, como después se supo por cosa averiguada, los Religiosos y los soldados las comieron sin recibir lesión alguna.

Y para que se eche de ver quan milagrosamente los iba Dios sustentando y defendiendo, y quan agradable le era el descubrimiento que estos dos Religiosos Franciscanos hazían en su nombre, pondré aquí sólo una maravilla de las infinitas que su divina Majestad obró, que fue, que abriéndoseles un día la Canoa, y haziendo tanta agua, que la ponía en peligro de anegarse, uno de los Religiosos pasó la mano por encima de la abertura, y luego quedó tan bien ajustada que nunca más entró por allí una sola gota de agua. Desta manera caminaron, durmiendo todas las noches en tierra, tan seguros como si estuvieran en sus Conventos, sin sucederles cosa adversa, sino todos prósperos, todos felizes. A cinco de Febrero, día de nuestros Santos Mártires del Japón, año de 1637, descubrieron y entraron en la fortaleza del Curupá, estalaje de Portugueses donde estaban para su defensa veinte soldados, y por su Capitán, Juán Pereira de Cáceres. Querer decir el regocijo y contento que unos y otros recibieron viendo fenecido el descubrimiento que tanto se avía deseado, fuera dilatar mucho esta Relación.

Mandó el Governador que la Canoa la sacasen del Río, y la llevasen a la Iglesia para perpetua memoria de aquel milagroso descubrimiento: y con ser pequeña, por grandes diligencias que hizieron, y fuerzas que añadieron, no fue posible el sacarla del agua. Viendo esta maravilla, determinó el Capitán, que llevasen la dicha Canoa a una isla que estava en frente del pueblo; pero sucedió otra mayor, pues con echarle veinte remeros, como si fuera una peña nacida en el agua, o un encumbrado monte, no la pudieron menear; y ansí la dexaron en el mismo paraxe donde ella varó con los Religiosos.

De allí pasaron en otra Canoa a la Ciudad del Gran Pará, dándoles el Capitán todo el avío necesario, y de allí los llevaron a la Ciudad de San Luis del Marañón, donde fueron recibidos del Capitán y Governador Jacome Raymundo de Noroña, y de toda la Ciudad, con grandes regocijos y fiestas. Luego trató el sobredicho Governador, en virtud de Cédulas Reales que tenía, en que le mandaba apretadamente el Rey Nuestro Señor, tratase del descubrimiento del Río de las Amazonas, a que él ni sus antecesores no se avían atrevido por muchos inconvenientes, y dificultades que se dirán adelante. Mas ahora viendo el camino abierto, con toda presteza y diligencia se aprestó para la jornada embiando al hermano Frai Andrés de Toledo a los Reyes de España con los papeles y relaciones auténticas, de que dos Religiosos de San Francisco, y seis soldados avían descubierto el gran río de las Amzaonas y que él se quedava aprestando para entrar por él. El dicho Religioso Frai

Andrés de Toledo llegó a Lisboa, presentó sus papeles en el Consejo, hizo sus diligencias, habló a la Señora Infanta; y mientras venía el informe del Governador, se vino a la Ciudad de Salamanca donde al presente está.

Descubrimiento cuarto que hicieron del Río de las Amazonas, dos religiosos de nuestro Padre San Francisco, el uno de la Provincia de Quito, y el otro de la Ravida, el año de mil y seiscientos y treinta y ocho.

(1638)

Despachado el hermano Fray Andrés de Toledo a los Reynos de España, con la relación cierta y verdadera de lo sucedido por mandato del Governador, Iacome Raymundo de Noroña, se quedó Frai Domingo Brieva para que fuese el Colón y piloto del descubrimiento, que en nombre de su Majestad intentava hazer, para lo cual tuvo algunas contradicciones, si bien todas las venció la persuasión y eficacia que en ellas puso el Padre Frai Luis de la Asunción Religioso de Nuestro Padre San Francisco y Comisario de aquellas partes; tanto fue esto que después confesaba el mismo Governador, que si no fuera por los buenos consejos y ánimo que le infundió aquel Padre, no hubiera intentado el descubrimiento, para que se vea que de todas maneras ayudaba Nuestra Seráfica Religión.

(1637-1638)
Al comando del general Pedro Texeira, los misioneros Agustín de las Changas y Domingo Brieva pasan del Gran Pará a Quito por el Napo.

Aprestadas con brevedad quarenta canoas y entrando en ellas setenta soldados y mil y ducientos Indios de la tierra, con todos los pertrechos que pudo aver para tan penoso y largo viaje. Nombró por General de toda la Armada al Capitán Pedro de Texeira, hombre alentado, de sana y buena intención y por Capellán al Padre Frai Agustino de las Changas, Religioso de Nuestro Padre San Francisco de nación Portugués, y Presidente del Conbento de San Antonio de Pará. Y para que se vea más claro la verdad de lo que he dicho y falta por decir acerca de que Nuestros Frailes fueron los que descubrieron y han hecho fácil la navegación de todo este Río en estos tiempos; y que a ellos se les deve la gloria, pues solos ellos pasaron los trabajos. Diré lo que hizo el Governador Iacome Reymundo de Noroña y fué: Que ansí en los papales auténticos que despachó a estos Reynos de España, como en los que embió a la Real Audiencia de Quito, a que me remito, nunca llamó a este Río el rio Marañón, o el rio de las Amazonas, sino el gran río de San Francisco de Quito, pareciéndole justo, y puesto en razón que pues los hijos del Seráfico San Francisco lo avían descubierto para perpetua memoria, sería bien darle el nombre del Padre; y ansí ordenó que en todas aquellas Provincias se llamase como se llama hoy, y se debe llamar ajustadamente, el rio de San Francisco.

Salió pues la Armada de las quarenta canoas de la fortaleza de Curupá, a vinte y siete de Octubre, víspera de San Simón y Judas, año de mil y seiscientos y treinta y siete, y con grande ánimo de todos, empezaron a navegar a vela y remo, y con mayores alientos ivan los soldados Portugueses, determinados a perder primero las vidas que volver atrás en lo empezado, hasta aberle dado glorioso fin. Quatro meses avrían navegado, en los quales con ser tanta gente, no les faltó la comida de harinas, pescados, carnes y frutas en grande abundancia, porque no llegavan a parte donde los Indios del mismo Río, no les ofreciesen con gran liberalidad sus rozas, y sementeras de mandioca, maíz y otras legumbres, las quales les pagavan con cuchillos, hachas, machetes y otras menudencias de menos precio y valor. El fruto que el Padre Capellán Frai Agustino de las Changas hazía en la espiritual fue grande, atento a que muchos de los Indios que iban remando en las Ca-

noas, eran Gentiles, a las quales el Padre Catequizó y Baptizó, que serían en número de 450, de los quales murieron algunos de enfermedades de tan largo camino, y los demás llegaron a Quito, y volvieron en la siguiente jornada, con grande amor y caridad. Los soldados Portugueses, que al principio salieron con orgullo briosos de la Ciudad del Pará, como se dilatava la navegación, cada día ivan amainando en el esfuerzo y desmayando más y más hasta que cláramente dijeron al Capitán una y muchas veces que se volviesen, porque los ríos que encontravan eran infinitos y acertar con el que avían de seguir, imposible, y esto con tanto aprieto, que no se ofrecía ocasión en que no hiziesen instancia en que ivan errados y perdidos; mas el prudente Capitán al medio del camino, y primer pueblo de los Omaguas, usó de una estratagema para quietarlos y fue aprestar ocho Canoas, diziendo que ya se hallava cerca del puerto, y que sería bueno que aquellos se adelantasen a prevenirles el ospicio; y nombrando por Cabo de las ocho Canoas al Coronel Benito Rodríguez, mandó en una de ellas se embarcase Frai Domingo Brieva, como el que sólo sabía el río y sus ensenadas, con orden que les dió que fuesen descubriendo el camino y río principal, y que dexando maderos por señal y papeles escritos en cónicabos que en los maderos hazían, y tornavan a cerrar con las cortezas de los mismos árboles sobre los quales escribían como dentro estavan los papeles que dezían, cómo por donde iban, hiziese lo restante de la Armada derroteros ciertos, y seguros por donde regirse y governarse. Con esta traza caminavan unos cuidadosos, y seguían otros empeñados hasta que todos llegaron con feliz y próspero viaje, sin sucederles el menor fracaso o desastre, al cabo de ocho meses de embarcación al deseado puerto de Paiamino, donde entraron el 24 de Junio, día del gran Precursor San Juán Baptista, año de 1638.

Desembarcados aquí, se fueron a la Ciudad de Avila, de donde se adelantó el Hermano Frai Domingo Brieva a la Ciudad de Quito, a dar quenta a la Real Audiencia, y a sus prelados del fin próspero que avía tenido su descubrimiento y de cómo quedavan en Avila aquellos soldados Portugueses y demás Indios necesitados de todo género de mantenimiento. Hizo que la Real Audiencia enviase más de quinientos escudos de vizcochos, carne, tocinos, quesos y otras cosas de refresco, y orden para que los Portugueses más principales se fuesen a la Ciudad de Quito, donde entraron diez y seis, y fueron recibidos con grandes fiestas y regozijos; y el que mayores muestras dió de alegría, como más interesado en este descubrimiento, fue el Convento de Nuestro Padre San Francisco. El General Pedro Texeira llegó después de algunos días a los Encabellados, y dexando allí su gente él se partió para Quito con que se renovaron las fiestas. La Real Audiencia dió aviso de todo esto

al Virrey del Perú, que era el Conde de Chinchón, pidiéndole ordenase lo que en aquel caso se avía de hazer. El Virrey como tan atentado y prudente (que lo ha sido en sumo grado en todo su Govierno) decretó que a los Portugueses se les diese todo lo necesario, y que luego al punto se volviesen por el mismo Río que avían venido y que en su compañía enviase la Audiencia dos personas de satisfacción por la Corona de Castilla, para que vistas las cosas de aquel descubrimiento, y enterados de todo con fidelidad y verdad, pasasen a la Corte de nuestro Rey a dar quenta al Real Consejo de Indias para que su Majestad dispusiese en materia tan grave e importante lo que fuese servido.

A esta sazón estaba en Lima el R. P. Frai Pedro Donado, Provincial que fue de la santa Provincia de Quito y el primero que dió Patentes para que se hiziese este descubrimiento, y sumamente alegre del fin que avía tenido, se fue al Virrey y pidió se sirviese de despachar decreto y dar licencia para que todos los Religiosos de la Provincia de Quito que quisiesen ir a la Conversión de aquellos Infieles descubiertos por Nuestra Sagrada Religión, pudiesen embarcarse con los Portugueses y emplear su buen espíritu en servicio de su Dios y de su Rey. El Conde de Chinchón no vino en esta demanda, por no parecerle tiempo oportuno hasta ver lo que en España se determinaba.

Llegado el orden del Señor Virrey, trató la Audiencia de su ejecución y dándoles a los Soldados Portugueses todo el avío necesario, mandaron que saliesen de Quito y se volviesen a la Ciudad del Pará. Y entrando en acuerdo sobre la elección de las dos personas que por la Corona de Castilla avían de embarcarse para pasar a España y dar aviso a su Majestad, en breve determinaron que viniese en primer lugar, el P. Chrisóval de Acuña, que entonces se hallaba cinquenta leguas de allí, Religioso profeso y actual Rector del Colegio de la Compañía de Jesús de la Ciudad de Cuenca, muy aficionado al Presidente de aquella Audiencia, y júntamente hermano del Corregidor de la Ciudad de Quito, D. Juan Vásquez de Acuña, el qual pretendía y pidió hazer esta jornada a su costa, que con tan buenos brazos y con el buen zelo de dicho P. se facilitó su venida, poniéndose de buena voluntad por su Religión, por su amigo y hermano a los trabajos que avía de tener en navegar un rio y Provincias que no avía visto en su vida y con gente que no conocía, ni avía tratado; y en segundo lugar al Padre Andrés de Arrieda, Lector de Teología actual en el Colegio de la Ciudad de Quito.

Jornada que hizieron por el Río de San Francisco, ya del todo descubierto, y navegado, los Padres de la Compañía de Jesús, con dos religiosos de la Merced y otros dos de nuestra seráfica religión el año de mil y seiscientos y treinta y nueve.

(1639)

Previnieronse los Sodados Portugueses y los dos Padres de la Compañía de Jesús para cumplir los Reales mandatos del Virrey del Pirú, y Chancillería de Quito á mas el General de la Armada Portuguesa Pedro Texeira, y otros Portugueses, se fueron al Convento de N. P. S. Francisco, y hablaron al R. P. Frai Martín Ochoa entonces actual ministro Provincial, le pidieron con grandes encarecimientos, y afectos nacidos del alma, que por amor de Dios y por lo que debía a su Rey, no permitiese que en aquel viaje tan peligroso los desamparase el Abito de S. Francisco, y que ya que por los Decretos del Virrey y Audiencia no podía llevar todos los Religiosos que ellos quisiesen, y avían menester, pues en solas dos Provincias avia setecientos pueblos que pedían la predicación del Evangelio, que por lo menos le diese para su consuelo, al Hermano Frai Domingo Brieva, Religioso a quien todos veneravan por su virtud, y a quien debían el aver llegado a salvamento por aver sido su norte y guía en aquel descubrimiento; y tener tan entero conocimiento de la tierra y del agua por ser el primero y que más veces avía surcado aquel gran Río de San Francisco de Quito; como en su memorial No. 7 refiere el R. P. Christóval de Acuña, y que el Capellán de la Armada el P. Fray Agustino de las Changas avía de sentir mucho al ver que se iban sin Religiosos de su Orden; y el que más lo avía de sentir era el Governador del Marañón, Iacome Reimundo de Noroña, etc., estas y otras razones y conveniencias más apretadas propusieron los devotos Portugueses, en abono de Nuestra Seráfica Religión que a ellos les importó entonces el decirlas, como a mí ahora el callarlas.

Viendo, pues, el Padre Provincial la instancia que los Portugueses hazían después de averlo consultado con sus Religiosos, se determinó a enviar al dicho Fray Domingo de Brieva con la Armada y que de allí pasase a los Reynos de España a dar quenta por la Religión de N. P. S.

Francisco al Rey N. S. y su Real Consejo de Indias, del principio, medio y fin de esta jornada. Y por que se vea clara y distintamente la verdad, pondré aquí la licencia y patente con que el dicho Religioso vino a esta Corte que es del tenor siguiente.

Patente del Padre Provincial de Quito.

Fr. Martín Ochoa, de la Regular Observancia, Comisario y Calificador del Santo Oficio de la Inquisición, Ministro Provincial y Siervo de los Frailes Menores de esta Provincia de N. P. S. Francisco de Quito, etc. A nuesrto carísimo Hermano Fr. Domingo Brieva, Religioso Lego, salud y paz en el Señor

Esperimentando en V. caridad el gran zelo que tiene de la conversión de las almas, y que reduzgan al conozimiento de Dios, y observancia de la ley Evangélica, y atendiendo juntamente a las grandes mercedes y favores que la Magestad divina, ha hecho a los Religiosos, hijos de N. P. S. Francisco, y esta su santa Provincia de Quito, descubriendo tan grande multitud de infieles, tierras tan incógnitas, ríos y navegaciones tan deseadas, y pretendidas de nuestros Católicos Reyes, siendo justo que la Magestad Católica y nuestros Prelados superiores conozcan que esta empresa se ha conseguido por medio de Religiosos que han salido de esta santa Provincia de Quito, que zelosos de la Conversión de aquellos infieles otras veces, y con tan fervorosa instancia han entrado en sus tieras, y teniendo en poco sus vidas, porque ellos alcanzasen el conocimiento de la salud eterna: Y ansí mismo por lo que V. caridad tiene de esta conversión, que es la experiencia y conocimiento de aquellas tierras, por aver estado otras vezes ya en ellas con otros Religiosos a conseguir los fines referidos. por conocer y por aver venido en compañía de la Armada que llegó a esta Ciudad de Quito, de las Provincias de gran Pará, donde V. caridad fue y a cuya instancia vinieron el General y soldados que residen en aquellas tierras pertenecientes a la embarcación del Reyno de Portugal para que se enterasen

en la navegación del gran Río Napo (que hoy se intitula San Francisco de Quito, por los Religiosos que lo descubrieron) y estando de partida la dicha Armada, para volver a las Ciudades del Pará, y Marañón, de donde salieron; y aviéndome pedido con notable instancia, dichos Generales y soldados, por el consuelo espiritual suyo, y de los Indios Christianos que trujeron los vaya V. caridad acompañando y enterándose más bien de las Provincias y navegaciones de los Ríos: por tanto con parecer del Definitorio desta Provincia y en virtud de la Constitución General, que nos da facultad para embiar a los Reynos de España uno o más Religiosos a negocios que se ofrezcan, concedemos a V. Caridad licencia para que pueda volverse con la dicha Armada y que vaya por el gran río referido, hasta llegar a la Provincia del gran Pará; y a los mas lugares della; y en hallando embarcación, pueda passar a los Reynos de España, y a la presencia de Ns. Reverendísimos Padres Ministro General y Comisario general de Indias, y dará quenta deste descubrimiento del gran Río Napo, y con su parecer postrarse a los pies de nuestro Católico Rey, y a su Real Consejo de Indias, y hará informes con gran legalidad y fidelidad de todos los ríos, navegaciones, y tierras que con tanto trabajo ha descubierto: y para mayor expedición de las cosas que se ofreciesen en las dichas tierras y navegaciones del gran Río Napo, pedirá V. Caridad a Nuestro Reverendísimo Padre Comisario General de Indias, todos los pedimientos necesarios; y porque en viaje tan largo no carezca de mérito, le impongo el de la Santa Obediencia y se lo mando en virtud del Espíritu Santo, que es dada en nuestro Convento de San Pablo de Quito en 1 de Marzo de mil y seiscientos y treinta y nueve años firmado de nuestro nombre y sellado con el sello mayor de nuestro Oficio y refrendado de nuestro Secretario: **Frai Martín Ochoa** Ministro Provincial. Por mandado de N. P. Provincial, **Fr.** Christóval Saguer, Secretario.

(1639-1640)
Fray Domingo Brieva se traslada de Quito a Madrid, agregado a la armada y por la vía de Quijos.

Con esta patente, donde, también lo está la verdad, y nuestro crédito y trabajo dando vozes, se partió Frai Domingo Brieva de su Convento de San Francisco de Quito, a cinco de Marzo, año de mil y seis

cientos y treinta y nueve, aviendo salido un mes antes los Portugueses y padres de la Compañía de Jesús pero algunos que viven tan adelantados en todo, que pierden prevención humana tampoco perdonaron ésta rezelosos quizas de que se descubriese la verdad como se descubre, pues apenas llegó el dicho Religioso Frai Domingo Brieva a la Provincia de los Quijos quando D. Francisco Mogollón de Ovando, Governador de aquel partido, le notificó una provisión de la Real Audiencia de Quito, en que le mandaba la Chancillería que en ninguna manera passase adelante, ni se embarcase con los Portugueses, sinó que se volviese luego a su Convento de San Francisco de Quito, y de no hazerlo ansí, sopena y sopena; válame Dios, y qué de candados echa aquí a la lengua, y qué de grillos a la pluma la modestia Religiosa, y qué de sangrientos golpes perdona el que sólo desea defenderse y no ofender; sólo digo que no pudieron estas como violencias humanas resistir los decretos Divinos, poque el mismo Governador que le notificó la Cédula Real, atendiendo a que sería de gran servicio a el Rey nuestro Señor, que quien tantas vezes avía andado aquellas tierras, le hiciese relación de ellas y al desconsuelo que sin la compañía del dicho Religioso llevavan, ansí el Capitán como los soldados, tuvo lugar de templar aquel mandato, y disponer su venida a esta Corte, donde está. Ansí lo hizo y se embarcó en Napo, en compañía de Capitán Mayor Pedro Texeira, de los Padres de la Compañía y otros dos Padres de la Merced que iban a fundar en el Pará y del Padre Capellán Fray Agustino de las Changas.

Los Padres de la Compañía de Jesús en virtud de unos recaudos que traían del Ilustrísimo Arzobispo, Obispo de Quito Don Fray Pedro de Oviedo(quisieron entrar por Capellanes de la Armada Portuguesa, lo qual pusieron en plática, mostrando los papeles, y recaudos que traían del Señor Obispo; mas nuestro Religioso Fray Agustino de las Changas se les opuso, y defendió diziendo que él avía ido por Capellán de aquella gente desde la Ciudad del gran Pará, nombrado y con licencia de quien se la pudo dar, y que allí no tenía jurisdicción el Señor Obispo de Quito, y otras razones añadió, con las quales los Padres de la Compañía, como tan Doctos, y ajustados a la razón, desistieron de su intento. Y adelantándose el dicho Padre Fray Agustino de las Changas, fue a dar la nueva a los soldados Portugueses, que avían quedado en los Encabellados, de como ya venía su General, y la demás gente, donde hizo una acción de Fraile Francisco, pues todos los regalos de quesos, vizcochos, conservas, y otros que avía juntado en Quito y su distrito, que eran grandes y muchos, los repartió entre los soldados, que estavan bien necesitados, sin dejar para sí solo una caja de conserva.

Salidos de los Encabellados, caminando el río abajo, sin succeder-

les cosa particular, llegaron hasta el Río Yurua, a la vanda del Sur donde el Exército tuvo algunas confusas y falsas noticias, que los Olandeses avían ganado la Ciudad de San Luis del Marañón, y la del gran Pará, y que por allí andavan algunas canoas de Olandeses: Por esto se determinó el General Pedro Texeira de tomar posesión de aquel Río en nombre del Rey de las Españas, y Emperador de las Indias Felipe Quarto (que Dios Guarde).

Ansí se hizo con todas las ceremonias y solemnidades necesarias. Llamó al río, Río de San Luis: fundó un pueblo plantando en él árboles todos los soldados ,en nombre de Nuestro Rey y Señor: y llamaron al pueblo San Antonio y a la Provincia le pusieron por nombre la Franciscana. Estos nombres bien dicen lo que sentían el General y los Portugueses de la Religión de San Francisco, y de la parte que tiene en aquel descubrimiento.

Pasando más adelante a la boca del Río Negro, hubieron más vivas estas nuevas de algunas Canoas de Indios que encontraron; y ansí el dicho Capitán volvió a tomar posesión del Río y llamó aquel sitio de Avila. Tampoco se descuidaron el Padre Capellán Frai Agustino de las Changas y el Hermano Frai Domingo Brieva pues quando todos los soldados plantavan árboles en nombre de su Rey, ellos también enarbolaban otro, que fue el Santo árbol de la Cruz en una grande y vistosa playa, en nombre de N. S. Jesu-Christo y de la Iglesia Romana. De allí por el estilo, y orden que dice en su memorial el R. P. Christóval de Acuña, llegaron todos en salvamento a la fortaleza del Destierro, donde se quedaron los soldados, y pasaron los Religiosos a la Gran Ciudad del Pará, de allí a la Ciudad de S. Luis del Marañón, menos los Padres de la Merced y el P. Frai Agustino de las Changas, que se quedó en su Convento. De la Ciudad de San Luis Frai Domingo Brieva se embarcó para España, y tocando en las Terceras, entró en Lisboa a treze de Octubre de mil y seiscientos y quarenta, de donde se vino a esta Corte a informar al Rey Nuestro Señor, y a su Real Consejo de Indias como lo ha hecho y lo haze con grande fervor de espíritu, aunque le ayude poco un pie que tiene quebrado, que lo perdió como buen soldado en la Provincia de los Tupinambaes, en servicio de su Dios, y su Rey, como queda dicho.

No se limita el zelo de los Religiosos de esta Seráfica Religión a la salvación de las almas a solas las que habitan los espacios deste Río, sino que imitando a su Gran Padre, que en su abrasado fervor, lo que más instantemente pedía a Dios era la conversión, y salvación de todas (para cuyo fin instituyó tres órdenes, en que se incluyen todos los Estados de gentes) a todos los del mundo quisiera traer al conocimiento de Dios y su verdadera Fe; y por la parte del Norte que estan-

do en la primera opinión del nacimiento deste Río, son también tierras que con sus corrientes baña, han salido muchas vezes hijos desta gran Familia y de la Provincia de los Doce Apóstoles de Lima a convertir tanta Gentilidad, como aquellos escondidos senos encierran, de cuyos ubérrimos frutos, y felizes progresos se darán de parte de dicha Provincia en otra ocasión mayores noticias. Mas en la presente para que se consiga el fin y se haga lo que conviene al servicio de Dios, y del Rey Nuestro Señor y al bien de tanta multitud de almas, que están ya descubiertas en el Río ya llamado de San Francisco de Quito, parece sería bueno, y acomodado medio. que el Real Consejo de Indias, ordenase y mandase, que en la entrada deste Río por la parte de los Quixos, y en la de la Ciudad de Pasto, en los puestos más acomodados se edificasen dos fortalezas (que para defensa de Indios no pueden ser de mucha costa) desde donde puedan hazer sus entradas, la tierra adentro los Religiosos y soldados, y hallar socorro en sus necesidades y defensa en las invasiones de los Indios. quando se concitasen contra ellos. A este medio no debe faltar el más principal. que es que los Capitanes y soldados sean personas, de tanta prudencia, que aunque atiendan al interés temporal, no sea de manera que les obligue a atropellar el celestial y que los Religiosos sean varones de virtud y prudencia conocida, y espíritu fervoroso, para que ansí puedan obrar con fortaleza, y suavidad; con fortaleza sufriendo con paciencia las incomodidades y trabajos que en semejantes demandas se ofrecen, y con suavidad, aviéndose como corderos entre lobos, (que es el modo de vencer que dió Christo a sus Apóstoles) reduciendo las voluntades de los que no conocen a Dios, con mansedumbre en las palabras, humildad en el trato, caridad en las obras, desinterés y desprecio en los bienes temporales, de suerte que conozcan los Indios, que desean más la salvación de sus almas que los bienes de sus tierras. (1).

Laus deo, et Beatissimae Mariae, et Beato Francisco.

---

(1) El celoso lego franciscano de quien se habla en este apéndice, es el mismo de quien afirma el padre Jacinto Morán de Butrón, de la Compañía de Jesús, en la **Vida de la Beato Mariana de Jesús de Paredes y Flores**: "Vió el santo varón Fray Domingo Brieba, del Orden de San Francisco al P. Juan Pedro Severino, que con su manteo defendía a Quito a la boca del volcán . . . (Lib. I. Cap. VI, pág. 74"); y la virtud y santidad de este incansable explorador y catequista son generalmente reconocidas.

Real autorización al padre fray Gregorio Bolivar

Para que Fray Gregorio Bolibar de la orden de S. Francisco predicador apostólico y cuatro religiosos de la misma orden y un criado que van a las provincias del Perú sean proveidos de lo necesario al viaje por cuenta de la hacienda de V. M. (1).

Mis Presidentes y Jueces y oficiales de la casa de la contratación de Sevilla, por otra mi cedula de la fecha se ha dado licencia a Fr. Gregorio de Bolivar de la orden de S. Francisdo para pasar a las povincias del Perú, donde va para anunciar el S. Evangelio a los infieles que habitan en las provincias que se continuan por las cabezas del Río Marañón desde el Parauri hasta el Diaben y la gran Laguna de Paytiti y otras de aquellas partes, que pueda llevar consigo cuatro religiosos para el mismo efecto, un criado para servicio. Porque mi voluntad es que sean proveidos de lo necesario para el viaje, os mando que del dinero que hubiere consignado para pasajes de religiosos a las Indias o de otra cualquiera hacienda mía que huviere en esas casas y fuera a cargo de ellos el mi tesorero, proveais a los dichos cinco religiosos y un criado, de lo que fuere menester para su pasaje y matalotage desde esa ciudad hasta la provincia de Tierra Firme y a cada uno de los dichos religiosos darles un vestuario conforme al que acostumbran traer un colchon, una frasada y una almohada para la mar, todo en conformidad de la orden que tengo dada, en lo cual distribuireis hasta la cantidad de ciento y cinco mil qunientos y ochenta maravedis, que conforme a la relación oue mis contadores de cuentas que residen en mi Consejo de las Indias han en él, se supone montará el gasto que se ha de hacer en ello; y mas de lo cual proveereis a cada uno de los cinco religiosos y criado de dos reales cada día para su sustentación desde que llegaren hasta que se emarquen y pagareis lo que costare llevar sus libros y vestuarios desde su convento hasta esa ciudad y el llevar todo ello desde ay a San Lucar ó Cadiz que con carta de pago del dicho Fr. Gregorio de

---

(1). Archivo General de Sevilla: 154, 1, 19.

Bolivar o de quien su poder obiere y esta mi cédula, mando que os sea recibido, pasado en cuenta a ellos el mi tesorero lo que en ellos se montare, y dareis orden como vayan bien acomodados en los navios en que obieren de ir, haciéndoles dar una camara y con los maestros y dueños del navio en que fueren hareis que se les concierte lo que por su pasaje, flete y matalotaje y de los libros y vestuarios que llevaren y del dicho criado se le obiere de pagar, el concierto que con ellos se hiciere proveereis que se ponga en manera que haga fe a las espaldas del traslado signado de escribano publico de esta mi cedula, que por ella mando a los oficiales de mi real hacienda de la dicha provincia de Tierra firma que luego como llegaren a la ciudad de S. Felipe de puerto belo los dichos religiosos y criado paguen al maestro o dueño del navio en que fueren los que por el dicho concierto les costare que han de haber de cualquier hacienda mia de su cargo y que para su descargo, tomen el dicho traslado signado de esta mi cedula con el dicho concierto y carta de pago del dicho maestro o dueño del navio en que fueren y que con este recaudo sin otro alguno se les reciba y pasen en cuenta lo que en ello se montare: y asi mismo les mando que si el dicho Fr. Gegorio o sus cuatro compañeros enfermaren allí les hagan curar conforme a la orden que está dada y les hagan dar cabalgaduras en que vayan y lleven sus libros y vestuarios desde el dicho puerto de S. Felipe de puerto bello hasta llegar a la ciudad de Panamá y durante el tiempo que estubieren detenidos el ella aguardando embarcación les probean y al dicho criado de lo que obieren menester para su sustentación y del matalotaje que tuvieren necesario para desde la dicha ciudad de Panamá hasta el puerto del Callao, y que tomen para su recaudo descargo los recaudos necesarios para desde la dicha ciudad de Panamá hasta el puerto del Callao, y que iguales con este dicho Fr. Gregorio de Bolívar y sus cuatro compañeros y criado, y de sus libros y vestuarios con el dueño o maestre del navio en que fueren desde la dicha ciudad de Panamá hasta el dicho puerto del callao o hasta donde obieren de desembarcar, y que el concierto que se hiciere pongan a las espaldas del nuestro traslado signado de esta mi cédula, que por ella mando a los oficiales de mi real hacienda que residen en el dicho puerto del Callao que lo que montare el dicho concierto de cualquier hacienda mia de su cargo y que el tiempo que estubieren allí los dichos religiosos y el criado les provean de todo lo necesario para su sustentación y mantenimiento desde el dia que desembarcan en el dicho puerto hasta llegar a la ciudad de los Reyes que con carta de paga del dicho Fr. Gregorio y el dicho traslado signado de esta mi cedula y testimonio de lo que en esto gastare mando les sea recibido y pasado en cuenta: y así mismo mando a los jefes de mi real hacienda de la provincia de Cartagena que si el dicho Fr. Gre-

gorio de Bolivar y sus cuatro compañeros y criado saltaren en tierra en aquel puerto les provean de todo lo necesario para sus sustentación y mantenimiento desde que desembarcaren en aquella ciudad hasta que se tornen a embarcar para seguir su viaje y que si enfermasen allí los hagan curar en al forma sobredicha y que así mismo es mi voluntad y que tomen razón de esta mi cedula mis contadores de cuentas que residen en mi Consejo real de las Indias: fecha en Madrid a veinticuatro de diciembre de mil seiscientos y veintiseis años. Yo el Rey.

Por mandado del rey nuestro señor Antonio González.

Real orden para que el padre Bolivar pase con doce religiosos de Lima a Santa Cruz de la Sierra

Al virrey del pirú que de horden como se provea a fray gregorio bolibar de la orden de S. Francisco y a cuatro religiosos de su orden que van con él.

Marques de Guadalcazar, pariente, mi virrey gobernador y capitán general de las provincias del pirú o la persona o personas a cuyo cargo fuere su gobierno; fray gregorio de volibar de la orden de S. Francisco predicador apostolico que vino de esa tierra hace Relación que en las provincias que confinan con las cabeceras del rio Marañon desde Paraurí hasta el Diaben y la gran Laguna del Païtiti y en otras hay gran cantidad de indios que viven en su gentilidad sin haber tenido conocimiento de nra. S. Fé Catolica de que el tiene particular noticia y experiencia por haberse ocupado mucho tiempo por orden de los virreyes vuestros antecesores en darles luz de ella y que dándole yo licencia para llevar consigo de estos reinos a esas partes doce religiosos hará entrada con ellos en las dichas provincias de infieles y les anunciará el S. Evangelio: Suplicame, que pues nuestro Señor será servido dello, le haga merced de darle licencia para llevar los dichos doce religiosos en conformidad de las patentes que tiene de su santidad y de sus superiores, pues también resultará de su reducción y perfección venificio a mi real hacienda y visto por os de mi consejo real de las Indias con lo que cerca de ello dijeron el licenciado Don antonio de la queva y sylva, mi fiscal en él y el padre fray juan de santander, comisario general de su orden de las Indias que reside en mi corte y las licencias y patentes que tiene de los dichos superiores he tenido por bien de concederles licencia para que pueda llevar consigo de todos reinos cuatro religiosos de las partes y conventos que en su religión se señalase para que por ahora entren con él es las dichas provincias de infieles y un criado que los sirva para ello se le han dado los despachos y abiamentos necesarios hasta legar a dicha ciudad de los Reyes y por que en seguimiento de su intento y viaje han de pasar adelante os mando que a él y a los dichos cuatro religiosos y criado les hagais proveer de cualquier hacienda mia lo que huvieren menester desde esa dicha ciudad hasta la de Santa Cruz

de la Sierra, ajustando la cuenta de lo que montare que a mis oficiales reales que lo dieren se les reciba y pasará la cuenta en virtud de esta mi cedula o de su traslado signado de escribano publico y de las ordenes que para ello dieredes y si tuvieredes, por conveniente y necesario que lleve más religioso para hacer la dicha entrada le hareis dar otros ocho que con los cuatro son doce que tiene por número bastante para esta empresa estos en conformidad de las dichas licencias y patentes y con las limitaciones en ellas contenidas que van pasadas por el dicho mi consejo como lo vereis por certificaciones puestas en ellas por mi infrascrito secretario y en cuanto a dar a los dichos ocho religiosos lo necesario para su aviamiento desde esa dicha ciudad de Lima hasta la dicha ciudad de Santa Cruz de la Sierra hagais con ellos lo que se acostumbra y por ser esta obra tan pía de que puede resultar gras servicio a nuestro señor os encargo mucho asistais y hagais, se asista en cuanto fuere posible a dicho Fr. Gregorio Bolibar, de manera que con vuestra buena ayuda hagan los dichos Fr. Gregorio y sus compañeros la dicha entrada en las dichas provincias de infieles y les anuncien el S. Evangelio y los ponga a estar debajo de mi protección y obediencia y de lo que en todo fueredes haciendo y resultare de la entrada de los dichos religiosos me ireis dando continuos avisos. Fecha en Madrid a veintitres de Diciembre de mil seiscientos veintiseis años. Yo el Rey. Por mandado del Rey nuestro Señor, Antonio Gonzalez.

Señor Presidente jueces y oficiales de Hacienda:

El Padre Fr. Ignacio de Irarraga de la orden de S. Francisco de la Provincia de los XII Apostoles de Lima que vino de las del Perú se le ha concedido licencia para volver a aquella tierra en la forma que vino de que se queda despachando cedula, en forma y para que y porque seria posible que respecto de estar tan proxima la partida de galeon no pudiese llegar atiempo el despacho le aviso a Vms para que tiniendo el dicho Fr. Ignacio de Irarraga, licencia de su superior se le deje volver a las dichas provincias del Perú en la forma que vino, sin ponerle impedimento en su viaje, Guarde Dios a V ms. como deseo Madrid a diez y siete de Setiembre de Milseis cientos y sesenta y cuatro años Dn. Julio del Solar.

Licencia a Fr. Ignacio de Irarraga de la orden de S. Francisco vino de esas provincias del Perú para que se pueda volver a aquella tierra en la forma que vino.

EL Rey. Mi presidente y Jueces de la casa de la Contratación de la ciudad de Sevilla. Por parte de Fr. Ignacio de Irarraga de la orden de S. Francisco se me ha representado que vino a estos reinos de las provincias del Perú, al capítulo general que se celebró en Roma, que este presenta año como custodio y vocal de la provincia de Lima suplicandome fuese servido concederle licencia par volver a aquella ciudad y habiendose visto por los de mi consejo de las Indias lo he tenido por bien y asi os mando dejeis volver a las dichas provincias del Perú al dicho Fr. Ignacio de Irarraga, en uno de los galeones q' de próximo han de hacer su viaje a las Indias en la que vino, sinembargo de la orden que hay en contrario para los religiosos que vienen de las Indias no pueden volver a ellas y para en esto toco dispenso en ella, quedando en su fuerza y vigor y para lo demás adelante si asi es mi voluntad.

Fecha en Madrid Diez y nueve de Setiembre de mil seis cientos sesenta y cuatro. Yo El Rey. Por mandato del Rey nuestro señor Dn Julio del Solar.

Certificaciones del padre fray Diego de Córdoba

Muestras del método que empleaba para investigar los hechos acaecidos

Primera: Real Cédula de Felipe IV en encomio del padre fray Felipe Luyando

SELLA las hazañas que el obrero del cielo obró en estas conquistas espirituales la cédula del Gran Monarca Felipe IIII, despachada en Madrid a dos de Mayo de 1640. años, firmada de su Real mano, y refrendada de su Secretario D. Fernando Ruiz de Contreras, y señalada del Consejo de Indias, en q' su Magestad se da por bien servido de lo que trabajó el Padre Fray Felipe en servicio de ambas Magestadse, y beneficio comun de las almas, mandando a su Virrey le dé de su parte las gracias, y le asista en su real nombre, para que obra tan agradable a Dios vaya siempre en aumento."

"Hallóle esta executoria cuando llegó a Lima mejorado en el cielo, donde (fiamos de la piedad de Dios) está gozando de los premios correspondientes a sus méritos. La cédula guarda el Cabildo desta ciudad de los Reyes en su archivo, y sacada a la letra de su original, dize así:

"EL REY.—Marques de Mancera, pariente, Gentilhombre de mi Cámara, de mi Consejo de guerra, mi Virrey, Governador, y Capitan General de las Provincias del Perú. Essa ciudad de los Reyes me ha escrito en carta de diez y nueve de Junio de mil y seiscientos y treynta y nueve lo mucho que fray Felipe de Luyando de la Orden de S. Francisco, ha trabajado en la conversión de los Indios, reduciendo a muchos de diversas naciones a nuestra Santa Fé Católica, que han recibido el bautismo con general aplauso de todo esse Reyno, y especialmente de la ciudad de León de Guanuco, que era la mas infestada de los Indios rebeldes, y oy se halla con toda paz, y tranquilidad, en que se ha ocupado este Religioso nueve años con sumo trabajo, andando muchas leguas a pie por los montes, menospreciando los riesgos de su vida, solo por conseguir su buen intento, como lo ha hecho; y tiene fundadas entre los Indios convertidos seys Iglesias, que las sirven Religiosos de su Orden, para cuyo sustento, y remedio de sus necesidades se han valido de limosnas de personas devotas que han acudido a tan santa obra. Por todo lo cual será bien que esta insigne acción hallase en mí buena acogida, que

por si merece, premiando al dueño della, para el acierto, y aliento de otra. Mandamos assi mesmo, que los Religiosos que asisten en las dichas Iglesias, ocupandose en este ministerio tengan el sustento, y reparo de que necesitan en partes tan remotas como habitan, para que no se frustre el efecto tan lucido que se ha conseguido. Y aviendose visto por los de mi Consejo de las Indias, como quiera que este Religioso se quede aca con cuidado para las ocasiones que se ofrecieren, en que se tenga por aproposito su persona, todavía me ha parecido encargaros, como lo hago, le deys de mi parte las gracias, que tan justamente se le deven, por lo que en esta parte ha hecho, fomentandoles de la nuestra, y assistiendo a todo lo que a esto toca, como mejor os paresca que conviene, para obra tan del servicio de Dios nuestro Señor, vaya siempre adelante, no dejandola de la mano, pues veys de cuanta importancia es, que todos los naturales de esas provincias vivan en la obediencia de la santa Madre Iglesia, y profesen nuestra Fe y Religión Christiana: Y de lo que en ello se hiziere, y el estado que esto tuviera me avisareys. Fecha en Madrid a dos de Mayo de mil y seyscientos y cuarenta años. YO EL REY. Por mandato del Rey nuestro señor, D. Fernando Ruiz de Contreras." (Crónica, Lbr. I. Cap. XXVII).

Segunda: Certificación sobre las muertes crueles que dieron los gentiles a los Padres Fray Gerónimo Ximenes y Fray Christoval Larríos con maravillosas circunstancias.

Aparécese en el ayre una maravillosa claridad

El día en que sucedió la muerte del Padre Fray Geronymo, que fue en el que nuestra Madre la Iglesia celebra la purísima Concepción de la Princesa del cielo, Maria nuestra Señora, ocho de Diziembre de 1637, fué vista de muchos una maravillosa señal clarísima en el cielo, en forma de palma, que el tronco, y pie venía a caer házia a la parte, en que fue muerto este bendito Religioso. También se ha dicho, que los culpados en estas muertes, todos murieron miserablemente, afligidos de hambres, y pestes, aborrecidos, y desamparados de las naciones sus circunvezinas, en especial el agresor principal, que como alevoso traydor murió a hierro y a fuego."

Revienta un indio que quiso beber en el caliz

"Muestra muy clara fue tambien de la venganza divina el castigo visible, que ejecutó en un Indio, que uiso bever en el caliz, en que dezia Missa el Padre Fray Christoval de Larios, que en la partija del despojo, que hizieron de las ropas de los muertos, le cupo a este el caliz, por premio de aver sido el principal matador del Padre Larios. Este homicida en una gran borachera, que tuvieron todos para celebrar las muertes de los Religiosos, y Españoles, aviendo echado chicha (que es un brevaje) en el caliz para beber en él, y brindar a los demás al punto que llegó el caliz a los labios, espiró rebentando por los hijares, con asombro de los demas, que lo publicaron; los cuales de temor pusieron el caliz en un rincón, que los Indios Christianos recobraron despues."

"Luis de Ledesma, testigo en esta información, antiguo en aquella Provincia, en su deposición que hizo debaxo de juramento, según estilo, y en que conforme con los demás testigos en todo lo q' declaran en esta causa, añade algunas circunstancias, q' como familiar de aquellos Indios, pudo saber y averiguar, q' me ha parecido no omitir, porque

manifiestan bien la causa gloriosa de las muertes de estos Religiosos. Dize pues, que como antiguo que es en aquel'a tierra, por los rescates de ropa q' en ella haze con sus habitadores, y por esto inteligente en la lengua de'los, pudo saber mucho del espíritu celestial con q' estos benditos Frayles (con quienes comunicó, y en especial con el P. Fr. Geronimo Ximenes) se emplearon en las conversiones de aquellos infieles, y vido sus Iglesias, y estuvo en ellas; las cuales con notable zelo de la gloria de Dios, levantó el dicho Padre Ximenez. Y cuando las cosas de nuestra santa Fé Católica navegaban con tranquilidad, y bonanza, viento en popa, el demonio, enemigo común, procuró desbaratar con esta obra la borrasca deshecha, que levantó con la ocasión siguiente."

"Supo el Padre Fray Geronimo, que el Cazique Don Andres Zampati estava amancebado, o casado al modo gentílico con tres mugeres, y que avia quitado por fuerza a un criado suyo (llamado Camaytillo) su muger, y la tenia por concubina. Enterado de la verdad procuró el siervo de Dios con toda suavidad darle a entender, no serle lícito, siendo Christiano tener mas de una sola muger. Y aunque por entonces dexó las tres, hizo esto con tanto sentimiento, q' el amor que tenía a los Frayles le convirtió en odio mortal, maquinando, como bárbaro ingratto contra sus vidas, por gozar a sus anchas, sin testigos de sus torpezas; lo cual aviendo consultado con algunos sus confidentes, persuadió a los Religiosos passasen adelante, donde tenia muchos vasallos, llamados Antis, que por falta de dotrina no conocian a Dios, que alli podrian fundar Iglesias, que él les favorecería, e iria con ellos, y de hecho salieron los Religiosos con el Cazique, tres leguas a la orilla de un poderoso rio, en el parage llamado Madari, para baxar por él en balsas treinta leguas a los dichos Infieles. El fiscal de la Iglesia de Quimirí, que era Christiano, llamado Joseph, obligado de la virtud de los Frayles, y que le acababan de bautizar a sus hijos, y no menos sentido del Cazique, que como lascivo le avia procurado quitar su muger, les aviso de la dañada intención con que los llevaba el Cazique al matadero, con que se bolvieron a su Iglesia, de donde avian salido."

"Por este tiempo llegaron a Quimirí, los soldados Españoles con el Religioso de la Orden de nuestro Padre Santo Domingo en demanda de la tierra adentro, para hazer nueva entrada por el rio, los cuales persuadieron a nuestros Frayles, que a una con el Padre Domínico tomasen por su cuenta la conversión a la Fé de aquellos infieles, de que Dios tanto seria servido. Nuestros Frayles, aunque recelosos de la perfidia del Cazique, con el zelo que abrasava sus corazones de llevarles la luz del Evangelio y ayudar a la nueva iglesia, que el Padre Dominico yva a fundar, se dispusieron a acompañarles, como lo hizieron en la forma arriba referida."

Trayción del Cazique, contra los Religiosos, y Españoles

ESTE Cacique ministro de Satanás tenía ya avisado por un correo. a los infieles, q' estuviesen a la mira, y emboscados en el paraje llamado Coachiri, para cuando llegasen las balsas, flechasen, y quitasen las vidas a Frayles y Españoles: y advirtió a los balseros, que cuando comenzasen de tierra a flechar a los Españoles, ellos se arrojasen al agua, y saliesen a nado. Sucedió todo como lo pensó y avia ordenado, porque en el dicho paraje los balseros se arrojaron al agua y los Indios mataron a los españoles a flechazos. El cazique, q' ya avia saltado a tierra, con su muger, viendo que los Indios no avian flechado al padre Fr. Geronimo, les mandó le tirassen; su muger procuró impedirlo, diziéndole, q' advirtiesse, que aquel Padre le avia enseñado las oraciones, y su compañero le avia bautizado, que no avia razón, para que muriese. El Cazique muy indignado: le dio un golpe, de q' la india cayó al rio tan maltratada que peligró su vida; y buelto a los Indios les mandó que flechasen al Frayle. Ellos movidos de una natural compasión dixeron: lástima es Señor, matar un hombre desarmado, vestido de muger (porque aun no sabian, que cosa era Religión). Todo esto era echar aceite en el fuego, y encender más el ánimo del barbaro, que a voces les bolvió a mandar le matasen, Le tiraron dos saetas de sus arcos, la una dio por debaxo la tetilla, y la otra encima della."

El Cazique ingrato mata al P. Ximenes cruelísimamente

"Como se sintiese herido el Padre Fray Geronimo se arrodilló dentro de la balsa, y levantados los ojos al cielo, para donde esperaba salir el alma, entre amorosos coloquios con Dios aguardó la muerte, que el ingrato Cazique con vascas mortales, echando espumajos por la boca, y fuego por los ojos, de que los Indios no le acabassen de matar, se arrojó como fuera de si al rio en la balsa en q' avia venido, y con uno de los remos, le dio ta gran golpe en la cabeza, y en la nuca, que luego cayó muerto el siervo de Dios, acompañándole en este trance un niño Christiano, que llevava el bendito Religioso en una de las balsas, que con no menor crueldad quitó la vida el bárbaro Cazique".

Los Indios matan al padre Larios, y a los Españoles

El cual quedó tan encarnizado, y relamiendose en la sangre, que avia derramado que exortó a los homicidas acudiesen a la otra tropa de lo Españoles, y a ellos, y al Frayle Francisco, que los acompañava los matassen, que él iria por el rio arriba a Quimirí, donde los Frayles tenian Iglesia, para cortar por alli el paso a cualquier Español que se salvase, para quitarle la vida; y assi nadie pudiesse llevar la nueva a los Christianos: y paramas obligarles, repartió entre ellos la ropa de los Españoles, que iva en las balsas, y mandó que desnudasen la tunica al Padre Fray Gerónimo. Lo qual se executó luego, y se la traxeron. Los Indios acudieron a la segunda tropa, executaron con el Padre Fray Christoval Larios la mesma crueldad, sin que de tantos se salvasen con las vidas, sino solos seys Españoles, y destos los dos murieron de hambre en aquellas montañas."

"A tiempo q' sucedieron estas muertes, que fue por el mes de Diziembre, del año de 1637, estava este testigo en Tarama, y una mañana como las diez, aviendo amanecido el dia claro, y el cielo despejado sin ninguna nuve, vido este testigo con los demas del pueblo, que de la parte de oriente, donde avian sido las dichas muertes, se levantaba una maravillosa señal, blanca, y muy hermosa, en forma de una escala, que creciendo a su parecer mas de mil pies de largo, subia hasta el medio del cielo. Causó a todos admiración, y a este testigo temor, si acaso avia sucedido algun fracaso a los Religiosos que asistían en Quimirí. A pocos dias llegó la nueva de las muertes de los Religiosos, y Españoles, con notable dolor, y no menor escándalo que en todo el Reyno causó el atrevimiento, y alevosía de aquellos Indios. Este testigo, como familiar dellos, hizo inquisición del caso, y se infomó por menor de sus circunstancias, y enterado de la verdad, se aventuró a penetrar la tierra y hablar al Cazique con quien profesava amistad. Habló por el camino a muchos vasallos del Cazique, que escandalizados de la muerte, que su señor avia dado a los Frayles, andavan huidos, y fuera de su servicio. Destos, y de otros muchos oyó contar lo mesmo que ya sabia, y en particular de tres Indios muy entendidos (que en su deposición dize sus nombres) que se hallaron presentes quando la muerte del padre Fray Geronimo, que sin saber uno de otro, convinieron en lo que todos los demas dezian. También se enteró de la muerte del Padre Fray Christoval Larios, de los cuatro Españoles, que se escaparon al tiempo que los Indios los echaron, y también de otros dos Indios, que como testigos

de vista se lo refirieron; que una, y otra muerte fueron en la forma que ya se ha contado."

Manda quemar la Iglesia el Cazique

"Llegó este testigo a Quimirí, y vido no sin dolor, quemada la Iglesia de San Buenaventura, que el sacrilego Cazique mandó quemar, y con las santas imagenes se hizo ceniza; el qual como otro Cayn, acusado de su mala conciencia andava huydo por la montaña, receloso del castigo, que sabia le procuravan dar los Indios del asiento del Cerro de la Sal, por tan grandes sacrilegios. No le valió su cuidado, porque en presencia deste testigo un Indio vasallo suyo con notable zelo de vengar las muertes de los Religiosos, le quitó la vida. con un alfanje a golpes, que le dió sobre la nuca, y cabeza en la mesma parte, donde este miserable Cazique acabó de quitar la vida con el palo, y remo, al Padre Fray Geronimo Ximenez; y el cuerpo por mayor vilipendio, fue luego quemado, y el siguiente dia los Indios lo lanzaron medio abrasado por el rio abaxo, en castigo, que él avia hecho lo mesmo con el Padre fray Geronimo, dexandole desnudo en la balsa, dentro del rio donde lo mató. Y advirtió este testigo, que la mano derecha, con que cometió el homicido, la tenía menos; de manera, que se hizo ceniza al primer fuego, estando lo demas del cuerpo medio quemado."

Maravillosa señal en el cielo

"También haziendo la cuenta, y computo del día, en que avia aparecido en el cielo la señal, y escala refulgente q' se ha referido, fue el mesmo dia, mañana, y hora en que avia sido flechado, y muerto el bendito Fray Geronimo Ximenez y a los tres, o cuatro dias adelante sucedió la muerte de su buen hermano y compañero el Padre Larios."

"Hasta aqui dize este testigo, persona tenida por fidedigna, al qual después de averle leydo toda su declaración, dixo estaba escrita según la verdad de lo que passó: Y dicho esto, puso la mano derecha sobre un missal, y dixo, que bolvía a jurar; y jurava a Dios nuestro Señor, y sobre los quatro Evangelios, y sagradas palabras que estavan en

aquel missal, que la dicha declaración que avia hecho, era toda verdadera, en que se ratificava una, dos y tres, y muchas vezes para gloria de Dios que es la mesma verdad, y lo firmó. Luis de Ledesma."

"Que con lo demás que sabemos todos, y yo que conocí mucho del espíritu celestial con que el Padre Fray Geronimo Ximenez, se ocupava en solicitar las conversiones de los infieles, expuesto a derramar la sangre de sus venas, que muy de antemano tenia ofrecida a Dios, y su vida en holocausto y sacrificio, como prendas de su fino, y verdadero amor, como se vido en los grandes peligros a que se dispuso. Y no menor el santo zelo del Padre F. Christoval de Larios, que yo hallé en el noviciado de Lima, quando entré a ser Maesctro de Novicios, Religioso de conocida virtud, y muy hijo de nuestro Padre San Francisco, que prueban bien la gloria que nuestra piedad nos asegura, gozan estos buenos operarios de la viña del Señor en el cielo, en compañía de los bienaventurados, que en su abrasado fervor dieron las vidas por sus hermanos, que Christo nuestro Redemptor en el capítulo 15 de S. Juan calificó por sumo amor, siendo cierto que hazañas tan grandes solo las pueden emprender aquellos que tienen amor y corazón de Dios. (Crónica, Lib. II, cap. XXX.)

INDICE

Páginas

LIBRO I

Páginas

Páginas

Páginas

LIBRO II

Páginas

Páginas

LIBRO III

Ensayo de Misiones en el Alto Ucayali: notable diario del padr Biedma: expediciones coronadas con el martirio de este misionero y sus compañeros.

(1685-1687)

Páginas

Páginas

LIBRO IV

Hechos y costumbres de los Cunibos

APENDICES:

INDICE DE LOS MAPAS Y FOTOGRABADOS

MAPAS:

Páginas

FOTOGRABADOS:

PARA ESTA PUBLICACION HAN DADO

CANTIDADES ESPECIALES

Sr. Antero Aspíllaga.—Sr. Pablo Cassinelli.—Ilustrísimo Monseñor Fidel Olivas Escudero, Obispo de Ayacucho.—Ilustrísimo Monseñor Fray Mariano Holguín, Obispo de Arequipa.—Srta. Teresa Elejalde.—Sra. Isabel A. de Bustos.—Srta. Mercedes Azcárate.—Sra. Cristina R. de Loayza.—Rda. Madre Abadesa de la Concepción Sor Beatriz de Jesús.—Sr. Isaac Martínez.—Dr. Diómedes Arias Soto.

SUSCRITORES

Sr. Luis Alvizuri.—Dr. Jesús de Asín.—Sra. Jacinta F. Arenas.—Sra. Fernanda de Urquiano.—La Tercera Orden Franciscana de Jauja.—La Tercera Orden Franciscana de Huancayo.—La Tercera Orden Franciscana de la Oroya.—La Tercera Orden Franciscana de Tarma.—Sr. Felices Pascual.—Sra. Isabel de Serrano.—Srta. Ernestina Rodríguez.—Sr. Max Carbajal.—Sra. María A. de Swayne.—Sra. Blanca Elías de Correa.—Sra. Susana E. de Uranga.—Srta. Irene Romero.—Srta. Raquel Asín.—Sra. Luisa Zavala de Cobián.—Sra. Agripina de Tello.—Srta. Clemencia Olaechea.—Sr. Gregorio F. Zevallos.—Sra. Delfina V de Morán.—Dr. Leocadio M. Gamarra.—Sr. Salustio Maldonado.—Srta María Muro.—Sr. Gustavo Rau.—Sra. Haydée L. de Quintana.—Rda. Madre Priora de las Carmelitas Nazarenas Descalzas.—Sra. Carmen Q. de Flórez.—Srta. Alberta Arrarás.—Sr. Angel de las Casas.—Sra. Isabel Lacroi de Ayulo.—Srta. Esther Jimínez.—Sra.

Felicia A de Jiménez.—Srta. Josefina Gamarra.—Presbítero Tomás Velasquez.—Srta. Luisa A. Salinas.—Sra. Rosa de Botto.—Sr. Manuel Rey.—Sr. Manuel Antonio Barinaga.—Sra. Angela Cerdeña de Aspíllaga.—Sra. Olimpia N. de Gamarra.—Sra. Agripina Gamarra de Tello.—Sra. Hortensia Bedoya de Fernández.—Srta. María Villagarcía.—Srta. Rosa Canessa.—Srta. Isabel Rodríguez Moreira.—Srta. Nazaria Bendezú.—Srta. Rosa Costas.—Sra. Julia Paz de la Vega.—Srta. María Rendón.—Srta. Victoria Dávila.—Srta. Elvira Olivera.—Srta. Irene Monasí.—Srta. Rosa Dellman.—Sr. Abraham Bustamante.—Sr. José Freundt.—Srta. María Santos Calvin.—Srta. Clotilde Zegarra.—Srta. Indalecia León.—Sra. Estela Proaño de Matute.—Srta. Melchora Zubianez.—Sra. Blanca Bazán de Paz.—Comunidad de la Compañía de Jesús.—Srta. Magdalena Elías Espantoso.—Srta. Emma Mongrout.—Srta. Elisa Acevedo.—Srta. Enriqueta Avila.—Srta. Hortensia Escudero.—Srta. Virginia Córdova.—Srta. Matilde Rodó. —Srta. María Jesús Rey.—Sra. Jesús Cebrián de Broggi.—Srta. Isabel G. Prada.—Srta. María Farge.—Sr. Luis Felipe Arrizola Mora.—Srta. Juana Taboada y Delgado.—Srta. Rebeca Grados.—Srta. Inés Hurtado y Delgado.—Sra. Catalina García Urrutia de Delgado.—Srta. Jacoba Casiano.—Srta. Mercedes Mesones.—Srta. Augusta López. —Sra. Isabel C. de Cabrejos.—Sr. José M. Tejada.—Sr. Federico Urquiano.—Sr. Remigio Carmona.—Srta. María Sono.—Srta. Corina Urquiano.—Srta. María Sono.—Srta. Corina Urquiano.—Srta. María E. Cabrejos.—Sra. Matilde M. de Muro.—Sra. Leonor C. de Muro.—Srta. Rosa Elvira Mesones.—Srta. María Rosa Vallejo.—Sra. Carmen de Cáceres.—Sra. Natalia de Risco.—Sr. Miguel Maguiño.—Srta. Margarita Romero.—Srta. María Asunción Aliaga.—Srta. Natalia Aliaga.—Sra. Ildaura Aliaga.—Srta. Hortensia Quintana.—Sr. Juan A. Camino.—Srta. Victoria Párraga.—Sra. Leonor M. de Murillo.—Sra. Hermilia E. de Macedo.—Sra. María V. de Calmet.—Sra. Eudocia

V. de Cornejo.—Srta. Julia Paredes.—Srta. Apolinar Paredes.—Sr. Manuel S. Mostajo.—Sr. Angelino Lizares.—Sr. Manuel Delio Castro.—Sra. Francisca de Checa.—Sra. Isabel de Melchor.—Sra. Pepita de Sánchez.—Srta. Esperanza Frisancho.—Srta. Graciela Raimondi.— Srta. Rosa Morales.—Sra. Lastenia de Ubilluz.—Srta. María Barbe.—Sra. Blanca de Pacheco.—Sra. Margarita de Melchor.—Srta. Elvira Spanza.—Srta. Barbarita de Mileya.—Sra. Gregoria de Amunaque.—Sra. Jesús Camacho de Herrera.—Srta. Guillermina Frisancho.—Srta. Angélica Cortés.—Sra. Rosa N. de Ganoza.—Sra. Rosenda de Espinoza.—Sr. Carlos de Carpio.—Sra. Isidora Z. de Zavala.—Srta. Matilde O' Brien.—Sra. María T. de Orbegoso.—Sra. Margarita de Urquiaga.—Sra. Juana C. de Orbegoso.—Sra. Elvira Figari.—Srta. Petronila Hormaeche.—Srta. Petronila Palma.—Sr. Juan P. Castro.—Srta. Fride Robori.—Srta. Rosa Rodríguez Lorente.—Sra. Rosina de Sarria.—Dr. Aciselo Castro.—Dr. Leocadio Mendoza.—Sr. Humberto del Pino.—Srta. Mercedes Winder de Lorea.—Sra. Carmen V. de Aspíllaga.—Srta. Raquel Carmona.— Srta. Aurelia Oliva.—Sra. Carmen de Liza.—Srta. Justina F. Reinoso.—Sra. Juana de Moya.—Sra. Lucía S. de Diaz.—Sra. Rosa E. de Solís.—Sra. Clementina de Howell.—Sra. Laura de Moreno.—Srta. Consuelo Quiñones.—Srta. Teresa Tapia.—Sra. Manuela de Ravines.—Srta. Josefa M. Izaga.—Sra. Juana Rosa de Villanueva.—Sra. Rosa T. de García.—Srta. Sofía Cortez.—Srta. Octavia Medina.—Srta. Zoila Sánchez.—Srta. María Teresa de Araujo.—Srta. Ernestina Basurto y Peña Murrieta.—Sra. Mercedes de Tramontana.—Sr. Edilberto García.—Srta. Benigna Montes.—Sr. David Sobrevilla.—Sr. César E. Norero.—Sr. Federico Pacheco Palomino.—Sr. Aurelio E. Basurto.—Sr. Casimiro Salas.—Sr. Juan Tello.—Sr. Eduardo Palomino.—Sr. Francisco Sobrevilla.—Sr. Carlos Pimentel.—Sr. Raul Altamirano.—Sr. Pedro Alcázar.—Sr. Hildebrando Alcazar.—Sr. Aurelio García.—Sr. José M. Centurión.

—Sra. Josefina B. de Abad.—Sra. Emilia de Solís.—Sra. Isabel de Dávila.—Sra. Rosa A. de Román.—Sra. Luisa M. de Aguilar.—Sra. Juana M. de Bravo.—Sr. Hildebrando Herrera.—Sra. Angélica Rodríguez de Rusianovich.—Sra. Ernestina de Justo.—Sra. Natalia Mühlig.—Srta. Esther Solís.—Sr. Julio Lecca.—Srta. Duilia Devoto.—Sr. Reinaldo Rodríguez.—Sra. Magdalena V. de Fumagalli.—Familia Solezzi.—Sra. Edelmira de Vicer.—Sra. Virginia de Villate.—Sra. Enriqueta de Castillo.—Srta. Santos Rigau.—Srta. Betsabé Cárdenas.—Srta. Rosa Cavero.—Srta. María Delfín.—Sra. Zoila de Salgado.—Sra. María de Ramírez.—Sra. Juana de Manrique.—Sra. Clara de Roger.—Srta. Lucila Matos Castañón.—Srta. Domitila Luz.—Srta. Teófila Zambrano.—Srta. María Recavarren.—Sra. María Fereyros.—Srta. Eulogia Grados.—Sr. Doroteo Fernández.—Srta. Amelia Angeles.—Srta. María Conde.—Sr. Silvestre Sanez.———La Tercera Orden Franciscana de San Lázaro.—Sr. Carlos A. Pásara.—Srta. Antonieta Matis.—La Súplica de San Francisco de Paula.—Dr. Francisco González.—Sra. Carmen E. V. de Zevallos.—Srta. Dolores Cortés.—Srta. María F. Cardó.—Srta. Petita Suarez.—Sr. Guillermo Medina.—Srta. Esther Garrido.—Srta. Edelmira Briceño.—Sr. Gregorio Becerra.—Srta. Petronila F. González.—Dr. José M. Castillo.—Sr. Pedro A. Egoavil Mejía.—Sr. Roque J. López.—Sr. Teófilo Mendoza.—Srta. Juana B. Orrego.—Sr. Julio E. Aguinaga.—Sr. Manuel F. Ugaz.—Sr. Marcial Alvarado.—Sr. Santiago González.—Sr. Francisco González.—Sr. Teodoro Orrego.—Sr. José Santos Cruz.—Sr. Rufino Espinoza.—Sra. Andrea Orrego de Buega.—Sra. Carlota F. de Chirinos.—Sra. Perpetua de Guerrero.—Srta. Olinda E. Mejía.—Sr. Apolinar Mondragón.—Sra. Amalia H. V. de Orrego.—Sra. Elena Palomino de Aguinaga.—Sr. Pablo Mazuela.—Sr. Carlos Antunez.—Sr. Antonio Salazar.—Sra. Delfina de López.—Sra. Rosalina M. de Sotelo.—Sra. Magdalena Valverde.—Sra. Encarnación Mejía.—Sra. Ana Loli de Te-

rri.—Srta. Mercedes de Morales.—Srta. María V. Pohl.— —Srta. Mercedes Chávarri.—Srta. Eudoxia López.—Srta. Luisa Pando.—Srta. Victoria Lazarte.—Srta. Ana V. Medina: Dr. Horacio González.—Dr. José Zavala.—Dr. Augusto Gálvez.—Dr. Celestino Gutiérrez.—Dr. Alejandro Jarpa.—Sr. Manuel Bustamante.—Sr. Manuel Guerrero.— Sr. Gustavo Castro.—Sr. Moisés Malpartida.—Sr. David L. Torres.—Srta. Zoraida Burgos.—Srta. Ana G. Ortega.—Srta. Carmen Negri.—Srta. Eustolia Castilla.—Srta. Octavia Rojas.—Srta. Tránsito Medina.—Sr. Darío Miranda.—Sr. Luis Vergara.—Sr. Alberto Carrasco.—Sr. Abelardo Lara.—Sr. Jorge Chaud.—Sr. Nicolás Kajatt.—Sr. Hildauro Gutiérrez.—Sr. Pío Alberdi.—Sr. José Parodi.— Señor Luis Gutiérrez.—Srta. Olimpia Cornejo.—Srta. Inés Cárdenas.—Srta. Juana R. Reyes.—Srta. Rosa E. Paz Vergara.—Srta. Paulina Laserna.—Dr. Faustino Falconí. —Dr. Belisario Mendoza.—Sr. Isaac Medina.—Sr. Juan de la Rosa Verástegui.—Sr. Juan de Mata Peralta.—Círculo de Obreros Católicos de Ayacucho.—Sra. Constanza de Carrera.—Srta. María Romero.—Srta. Mercedes Velarde Alvarez.—Dr. Mariano F. Martínez.—Dr. Edmundo Jesús Venegas.—Dr. Virgilio Vidal y Uría.—Dr. Gerardo Bustillos.—Sra. Dolores Elías de Idiáquez.— Srta. Toribia Merte.—Sra. Eudocia Roselló de Cornejo.

Sr. Julio Valle.—Sr. José Lovera.—Sr. Eduardo Mejía.—Sr. Augusto Quiroz.—Sr. Leopoldo Medrano.—Sr. Florencio Cornejo.—Sr. Demetrio Espada.—Sr. Ceferino Quijandría.—Sr. Alfredo La Rosa.—Sr. Jesús Silva.—Sr. Enrique Tataje.—Sr. Julián Falconí.—Sr. José Antonio Carbajal.—Sr. Marcial Ramos.—Sr. Jesús Guerrero.—Sr. Manuel J. Reyes.—Sr. Juan Díaz.—Sr. Felipe Canales.— Sr. Abel Casavilca.—Sr. Pedro Gonzalez.—Sr. Daniel Delgado.—Sr. Alejandro Mazuelo.—Sr. Carlos R. Ceperos.—Sres. Goyeneche Hermanos.—Sr. Manuel P. Smith. —Sr. Miguel Razzetto.—Sr. Nicolás A. Cavassa.—Sr. Ricardo Jiménez.—Sr. Jesús Cortés.—Sr. Arquímedes Ra-

mos.—Sr. Benjamín Samamé.—Sr. Juan Pasache.—Sr. Manuel Sanmartín.—Sr. Daniel Pérez Albela.—Sr. Fortunato Rebata.—Sr. Leonardo Espinoza.—Sr. Francisco Cuellar. —Sr. Fortunato Destéfano.—Sr. Víctor Pacheco.—Sr. Carlos Belli.—Sr. Marcelino Masías.—Sr. Carlos Mejía.—Sr. Felipe Sologuren.—Sr. Oscar Elías.—Sr. Pedro Carlos Cabrera.—Sr. Alfredo Picasso.—Sr. Juan Quijandría.—Sr. Manuel F. Sender.—Sr. Felipe Espinosa.—Sr. Isidoro Luján.—Sr. Jenaro Calmet.—Sr. Silvestre Pérez.—Sra. Clodomira Cabura.—Srta. Nicolasa Gómez.—Srta. María J. Tijero.—Srta. Adela Bull.—Srta. Julia R. Jiménez.—Sr. César Basochi.—Sr. David Huamán.—Sr. Luis Alvizuri.—Sr. Demetrio Soto.—Sr. Federico Rizo Patrón.—Srta. Rafaela Illescas.—Sr. Hernán Martínez.—Sr. Guillermo Galdós.—Sr. Juan Díaz.—Sra. Cecilia de Cánepa.—Sr. Alfredo Castillo.—Rda. Madre Superiora del Hospital de San Juan de Dios (Ica).—Srta. Rosa Murchio.—Sra. Francisca V. de Tellería.—Sr. Hernán Roedinger.—Sr. Santiago Cokburn.—Sr. Eduardo Vargas.—Sr. Director del Colegio de San Luis (Ica).—Sr. Julio Larrabure.—Sr. Francisco Badaracco.—Sr. Juan Pedro Uribe.—Sr. Juan Mas Ferrer.—Rdo. P. Enrique Perruquet.—Sr. Carlos Saponara.—Sr. Alberto L. Aguirre.—Sr. José R. Pachas—Sr. Lizardo Mejía.—Sr. Roberto Piazza.—Sr. Enrique Malatesta.—Sr. Felipe Uribe.—Sr. Eduardo Casavilca.—Sr. Andrés A. Mendoza.—Club Centro Social (Ica).—Sra. Mercedes F. V. de Gotuzzo.—Sra. Ludomilia R. de Cabrera. —Sra. Hermilia de Badaracco.—Dr. Carlos A. Anchorena.—Dr. Enrique Villagarcía.—Dr. José J. Cueto.—Dr. Antonio Tipacti.—Sr. Maximiliano Jiménez.—Sr. Pablo Cordero—Sr. Jermán Morón.—Sr. Donato de la Cruz.—Sr. Máximo García.—Rda. Madre Superiora del Hospital de San José, (Chincha).

Los nombres de los suscritores que aún no han sido remitidos, se publicarán al fin del segundo tomo.

EL PRECIO DE LOS 14 TOMOS DE ESTA HISTORIA SON CINCO LIBRAS ESTERLINAS (125 PESETAS ESPAÑOLAS).

Los pedidos al administrador de "Florecillas", Perú, Lima, Convento de los Descalzos

OBRAS del MISMO AUTOR

Biografía del Iltmo. Padre Fray José María Masía, Obispo de Loja en el Ecuador, modelo admirable del Pastor evangélico, luchador incansable por la causa de la fe, cuya causa de beatificación se está coronando en Lima con felicidad.—Precio: $ 1.80.—Ptas. 4. (Casi agotada).

Historia de San Francisco Solano, tipo excelso del apóstol franciscano en las Américas, perteneciente a los tiempos de la incomparable grandeza espiritual y temporal de España.—$, 1.80.—Ptas 4. (Casi agotada).

Biografía de los padres Cortés, Sarobe y Zulaica, obra que descubre el modo de utilizar en provecho propio y ajeno los variados talentos de cada uno.—Centavos 80. —Ptas. 2.

Muerte del Justo o modo de ayudar a bien morir, útil sobre todo para suplir la falta del sacerdote, llevando al enfermo hasta la contrición perfecta; en su segunda parte contiene lecturas que inducen al doliente a santificar la enfermedad y a prepararse para su entrada en la gloria.—Centavos 80.—Ptas. 2.

Propósitos de San Leonardo de Puerto Mauricio, (versión) : son estímulos poderosos para desear la santidad heroica.—Centavos 40.—Ptas. I.

Propósitos de una Señorita Modelo, (versión) : para las almas que aman el recogimiento y anhelan santificarse en el hogar.—Centavos 10.—Céntimos de pta. 30.

Las Almas Eucarísticas: páginas destinadas o fomentar el amor a Jesucristo Sacramentado y facilitar la santificación del alma mediante una inviolable fineza con Jesús.—$. 1.80.—Ptas 3.